



Valerie Mendes

SUCEDIÓ EN
LARKSWOOD

Lumen

Sucedió en Larkswood

Valerie Mendes

Traducción de
Aurora Echevarría

Lumen

narrativa

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

Dedico Sucedió en Larkswood al Grayshott Spa, a Sam, Rebecca, Joe y Myrtle, y a mis cuatro gatos — Whiskers, Giggles, Top Cat y Master Sloop—, que durmieron a mi lado a las duras y en las maduras. Por suerte, Sloop todavía escucha bostezando mis cuentos sobre aquellas lejanas colinas.

También quiero dar las gracias a Pamela Travers Cleaver, Donald Trelawney-Veall y Philip Harris por formar parte de mi vida cuando más los necesitaba.

Ya es primavera en el bosque.

Despunta el día.

La luna desvanece su impronta en la claridad del cielo.

Tras una noche de caza, el zorro regresa cojeando a su guarida.

En el corazón del bosque hay marcas que indican los senderos. Norte, sur, este, oeste. Las agujas de pino cubren el suelo con una alfombra quebradiza de años. Los pinos, erguidos, montan guardia.

Los sonidos traspasan el silencio. No son de animales ni de pájaros. Un sollozo. El tropiezo de unos pies que corren. Los jadeos de una respiración.

Una joven cruza corriendo el bosque hacia Lover's Cross. Se llama Harriet. Solo tiene quince años y está asustada. Se ha desorientado. Solo sabe que corre contrarreloj.

El vestido se le arremolina alrededor de los tobillos. El cabello moreno le cae sobre los hombros. El flequillo le cuelga húmedo de sudor.

Sostiene una caja de metal contra el pecho.

Al llegar a Lover's Cross disminuyen los jadeos, los sollozos cesan.

La joven mira por encima del hombro, casi convencida de que está sola pero desesperada por asegurarse.

Cae de rodillas, se desliza el chal hacia atrás. Deja en el suelo la caja mientras se da órdenes a sí misma, las mismas palabras, una y otra vez.

«Deprisa, acaba de una vez, ahora, este mismo instante. Deprisa, acaba de una vez, ahora.»

Del bolsillo saca una pequeña pala embadurnada de barro. Empieza a cavar, débil y temblorosa al principio, pero a medida que la aprensión y el miedo bullen en su interior descubre una fortaleza cada vez mayor. Las agujas de pino se le clavan en la piel, se le incrustan debajo de las uñas.

La tierra, agitada, desprende una mezcla de fragancias: limón, clavo, hongo acre, especia escondida.

El sol pestaña sobre el horizonte. El coro del amanecer empieza: un batir de alas, un remolino de trinos. En particular, el canto de la alondra. Límpido y glorioso, se eleva hacia el cielo y más allá.

Harriet levanta el rostro polvoriento, manchado de lágrimas.

El día ha comenzado. El coro es un recordatorio, una advertencia.

Harriet se echa el pelo hacia atrás y se inclina de nuevo sobre el hoyo cada vez más profundo.

«Cava, lanza y amontona; cava, lanza y amontona.» Más rápido ahora, con más apremio. La tierra se vuelve más blanda, la tarea más fácil.

Para la joven no habrá separación más dolorosa.

Coge la caja y la mece en los brazos.

Luego se la pone sobre las rodillas e inclina la cabeza en actitud de rezar.

—Señor, perdóname, no soy digna de que me mires, mira a otra parte. Pero en Tu bondad, derrama Tu bendición sobre...

El nombre se le atasca en la garganta. Tiene arcadas. Lo escupe.

—Isabelle..., sobre nuestra querida Isabelle. A Ti te la entrego, Señor, junto con...

Los dedos buscan.

—Mi collar.

Traga saliva. Tiene un gusto a plomo en la boca.

—Si lo dejo con Isabelle, ¿Te quedarás con ella? ¿La protegerás con Tu gracia? ¿Puedo pedirte esto sin ser castigada? Lo que voy a hacer ahora no me lo tengas en cuenta. Soy inocente. Nunca quise que esto sucediera. Tú eres el camino, la verdad y la vida.

Ónice y amatista, púrpura, azur, negro azulado: las piedras cálidas, ensartadas en una cadena de oro batido, tintinean en la palma de su mano cubierta de barro.

La joven se las lleva a los labios.

Luego abre la caja y deposita las joyas.

De pronto quiere acabar de una vez.

Coloca el ataúd improvisado en su sepultura.

Sobre él arroja capas de tierra y agujas que apisona apoyando todo su patético peso.

Rompe a llorar de nuevo, de forma incontrolable, pero ahora en parte de alivio.

Los sollozos dan paso a un grito.

El sonido se eleva hasta las copas de los árboles.

Agita un nido de cuervos.

Se alzan sobre sus negras alas amenazantes, ensombreciendo el cielo, y por un instante tapan el sol.

1939

Se veía claramente que había nevado todo el día bajo un implacable cielo plomizo. Los gruesos copos blancos le quemaban los ojos, se posaban helados sobre los labios. Hasta donde a Edward Hamilton le alcanzaba la vista, que no era muy lejos, toda Inglaterra estaba sepultada. Era justo lo que le faltaba cuando el barco atracó en Southampton tras dos semanas de travesía. Bastante duro era ya lidiar con el ajetreo y el bullicio de pasajeros y porteadores, el alboroto de los que acudían a recogerlos y los saludos. La única persona que había ido a recibirlo era su chófer. No lo esperaban brazos amorosos ni labios cálidos. Notó que el suelo se balanceaba como una hamaca bajo sus pies a pesar de haber llegado a tierra firme.

Había temido ese regreso. Llevaba años temiéndolo. Luego meses, semanas. Hasta que empezó a contar los días. El frío que sentía en la boca del estómago era cada vez mayor. No podía ni oler la comida. Rezaba para que una catástrofe impidiera que el barco zarpase. Impidiera que abandonara su querida India con su calor, su luz y su color, el olor de las especias, el hedor de los excrementos.

Pero no hubo ninguna catástrofe. Nunca las hay cuando las necesitas. Las catástrofes te arrollan como un tren en marcha cuando menos te lo esperas, como esa tarde en que su querida y única Juliet se desplomó. Estaba sonriéndole con su bonito vestido con los hombros al descubierto, bebiendo

ginebra con lima, y al minuto siguiente se agarraba la garganta con los ojos desorbitados y la copa se hacía añicos contra el suelo de la terraza.

En la India todo es repentino. Los crepúsculos son repentinos como repentina es la muerte.

Enterró a Juliet esa misma tarde.

Después de tantos años de feliz vida conyugal, Edward se encontró viudo, consternado, despojado.

¡Santo cielo! El dolor le atravesó al recordarlo.

Y seis meses después estaba en la estación de trenes de Calcuta con su elegante traje inglés, dando la mano a sus viejos amigos, vecinos y leales sirvientes, diciendo «adiós» hasta que la palabra le dejó la garganta en carne viva, conteniéndose de tal modo que sus ojos no derramaron una sola lágrima.

Edward estrechó entre sus brazos a ese ser querido tan especial durante un último y largo minuto bendito.

Y de pronto dejó de verlo.

Parpadeó. La multitud lo había engullido. Se lo había tragado entero como una pitón que se enfrenta con un cocodrilo. No había rastro de él, ni siquiera se veía su garboso sombrero panamá por encima de los hombros de la multitud. Aún tenía impregnado su olor en la piel, en la chaqueta, y se le partió el corazón.

Se abrió paso hasta el tren, que cruzó traqueteando los campos hasta el puerto de Bombay, repleto de gente.

Una vez a bordo del hotel flotante de la naviera P&O, el *Viceroy of India*, le asignaron un magnífico camarote, así como un asiento en la mesa del capitán, manjares exquisitos y vinos excelentes. Al subir a cubierta para

estirar las piernas se llenó los pulmones de aire salado. «Levanta el ánimo —pensó—. Todavía tienes mucha energía a pesar de los años.»

Adiós a los niños mendigos, a las moscas y al calor de la India; a su cielo incandescente, a su sol implacable. Adiós a la ropa siempre empapada en sudor. A la estación lluviosa con sus serpientes, cucarachas y enjambres de mosquitos. A los perros famélicos que acarreaban rabias mortales. A los carros tirados por búfalos que obstruían los hediondos callejones. A los *rickshaws* empujados por hombres enclenques que sudaban por el esfuerzo entre los carruajes y las carretas.

Y adiós a esa persona especial en su vida. ¿Cómo iba a soportarlo?

Ahora tocaba saludar a los tiburones y a los peces voladores. A los días interminables sin avistar tierra. A los cielos nocturnos negros y estrellados, a las brisas agradablemente frescas. A una gran luna llena que le sonreía desde lo alto. «Levanta el ánimo. Un poco más. Mantenlo ahí.»

Y después de cierto mareo a causa del movimiento del barco, lady Richenda Partington.

Acompañada de su marido, naturalmente, aunque el viejo Stanley nunca había contado gran cosa. Decían que no podía mantenerse a su altura. Nunca mejor dicho. Ella lo había agotado después de una luna de miel de un mes. Desde entonces había devorado a hombres enteros.

Edward guardó las distancias pero no dejaron de flirtear. Adoraba esos ojos insinuantes, ese escote. No había comparación posible.

Pero tenía que andarse con cuidado a bordo de un barco. La reputación podía perderse en un instante. El chasquido de la puerta de un camarote al amanecer, una sonrisa íntima, un chal que se coloca bien: el gesto más insignificante se divulgaría por todo el barco, daría que hablar. Con Juliet enterrada hacía poco en Calcuta, Edward tenía que comportarse como un

caballero. Por supuesto, lady Partington estaría en Kensington durante la temporada londinense. Si ella quería que su pequeño flirteo fuera a alguna parte, Edward tenía la certeza de que encontrarían la manera de abrirse paso en el fango sin que Stanley parpadeara siquiera.

Aunque no tuviera mucho con lo que parpadear.

En los muelles de Southampton lo esperaba un Rolls-Royce Phantom III con Jimmy al volante. Edward había organizado todo con mucha antelación. Había pedido el automóvil en Conduit Street. El modelo más lujoso, le había costado 2.935 libras, pero quería lo mejor para desplazarse, sobre todo si iba a regresar a Hampshire. Había puesto un anuncio en *The Times* para contratar a Jimmy. «Se busca chófer-manitas con experiencia que viva en el pueblo. Se requieren excelentes referencias.»

Jimmy contestó. Una carta honesta que cumplía los requisitos.

Pero cuando por fin llegó el día, Edward se sintió atrapado. Se encerró en la lujosa parte trasera del automóvil, solo con el olor a cuero nuevo, los guantes todavía húmedos de la espuma salada del mar, el corazón lleno de terror.

Demasiado cansado para hablar con Jimmy, mareado y aturdido por el viaje.

Debió de dormir...

De pronto abrió mucho los ojos.

Grayshott surgió de entre la nieve y sintió que iba a estallarle el corazón.

Larkswood House.

Había regresado.

Deseó que el automóvil diera media vuelta y lo llevara lejos de allí. Que lo llevara al mar, al barco más cercano.

Pero no lo hizo.

A Edward no le salió la voz para darle instrucciones coherentes a Jimmy. No fue capaz de asumir el control.

Jimmy lo depositó frente a la entrada. Era un buen muchacho. Un buen conductor con una voz suave y modales agradables. Mejor aún, no hizo preguntas incómodas. Edward decidió mantenerlo en el puesto si decidía quedarse un tiempo allí. Le compraría una nueva librea elegante y una gorra de chófer.

Una anciana asustada de aspecto desaliñado abrió la puerta de Larkswood.

Jimmy dejó en el umbral el elegante equipaje de Edward, el baúl y la maleta. A continuación aparcó el Rolls-Royce y desapareció detrás de la cortina de copos blancos. La nieve se amontonó sobre el automóvil antes de que Edward pudiera pronunciar la palabra «frío».

Estaba helado. Se detuvo en el vestíbulo junto a la chimenea encendida. No había nada que leer, ni siquiera una revista vieja. Tendría que encargarse de *The Times*. Después de pasar tantas semanas en alta mar se sentía desconectado del mundo. Podría haber ocurrido cualquier cosa... Si de algo estaba seguro era de que todos vivían bajo la sombra de la esvástica. Solo era cuestión de tiempo antes que herr Hitler agarrara a todos por el cuello y apretara el puño.

La anciana le trajo una copita de brandy.

—Un vaso no es suficiente —vociferó Edward—. Traiga toda la botella. Y prepáreme una sopa, muy caliente.

La vio escabullirse como un ratoncillo gris.

El brandy le quemó la garganta, lo dejó con los ojos llorosos. Le infundió coraje para empezar a explorar la casa.

Todas esas habitaciones... Hacía cuarenta y dos años que no las veía. ¡Increíble!

Los recuerdos acudían en tropel a su mente. Sus padres, Desmond y Antonia, devorando una de sus comilonas en el comedor, haciéndose ojitos por encima de la mousse de chocolate. Su maldito y exasperante idilio eterno que borraba al resto de la humanidad.

Nadie más importaba.

Trataban a sus criados como esclavos domésticos, sin dar las gracias ni pedir por favor. Los despedían sin una carta de recomendación. Les pagaban lo mínimo. Trataban a sus hijos como animales a los que había que dar de comer y de beber, pero a la menor de cambio los abandonaban durante meses. Nunca supieron quererlos. No tenían ni idea de cómo hacerlo.

Edward abrió de una patada la puerta del despacho de su padre. Todavía estaba abarrotado de trofeos, con los cuchillos lanzando destellos detrás de las vidrieras y la mortífera colección de escopetas colocadas en hilera. El cinturón de cuero que Desmond guardaba en el cajón del escritorio para azotar a Edward cuando le venía en gana seguía allí enroscado como una pitón. Edward lo sacó, notando cómo la ira le llenaba la boca de saliva amarga. Lo arrojó con todas sus fuerzas a un rincón oscuro. Con mano temblorosa sacó del bolsillo su pluma Swan junto con su fotografía especial.

Con amoroso cuidado, las puso en el cajón en lugar de la pitón.

Después de eso se sintió un poco mejor. Al menos había reivindicado como propio el escritorio.

Mientras cruzaba la habitación recordó el olor a sangre en las yemas de los dedos cuando se tocaba la espalda. Larkswood siempre había sabido cuándo Desmond Hamilton estaba en pie de guerra, presa de uno de sus frecuentes arrebatos de cólera. Los criados tenían su propio lenguaje de signos para

advertirse unos a otros. Las doncellas revoloteaban de habitación en habitación, tosiendo y dándose palmaditas en el delantal. Harriet, la hermana pequeña de Edward —menuda y liviana, de pies ligeros—, se escondía dentro de un baúl lleno a medias de ropa blanca, se encerraba en un armario vacío o se quedaba quieta como una estatua detrás de una pesada cortina de terciopelo. Cynthia, mayor que ella y más guapa, abordaba a su padre, lo camelaba y engatusaba; le pedía que le diera un confite del bolsillo y a continuación se lo devolvía y lo besaba en la mejilla hasta que se le pasaba el mal humor.

Edward nunca se permitía correr o esconderse. Era demasiado orgulloso para ello. Hacía frente a la cólera de su padre, a menudo por cosas que no había ni soñado con hacer. Y allá iba el cinturón, desgarrándole la piel con tal brutalidad que durante una semana no podía montar a caballo ni sentarse en una silla sin empapar de sangre los pantalones.

No es que su padre lo hubiera visto llorar. Edward se reprimía hasta que, a salvo en su habitación, desahogaba a lágrima viva el dolor, la horrible humillación. Cynthia acudía a él, con su aliento con olor a confite, el cabello suelto sobre los hombros, los ojos llorosos de verlo sufrir. La magia de sus dedos sobre la piel, su roce aliviador y su voz suave siempre lograban que se sintiera de nuevo como un hombre.

Hasta esa última tarde en que Desmond le quebrantó el espíritu y Edward ya no pudo aguantar más. Le caían las lágrimas por el rostro. Todavía recordaba las últimas palabras que se habían cruzado: suplicantes, furiosas, certeras. No volvieron a hablar. Los dos se aseguraron de ello.

Y allí estaba Edward de nuevo, mirando la alfombra de piel de tigre con la rugiente cabeza que era todo dientes: un odio muy antiguo. Unas pieles gastadas por los años, con rayas que no iban a ninguna parte. Tendría que dejarla allí. No tenía valor para tirarla a la basura.

Cerró de un portazo el despacho y se quedó de pie en el pasillo lleno de corrientes de aire con el corazón palpitante, las piernas temblorosas. «¡Levanta el ánimo!» Esos recuerdos... Cómo le abarrotaban la mente...

Luego abrió la puerta de la sala de música.

Eso casi lo derrumbó.

Todavía podía oír aquella voz dorada, ver aquellos rizos rubios...

Todavía podía oír a Cynthia cantar como una alondra.

1939

—¿Ya estás lista, Louisa? El fotógrafo nos espera abajo y tenemos que estar en el palacio a las ocho en punto.

La voz de Gloria, nítida y dura como un diamante, resonó por el rellano.

Louisa había estado temiendo el último aviso de su madre.

Dio unos pasos titubeantes hacia el espejo. Estaba ridícula con el pelo tieso y los ojos asustados. Todo ese tafetán rosa y el tocado disparatado. La cola era tan larga y pesada que sabía que tropezaría con ella. Cuando hiciera una reverencia ante los reyes probablemente se caería de bruces. Todos se morirían de risa. Ella se moriría de vergüenza.

Cerró el broche de la triple hilera de perlas que le había regalado su padre el día anterior con motivo de su diecisiete cumpleaños. Detestaba las perlas: frías y presuntuosas, simbolizaban el arte de imponerse a los demás pero llevado a la locura. Por supuesto, eran cosa de Gloria. A espaldas de su madre, él le regaló una colección de libros de Dickens encuadernados en cuero rojo y le guiñó un ojo.

Louisa se puso unos guantes que le llegaban hasta los codos. Abrochar los botones diminutos fue una pesadilla. ¿Para qué molestarse si estarían hechos un asco al final de la noche?

Su madre entró afanosa en la habitación; alta y glamurosa, vestía un conjunto de terciopelo azul, con una diadema redonda que lanzaba destellos agresivos sobre su cabello rubio rojizo.

—Debemos salir dentro de media hora, Louisa. El palacio no espera.

¿Estás lista?

—Supongo que sí, mamá. Embutirme dentro de este ridículo vestido me ha llevado toda la tarde. Es lo más incómodo que he...

—Hummm. —Unos ojos turquesa la miraron de arriba abajo—. Saldrás airosa. Un retoque de polvos en la nariz... —Gloria le sujetó la barbilla—. Estate quieta.

Puf, puf. Louisa estornudó. Su madre se apartó con una mueca. Cogió el ramo de lirios del valle que había sobre la cama.

—Toma. ¿No huelen de maravilla? Ahora haz una encantadora reverencia. Enséñame lo que habéis aprendido Milly y tú en casa de la señorita Vacani.

Louisa se recogió la falda y dobló las rodillas, recordando cómo la profesora de baile les había enseñado a girar. A la señorita Vacani se le había levantado la falda hasta la cintura. Todos los presentes se quedaron boquiabiertos. Llevaba calzones plateados adornados con rosas rojas.

—Recuerda que solo tienes que bajar la cabeza en el punto más bajo de la inclinación y sonreír mientras te levantas. —Gloria volvía a tratar su tema preferido—. La reina iluminará toda la sala con su brillo..., y siempre devuelve las sonrisas. Enséñanoslo una vez más. —Esta vez en un imperativo mayestático.

—Vamos, mamá, ¿realmente tengo que...?

Pero Gloria estaba mirando a la deslumbrante criatura que había aparecido en el umbral.

—¡Millicent! Hija mía, estás sencillamente divina.

—Sí, Milly. Estás muy guapa —coincidió Louisa, profundamente consciente de que no podía esperar competir con su hermana, cuya belleza haría tambalear incluso a los hombres más sensatos.

—Ese raso crudo es de lo más acertado. —Gloria volvió a adoptar un tono formal—. Y el dorado pálido del corpiño le sienta de maravilla a tu tez.

—Tú también estás muy guapa, mamá, y tú, Lou. ¿Vamos abajo a sonreír ante la cámara?

Milly y Gloria entrelazaron las manos y, charlando acerca del intenso tono de una nueva barra de labios, salieron haciendo frufú.

Louisa, paralizada donde estaba, las observó sombríamente.

Su padre salió silencioso pero puntual de las sombras del rellano, esperando a todas luces ese momento. Pulcro y atildado, Arthur Hamilton llevaba una corbata blanca con un traje de etiqueta que le encajaba como una segunda piel. Su cabello moreno, algo escaso pero impecable, dejaba al descubierto una frente amplia e inteligente.

Se quedó inmóvil y contuvo un grito de admiración.

Louisa le sostuvo la mirada.

—No soporto que me hagan fotos, papá. Nunca sé qué cara poner. Si sonrío parezco un payaso, y si no sonrío, salgo como una idiota gruñona.

Se miró por última vez en el espejo.

Arthur la volvió hacia él y le acarició la mejilla con infinita ternura.

—Mi querida Louisa —le dijo con voz ronca—, no te asustes cuando veas esa calabaza de pelo plateado que espera abajo. Estás preciosa con este vestido tan ridículo... Preciosa. —Se aclaró la voz—. Para mí eres la joven más hermosa del mundo.

—Para ti y para nadie más. —Louisa logró reírse—. Gracias, papá. Vamos a sufrir las consecuencias.

Cogidos del brazo, ambos se dirigieron a lo alto de las elegantes escaleras que descendían hacia el salón. El vestido de Louisa brillaba sobre la alfombra morada mientras el corazón le palpitaba de la emoción.

—Voy a refugiarme en la tranquilidad y la cordura de mi club. —Arthur apoyó una mano sobre el hombro de Louisa en un gesto de bendición y

despedida—. Sabrás defenderte en la Buck House. Ya me lo contarás todo mañana durante el desayuno.

Envueltas en pieles, Gloria y sus hijas se acurrucaron en el interior del Daimler bajo mantas de viaje, abrazadas a sus botellas de agua caliente de loza. El automóvil avanzaba despacio a través del denso tráfico de última hora de la tarde en dirección al Buckingham Palace.

—Bien, mis elegantes hijas. Una vez que estemos dentro de palacio, tendremos que esperar al menos una hora. Habrá mucho tiempo para comernos el picnic. El cocinero nos ha hecho unos sándwiches de pollo y pepino deliciosos.

—No podría probar bocado —dijo Louisa. Las horquillas del tocado le arañaban el cuero cabelludo y le causaban un dolor punzante.

—Entonces toma un poco de sopa, Louisa. No has comido nada desde el desayuno.

—Mi nueva boquilla es muy elegante —comentó Milly—. ¿Puedo fumar en el palacio?

—¡Si lo haces te echarán! Ahora bien, una vez que nos hagan pasar a la sala blanca...

Louisa dejó de escuchar y miró a Milly. Su hermana parecía tan tranquila y compuesta como si se dirigiera a un cóctel con una amiga. Louisa de pronto se sintió desesperada. Esa presentación era en realidad por Milly, pero a Gloria le había resultado más fácil presentarlas a las dos a la vez. Si no, Louisa se habría visto obligada a esperar tres años antes de hacer su entrada oficial en sociedad, o su madre habría tenido que encontrar a alguien más que lo hiciera.

Las reglas y normas que regían la Corte eran infinitas y absurdas. Louisa se sentía como un apéndice, igual que la posdata al final de una carta.

—Ya he tenido bastante —balbuceó—. Quiero irme a casa.

—¡Tonterías! —Gloria respiró agitadamente y la diadema brilló en sintonía—. ¿Después de todos los minuciosos preparativos que hemos hecho?

—Charlie me llevará de vuelta a Eaton Square cuando os deje. Por favor, mamá, puedes presentar tú sola a Milly. Ahórrame este mal trago.

—¿No te estará entrando el canguelo palacial? —Gloria le dio una palmadita en la rodilla, un gesto que Louisa odiaba—. Dentro de unas horas habrá acabado todo. Siempre recordarás esta velada como el momento más importante de tu vida.

—¡Espero que no! Una reverencia ridícula con un vestido aún más ridículo...

—Tú solo sígueme, Lou. —Milly le dedicó una de sus sonrisas radiantes—. No meterás la pata si vas detrás de mí.

Louisa observó con envidia cómo Milly se deslizaba por la sala del trono con la cabeza bien erguida y los hombros brillantes. El ujier de cámara, arrogantemente impecable con sus bombachos hasta las rodillas, medias de seda y zapatos con hebillas, colocó bien la cola de Louisa. Ella entregó su tarjeta de invitación deseando que le dejara de temblar la mano.

El primer chambelán bajó la vista hacia la tarjeta y carraspeó.

—La señorita Louisa Abigail Hamilton.

A Louisa le martilleó el corazón y casi le fallaron las rodillas cuando se adentró tambaleándose en la sala del trono. Estaba iluminada por deslumbrantes arañas de cristal, y en la alfombra roja había una corona dorada bordada. Ella se detuvo frente al rey. Tenía un rostro amable y ojos interesantes. Todo el mundo estaba al corriente de su tartamudeo. Debía de ser horrible para él. Cuánto debía de sufrir. Él nunca había querido el trono y estaba furioso con su hermano por haber abdicado. Arthur odiaba a Eduardo

VIII. Decía que era un simpatizante nazi y que bebía como un cosaco. Se alegró cuando desapareció llevándose consigo a Wallis Simpson. Era mucho mejor que tener a Wallis como reina. Eran la pareja más horrible de la historia...

Louisa se obligó a concentrarse. Hizo su primera reverencia. Tambaleante, se inclinó y permaneció un momento en esa posición antes de erguirse. Dio tres pasos a la derecha mientras todo se volvía confuso a su alrededor. Hizo una segunda reverencia y se irguió poco a poco, mirando directamente a la reina, quien se conducía con gran elegancia, con su tul blanco y sus diamantes rutilantes. Reconoció la famosa sonrisa y el amago de levantar una palma.

Louisa se tambaleó hacia atrás, notando cómo le temblaban las piernas. Por fin se encontró a sí misma en el salón azul.

—¡Felicidades, cariño! —Gloria le dio unas palmaditas en el hombro—. Te has ganado la cena con champán. Y ahora nos vamos al Savoy. —Cogió a Milly de la mano—. ¡Hija mía, va a ser una gran noche!

Louisa se abrió paso a través del abarrotado salón de baile. El calor de un millar de cuerpos le golpeó el rostro.

—Ahora recuerda que, hagas lo que hagas, no debes dar la impresión de ser inteligente —le siseó Gloria. Tenía un trozo de pollo entre los dientes, y se lo intentó arrancar con un dedo furioso, corriendo el carmín rojo—. Los hombres odian a las jóvenes listas. Si no sabes qué decir, habla de fantasmas o de la familia real. —La diadema, delicadamente colocada horas atrás, se inclinaba peligrosamente hacia un lado. Reflexionó unos instantes—. O de ambas cosas.

A Louisa se le había permitido desprenderse de la cola y el tocado, de modo que al menos ya no se sentía como un pollo atado. Los hombres que la

rodeaban eran poco agraciados. Uno era la viva imagen de un pepino, lo que le recordó el sándwich que se había tragado de mala gana. Otro debía de tener una remolacha por padre.

Un espécimen joven se acercó corriendo a ella, con las orejas saliéndole como setas.

—¡Hola! Mi nombre es James. He estado bailando con su fabulosa hermana. ¿Le apetece que demos unos brincos?

Gloria empujó a Louisa por la espalda, siseándole como una gansa.

Mi-nombre-es-James la arrastró hasta la pista de baile.

—Supongo que hoy es su presentación en sociedad.

El aliento le apestaba a pescado del día anterior. Louisa asintió, volviendo la cabeza para evitar el hedor.

—¡Fantástico! La reina es un encanto, ¿no es cierto?

—¡Ya lo creo! —¿Era un vals, un foxtrot o una combinación letal lo que intentaba bailar la seta?

—Seguramente les esperan cientos de fiestas estupendas. Su hermana Millicent es despampanante, ¿no es cierto? La invitarán a todas partes esta temporada.

A Louisa le dolía la mandíbula de sonreír.

—¡Oiga, es usted alarmanamente callada! —De pronto Mi-nombre-es-James pareció aterrado—. ¿No será la clase de chica que lee libros?

Con añoranza, Louisa recordó que había dejado encima de la cama *La abadía de Northanger*.

—Me temo que sí.

—¡Ay! Qué lástima. Nunca he leído nada aparte de *Horse and Hound*.

—Oh, no leo todo el tiempo —se apresuró a decir ella desesperada—. También toco el piano, pinto y dibujo. De hecho, una de las cosas...

Pero era demasiado tarde. Mi-nombre-es-James paseó la mirada por la sala,

nervioso.

—Lo siento pero debo irme. ¡Tengo que acompañar a mi hermana o se armará la gorda en el desayuno!

Milly se dejó caer sobre la cama de Louisa.

—¿No ha sido la noche más maravillosa de tu vida?

A Louisa le retumbaba la cabeza como un tren entrando con gran estruendo en Paddington. Se quitó los zapatos de una patada, se arrancó los botones de los guantes y se desplomó en una silla.

—Menos mal que ya se ha terminado.

—Vamos, Lou. Te habrás divertido un poco.

—La presentación ha sido una pesadilla. Temblaba como un flan.

—¡Pero ha sido tan emocionante estar en la Buck House! Y el baile ha sido una maravilla.

—¿Con toda esa gente? ¿El calor? ¿El ruido? ¿Diciendo las mismas tonterías intolerables a hombres que no conoces y no volverás a ver?

—¡Ya lo creo que volveremos a verlos! —A Milly le brillaron los ojos—. La temporada no ha hecho más que empezar. Todas las noches habrá fiestas y alternaremos con la misma gente. Espera a que empiecen a llegar las invitaciones. —Se soltó el cabello, que le cayó en suaves tirabuzones sobre los hombros. Louisa deseó que el suyo hiciera lo mismo—. Y pronto daremos nuestra propia fiesta. ¡Me muero de ganas!

—Es tan fácil para ti, Milly. Llevamos toda la noche levantadas y yo estoy agotada. Y mírate, fresca como una rosa. Yo nunca seré capaz...

—Lo serás, Lou. Confía en mí. Aprenderás a charlar de nada durante horas. Distinguirás a un buen partido en cuanto entre en la sala, y estarás cada vez más guapa con cada vestido nuevo. Date tiempo.

Louisa meneó la cabeza. Fue un gran error. El tambor volvió a redoblar

con vigor renovado.

—Mi querida Milly, puedes darme todo el tiempo del mundo que no cambiará nada en absoluto.

—¡Felicidades! —Su padre la saludó con la cabeza y sonrió cuando Louisa entró titubeante en el comedor a la mañana siguiente, sintiéndose muy extraña.

Se deslizó en su silla, alegrándose de sentarse. A través de las altas ventanas del primer piso que daban a Eaton Square entraba el pálido sol primaveral. El tráfico de Londres zumbaba con energía amortiguada. Los vendedores callejeros pregonaban a gritos sus mercancías o las cantaban. La vajilla de plata de Gloria llenaba de destellos la habitación. La mesa del desayuno y el aparador gemían bajo el peso de objetos intrincados en los que se reflejaban los rayos de sol, hiriendo la vista de Louisa.

—Todas estabais guapísimas anoche. Me sentí muy orgulloso de llamaros mi familia. Ahora que ya habéis entrado en sociedad, podéis relajaros y disfrutar de la temporada.

—Yo estuve tan dentro como lo estaré nunca —replicó Louisa despacio, y su voz sonó ajena, como si no le perteneciera—. Con franqueza, papá, tanto alboroto para nada. —Oyó resoplar a su madre—. Sinceramente, no me siento diferente. —Se sirvió una porción de *kedgeriee* en el plato, aunque sabía muy bien que no podría tragarlo. Detestaba el *kedgeriee*, pero no parecía capaz de controlar sus acciones. Los redobles de tambor habían cesado, pero se sentía tan mareada que habría salido volando por la ventana con Peter Pan.

Milly, fresca y elegante, masticaba una enorme montaña de huevos, champiñones y salchichas. Era algo extraordinario en ella. Parecía etérea pero comía como una lima.

Gloria sostenía la taza de café entre las manos. Nunca probaba bocado

hasta el mediodía. Entonces comía una aceituna, tres rodajas de pepino y un pedazo de Ryvita, y lo consideraba una gran comida.

—Lee en voz alta lo que han escrito en *The Times* sobre nosotros, Arthur. Me muero de ganas de oírlo.

Arthur, el único miembro de la familia que se había retirado a las once de la noche y dormido como un tronco, estaba fresco y descansado, e impecablemente vestido. Pasó las hojas del periódico hasta la circular de la Corte y le echó un vistazo. Luego la leyó con más detenimiento.

Emitió un ruido que sonó entre un gruñido y una tos.

—Lo siento pero os vais a llevar un chasco.

—No me digas que se han olvidado de nombrarnos. —Gloria se dio unas palmaditas en el cabello, que daba la impresión de no necesitarlas.

—Describen los atuendos de algunas de las asistentes. —Arthur sabía que se avecinaban problemas. Levantó el periódico a la altura de la barbilla, listo para esconderse detrás de él si era necesario—. Lamento decirlo que no estáis entre ellas...

—Pero...

—Las noticias de la Corte se han abreviado mucho para dejar sitio a un anuncio importante. —Arthur decidió cambiar de estrategia. Se armó de valor y bajó el periódico—. Mientras vosotras hacíais reverencias a los reyes, herr Hitler tenía otras cosas en la cabeza.

Louisa recordó el gélido viento de marzo, las deslumbrantes arañas de cristal y el calor sofocante del salón de baile.

—¿Qué dicen sobre él, papá? ¿Qué ha hecho esta vez?

Arthur agitó el periódico, se aclaró la voz y pronunció cada palabra con toda claridad:

LAS TROPAS ALEMANAS OCUPAN PRAGA.

EL FÜHRER SE UNE A LOS INVASORES.
ULTIMÁTUM DE MEDIANOCHE AL PRESIDENTE CHECO.
CHECOSLOVAQUIA DEJA DE EXISTIR.

Las tropas alemanas entraron en Checoslovaquia a primera hora de ayer y ocuparon Bohemia y Moravia, los restos del estado checo. En palabras de herr Hitler, «Checoslovaquia ha dejado de existir.»

Nevaba intensamente cuando los alemanes llegaron a Praga, pero una multitud de varios miles de checos se reunieron en la plaza de Wenceslao. Muchos lloraban, y recibieron a los alemanes con abucheos y gritos de protesta. Herr Hitler ha llegado a Praga donde es de esperar que proclame la anexión de Bohemia y Moravia al Reich.

—¡Por el amor de Dios, Arthur! —Gloria hizo añicos la taza—. Es absurdo recortar una importante noticia de la Corte solo porque ese estúpido hombrecillo...

—¿Crees que el último golpe de Estado de Hitler es un asunto trivial? —De pronto Arthur echaba fuego por los ojos—. Esta «incursión» significa el comienzo de una guerra. Una Segunda Guerra Mundial. Primero Checoslovaquia. Luego ¿dónde? ¿Qué invadirá Hitler a continuación?

—¿Cómo diablos quieres que yo lo sepa...?

—¿Polonia? ¿Francia? —continuó Arthur, ignorándola—. Nuestro gobierno no puede permitir que Hitler se salga con la suya. —Dio una palmada en la mesa. Los cuchillos y los tenedores aplaudieron—. Esto significa el final del tratado de Munich. El primer ministro Chamberlain debe de comprender que está acabado. Su política de temporización tendrá que cambiar. Su lucha por la paz habrá que abandonarse. Debe afrontar la realidad de nuestra situación. Hitler es un monstruo, un bárbaro. Ha roto sus

promesas. No es digno de confianza. No habrá paz para nuestros tiempos, sino guerra. ¡Acordaos de lo que os digo!

Por un instante la habitación pareció contener el aliento. Si no fuera porque las tazas y los platos tenían los bordes peludos, o eso le pareció a Louisa. Luego la mesa de caoba, la tetera de plata, el periódico que crujía, incluso los nudillos tensos de su padre, se cubrieron de motas negras y blancas como un noticiario. Los puntos se arrastraron y se volvieron más gruesos, rodando unos sobre otros en un esfuerzo por ser más brillantes, llenarle la cabeza con un zumbido y tapar la luz.

—Por favor, papá, ¿puedes ayudarme? Me siento un poco...

Milly se levantó de un salto.

Su padre llegó antes adonde estaba Louisa.

Ella le agarró la mano y se desmayó.

Louisa guardaba cama con una fiebre altísima. Durante veinticuatro horas, cada vez que se encontraba mejor e intentaba levantarse, le fallaban las rodillas

Gloria se puso hecha una furia al hablar por teléfono.

—Lo espero aquí antes de una hora, doctor, si no antes.

El doctor Peterson examinó la garganta de Louisa con una sonrisa insulsa.

—Ha pillado un gran resfriado, joven. Después del gélido trayecto hasta la Buck House con su vestido etéreo, en el baile debió de sentirse acalorada y agobiada. El contraste puede ser peligroso. Beba agua en abundancia y descanse mucho. Mañana amanecerá como una rosa.

La sonrisa desapareció. Se bebió en dos sorbos el jerez que Gloria le ofreció como si fuera una medicina.

Sin embargo, cuando al día siguiente los brazos y los pechos de Louisa se empezaron a cubrir de un sarpullido rosa pálido, su madre chilló.

El doctor Peterson habló con menos suficiencia.

—Le haré un análisis de sangre, pero no tengo ninguna duda —se dio unos golpecitos en la frente— de que es fiebre glandular. Nadie sabe nada de esa enfermedad. No hay más cura que la madre naturaleza. ¡Ay, por Dios! —Cogió la muñeca de Louisa entre sus dedos helados—. ¡El pulso débil! ¡Es sumamente contagioso! Tienen que sacarla de aquí enseguida. Hay un excelente hospital de aislamiento no muy lejos. Con su consentimiento, señora Hamilton, tomaré de inmediato las medidas pertinentes.

Louisa oyó a Milly suplicar al otro lado de la puerta.

—Deja que la vea, mamá. Solo serán cinco minutos. Debe de estar destrozada.

—Te prohíbo que entres en la habitación de Louisa —aulló Gloria—. Está totalmente vedada. La fiebre glandular no es un resfriado común: es una enfermedad muy infecciosa. ¿Quieres pillarla y perderte toda tu primera temporada después de todos los planes que hemos hecho? ¿Tus vestidos nuevos? ¿El Claridges? Hicimos la reserva hace meses. La comida, las flores, las invitaciones... No podemos renunciar a todo eso.

Milly murmuró algo.

—Venga, cariño... Olvídate de Louisa... ¿Vamos de compras?

Louisa estaba acostada entre las sábanas húmedas, demasiado débil para levantar la cabeza. Sus padres estaban de pie junto a la ventana saliente. Ella tensó todos los músculos para oírlos.

—El hospital de infecciosos está totalmente descartado. —Su padre se estaba mostrando obstinado y extraordinario—. Son lugares horribles. Si Louisa pilla algo fatal allí nunca me lo perdonaría.

—Pero tenemos que hacer algo con ella, Arthur. —Gloria sonó estridente e

impaciente—. No puede quedarse aquí. Sabes cuánto hemos invertido en ropa y joyas para la fiesta de presentación.

El silencio se extendió por la habitación como la asfixiante niebla gris verdosa de Londres.

—Acabo de tener una gran idea —dijo Arthur despacio—. No creo que funcione, pero estamos desesperados. —Guardó silencio unos minutos—. ¿Qué hay de mi padre?

—¿Edward Hamilton? —Solo el diamante talla el diamante—. ¿Estás pensando en subir a nuestra hija enferma en un barco hasta Calcuta?

—Por supuesto que no, Gloria. Nunca escuchas una palabra de lo que digo. Mi padre se retiró del servicio diplomático al morir mi madre. Regresó a Larkwood House en enero.

—¡No me digas! —El flequillo de Gloria le rebotó en la frente—. Nunca se molestó en volver para los funerales de ninguno de sus padres...

—No saquemos ahora esta historia familiar. Sabes perfectamente que la contienda entre él y sus padres nunca se resolvió. Siempre se ha negado a hablar de ello. Cuando me enviaron a Eton, recibí instrucciones estrictas de no ponerme nunca en contacto con mis abuelos. Y ellos nunca mostraron ningún interés en conocerme.

—¿Se ha molestado Edward en ponerse en contacto contigo desde que volvió?

—Comimos juntos en el White's...

—¿Y por qué no los has invitado a Eaton Square?

—Estaba ocupado. Nos invitará a Larkwood más adelante esta primavera... Ha hecho instalar calefacción, ha contratado a personal nuevo y ha empezado a pintarla.

—¿Y qué? Aunque tenga previsto quedarse, ¿qué relación guarda con esto? Él y Juliet no asistieron a nuestra boda. Solo enviaron un telegrama y

un ridículo ramo de flores. Y sus nietas..., apuesto todo el té de China a que ni siquiera sabe cómo se llaman.

—Le di una fotografía de las niñas cuando nos vimos... Tal vez ahora sea el momento de restañar las heridas.

—¡Santo cielo, Arthur! No estarás sugiriendo...

—Pediré a Edward que tenga a Louisa unos días. Unas semanas. Lo que tarde en recobrase.

—¿Cómo? ¿En ese viejo y lúgubre lugar lleno de habitaciones espeluznantes?

Louisa tuvo un escalofrío, pese al calor húmedo de la cama. Se acordaba vagamente de que sus padres habían ido a los funerales, y de cómo Gloria se había quejado de la lluvia, de los jardines lúgubres, del frío, de la casa abandonada, y había jurado no volver nunca más mientras viviera.

—Hampshire tiene fama mundial por su aire saludable. —Arthur se mantuvo firme—. Y a Edward tal vez le siente bien tener compañía. Probablemente estará dando vueltas por Larkswood como un alma en pena.

—¡No me gusta ni un ápice la idea!

—¿Tienes una solución mejor, Gloria?

—Sabes que no. —El flequillo se quedó quieto—. Bueno, si Edward acepta, Louisa no podrá ir con mi doncella. Maria podría acompañarla a Hampshire con Charlie en el Daimler mañana por la tarde, antes del té. Pero solo como acompañante para el viaje. ¿Me has oído, Arthur?

—Por supuesto. Me ocuparé de que Louisa tenga una enfermera privada en cuanto llegue a Larkswood. Pero primero necesito consultárselo. —Y añadió con una voz poco más alta que un susurro—: Deja que hable ahora con ella.

—Recuerda, Arthur Hamilton, que esta idea descabellada es tuya. No me eches la culpa si todo sale mal.

Gloria se puso bien la blusa de encaje y se pasó una mano por el cabello

desordenado. Admiró por un instante su imagen reflejada en el espejo de cuerpo entero de Louisa, en particular su perfil izquierdo. Luego cruzó la habitación malhumorada y dio un portazo.

Louisa observó cómo su padre miraba Eaton Square, jugueteando con los gemelos de plata que ella sabía que odiaba. Eran un regalo de Gloria, y ella insistía en que se los pusiera cada mañana, tanto si quería como si no. Intentando comportarse como una adulta valiente, reunió todas sus fuerzas.

—Os he oído.

—Lo siento, hija mía. Creía que dormías. —Arthur parecía avergonzado. Se sentó a los pies de la cama—. ¿Qué te parece mi pequeño plan? Me quedaré destrozado de verte partir, pero tu madre está armando tanto alboroto...

—Prefiero ir a casa del abuelo que a un horrible hospital.

—¡Estupendo! Sabía que no te importaría. Llamaré a Edward ahora mismo.

—Papá...

Ya en la puerta, Arthur se volvió hacia ella.

—No me importa ir unos días, o incluso una semana. Pero, por favor..., más no.

—Confía en mí. Enseguida te pondrás bien. —Arthur titubeó, con el rostro pálido, los ojos brillantes y penetrantes—. ¿Te acordarás de coger la máscara antigás? —Le dedicó una sonrisa lánguida—. Sé que soy un soldado espantoso. Tu madre y yo superamos juntos la Gran Guerra, pero yo tuve que someterme a una horrible operación del oído. Cuando esta guerra empiece, no podré ser un as de la aviación ni nada heroico. Me uniré a la ARP y haré todo lo que pueda como patrullero de ataques aéreos. —Se mordió los labios—. El gas tóxico..., su efecto puede ser devastador. Sé que en Larkswood estarás a

salvo y tengo la certeza de que Edward cuidará de ti. Pero llévate la máscara antigás, Louisa. ¿Lo harás por mí?

—Es horrible y huele fatal, pero por supuesto que lo haré, papá.

—¡Esa es mi audaz y sensacional hija!

La puerta se cerró con un chasquido vacilante, dejando a Louisa sola.

Se recostó sobre las almohadas. Las sábanas calientes estaban enmarañadas alrededor de ella; todo le daba vueltas. El sudor le caía por la frente, le corría por debajo de los pechos.

¿Qué podía haberle dicho a su padre? ¿Qué le aterraba separarse de él y de Eaton Square? No es que esperara con ilusión la interminable ronda de fiestas estúpidas con setas malolientes llamadas James, pero irse a Larkswood era como vivir en un país extranjero con un desconocido.

Todo parecía peor porque su padre había hablado de la Gran Guerra. Casi nunca la mencionaba.

Los dos hermanos mayores de Gloria habían muerto en ella. El tío Stephen en septiembre de 1914 en la batalla del Marne. Quizá había salvado París de la ocupación alemana, pero a él no lo había salvado. Y al cabo de un año el tío Leonard murió en la segunda batalla de Ypres, cuando los alemanes utilizaron por primera vez gas tóxico con un efecto devastador.

Los padres de Gloria murieron en 1916 con pocos meses de diferencia, ella siempre decía que de pena. Había heredado la considerable fortuna de la familia junto con todas las propiedades, pero Louisa nunca había conocido a sus tíos o a sus abuelos.

Y detestaba la Gran Guerra por haberles arrebatado la vida.

Ahora la enviaban a vivir con un abuelo al que no conocía.

1939

Edward casi no pudo contener su euforia cuando sonó el teléfono y resultó ser Arthur. Había esperado que su hijo diera el primer paso, pero nunca pensó que lo haría. Y allí estaba de pronto pidiéndole un favor. Acoger a su nieta bajo su techo. La horrible e impredecible fiebre glandular podía dejar postrado a cualquiera durante semanas. Solo se curaba con el tiempo.

Edward sacó la fotografía que Arthur le había dado. La había guardado en el cajón del escritorio cuando volvió de Londres aquel día, escondiéndola entre sus preciosas cartas de la India.

Louisa parecía una joven interesante. No era tan guapa como la hija mayor, pero a Edward le gustó el gesto de la cabeza, la sonrisa tímida, los hermosos ojos negros. Dio las gracias al cielo por no haber huido esa primera mañana en Larkswood y regresado a la India. Habría sido una reacción cobarde. Tenía que lidiar con los problemas domésticos antes de escapar, para que cuando por fin se marchara lo hiciera sin cargo de conciencia.

Nadie sabía mejor que él lo que era ir por la vida con sentimiento de culpa.

Al despertar en Larkswood aquella primera mañana Edward se había maravillado del silencio. Estaba acostumbrado al ajetreo de las primeras horas del día en la India. El almuecín llamando a la oración desde la mezquita del bazar. Los gallos cantando en el patio del servicio. Los cuervos graznando en los árboles. El pájaro *mynahj* con su furioso silbido Los

jardineros barriendo los caminos. El reconfortante tintineo de las tazas en manos de los criados.

En Larkswood el mundo se hallaba amortiguado bajo la nieve.

Al descorrer las cortinas desteñidas había visto los jardines cubiertos de la luz blanquecina del sol, asombrosamente hermosos. Había salido para conocer al jardinero jefe, el señor Matthews, y a su aprendiz, el joven Thomas Saunders. La perfecta asociación. Edward supo inmediatamente que eran personas de confianza, lo que pesó en su decisión de quedarse. Regresó al interior de la casa y disfrutó de un desayuno copioso: gachas, compota de fruta, arenques ahumados, tostadas con mermelada, dos jarras de café... y aún no sació el hambre que el aire fresco había despertado.

En ese momento la tímida ama de llaves entró para comunicarle que se marchaba; solo había estado esperando que regresara, pero en Londres la reclamaba su familia. Disimulando su alivio, Edward le dio las gracias educadamente y le pagó más dinero del que ella le pidió. A continuación contrató a personal nuevo que se abrió paso con esfuerzo a través de la nieve para conocerle. Tuvo la suerte de encontrar a la señora Humphrey, una cocinera rolliza y afable con experiencia, quien le recomendó a dos criadas, Vicky y Martha, ambas jóvenes aunque ya habían trabajado juntas anteriormente. Con eso bastaría por el momento. Le pediría a Jimmy que se ocupara de las tareas más pesadas y lo llevara en el automóvil cuando se fundiera la nieve. No necesitaba mucho servicio si vivía solo. No entraba en sus planes organizar fiestas o invitar a la familia real.

Para empezar, allí no conocía a nadie. Cuarenta y dos años eran toda una vida. No recordaba a ningún vecino, y se sentía demasiado avergonzado para presentarse a sí mismo a la aristocracia rural. No era precisamente el hijo pródigo que regresa al seno de su familia...

Se preguntó si quedaba alguien en Hampshire que recordara las fiestas que

solían dar sus padres, las cenas con champán, las veladas musicales. Él no podía competir con ellos. No sabría por dónde empezar. De todos modos, las cosas se podían torcer en las fiestas. Se podían torcer mucho...

Dios, por favor, no le permitas recordar.

Se quedaría en Larkswood un par de meses. No sería algo definitivo. No podía imaginarse volviendo la espalda a la India de forma permanente, sin volverle a ver. Esa misma mañana, a la hora del desayuno, había recibido una carta suya. Se tragó los huevos hervidos en un santiamén y se llevó las valiosas hojas al despacho, donde las leyó sorbiendo ruidosamente un brandy. Guardaba una botella escondida en el escritorio para las ocasiones especiales.

Esas dosis de la India eran duras para el estómago. Era casi como si oliera el lugar mientras leía la carta. Casi como si lo oliera a él: el aceite de coco para el cabello, el olor a pino de la loción para después del afeitado. Recordaba cómo arrugaba la nariz cuando bebía gin fizz. Edward sentía tantos deseos de estar de nuevo con él que le resultaba doloroso. Volver a mirarlo a los ojos, oírlo reír.

Por supuesto, era imposible que él regresara a Inglaterra. No podía dejarse ver de nuevo por ahí. De modo que dependía de Edward volver cuando estuviera preparado, para continuar donde lo habían dejado.

En la India la gente conocía a un Edward Hamilton diferente. El devoto marido de Juliet ahora viudo. De vida ordenada, leal, con una reputación impecable en la Administración pública. Un hombre al que se le podían confiar secretos de Estado. Un hombre en el que se podía confiar y punto. Ir allí le había permitido lograrlo.

Convertirse en una persona sin pasado.

En febrero, después de las nieves, había estado varias veces en Londres. Al principio fue desconcertante. No se orientaba, apenas recordaba las calles. Pero se obligó a recorrer Mincing Lane. Santo cielo, cuántos recuerdos

acudieron a su mente... Allí era donde había trabajado, donde iba a ser el Gran Jefe Blanco, antes de que todo se torciera. La última noche que salió por la puerta no tenía ni idea de que no volvería a poner los pies allí. Nunca tuvo oportunidad de despedirse de sus empleados.

Había sido tan apuesto e inteligente. Tan presuntuoso, con su ropa elegante y su buena presencia... Tan insufriblemente joven.

Para acabar con los recuerdos, para aplastarlos bajo un presente que intentaba ser bueno, se inscribió de nuevo en su viejo club, el Boodles, en el número 28 de Saint James's Street. A Edward le encantaba el nombre, siempre le hacía reír. Edward Boodle había sido en otro tiempo el maître. Seguramente había sido tan excepcional que todo el club de caballeros había adoptado su apellido. Edward sintió un gran alivio cuando volvió a ver el club, todavía en pie después de tantos años, en el mismo edificio elegante. Y, como era de esperar, lleno aún de cazadores de zorros. No es que Edward aún montara a caballo. Había sufrido una caída hacía cinco años y casi se había partido el cuello. Las jaquecas le habían durado meses: peores que las migrañas, lo dejaron incapacitado. Juliet no volvió a dejarlo montar la potra.

Menos mal que la Gran Guerra no había derruido el club. Se sintió orgulloso de ser inglés cuando cruzó la puerta. Todavía servían su postre tradicional, el Boodle's Orange Fool. Bizcocho, nata y puré de grosella espinosa. Delicioso. Edward se relamió los labios y pidió una segunda ración, guiñándole un ojo al camarero mientras le daba una brillante moneda y observando cómo al muchacho le centelleaban los ojos.

Vio varios rostros de políticos que reconoció vagamente de los periódicos, pero no se acercó para presentarse. Todo el mundo hablaba de la guerra, lamentándose y quejándose. No se respiraba alegría, diversión ni *joie de vivre*. Los jóvenes parecían viejos. Los viejos, decrepitos. Cuando Edward se cepilló el cabello antes de acostarse, satisfecho de lo abundante y plateado

que lo tenía y orgulloso de su perfecta ondulación, confió en aparentar menos de cincuenta años aunque ya tenía sesenta y dos.

Una noche, al salir del club para coger el tren, se cruzó en la puerta con Winston Churchill, impecable con su sombrero, un traje bien planchado y guantes claros. Oyó esa voz famosa con su ceceo característico pedir una botella de Møet. Se habría presentado, pero Churchill iba acompañado. De miembros de su gabinete, probablemente. Humo, conversación, susurro de hojas de periódico. Edward sintió una oleada de orgullo. Tal vez se alegraba de estar por fin en su país, donde estaba la acción.

O eso pensó.

Hasta que se vio atrapado en la peor tarde de su vida.

Después de comer había salido a dar un paseo y había pensado en la India, reflexionando con calma. Se detuvo en uno de los callejones caros que había junto a Bond Street para admirar unos chalecos cosidos a mano. Se probó tres, compró dos, y mientras observaba cómo se los envolvían con destreza pidió que le enviaran el paquete a Larkswood.

Cuando salió a Piccadilly se vio inesperadamente envuelto en una niebla muy espesa que parecía haber surgido de la nada. Podía probarla en los labios y oler su hedor nauseabundo: cadáveres flotando en el Támesis, fétidos pedazos de queso. Parpadeó mientras los efluvios le irritaban los ojos.

Asustado, retrocedió rápidamente por la calle para detener un taxi y levantó el brazo para asegurarse de que el sombrero seguía en su sitio.

De pronto lo único que podía ver era la humeante panza de un caballo y el despiadado ruido de sus cascos.

Oyó gritar a una mujer.

¿Se dirigía a él?

Se vio tumbado en el suelo con sangre en la boca, sintiendo el cuerpo

pesado y entumecido, demasiado aturdido para moverlo.

Un rostro lo miraba burlón.

Edward lo miró entrecerrando los ojos.

—Qué demonios... —decía el rostro—. Que me maten y me arrojen a los leones si no es el cerdo apestoso de Edward Hamilton. Creíamos que la India te había engullido, de lo cual nos alegramos...

Edward jadeó e intentó tragar saliva. Se llenó los pulmones de niebla. Se atragantó con la sangre, y tosió y escupió.

—¿Simon Manners? —Empezó a caerle sangre por la barbilla—. ¿Me podrías ayudar a levantarme?

En el rostro apareció una hilera de dientes blancos. En efecto, era Simon Manners, el primo lejano de Edward, a quien no había visto desde..., bueno, desde que todo se torció. Todavía atractivo, con ese aire bohemio, recibiendo cosas que no merecía... Eso había enfurecido a Edward muchos años atrás. Un bigote con las puntas enroscadas hacia arriba, loción de olor intenso para después del afeitado, abrigo de piel de camello color arena. Parecía más que próspero, maldita sea. Se había hecho rico rápidamente con el dinero de los Hamilton, aunque los Manners —Simon y su hermana gemela, Marion, entre ellos— eran del lado pobre de la familia...

—¿Ayudarte a levantar? —El rostro seguía burlándose—. ¿Por qué demonios iba a hacerlo? Después de lo que hiciste, creo que donde mejor estás es debajo de un caballo... Si te quedas allí tumbado el tiempo necesario otro bruto te pisoteará las entrañas... Pondrá un toque final a la vida enferma de un hombre enfermo, ¿no te parece?

Edward volvió el rostro. Intentando respirar, tragó un puñado de grava. La escupió.

—Por favor —farfulló. Se notaba las piernas demasiado débiles para

sostenerlo; todo él temblaba del shock y de dolor—. Que me tiendas una mano... Eso es todo lo que pido... A cambio te daré lo que quieras.

Simon Manners se agachó un poco más.

—Ya me ofreciste eso una vez, viejo amigo... En medio de un campo de Larkswood... ¿Lo recuerdas?

Edward trató de asentir. ¿Cómo iba a olvidarlo? Parpadeó, recordando de pronto el rostro de Juliet, los cristales rotos en la terraza. En aquel momento anheló yacer junto a ella en su tumba.

—¿Me estás ofreciendo en serio que vuelva a hacerlo? —persistió el rostro.

Edward aferró la mano de Simon, gruesa y pesada con su guante de cuero forrado de piel.

—Sí, yo... Puedes pedirme lo que quieras.

—De acuerdo. Trato hecho.

Simon Manners tiró de Edward hasta dejarlo sobre sus pies inestables.

—He echado el ojo a una nueva querida despampanante que me va a costar una fortuna en pieles y zafiros.

Edward se tambaleó en medio de la niebla espesa que se arremolinaba alrededor de sus oídos.

—Por favor, llévame de nuevo al Boodles. —Se palpó el rostro ensangrentado, furioso a causa de la humillación, aturdido del alivio y aborreciendo al hombre que tenía a su lado—. Y pediremos la copa de brandy más grande del mundo.

Detuvieron un taxi y, sentados aparte, guardaron un violento silencio mientras el tráfico avanzaba despacio a través de la niebla. En el club, Edward le pidió a una de las criadas que le limpiara la cara, haciendo una

mueca de dolor ante el roce de sus manos, y recordó cómo su hermana Cynthia siempre conseguía que todo fuera mejor...

Se cambió. La ropa hedía a niebla, a excrementos y a calles embarradas. Se puso un traje de etiqueta y corbata negra en un intento de recuperar la dignidad, aunque se moría por acostarse. Luego se sentó ante su escritorio y sacó el talonario. Pensó en una cifra y la dobló. La convirtió en guineas e hizo una mueca mientras firmaba.

Cuando bajó, todo él amoratado y dolorido, encontró a Simon Manners arrellanado frente a la chimenea, con una copa de brandy en la mano y la botella a su lado.

—Veo que te has puesto cómodo. ¿Por qué no? —Edward sabía que Manners había cargado la botella a su cuenta. Se dejó caer aliviado en la butaca de cuero, alegrándose de estar vivo.

Simon Manners sirvió una copa y se la pasó.

—¿Y bien? ¿Qué hay del trato, viejo amigo? Apoquina.

Edward se llevó una mano al bolsillo y sacó el talón.

—Eso debería bastar.

—Hummm... —Manners lo miró y se lo guardó rápidamente en el bolsillo—. Por el momento serviré. —Lleno de suficiencia, dejó ver un destello de dientes blancos—. Siempre puedo volver por más. Tenemos previsto quedarnos aquí toda la temporada, ¿no es cierto? Una palabra en el oído adecuado...

—Escúchame bien. —Una oleada de cólera inundó el corazón de Edward—. Sé que lo que hice fue imperdonable, pero he pagado por ello. Toda la vida he estado pagando por ello. Y ahora estoy intentando ser un buen hombre...

—¡Todavía hay milagros!

—Y tú me vas a dar una oportunidad, ¿entendido?

Varios miembros del club dejaron de hablar y los miraron desde sus butacas de cuero.

Edward bajó la voz.

—Vas a permitirme demostrar al mundo que estoy arrepentido... De verdad que lo estoy. Vamos, Simon... Ten compasión.

—Mira quién habla. —Manners se llenó de nuevo la copa, pasando por alto la de Edward—. Tú destrozaste mi corazón sin compasión y lo sabes. Nunca superé...

—Por el amor de Dios. —A Edward le dolía la cara. Recordó la panza del caballo alzándose sobre él—. Tú y Marion me sacasteis una pequeña fortuna. Tuve que saquear la caja fuerte de mi padre. Un año entero de suministro de té y jerez... Y un elegante viaje por Europa, por si fuera poco. Los dos hicisteis una buena boda... Tengo entendido que Marion se ha vuelto irresistible con su título y sus tierras en Yorkshire. Y salta a la vista que a ti no te va mal.

Manners se echó hacia delante.

—No se trata de eso. —Parte de su barniz pulido parecía haber desaparecido. Sacó del bolsillo un pañuelo manchado y cayó al suelo una pequeña fotografía color sepia.

Edward se agachó para recogerla. Intrigado, la miró. Luego la examinó con más detenimiento.

—¡Dios mío! —exclamó—. Es Cynthia.

Manners se la arrebató de las manos.

—¿Y qué? ¿Qué pasa si lo es, maldita sea?

Edward exhaló un suspiro.

—¿Has guardado esa foto en el bolsillo cuarenta y dos años?

Se recostó en la butaca con el corazón atenazado y el brandy escociéndole la garganta. La culpabilidad pareció inundar cada palmo de su cuerpo.

—Mira, no tengo palabras para expresar... —Tragó saliva—. ¿Por qué no te quedas a cenar? Invito yo.

Después de haber hablado de forma esporádica mientras daban cuenta de una sopa excelente, costillas de cordero y una gran cantidad de Merlot, Manners accedió por fin a no abrir la boca.

—Puedes disfrutar de tu temporada londinense, maldita sea... No diré una palabra de tu abominable pasado... —Se levantó tambaleándose, con las mejillas rosadas por el vino, los ojos enrojecidos por el esfuerzo de mantenerlos abiertos—. A decir verdad, estoy harto de todo ese sórdido asunto. ¿Quién diablos quiere removerlo todo ahora? Eso no nos devolvería a Cynthia... Una lástima.

—El mal ya está hecho —murmuró Edward—. Es irreparable. —Estrechó la mano de Simon Manners en la puerta del Boodles—. Aunque daría cualquier cosa por cambiarlo.

Edward se despertó al día siguiente con un chichón azulado del tamaño de un huevo en la frente, el labio hinchado y una fuerte jaqueca. Cogió el primer tren a casa. Cuando Jimmy lo recogió en Haslemere, miró el estado de su cara y no dijo una palabra.

Edward se ruborizó pero no dio explicaciones.

Una vez en su dormitorio, maldijo el día que había nacido. Había quedado con Arthur dentro de una semana. Quería tener buen aspecto para su hijo. Pero era mejor estar magullado que muerto. Era curioso que hubiera acudido Simon Manners en su auxilio. Precisamente él...

Rezó para que mantuviera su promesa. Si no lo hacía Edward estaba acabado. Si llegaba a sus oídos el más pequeño rumor —y sería en Londres,

de eso podía estar seguro—, pondría pies en polvorosa y regresaría inmediatamente a Calcuta.

Una semana después, ya con mejor aspecto, quedó con Arthur en el White's para comer.

Arthur comentó que ese siempre había sido su club; muy elegante y aristocrático, con una suscripción anual elevadísima. Gloria aprobaba que fuera socio. Al principio Edward se sintió incómodo. Hacía años que no veía a su hijo y no encontraba puntos en común. Parecía mucho mayor. Tenía arrugas en el entrecejo, movía las manos nervioso, y estaba obsesionado con el gobierno y muy preocupado por la guerra.

—Ven a tomar el té a Eaton Square —le dijo con tono intranquilo.

Pero a Edward le entró el pánico y puso excusas, y dejó a Arthur plantado en cuanto se tomó un café solo.

Así pues, el hecho de que Arthur le hubiera pedido que cuidara de Louisa era el mayor cumplido que podría haberle hecho. Edward estaba desesperado por no decepcionarlo. Por fin tendría un objetivo. Asegurarse de que su joven nieta se recuperara. Estaba resuelto a hacer de su estancia una experiencia inolvidable. La mejor comida, la mejor enfermera, lo mejor de todo. La tranquilidad inigualable de Larkswood, la luna y todas sus estrellas.

Podría instalarse en el dormitorio verde recién decorado. En cuanto colgó el teléfono, Edward subió las escaleras para inspeccionarlo. Pediría a las criadas que lo repasaran, y que pusieran una pastilla de jabón Bronley de helecho inglés en el cuarto de baño junto con toallas nuevas y mullidas, y una cesta de violetas en la mesilla de noche.

El joven Saunders podría preparar una a propósito.

Su Juliet se habría sentido orgulloso de él. Siempre decía que era un anfitrión excelente.

Gracias a Dios, casi se había olvidado de Simon Manners. Arrinconó en su mente aquella tarde y se negó a recordarla.

Casi daba brincos de emoción.

Louisa Hamilton estaría con él al día siguiente.

Domingo, 19 de marzo de 1939

Mi queridísima Lou:

No puedo creer que te hayas ido a Larkswood. Acabo de entrar en tu habitación. Está tan fría y oscura. ¡Con esas horribles cortinas grises! La cama está pulcramente hecha, con los cojines tiesos como soldados. La chimenea está apagada y el bonito vestido que llevaste a la Corte cuelga de la puerta, triste y sin vida.

Te echo muchísimo de menos. No nos hemos separado desde el día que naciste. ¿Qué voy a hacer sin ti?

Cuando te fuiste, tomamos un té mustio. Mamá hizo trizas el bizcocho de jengibre y tragó unas migas sin parar de mirar hacia tu silla vacía. Creo que se sentía muy culpable por haberte dejado marchar.

Papá pasó por alto el nerviosismo de mamá. Divagó sobre Churchill y por qué el gobierno no presta atención a sus advertencias. Mañana, dijo, el primer ministro Chamberlain cumplirá setenta años y debería dimitir con dignidad. Mamá dijo que a ella le gusta Chamberlain porque siempre se le ve tan «pulcro y atildado, con sus cuellos de puntas y sus pantalones a rayas».

¡Y con eso bastó! Papá gritó: «¡Pero que sea pulcro y atildado no hará que ganemos la guerra, Gloria! Chamberlain no sabe nada de asuntos extranjeros. ¡Ahora ya es demasiado tarde para que aprenda! Necesitamos

que Churchill nos lidere. ¿Por qué este país no tiene sentido común?». Luego se marchó al White's y no volvió hasta medianoche.

Mamá no se cansa de hablar de nuestra presentación en la Corte como si fuera lo único que le ha pasado en toda su vida. Dice que la gente no para de llamarla para decirle lo guapas que estábamos y lo orgullosa que debe de sentirse de tener dos hijas tan deslumbrantes, pero yo solo he oído sonar el teléfono una vez esta tarde. Era el abuelo, para asegurarse de que ibas a ir.

Escribeme y cuéntame cómo es, Lou. ¿Es un gran ogro gruñón con barba desaliñada y una vieja pipa maloliente? ¿Se ha traído consigo muchos criados indios? Estoy deseando saber.

Espero que Charlie conduzca con cuidado. Te vi tan pálida y desamparada cuando bajaste de tu habitación... Y cuando nos dijiste adiós con tu pequeña mano enguantada desde el Daimler, me eché a llorar. En cuanto te encuentres mejor, Maria y yo iremos a buscarte. Le he hecho prometerlo a mamá. Ha sido muy dura prohibiéndome verte, así que es lo mínimo que puede hacer.

Acabo de darme cuenta de que Maria se ha olvidado de meter tus libros y tus pinturas en la maleta. Espero que no te sientas sola sin ellos. Estarás en casa antes de que te enteres. Y no te olvides de nuestro baile en el Claridges el 12 de abril. Estoy contando los días. Debes de estar mejor para eso. Por favor, Lou, ponte bien pronto.

Con todo el cariño, mío sobre todo,

MILLY

P. D.: ¡Mamá dice que debo de dejar de pasearme por tu habitación como un fantasma! Mañana iremos de compras a Bruton Street, donde Norman Hartnell diseña los vestidos más bonitos. Los lleva incluso la reina. En estos momentos el color está de moda. Rojo regencia y pedrería de turquesa, ¿no

te suena? Mañana por la noche iremos al Gran Baile Centenario del Royal Albert Hall. Tocarán Billy Cotton y su orquesta. Se supone que será muy divertido. Y el miércoles mamá tiene entradas para La alegría de vivir de Noel Coward, protagonizada por Diana Wynyard y Rex Harrison. La hacen en el Haymarket Theatre, lo que es muy emocionante. Y la semana siguiente iremos a ver El francés sin lágrimas de Terence Rattigan. Es su primera obra y ya es un éxito.

El pesimista de papá dice que más vale que vayamos al teatro mientras podamos, porque una vez que empiece la guerra el gobierno los cerrará. ¡Por favor! Los actores tienen que vivir de algo, ¿no? La vida no se detendrá solo porque unos estúpidos soldados estén tirando bombas. La función debe continuar.

Todo empezó con la fiesta. Harriet no podía creer lo guapa que estaba con su vestido de seda color crema, y su cabello moreno hábilmente trenzado por Norah y recogido en un moño brillante. Su hermana mayor, Cynthia, era la verdadera belleza de la familia, con sus rizos rubios y su maravillosa voz, ideal para el canto. Pero Norah, acariciando la mejilla de Harriet, le dijo que debía bailar con todo el mundo ahora que había crecido tanto. Norah, la criada predilecta de las dos hermanas, había formado parte de la familia Hamilton durante casi dos años. A diferencia del resto del servicio, vivía en una casa del pueblo con su joven marido, Paul, y su madre. Siempre hacía reír a Harriet con sus historias de los vecinos y los cotilleos del pueblo.

Aquel sábado de julio se trataba de una celebración doble. Sus padres, Desmond y Antonia, que se pasaban la vida viajando al extranjero, partían al día siguiente a la India. Dejaban a Edward, el hermano mayor de Harriet, a cargo de sus hermanas en Larkswood, y de los negocios familiares en Mincing Lane, Londres. Los Hamilton eran prósperos importadores de té y jerez. Edward, líder nato con una cabeza privilegiada para los datos y las cifras, era el ojito derecho de Antonia. Harriet también lo adoraba. Esperaba que se fijara en su vestido de fiesta y quizá incluso que bailara con ella sobre el cuidado césped de Larkswood.

Nerviosa y emocionada, Harriet bajó despacio las escaleras antes de que llegaran los invitados notando el roce de la falda larga sobre los muslos. Resplandeciente, luminosa e impecable, Larkswood estaba en su mejor

momento. La pequeña orquesta que su padre había contratado para la velada afinaba los instrumentos en el jardín, delante del invernadero. Las mesas del comedor crujían bajo el peso de platos tentadores y de copas listas para recibir el mejor champán. Criados elegantemente uniformados encendían las velas de las ventanas. Los reflejos de las llamas titilaban y danzaban.

Aunque Harriet y sus hermanos habían nacido en Larkswood, ella a menudo tenía la impresión de que sus padres estaban impacientes por alejarse de ellos. Cuando Desmond y Antonia no estaban viajando por el extranjero por motivos de negocios, se encontraban en Londres, en las oficinas de Mincing Lane. Se jactaban de no haber pasado una noche separados desde el día de su boda. Desmond decía que no podía dormir si no era con Antonia a su lado. Cuando estaban en Larkswood, el ruido que hacían al tener relaciones sexuales a media tarde traspasaba la puerta del dormitorio. Ruborizados y avergonzados, los niños y los criados pasaban corriendo por delante, tapándose los oídos.

Desmond era un empresario impaciente y mordaz con un genio de mil demonios. En público lograba controlarlo, pero en Larkswood le daba rienda suelta. Si le desagradaba un criado lo despedía en el acto. Les daba tres grandes comidas al día y cerveza en abundancia, pero solo para exigirles más.

A Desmond le encantaban los caballos y tenía un gran establo, pero detestaba los animales en el interior de la casa. En la India un amigo suyo había muerto por una mordedura de un pomerania que tenía rabia. Desmond nunca olvidó el incidente. El día anterior había sorprendido a una criada dando leche a un gato callejero. Ahogó a la pequeña criatura en el lago y despidió a la criada. Harriet oyó a un mozo de cuadra decir que la criada había tenido suerte de escapar; de haber tenido media oportunidad, el señor Hamilton también la habría ahogado.

A los tres hermanos los crio una niñera que se marchó cuando Harriet tenía doce años; fue reemplazada por una institutriz que era francesa, delicada e intelectual, y por un ejército de criados. Edward había estudiado en Eton, pero a los diecisiete años se puso a trabajar en el negocio familiar. La adoración que Antonia sentía por él aumentó. Los ojos de Desmond se endurecían de celos cuando ella lo llamaba «mi querido hijo» y él siempre encontraba una excusa para darle una paliza.

La predilecta de su padre era Cynthia, la hija que era incapaz de hacer algo mal, con cuyo cabello dorado él jugaba y cuya sonrisa anhelaba. A ella no podía negarle nada. ¿Un vestido nuevo encargado especialmente en Londres? ¿Otra pulsera con dijes que había visto en la tienda del pueblo? Ella solo tenía que pedir. ¿Un nuevo profesor de canto? Benedict Nightingale era el mejor de Hampshire. El señor Nightingale acudía tres veces a la semana y luego se quedaba a comer. Se le trataba como a un huésped de honor y se le pagaba el doble de su tarifa habitual.

Si Edward se jactaba de tener cabeza para los datos y las cifras, Cynthia sentía la música en cada poro de su piel. Leía las partituras como si se trataran de un libro, y le bastaba con oír una melodía una vez para memorizarla y tocarla al piano sin que nadie se la enseñara. Tenía unos dedos de una flexibilidad y un alcance asombrosos. Ella cerraba los ojos y sabía dónde estaban las teclas sin necesidad de mirarlas.

Pero cuando cantaba, Larkswold se detenía a escucharla.

—Esa hija mía —decía Desmond— tiene la voz pura de una alondra. Se eleva en un glorioso vuelo desde la insulsa tierra. Escuchen a esta hija mía.

Como si Cynthia fuera la única hija que tenía.

Harriet los seguía, la última de la cola.

La preferida de nadie.

Deseosa de demostrar lo que valía.

Harriet era una joven lista y perspicaz. Solo tenía que leer dos veces un poema corto para aprendérselo de memoria. Hablaba un francés impecable y se sabía el nombre en latín de todas las flores. Era una jardinera excelente. En sus habilidosas manos las hierbas aromáticas y las rosas crecían en exuberante abundancia. Pero no era tan guapa como Cynthia. El cabello, de un castaño tirando a oscuro, le caía lacio; tenía la tez más cetrina; su cuerpo de huesos pequeños recordaba el de un muchacho.

Ese verano los pechos se le desarrollaron con unos pezones sorprendentemente rosados. Se le redondearon las mejillas y los brazos. El cabello le creció abundante y sorprendentemente brillante. Norah se lo recogía en una trenza enrollada alrededor de la cabeza, y le hacía vestidos de verano de gasa pálida que flotaban alrededor de sus tobillos. Por primera vez en su vida de marimacho, Harriet se sintió como una chica.

Poco después de que llegara Benedict Nightingale dieciocho meses antes, Cynthia confió a su hermana Harriet que quería ser cantante profesional. Benedict, alto y delgado, con una melena lacia y unos ojos castaños maravillosos, se convirtió rápidamente en un miembro más de la familia. Le dijo a Cynthia que tenía una extraordinaria voz soprano. Por supuesto, ella todavía era joven. Había que dejar que la voz se desarrollara sin trabas. Pero con el entrenamiento adecuado, la dieta correcta y el clima apropiado, podría hacer una carrera excepcional.

A la pregunta de a qué clima se refería exactamente, Benedict respondió que el sol de Florencia o Roma sería perfecto.

Cynthia no tenía ni idea de cómo iba a persuadir a Desmond para que la dejara ir. Pero Harriet sabía que cuando llegara el momento, ella lo intentaría y lo conseguiría. Harriet no podía soportar pensar con tanto tiempo de

antelación. Pronto reclamarían a Edward en el extranjero para acompañar a sus padres y conocer a sus colegas, y probar el té y el jerez con los mejores de ellos. Si sus hermanos se iban, tendría que afrontar ella sola la vida de Larkswood.

Sin embargo, aquel verano apartó de la mente todos esos pensamientos deprimentes.

Larkswood resplandeció durante semanas de sol radiante, y disfrutó de tardes cálidas y noches balsámicas y palpitantes. Cynthia se vio rodeada de pretendientes. Uno de sus vecinos, el hijo de lord y lady Parker, visitaba con frecuencia Larkswood. Se llamaba Nathan y era rubio como Cynthia, con unos asombrosos ojos castaño oscuro. Cuando cantaba a dúo con ella al piano, su profunda voz de barítono se fundía con la de soprano de ella. Tristan de Vere, el vecino de Edward en Londres, aparecía a menudo los fines de semana. Era un excelente jinete, y Edward y él cabalgaban juntos por Hyde Park; en Hampshire salían a cazar zorros; era mayor que Nathan y más rico que cualquiera de ellos, y tenía mucho más mundo. Cautivaba a Cynthia con relatos sobre sus viajes por Europa, el *château* francés de su familia, los viñedos y los vinos magníficos.

Sus primos, los gemelos Simon y Marion Manners, pasaban dos meses en Larkswood todos los veranos. Edward y Marion siempre flirteaban como locos. Se hacían bromas que solo ellos dos entendían y paseaban en bote durante horas por el lago. Simon, por su parte, había sido el «prometido» extraoficial de Cynthia desde hacía años. Era miembro de la rama más pobre de la adinerada familia Hamilton y anhelaba casarse con alguien con dinero. Solo que ese último verano, la pasión de Simon por Cynthia había aumentado, mientras que los sentimientos de ella se habían enfriado visiblemente. Simon tenía competencia seria y lo sabía.

Mientras Harriet esperaba nerviosa en el vestíbulo a sus invitados observó cómo su hermana bajaba flotando las escaleras. Nunca la había visto tan guapa. Cynthia llevaba un vestido largo de chifón rosa pálido y rosas silvestres trenzadas en el cabello. Para su cumpleaños, Desmond le había regalado un collar de perlas que brillaban sobre su piel. Harriet sabía que Tristan, Nathan y Simon se pelearían por bailar con ella, y que sus rostros se endurecerían de celos en cuanto ella abandonara sus brazos. Edward, por su parte, los interrumpiría bromeando con Cynthia y reclamando sus derechos como hermano.

Desmond inauguraría la fiesta bailando con ella, mirándola orgulloso a los ojos. Edward los seguiría con Antonia, y a continuación con Marion, pero no apartaría la vista de su hermana. Y, por supuesto, el profesor de canto de Cynthia también bailarían con ella. Cuando Cynthia estaba con él, cantando o simplemente en su compañía, el brillo y la intensidad de sus ojos aumentaban. No se perdía una sílaba de lo que decía Benedict Nightingale y cantaba para él como no lo hacía para nadie más.

Aquella noche todos se enamorarían de Cynthia.

Harriet, resuelta a no quedarse excluida, también bailó. En lugar de acabar sentada tímidamente en un rincón, colorada y desesperada, se acercaría a Simon con osadía y, aunque sabía que él solo tenía ojos para Cynthia, le pediría que bailara con ella. Una vez roto el hielo, sacaría a bailar a otros amigos y vecinos. Ya armada de coraje, resultaba fácil. Al fin y al cabo era una Hamilton, una de las anfitrionas. Quería demostrar a su familia que ya no era una niña.

Toda la velada Harriet bailó como una posesa, hasta que Norah fue a buscarla a las once y le dijo que era la hora de acostarse. De mala gana, ella

subió las escaleras sin despedirse de nadie, preguntándose si advertirían su ausencia.

A la mañana siguiente, Desmond y Antonia se marcharon en medio de una barahúnda de maletas y caballos impacientes. Los criados suspiraron de alivio, y charlaron y rieron mientras recogían los escombros y ponían en condiciones la casa.

Cynthia le dijo a Harriet que Tristan le había pedido la mano, pero que ella no estaba segura de si quería casarse con él. Estaba pálida y cansada tras las celebraciones de la noche anterior. Nathan le envió una cesta de rosas amarillas con una tarjeta a «la joven más hermosa del mundo». Cynthia sonrió lánguidamente a su hermana. Sosteniendo una de las rosas entre los dedos, arrancó los pétalos y los dejó caer a sus pies. Luego dijo que tenía donde escoger y fue a buscar a Edward.

Una semana después, la institutriz se marchó para atender un apremiante asunto familiar y no fue reemplazada. En ausencia de sus padres, Edward, Cynthia y Harriet gozaron de libertad para hacer lo que se les antojara durante el día y hasta bien entrada la noche. Montaron a caballo por los campos de verano, nadaron en el agua fría y tranquila del lago, comieron fresones silvestres y se tumbaron semidesnudos al sol en sus orillas. Volcaron el bote de remos, riéndose a carcajadas, y se quitaron el agua de los ojos mientras se dejaban caer sobre la hierba caliente con los brazos y las piernas chorreando. Cogieron flores del prado y se adornaron el cabello con margaritas enlazadas.

El verano más feliz de la inocente vida de Harriet parecía no acabarse nunca.

Hasta una mañana de septiembre.

Cynthia entró de puntillas en la habitación de Harriet al amanecer, le castañeteaban los dientes y escudriñaba la penumbra con los ojos entrecerrados. Se sentó en la cama y le aferró la mano.

—Me pasa algo, Harriet. He vomitado dos veces esta mañana y aún no son las seis.

Harriet luchó por despejarse.

—Pero tú nunca vomitas...

—Esto es diferente.

Harriet se sentó, totalmente despierta.

—¿En qué sentido? Anoche cenamos salmón. Debió de sentarte mal el pescado...

—No, hermana, no lo entiendes. No es nada de lo que comí.

—Entonces ¿qué...?

—Por Dios, Harriet... —A Cynthia le falló la voz—. Llevo un bebé en las entrañas.

—¿Cómo? —Harriet sintió como si unas cuchillas le apuñalaran el corazón—. ¿Estás segura?

—Segurísima. Este mes no me ha venido. Tengo náuseas cada vez que abro los ojos... Mi cuerpo me está diciendo cosas nuevas.

—Pero ¿cuándo hiciste...? —Harriet tragó una flema amarga—. ¿Cómo?... ¿Con quién?... ¿Fue Tristan? Sé que te adora. ¿Fue Nathan? ¿O Simon? ¿Cómo bailaste en sus brazos en la fiesta! ¿Fue uno de ellos?

—No. Y no me lo preguntes más porque nunca te lo diré.

—Pero tienes que decírmelo. —Harriet pensó de nuevo en el maravilloso verano—. ¿Estás enamorada?

—No... Estaba enamorada, por supuesto. Pero todo lo que sentía por él se

ha desvanecido. Estoy tan asustada que no puedo dormir. No puedo comer. No sé qué voy a hacer.

Cynthia se levantó con esfuerzo.

—Oh, Harriet. No puedo soportarlo... Voy a vomitar otra vez.

Más tarde esa mañana Harriet se fue de Larkswood y echó a correr por la carretera que conducía al pueblo. Empujó la puerta y cerró el picaporte. ¡Menos mal! La iglesia estaba vacía. Se santiguó y se acercó a la parte delantera. Encontró su cojín de terciopelo favorito y se arrodilló en él, e inclinó la cabeza. Nadie la oyó susurrar.

—Padre nuestro que estás en el cielo. Debes ayudarme ahora. Mi hermana está en un apuro serio. No quiere decirme cuándo pasó ni con quién. Llevo toda la mañana intentando sonsacárselo. Cuanto más le pregunto más se cierra en banda. Ahora se ha ido corriendo al bosque. Tengo miedo de que se haga daño, que mate al niño.

»Norah me explicó de dónde vienen los niños hace dos años, cuando tuve mi primera regla. Me asusté y me eché a llorar. Pensé que me moriría. Norah me explicó el funcionamiento de mi cuerpo. Madre no me dijo nada, ni una palabra. De modo que sé cómo se tienen los niños..., pero nunca pensé que Cynthia tendría el suyo así.

»Edward tiene muchos amigos. Algunos han venido mucho por Larkswood este verano, sobre todo Tristan. Se presentaba todos los fines de semana y solo tenía ojos para ella. Una vez lo sorprendí besándola. Ella cantaba a dúo con Nathan Parker. Estoy segura de que él también está enamorado de ella. Le dio vueltas por la pista de baile en la fiesta y sus cuerpos se movían en perfecta armonía.

»Y luego vino unos días Simon Manners con su hermana gemela, Marion. Cynthia siempre bromeaba con Simon. Cuando él le hablaba, le pasaba una

fuente de comida o le servía vino, ella resplandecía. Ella se deshizo las trenzas para que el pelo le cayera en tirabuzones. Cabalgaron juntos todo el día y bailaron toda la noche.

»Pero los gemelos se fueron de forma repentina. Simon y Edward tuvieron una discusión feroz en el despacho de padre. Es posible que discutieran por Cynthia. Quizá Simon quería casarse con ella, pero Edward le dijo que tenía pretendientes mejores que él.

»Edward no quiso decirme de qué discutieron. Luego él se fue a caballo. Volvió a medianoche. Sé que estaba bebido porque lo oí subir tambaleándose las escaleras. Cuando abrí la puerta, el pasillo hedía a brandy. Padre bebe todo el tiempo, así que reconocí el olor.

»En Larkswood hay jardineros y mozos de cuadra atractivos. Hay un jardinero en particular que me gusta. Se me acelera el pulso cada vez que lo veo, pero es algo más joven que yo. Cynthia jamás se enamoraría de él. Sé que le gusta estar con Benedict, hay que ver lo que ha mejorado su canto bajo sus atenciones. Pero su relación es puramente profesional. Ella nunca se permitiría cruzar esa barrera...

»Sea quien sea el padre de la criatura, hay que avisarlo cuanto antes. Debe casarse con ella o arruinará su vida. Esta mañana, después del desayuno (ella casi no ha probado bocado, estoy segura de que las criadas se han dado cuenta), me siseaba entre dientes que el matrimonio era imposible y que me ocupara de mis asuntos. Me matará si le digo algo a alguien.

»Querido Dios, quiero ayudar a mi hermana pero no sé cómo. La quiero mucho. Nunca he sido importante para nadie. Por fin tengo la oportunidad de serlo para Cynthia. De ser su mejor amiga, su compañera leal. Ella quería ser cantante profesional y educarse en Italia. Yo podría haber ido con ella. Ahora ha destruido todos sus sueños. ¿Qué debo hacer?

»Muéstrame el camino. Tu camino. Tú eres el camino, la verdad y la vida.

Por favor, ayúdame ahora.

Harriet regresó a Larkswood bajo la lluvia, sin prisas por llegar. A la hora de comer no tenía apetito. Temía enfrentarse con Cynthia. Pero comió ella sola en el comedor, todo lo que consiguió tragar. Sopa de berros, pastel de pescado, gelatina de frambuesas. El almuerzo, frío e insípido, viscoso, estuvo en los platos hasta que ella se rindió y comió.

El mayordomo, el señor Powell, le preguntó si todo era de su gusto. Ella respondió que sí, pero casi se echó a llorar. Frederick Powell era unas de las personas que más apreciaba en Larkswood. Solo tenía treinta y cinco años y ya era el mejor mayordomo que habían tenido nunca. Pero ¿cómo iba a contarle lo que le preocupaba? Sería una traición. Ver su turbación sería más de lo que ella podía soportar.

Una de las criadas le dijo que Cynthia tenía jaqueca y había subido a acostarse. Había paseado demasiado rato por el bosque y había vuelto agotada. No debía molestarla.

Harriet sabía que su hermana la evitaba a propósito.

Después de comer lo que pudo, se tomó un café solo y se quedó sentada durante largo rato a la mesa, sintiéndose desgraciada, sin querer moverse. Ráfagas de lluvia golpeaban las ventanas y formaban serpientes perladas.

En cuanto el señor Powell hubo salido del comedor, Harriet se levantó, rígida y helada.

Se acercó a las serpientes y deslizó un dedo por sus lomos. Se mordió el labio y le brotó sangre, probó su sabor amargo.

Intentando decidir.

Finalmente tomó una decisión.

Fue a buscar a Norah.

Louisa se acurrucó en una esquina del Daimler, casi desfallecida. Eran las tres y media de una tarde oscura e invernal, y en el único lugar donde quería estar era en su cama caliente, cómoda y reconfortante.

Maria se había sentado tan lejos de ella como era posible. Los preparativos del equipaje y la despedida habían sido tristes. Louisa no tuvo ganas siquiera de revisar lo que Maria ponía en las maletas. Solo permanecer sentada en una silla de su dormitorio le había supuesto un gran esfuerzo. Cuando bajó para despedirse, Milly le dio rápidamente un beso antes de que la apartaran. Su padre le dio un largo abrazo. Louisa notó cómo le temblaba el cuerpo y se dio cuenta de que estaba casi al borde de las lágrimas. Él le colgó del hombro la máscara antigás, haciendo lo posible por guiñarle un ojo alegremente. Gloria se mantuvo a distancia, tapándose la boca con un pañuelo de encaje rociado de agua de colonia como si Louisa tuviera la peste.

La chica contempló el estruendoso bullicio de la vida londinense a través de la ventanilla, preguntándose si volvería a verlo. Los faroleros recorrían las calles encendiendo las farolas de gas que cobraban vida de golpe. Deseó que alguien hiciera lo mismo con ella. Aquella mañana Gloria había insistido en que se tomara Sanatogen Nerve Tonic Food, poniendo la botella en la bandeja del desayuno. No le había hecho absolutamente ningún efecto.

Mientras se alejaban de la gran ciudad, el cielo se oscureció rápidamente sobre los campos desolados y los árboles pelados. Louisa vio junto a la puerta del establo un caballo blanco muy quieto, como si estuviera paralizado,

esperando a su jinete. ¿Estarían en pleno invierno en Hampshire? ¿Cómo sería la vida allí?

Se le cerraron los párpados y se sumió en el sueño.

Luego oyó a Charlie decir:

—Ya casi estamos allí, señorita Louisa. He traído aquí a sus padres para dos funerales. En cualquier momento habrá una curva pronunciada a la izquierda.

—¿Cómo se siente, señorita? —preguntó Maria.

—Muerta de frío. —A Louisa le castañeteaban los dientes—. Y asustada.

—No tenga miedo. —Maria miró por la ventanilla—. A mí me parece una casa muy elegante. Estoy segura de que su abuelo se alegrará de verla.

Louisa se preguntó si Edward temía su visita tanto como ella.

Al final de un serpenteante camino surgió en medio de la niebla la larga y baja silueta de Larkswood House. Solo se veían unas pocas ventanas iluminadas. Charlie aparcó junto a un Rolls-Royce. Abrió la portezuela de Louisa y la ayudó a bajar. A ella le temblaron las piernas como si llevara meses sin utilizarlas. Maria arrastró las maletas hasta la puerta y llamó.

—Que tenga una agradable estancia, señorita. Debo regresar. Sir Philip Sasson da una fiesta esta noche en su casa de Park Lane. Hay un salón de baile azul y dorado con espejos. La señora Hamilton está resuelta a llevar su vestido negro sin hombros y me llevará una hora entera conseguir que entre en él.

—Sí, por supuesto, Maria, vete ya. —Louisa hizo un gran esfuerzo para controlar la voz—. Gracias por traerme, Charlie... Buen viaje de regreso.

Sin embargo, habría dado cualquier cosa por irse con ellos.

El Daimler pasó por alto sus pensamientos. Con gran rapidez desapareció en la niebla.

La puerta delantera se abrió enseguida. Apareció la silueta de un hombre alto y corpulento recortada contra la luz. Louisa se quitó rápidamente el guante derecho.

—*Salaam!* —Una mano cálida le asió la suya—. Pasa, por favor... ¡Bueno, bueno, señorita Louisa Hamilton! Por fin nos conocemos... Tus maletas. — En un santiamén estuvieron al otro lado del umbral—. Le pediré a Vicky que las suba. Veo que has traído tu máscara antigás. Bien pensado. Cuélgala de ese perchero. Así te acordarás de cogerla cuando salgas de casa.

Louisa entró tambaleante en Larkswood, sin habla a causa del cansancio. Levantó la vista hacia su abuelo, y notó cómo el calor de su mano le provocaba un hormigueo en la suya. Él llevaba un grueso jersey de lana debajo de una chaqueta de cuero y una bufanda de color ciruela enrollada alrededor del cuello.

—¿Cómo te encuentras? —Edward sonó brusco pero preocupado.

Unos ojos grises y amables en un rostro curtido, atractivo y musculoso se clavaron en los de Louisa. Ella se ruborizó, consciente de lo cerca que estaban el uno del otro en el vestíbulo, la extraña intimidad de dos desconocidos que se ven por primera vez.

—Cansada pero mejor ahora que ya he llegado. —Le tembló la voz.

—Es una enfermedad desagradable la fiebre glandular. Siempre te coge desprevenido. Juega contigo como un gato con un ratón. Cuando crees que ya la has superado, golpea de nuevo.

—Exacto. —Louisa hizo un esfuerzo por ser agradable—. Siento mucho aterrizar aquí de este modo.

—¡Tonterías! —Edward pareció dar un bote sobre las puntas de los pies—. Es un placer para mí contar con la compañía de alguien joven. Dar vueltas por este lugar después de cuarenta y dos años ha sido de lo más extraordinario.

Miró a Louisa de arriba abajo, reparando en el pulcro abrigo de lana, el sombrero, los zapatos caros e incómodos.

—No te habría reconocido, a pesar de la foto que me dio Arthur de tu hermana y de ti. Pareces una dama de lo más sofisticada. Los jóvenes crecéis tan deprisa hoy día. Tenéis tanta confianza y audacia.

Louisa no creía tener suficiente audacia para aplastar una mosca.

—Odio que me hagan fotos. Milly es tan guapa que no le llego ni a la suela del zapato...

—No sé qué decirte —repuso Edward flirteando—. Creo que las dos lo sois...

—Gracias. —Louisa se sintió avergonzada, pues parecía que hubiera pedido un cumplido—. Papá me ha dado recuerdos para usted. Dice que vendrá a recogerme en cuanto me encuentre mejor.

La sonrisa en la boca de Edward se tensó.

—Habrá que curarte antes de hacer planes para que vayas, joven.

—Por supuesto. —Louisa se ruborizó—. No quería...

—He mandado preparar la habitación verde para ti. Da a los jardines, una reparadora vista de árboles y pájaros. La chimenea está encendida, y la cama aireada y con tres botellas de agua caliente. Tienes tu propio cuarto de baño, limpio como un espejo.

—Suenan...

—Mandé instalar calefacción central. Me ha costado una fortuna, pero ahora hay grandes radiadores por toda la casa. Después de la India este lugar me pareció una nevera. Es extraordinario que de joven nunca lo notara.

Louisa intentó impedir que los dientes le castañetearan como una bandada de estorninos. Tenía las manos y los pies tan fríos que casi no los notaba, pero le ardía la frente.

—Todo parece estupendo y...

—El agua caliente escupe y rezonga un poco, pero no te rindas... En fin, basta de cháchara. —Edward se inclinó, tocándose las puntas de los dedos como si rezara—. Bienvenida a Larkswood. Es un placer tenerte como huésped. Espero que te sientas como en tu casa.

—Estoy segura de que así será. —Louisa se sacudió de encima el agotamiento. Una habitación con las sábanas limpias sonaba de maravilla.

Edward se balanceó sobre los talones, con las manos hundidas en los bolsillos, y la luz se reflejó en su abundante cabello plateado.

—Pues allá vamos. Le diré a Vicky que te suba la cena en una bandeja. Tengo una cocinera maravillosa. He tenido muchísima suerte. La señora Humphrey convierte la verdura más básica en un festín suntuoso. Le he comprado una cocina de gas y una nevera de gas para la cocina. Es un gran cambio... Si quieres algo verás un timbre encima de tu cama. No te lo pienses y tócalo. Tenemos dos criadas, Vicky y Martha. No tienen gran cosa que hacer aparte de cuidarme a mí, de modo que si necesitas algo, pídeselo.

—Gracias, abuelo...

—Tu habitación está en lo alto de las escaleras, justo delante.

Louisa se agarró a la barandilla de roble. Mientras subía, peldaño a peldaño —incluso eso le suponía un gran esfuerzo—, notó cómo Edward la observaba.

—Te enviaré una copita de brandy. Eso devolverá el color a tus mejillas.

Miércoles, 22 de marzo de 1939

Queridísima Lou:

Acabo de volver de la función de gala de la Royal Opera House para celebrar la llegada del presidente francés Lebrun y su esposa. Papá dice que la visita es importante porque mantiene la entente cordiale y necesitamos todos los amigos en Europa que podamos tener. Vimos bailar a Margot Fonteyn en La princesa durmiente de Tchaikovsky. ¡Es tan guapa, Lou! Ligera como una espiga, como si flotar en el aire fuera algo de lo más natural para ella. Había un palco para los miembros de la familia real y estaban todos, incluida la reina Maria.

Ayer esperamos fuera de Buckingham Palace para ver llegar a la pareja francesa. Había seis carruajes tirados por caballos blancos, todos muy elegantes. Luego vimos salir a la comitiva real al palco. Incluso las pequeñas princesas salieron con sus abrigos amarillos, muy educadas.

Papá está fatal. The Times anunció un libro de Hitler titulado Mi lucha. Dice que es una gran irresponsabilidad por parte de un periódico promocionarlo y que nunca más volverá a comprarlo. Pero sé que mañana en el desayuno volverá a estar enfrascado en él, como siempre.

Después de tantas emociones me caigo de sueño. Pensando en ti, con todo mi cariño,

MILLY

P. D.: Anoche conocí a una chica en Covent Garden. Ha decidido forjarse una carrera en el mundo editorial y está aprendiendo a escribir a máquina en la Academia de Secretariado para Damas de Saint James, en Grosvenor Place. No se me ocurre nada peor que estar encerrada todo el día en una oficina asfixiante. Apuesto a que no aguanta.

—Quiero que coma hasta la última miga, señorita Louisa.

La cofia y el delantal almidonados de Betsy Glover eran blancos como la nieve, las medias negras impecables y los zapatos con cordones relucientes. A sus treinta y dos años, tenía la energía de la juventud pero mucha experiencia como enfermera. Estiró la colcha y dejó la bandeja del almuerzo sobre las rodillas de Louisa.

—Debe reponer las fuerzas ahora que está mucho mejor.

—Lo sé, Betsy. Lo intentaré.

Las comidas se habían convertido en una tarea solitaria durante la cual Louisa se esforzaba por comer. El dolor de garganta había desaparecido, así como el sarpullido. Tenía los ganglios menos inflamados y había dejado de subirle la fiebre de forma vertiginosa. Pero por muchas horas que durmiera, seguía sintiéndose aletargada y cansada.

Exprimió el limón sobre el lenguado pensando en Edward. No había vuelto a verlo desde su llegada, hacía diez días. Había conocido a las criadas cuando subían a limpiar la habitación: Vicky, menuda, lista e ingeniosa, de movimientos rápidos. Martha, más pesada y lenta, con una voz y unos modales suaves. Incluso la señora Humphrey había subido jadeando las escaleras para presentarse, rolliza y satisfecha, con una dulce sonrisa. Sin embargo, a Edward le había parecido inapropiado visitar a Louisa en su dormitorio. Betsy le decía que estaba impaciente por verla desayunar en el comedor. Lo oyó preguntarle a Betsy cómo se encontraba.

—Si mi nieta necesita algo, hágamelo saber, señorita Glover.

Lo oía llamar a las criadas o hablar con los jardineros, reconocía sus pesados pasos por las escaleras, distinguía el tufillo de su puro. Su olor le recordaba las veladas en Eaton Square cuando Milly y ella se colgaban de las barandillas para observar cómo llegaban los invitados cuidadosamente seleccionados para cenar, deseando reunirse con ellos.

Louisa se quedó mirando la bandeja. ¡Qué extraordinario! Se había comido hasta la última rodaja de ciruela Victoria.

Se abrió la puerta.

—Así me gusta. —Betsy miró triunfal los platos vacíos—. Por fin nos estamos recobrando. —Ahuecó las almohadas—. Si se come toda la merienda y toda la cena, mañana podremos dar un paseo por los jardines. ¿Aire puro y ejercicio?

—Eso sería maravilloso, Betsy.

—Puede que incluso vuelva a su casa el domingo. Ya no hace falta que pase la noche aquí. Telefonaré a su padre. Se quedará encantado con la noticia. Ha llamado todas las mañanas a las nueve en punto, ¿sabe? Para preguntar por usted.

Louisa cogió *The Times*. Edward se lo mandaba con la bandeja del desayuno. Ella lo leía a trozos. No la sección de la bolsa ni la jurídica, pero intentaba mantenerse informada con las noticias, y le encantaba leer las series sobre carreras para mujeres jóvenes y los anuncios de empleos. En un nuevo retrato del rey y la reina en el palacio aparecían las hijas sentadas ante el piano. El mes siguiente la princesa Isabel cumpliría trece años. Ella y la princesa Margarita llevaban vestidos de encaje pálido con calcetines blancos y zapatos perfectamente lustrados.

Louisa se preguntó qué haría la familia real cuando estallara la guerra.

Corrían rumores de que la reina no se separaría de su marido, y no tenía ninguna intención de enviar a sus hijas a Estados Unidos.

Louisa se mordió el labio inferior. Se fijó en un anuncio de una gabardina Aquascutum. El hombre que la llevaba, con un pulcro sombrero y un bastón, tenía exactamente el mismo aspecto que su padre cuando salía para ir al White's. Se secó las lágrimas. Por suerte, Betsy se estaba llevando la bandeja a la cocina. Sorbió por la nariz, esperando que la señora Humphrey brincara de alegría cuando viera los platos vacíos.

Por la tarde se sentó junto a la ventana, mirando la explanada de césped de Larkswood. Vio a un jardinero joven caminar a grandes zancadas con otro de más edad. Aunque solo alcanzó a verle la espalda, un escalofrío le recorrió el cuerpo. Tenía el pelo largo y suelto, y las piernas largas, y llevaba un chaleco corto verde oscuro.

Se alejaban de la casa. Louisa oía las voces, pero no entendió lo que decían. De pronto sintió un deseo repentino de unirse a ellos.

A medianoche, incapaz de dormir, Louisa se levantó de la cama y se echó una bata sobre los hombros. La chimenea de la habitación se había apagado y el radiador estaba frío. Le entraron ganas de tomarse un batido Ovaltine. Tal vez encontrara uno en las cocinas y lograra encender el fuego. No es que hubiera cocinado alguna vez. «No entres nunca en las cocinas —le decía siempre Gloria—. Solo son para los criados. ¡No te corresponde!» Pero poner a calentar un cazo no podía ser tan difícil.

Louisa abrió la puerta y salió al rellano. Reinaban el silencio y la oscuridad más absolutos, a diferencia de la casa de Eaton Square, donde Gloria, que detestaba la oscuridad, dejaba lámparas encendidas toda la noche, y donde nunca dejaba de oírse el tráfico de Londres.

Debajo de una puerta del otro extremo del pasillo se veía una línea de luz. ¿Era la habitación de Edward? Una corriente de aire frío le mordió los tobillos. Tiritando, se cerró mejor la bata. Se aferró a la barandilla y, esperando que nadie la oyera, bajó con sigilo al vestíbulo. Los escalones crujieron bajo sus pies desnudos. Se detuvo a mitad de camino, asustada de pronto por su osadía. Luego continuó.

En la chimenea del vestíbulo apenas si quedaban unas brasas mortecinas. Louisa se acercó a ellas, todavía temblando, para orientarse. En el porche había una tenue lámpara encendida. En la penumbra, el vestíbulo parecía lúgubre y poco acogedor: las paredes desnudas, las alfombras gastadas, las sillas apretujadas buscando calor. El viento gemía entre los árboles.

Intentó averiguar la distribución de Larkswood. A cada lado de la chimenea había dos puertas de madera pesada. Empujó la más próxima a la puerta de la calle, pero estaba cerrada con llave. La otra se abrió a lo que sin duda era el despacho de Edward, forrado de libros, con una vitrina llena de cuchillos de mango largo y revólveres de aspecto letal. Una piel de tigre con una cabeza con dientes le sonrió con lascivia desde la chimenea. El olor a cigarro era intenso.

El salón y el comedor estaban abiertos. ¿Dónde se encontraban las cocinas? Empujó una puerta.

En la penumbra vio una mesa bien fregada y a su izquierda unos fogones. Levantó una mano para encender el interruptor, pero en el último momento titubeó. Oyó un correteo en la esquina y se quedó paralizada del susto. Algo golpeaba la ventana con insistencia. Unos pies invisibles se escabulleron aterrados.

Encendió la luz, con el corazón palpitándole con fuerza. La cocina se iluminó, silenciosa y vacía.

Debía de haber sido fruto de su imaginación...

Los fogones le parecieron demasiado complicados para encenderlos. Encontró una trascocina de suelo de piedra con una gran nevera. Al lado había una jarra de leche. Cogió una taza, se sirvió y se bebió el líquido frío. Mientras se limpiaba los labios vio la mitad de una tarta de manzana con un cuchillo. Se cortó un grueso pedazo, esperando que la señora Humphrey no lo notara, y se lo puso en la palma de la mano.

Se llevó su festín de medianoche al vestíbulo. De pie junto al fuego, masticó el hojaldre ligero y crujiente cubierto de manzana con un toque de canela. Notó el calor de las brasas en las piernas...

En el otro extremo de las cocinas se abrió una puerta. La señora Humphrey debía de haberla oído y advertido la luz.

Sacudiendo las migas, Louisa se aferró a la barandilla y subió los escalones de dos en dos sintiéndose como un ladrón culpable.

El sueño le era esquivo. Llegaba a intervalos breves y agitados, dejándola agotada.

Hacia el amanecer, empezó a subirle la fiebre. Se sintió débil y lastimosa.

¿El domingo? Nunca se encontraría lo bastante bien para irse a su casa.

Aunque, ahora que lo pensaba, ya no parecía importarle tanto como antes.

Le gustaban la cocina impecable, el vestíbulo con las brasas titilando y las sillas desaparejas, el olor a cigarro de Edward, su voz ronca.

Le gustaba su dormitorio espacioso con vistas al jardín.

Disfrutaba leyendo *The Times*, intentando entender los asuntos nacionales y dar sentido al mundo.

Le encantaba reírse al leer las disparatadas cartas de Milly.

Respetaba a Betsy: su paciencia, su pulcra eficiencia.

Le encantaba oír el vivaz *crescendo* del canto de los pájaros al amanecer en lugar del murmullo constante del tráfico de Londres.

Le gustaba Larkswood.

Quería explorar sus jardines. Le intrigaban. La llamaban.

Y estaba deseando encontrarse cara a cara con el joven jardinero.

No podría hacerlo si regresaba a Eaton Square...

1896-1897

Harriet buscó a Norah esa misma tarde. Una vez juntas, se encaminaron rápidamente al lago, donde nadie pudiera oírlas, y hablaron en voz baja.

Norah, escandalizada y preocupada, prometió hablar con Cynthia.

—Pero no le digas nada aún —insistió Harriet—. Finge que has notado algo extraño. Hagas lo que hagas, no me traiciones. Si Cynthia sospecha que te lo he dicho, no volverá a dirigirme la palabra.

Harriet estaba resuelta a sonsacar la verdad a Cynthia, esperando contra toda esperanza que su perseverancia se viera recompensada. Empezó a seguir a su hermana como una sombra fiel, lloviera o tronara. Controlaba todo lo que comía, escuchaba todo lo que decía a los invitados. Se quedaba sentada en el comedor, jugueteando con la comida, cuando Nathan iba a ver a Cynthia, aun sabiendo que estaban deseando quedarse a solas. Cuando Tristan llegaba, Harriet montaba a caballo con ellos, y cepillaba al animal mientras Cynthia y Tristan flirteaban en los establos. En el agradable tiempo de otoño, se escondía detrás del roble mientras ellos paseaban en los jardines.

Se convirtió en espía profesional, acechando detrás de las puertas y pegando la oreja a las cerraduras. Las criadas que la sorprendían haciéndolo debían de pensar que se había vuelto loca.

Una tarde, mientras Cynthia cantaba madrigales al piano, Harriet entró como un rayo en su dormitorio. Hojeó los papeles de encima del escritorio buscando cartas de amor. Algún pequeño fajo, muy leído y sobado, sujeto con una cinta. Revolvió entre las joyas de Cynthia esperando encontrar un

anillo secreto, un collar con un corazón de plata, una pulsera con dijes de la suerte y unas iniciales grabadas. Todas las mañanas revisaba los sobres que había en la mesa del vestíbulo buscando una nota de Cynthia a su amante.

No encontró nada.

Pero no se permitiría quitarle los ojos de encima. Las inmaculadas concepciones solo ocurrían a la Virgen Maria. El amante de Cynthia había estado delante de sus narices varios días, tal vez meses seguidos. Cuanto más tardaba en descubrir la verdad más resuelta estaba a conseguirlo.

Una mañana que Benedict Nightingale llegó para impartir su clase de canto a Cynthia, Harriet se sentó fuera de la sala de música, fingiendo estar enfrascada en un libro. Al cabo de veinte minutos el canto cesó. Oyó un débil murmullo de voces semejante al zumbido de unas abejas.

Cinco minutos después se abrió bruscamente la puerta. Benedict miró a Harriet ceñudo e hizo una rápida reverencia, luego se inclinó sobre la mano de Cynthia y salió de la casa. Cynthia lo siguió, cerrando la puerta en la cara de Harriet.

Ella oyó cómo el carruaje se alejaba con estrépito. Cynthia no regresó.

Harriet se preguntó si su hermana se había ido con él. Cuando vio que no aparecía para comer, el miedo le atenazó las costillas. Engulló a toda prisa la coliflor con queso, quemándose la boca, y salió corriendo a los jardines.

Encontró a Cynthia acurrucada contra la puerta de la caseta para botes, mirando fijamente el lago con el rostro mojado.

—Se ha ido, Harriet. Mi Benedict se ha ido. Durante el pasado año he vivido para mis clases de canto. He vivido solo para él. Y ahora se va a Italia. Le han ofrecido un puesto de director en una escuela de música de Milán. Tiene estrechos vínculos con La Scala. Quiere que le pida permiso a padre para reunirme con él en la escuela y seguir allí mi formación... Hace seis

meses habría aprovechado la oportunidad y te habría llevado conmigo. Ahora es totalmente imposible.

Harriet estrechó a Cynthia entre sus brazos.

—¿Cuándo se va?

—La semana que viene... No volveré a verlo.

Harriet intentó secarle las lágrimas.

—Habrá otros profesores...

—No quiero otros. —Cynthia se apartó—. Quiero irme a Italia con Benedict. Ese era mi único sueño, convertirme en una cantante profesional. Ahora he arruinado todas las posibilidades. Nunca volverá a presentarse una oportunidad así mientras viva.

Una semana después Cynthia entró en la habitación de Harriet cuando todos dormían.

—Tengo algo que decirte.

Harriet levantó la vista del libro, ansiosa. Su hermana se lo había pensado mejor e iba revelarle por fin quién era el padre del niño.

—Me alegro tanto, Cynthia...

—Voy a tener el bebé, pero no me casaré. Si somos listas y vamos con cuidado, podremos guardar el secreto.

El alivio de Harriet estalló en miedo. Se le hizo un nudo de terror en la boca del estómago.

—¿Estás loca? ¿Qué vas a decirles a madre y a padre?

—Nada. Con suerte, estarán en el extranjero cuando el niño nazca.

—¿Y qué hay de Edward? —Harriet estaba muerta de ansiedad—. Estará aquí los fines de semana y en Navidad. ¿Cómo se lo ocultarás a él?

Cynthia se ruborizó.

—No lo sé, pero lo intentaré.

—¿Y luego qué? —El libro de Harriet cayó al suelo—. ¿Cómo vas a cuidar de un niño en secreto?

—Se lo he dicho a Norah. —Parecía que Cynthia hubiese lamido una rodaja de limón—. Ayer por la mañana me oyó vomitar. Me encontraba fatal. Lo saqué todo... Tenía que hablar con alguien.

Harriet cerró los puños, triunfal. Su plan había funcionado.

—¿Qué dijo ella?

—Le pedí si podía quedarse con el niño. Ella se puso eufórica. Lo criaré como a uno más de su familia. Su madre vive con ella, de modo que podrá seguir trabajando aquí. Paul dirá que su hermana murió de sobrepeso.

—¿Él está de acuerdo?

—¡No tiene elección! Llevan tres años casados y no tienen hijos propios, al menos aún no... Deberías haber visto la cara de Norah cuando le pedí si podía quedarse con el mío.

—Pero ¿y si le pasa algo a Norah antes de que nazca tu bebé? ¿Y si cambia de opinión?

—No lo hará. Hemos cerrado el trato. Se me romperá el corazón cuando llegue el momento de darle a mi bebé. Pero al menos Norah me tendrá al corriente de cómo crece, aunque yo no lo vea.

Harriet sintió como si le hubieran dado un puñetazo en el estómago.

—Entonces nunca podré ser una tía como es debido.

—No. —Cynthia sonrió cansinamente—. No seremos ni madre ni tía... Y tendremos que sobrevivir los próximos siete meses como podamos.

Harriet respiró hondo y se levantó de la cama para abrazar a su hermana.

—Voy a cuidarte cada minuto del día y de la noche hasta que nazca tu bebé, ¿me oyes? No me vas a dejar fuera... Por favor, Cynthia, no llores. Ahora tienes que confiar en mí... Seca esas lágrimas.

Durante tres meses guardaron el secreto.

Alta y esbelta, de huesos grandes, Cynthia disimuló el vientre cada vez más prominente con los vestidos holgados que le hacía Norah. Las náuseas debilitadoras de las mañanas cesaron. Tenía la piel radiante. Empezó a expresar antojo de crema, encurtidos dulces y malvaviscos. Harriet bajaba corriendo a la cocina y saqueaba la despensa bien entrada la noche.

A comienzos de diciembre, Cynthia tenía la cara más llena, el cuerpo redondo. Se sentaba con la espalda recta como una baqueta. Se movía con más cautela, subiendo los escalones de uno en uno. Dijo que su caballo estaba viejo y que ya no disfrutaba montándolo. Edward, pese a estar ocupado con su vida londinense, las exigencias del negocio, sus responsabilidades, sus amistades de la ciudad y los caballos, pasaba mucho tiempo en Larkswood y con Cynthia en particular. Sin embargo, no advirtió nada. Pero de repente todo cambió.

Sobre las dos hermanas se cernían los temidos interrogantes que atormentaban sus horas diurnas y sus noches de insomnio. ¿Volverían Desmond y Antonia a casa para Navidad? ¿Pasarían en Larkswood los meses de invierno hasta la primavera? ¿Cómo manejarían Cynthia y Harriet su vida secreta si lo hacían?

A mediados de diciembre, a la mañana siguiente de que Edward regresara de Londres para pasar las vacaciones con ellas, vieron una carta de la India en el plato de él. Era de su madre. Mientras pasaban cucharadas de gachas por la garganta, Cynthia y Harriet se quedaron mirando el sobre, desesperadas por que Edward lo abriera. Cuando lo hizo, se sentaron encima de las manos, con una expresión seria para disimular su nerviosismo.

Antonia les escribía para decirles que tendrían que celebrar la Navidad por

su cuenta. Desmond y ella no regresarían de Calcuta hasta mayo, como muy pronto. Edward leyó en voz alta fragmentos de la carta:

Vuestro padre está trabajando más que nunca. Está montando una empresa con una compañía británica que importa té de la India a Mincing Lane de Londres. Es emocionante pero también le exige mucho. Es preciso que nos quedemos en Calcuta para asegurarnos de que la empresa empiece con buen pie antes de dejarlo en las competentes manos de nuestros administradores. Me gustaría estar con vosotros, pero no puedo dejar solo a vuestro padre. Estaría desconsolado y no quiere ni oír hablar de ello.

Estaréis presentes, por supuesto, en nuestros pensamientos navideños. Que Dios os bendiga a todos.

Edward se guardó la carta en el bolsillo.

—Qué lástima. Las Navidades no serán lo mismo sin ellos.

—¿Les enviamos regalos de Navidad a la India? —preguntó Cynthia, con la cara rosada—. Puede que no lleguen a tiempo.

—Envíalos de todos modos, y cuanto antes. Te daré el dinero.

Edward echó hacia atrás la silla.

—Por cierto, hay algo que quería deciros. La oficina de Londres me ha pedido que abra una rama en París el año que viene. No tengo ningunas ganas de dejaros, pero solo serán tres meses. Podréis venir a verme, con una acompañante... ¿Podréis pasar sin mí?

—Por supuesto que sí. —Cynthia no miró a Harriet—. Te echaremos menos, pero tenemos a Norah y al señor Powell y a las criadas. Felicidades, Edward. En Londres deben de tener una gran opinión de ti.

En cuanto Edward hubo salido para buscar su caballo, Harriet susurró:

—¡Doble alivio! El Señor debe de haber oído nuestras plegarias. ¡Yo, desde luego, no he parado de repetirlas! Vamos al pueblo para celebrarlo.

Los primeros aleteos de nieve de la mañana iluminaron los jardines de Larkswood House, delineando el contorno de las ramas desnudas de los árboles, cubriendo la ondulada explanada de césped con cúmulos de copos de jabón, haciendo que los gansos graznaran sobre el lago helado. En todas las chimeneas del interior de la casa ardía un fuego de leña. De las cocinas llegaba el olor a especias del pastel de Navidad. Dos de los jardineros introdujeron un abeto gigante en el vestíbulo de Larkswood y las criadas se dedicaron a decorarlo con quincallas y abalorios en preparación para el gran día.

Harriet y Cynthia se fueron de casa cantando «The Holly and the Ivy». Harriet tenía el ánimo levantado. Mientras caminaban un petirrojo danzó por delante de ellas, como para celebrar las fiestas y su alivio. El cielo, turquesa y dorado, brillaba. Las dos hermanas saludaron a sus vecinos riéndose y haciendo balancear las cestas, cogidas de la mano. Al llegar al pueblo, compraron chucherías y regalos serios; en el salón de té tomaron sopa de champiñones, se calentaron los pies junto a la chimenea en la que ardía leña de manzano y planearon una sorpresa de Navidad para Edward.

No advirtieron los cambios en el cielo.

Perdieron la noción del tiempo.

A mitad de camino de regreso el cielo se oscureció y pasó de gris azulado a negro. Empezó a caer una aguanieve que les azotaba el rostro.

Cuando llegaron a Larkswood, patinando por la carretera traicionera, tenían los abrigo y los sombreros empapados, y les colgaba el cabello mojado por el cuello.

Ceñudo, Edward las recibió en la puerta.

—¡Aquí estáis! Monté a caballo durante solo una hora, antes de que empezara a nevar. ¿Dónde os habéis metido con este tiempo infernal?

Cynthia se rio de él, con los ojos centelleantes de felicidad.

—Comprando regalos para madre y padre. —Tenía la guardia baja y se inclinó hacia él—. Y algo muy especial para ti por ser mi hermano especial.

—He comido solo —replicó Edward cansinamente—. La sopa casi estaba fría de tanto esperaros.

Al tomar la cesta de las manos de Cynthia bajó la vista hacia su ropa ceñida, la redondez de su vientre.

Y dio un brinco, como si el colmillo envenenado de una serpiente le hubiera atravesado el corazón.

—Santo cielo, hermana... ¿Qué es...? ¿Estás...? ¡Dios mío! ¡No puedo creerlo!

—Edward —murmuró Cynthia—. Mi más querido hermano... Quería decírtelo. —Le ardían las mejillas.

—No querrás decir...

—Pero nunca era el momento adecuado.

Harriet miró a Edward con el rostro lívido, los ojos enrojecidos.

—Sube a tu habitación, Harriet —ordenó él—. Inmediatamente.

Llevó a Cynthia al despacho de Desmond. Cerró de un portazo.

Larkwood tembló.

Luego se llenó de silencio, un silencio que golpeaba los oídos de Harriet como el estruendo de las olas.

Una hora después Cynthia entró sin hacer ruido en la habitación de Harriet, con lágrimas en la cara y el cabello todavía húmedo.

—Edward se ha puesto furioso. —Estaba acalorada—. Hemos hablado sin parar y quiere cuidar de mí. Hará todo lo posible para ayudar hasta que nazca el niño. No irá a París..., al menos no hasta mayo.

—¿Qué dirá en Mincing Lane? —A Harriet le tembló la voz.

—Pondrá la excusa de que necesita ver antes a madre y padre para hablar del negocio.

—¿Le has dicho lo de Norah?

—Sí. Tiene sus dudas, pero es demasiado tarde para echarnos atrás. Norah está contando los días. Es una solución práctica. Además, no tengo otra. Y Edward tampoco.

—¿No te ha preguntado quién es el padre?

A Cynthia se le llenaron de nuevo los ojos de lágrimas.

—Sí, una y otra vez, pero me niego a decírselo.

—¡Cynthia Hamilton, eres terca como una mula!

Harriet estaba realmente atónita. Edward podía desvelarlo todo en una carta breve dirigida a su madre. Podría haber amenazado a Cynthia con hacerlo si no le revelaba el nombre. El miedo sin duda la habría persuadido para decir la verdad.

—Edward tiene un médico de confianza en Londres —se apresuró a decir Cynthia—. Lo traerá a Larkswood para que pueda examinarme en privado. Aún no me ha visto ningún médico, lo que podría ser peligroso. Edward estará más tranquilo con la opinión de un profesional.

A Harriet le martilleó el corazón alarmado.

Su «secreto» amenazaba con extenderse a un círculo cada vez más amplio.

—Pero desde que has superado las náuseas te encuentras bien. Y se te ve radiante.

—Por el momento, sí. Pero podría cambiar. No puedo acudir al médico del

pueblo, el doctor Sandberg, por miedo a dar que hablar. Me sentiré más arropada sabiendo que tengo a alguien a quien recurrir en caso de apuro.

Harriet sabía que Cynthia intentaba restar importancia al momento terrible. Deseosa de levantarle el ánimo abrió un cajón y sacó un pequeño paquete.

—Era mi regalo de Navidad, pero quiero dártelo ahora.

Cynthia desenvolvió el diminuto jersey de lana rosa. Se lo llevó a la cara.

—Es precioso, Harriet.

—Lo he tejido sentada en la cama todas las mañanas muy temprano, antes de que encendieran el fuego. A veces tenía las manos tan frías que casi no podía sostener las agujas.

Cynthia alzó la mirada, con las pestañas mojadas.

—Mi querida Harriet, tienes el corazón más noble que conozco.

Harriet le acarició la mejilla caliente.

—Solo tengo una hermana. ¿Cómo no va a ser noble mi corazón cuando la quiero más que a nadie en este mundo?

Edward cambió de la noche a la mañana. Harriet nunca lo había visto tan solícito. Vigilaba las comidas de Cynthia sin parar de ofrecerle más. Paseaba con ella por los jardines invernales, la acompañaba al pueblo, le prohibía acercarse a un caballo, le hizo prometer que no haría esfuerzos.

Harriet se consumía de celos al verlos juntos, la intimidad que los unía. Su papel de confidente había sido derruido de un día para otro. De nuevo volvía a estar en segundo plano.

Pasaba horas en el despacho de su padre, devorando textos sobre las complicaciones del parto, las enfermedades tropicales, la historia de la medicina moderna, los huesos y los órganos del cuerpo humano. Fantaseaba con ser enfermera o incluso un médico famoso; con descubrir ella sola un fármaco que aliviara enfermedades mortales. Se miraba al espejo y

canturreaba: «Soy la doctora Harriet Hamilton... La doctora Hamilton a su disposición». Las palabras sonaban confiadas, triunfales. Harriet deseaba hacerlas realidad.

Cynthia le dijo que Edward se había reunido en secreto con Norah y Paul lejos de Larkswood. Les había dado dinero. Estaría eternamente en deuda con ellos. Esperaba que la criatura solo les diera alegrías.

Harriet sintió un acceso de rabia contra su hermana, con su cabello brillante y su tez sin tacha. Con qué crueldad explotaba su belleza. Qué deprisa sucumbían los hombres a sus encantos. Con qué facilidad se había desentendido de sus responsabilidades. Cuán rápidamente había pasado a depender del apoyo de Edward.

Si ella tuviera un hijo, si algún día alguien amara su rostro poco agraciado y su cuerpo delgado, ella no lo perdería de vista ni una hora, menos aún toda una vida. Pelearía con garras y dientes para quedárselo.

Las celebraciones navideñas fueron contenidas. La felicidad de los primeros días parecía haberse apagado como una vela al viento. El intercambio de regalos fue casi una formalidad. Comieron sin saborear mucho la comida y se alegraron cuando todo terminó. Bebieron a la salud de sus padres y de la reina, cruzándose miradas furtivas de culpabilidad. Las próximas Navidades serían muy diferentes, pensó Harriet; Cynthia sería madre en secreto, y Edward y ella, tíos. Pero, aparte de Norah y Edward, ¿quién sabría la verdad? Con suerte todo seguiría igual.

El día de Año Nuevo transcurrió despacio bajo una persistente capa de nieve. El año anterior por esas fechas habían jugado con la nieve riéndose a carcajadas e incluso Desmond había estado de buen humor. En esta ocasión se acurrucaron alrededor del fuego, paralizados, viendo cómo los gruesos

copos caían al otro lado de las ventanas y volviendo el rostro hacia el reconfortante calor de las llamas.

Ninguno de ellos se aventuró a salir.

Edward regresó de mala gana a la oficina. Prometió coger el tren lo antes posible el viernes siguiente. Dejó a Harriet instrucciones estrictas de mandarle un telegrama si Cynthia sufría un instante siquiera de dolor. Inventaron un código, por si alguien de la oficina de Londres lo interceptaba o despertaba las sospechas del administrador de correos del pueblo.

En el mensaje se leería: LOS ABETOS SE DESPLOMAN STOP POR FAVOR VUELVE A LARKSWOOD.

Edward le dijo a Harriet que cuidara de su hermana a todas horas del día. Ella así lo prometió. Lo miró a los ojos, furiosa de que dudara de ella. Él tuvo la cortesía de ruborizarse bajo su mirada.

Aun impaciente como estaba por reanudar su papel de protectora principal, Harriet lamentó ver a Edward marcharse. Él llenaba Larkswood de un aura de seguridad. Sin él Cynthia estaba nerviosa y preocupada. Entre semana paseaba sola por los jardines, incluso bajo la lluvia. Tocaba melodías melancólicas al piano, cantos fúnebres que se inventaba y no se acababan nunca. Después de la brusca partida de Benedict, empezó a cantar de nuevo: madrigales quejumbrosos llenos de amor y añoranza —lamentando no estar con él en Italia— que resonaban por toda la casa.

Al aproximarse el viernes Cynthia recuperaba la energía, empezaba a preparar menús para la llegada de Edward, se aseguraba de que su habitación estaba impoluta, su ropa impecable. Tejía pequeñas prendas en su habitación mientras Harriet leía a su lado. Estaba cada vez más rolliza, contenta y feliz.

Despedían a sus pretendientes con delicadeza o ellos mismos decidían irse

por su propio pie. Nathan le pidió la mano una tarde lluviosa mientras tomaban el té delante de la chimenea. Cynthia le respondió que ya estaba prometida. Simon le escribió para comunicarle que Marion y él se disponían a emprender un viaje por Europa y no tenían planes de volver. Tristan había presionado a Cynthia durante el otoño para que le hiciera una promesa firme. Un domingo por la noche le dijo con tono resuelto que ya estaba harto de su indecisión. Era evidente que ella no lo amaba. No volvería a ir a Larkswood.

Cynthia se mordió el labio, irguió la espalda... y le tendió la mano en señal de despedida.

Harriet esperaba con ilusión la primavera. Enero y febrero se alargaron, fríos y lluviosos. Sin poder atender el jardín, se limitaba a sentarse junto a la chimenea y esperar al deshielo. Una y otra vez imaginaba el nacimiento de su bebé: el grito de alegría de Cynthia, la sonrisa de éxtasis de Edward, la radiante expresión de triunfo de Norah. A principios de marzo salió de Larkswood, pasó por delante del lago helado y atravesó una estrecha puerta que daba a las afueras del pueblo. Encontró la casa de Norah, con su huerto de manzanos en el jardín trasero. Allí se sentarían en primavera, en medio de un mar de flores rosas y blancas, el cielo de un azul translúcido. La hija de Cynthia tendría las mejillas rosadas y las diminutas manos cubiertas de hoyos. Se reiría encantada cuando su madre y su tía se inclinaran sobre ella, o le hicieran caballito sobre las rodillas. Todo sería perfecto en primavera.

Al aproximarse la fecha, Harriet plantó hierbas aromáticas en el huerto, atendió los rosales, podando las ramas muertas, y cavó y arrancó las malas hierbas, disfrutando del tacto y el olor de la tierra húmeda. Nunca había amado más los jardines de Larkswood.

A finales de marzo Edward llevó a su amigo médico londinense a Larkswood

para pasar el fin de semana. Andrew Harding quedó impresionado al contemplar la belleza del lugar, su elegante situación y los céspedes ondulados. Dictaminó que Cynthia gozaba de «excelente salud».

—No tendrás problemas. Espero que sea un niño alegre con los encantadores ojos de su madre.

Cuando se hubo ido, Cynthia entró de puntillas en la habitación de Harriet.

—¡Mira lo gorda que estoy! —Puso las manos de Harriet sobre su vientre.

Harriet notó cómo el bebé daba patadas contra la tirante piel.

—Tu barriga es como un tambor. ¡El bebé está tocando una melodía alegre!

—¿No es maravilloso? Mi hijo nacerá pronto. —Cynthia besó a Harriet en la mejilla—. Mi querida hermana, has sido maravillosa. Y Edward también. No habría sobrevivido estos largos meses sin vosotros.

Cuando Edward llegó a casa para pasar las vacaciones de Semana Santa, Cynthia lo recibió en el jardín con el cabello suelto y los ojos centelleantes. Tenían su lenguaje propio, como si nunca hubieran estado separados. Harriet sintió una puñalada de celos. Subió a su habitación vacía y cerró la puerta. Se apoderó de ella una sensación de soledad, y se echó a llorar anhelando al amante que no podía reclamar y que nunca tendría el físico o el encanto de conquistar.

Un domingo de abril por la mañana, después de Pascua, Harriet fue sola a la iglesia, pasando por alto los saludos de sus vecinos. Casi no oyó el sermón y cantó los himnos de forma mecánica, pero durante todo el tiempo rezó con más fervor que nunca.

—Padre nuestro, que estás en el cielo, por favor, que llegue pronto. Cynthia está enorme. Estoy segura de que todos los criados se han dado

cuenta. Esta mañana durante el desayuno el señor Powell ha mirado hacia el otro lado mientras servía el café, inexpresivo. Debe de haberlo deducido desde hace meses, pero no ha dicho una palabra. Sé que es el alma de la discreción, pero no confío en ninguno de los otros criados de Larkswood. Estoy segura de que los chismorreos en las dependencias del servicio son de lo más subidos de tono.

»Cynthia parece una ballena. Está agotada y deseando dar a luz. Edward es muy paciente con ella, pero anoche lo vi paseándose por la sala, mordiéndose las uñas. La espera nos está consumiendo. En cualquier momento llegará un telegrama de mamá dándonos la fecha de su regreso.

»Por favor, te lo ruego, oye mi plegaria. Que el parto tenga lugar antes de que lleguen nuestros padres y prometo ser Tu devota discípula hasta el final de los tiempos.

Durante la comida, delante de los criados, hablaron de los jardines, de los caballos y del tiempo. Luego Cynthia subió pesadamente a su habitación. Cuando Harriet pasó a verla a las tres de la tarde, dormía como un bebé, con las mejillas rosadas y el cabello desparramado en rizos húmedos sobre la almohada.

Pero al llevarle una taza de té a las cuatro, Cynthia se despertó sobresaltada.

Se sentó y soltó un grito de dolor.

—He roto aguas... Estoy empapada... Díselo a Edward... Ve a buscar a Norah... Corre, Harriet.

El té se derramó por el suelo. Automáticamente, Harriet recogió la taza.

—Por Dios, Harriet... ¡No te preocupes por eso! ¡Hay asuntos más importantes que atender!

—Lo siento. —Harriet dio media vuelta con la taza colgando de la mano

—. Me has cogido desprevenida...

—No seas absurda, querida hermana. No hemos pensado en nada más durante semanas. —Cynthia se sujetó el vientre—. Dios mío, empiezan las contracciones...

—¿Qué hago? —preguntó Harriet frenética—. ¿Te cambio las sábanas?

—¡Ve a buscar a Edward! —Cynthia agarró la sábana empapada—. No me importa dónde esté o lo que está haciendo. Búscalo y dile que venga.

Harriet bajó corriendo al despacho de su padre. Por suerte, Edward estaba sentado en una butaca honda, leyendo el periódico como si no pasara nada extraordinario, con la bandeja del té a su lado y la boca llena de tostada con mantequilla. Harriet dio brincos ante él.

—Edward, Edward, ven enseguida —balbuceó—. Una noticia maravillosa... —Se detuvo para recuperar el aliento—. Los abetos... Se desploman los abetos.

—¿Cómo? —Edward tragó saliva—. ¿Qué quieres decir? —Le caía mantequilla por la barbilla—. ¿Ahora?

—Sí, sí, ahora mismo. —Harriet dejó de saltar y le cogió la mano—. Cynthia dice que vayas inmediatamente. Acaba de empezar.

Edward se levantó de un salto. El periódico cayó al fuego, provocado una gran llama.

—Gracias a Dios. —Sujetó a Harriet por los codos, con los ojos brillantes de alivio, pánico, miedo y triunfo—. Parecía que no iba a llegar nunca... Y, por suerte, no hay padres a la vista.

—Sí... —Harriet le echó los brazos al cuello.

—¿Cynthia está bien? ¿Está...?

—Feliz y emocionada —mintió Harriet—. Estaba dormida en la cama, pero cuando le he llevado un té y se ha sentado, ha roto aguas...

Edward se desabrochó la chaqueta. La arrojó sobre una silla y empezó a enrollarse las mangas.

—Ve buscar a Norah. Casi no sé lo que hay que hacer. No puedo arreglármelas sin ella.

—Ahora mismo voy. Estará en la cocina.

—Con discreción, Harriet.

—Sí, claro. No abriré el pico. Fingiré que estoy haciendo labor y que necesito...

—Coge a Norah de la mano, pero no le digas una palabra.

Edward parecía diez años mayor, el hombre de la casa, el responsable.

—Ni una palabra, querida hermana...

Se acercó a la puerta y apartó a Harriet.

—No puede enterarse nadie más.

Jueves, 13 de abril de 1939

Querida Lou:

¡Cuánto te echo de menos! Nuestro baile en el Claridge fue como un sueño. Los jacintos que había sobre las mesas olían de maravilla. Comimos caviar de beluga, langosta con mayonesa y pavo acompañado de un gran surtido de ensaladas. Cuando papá no miraba me bebí tres copas de champán. Me hacía cosquillas en la nariz y me entró la risa. Papá estaba más guapo y elegante que nunca, me sentí orgullosísima. Puede que sea un viejo pesimista, pero tiene unos modales de lo más exquisitos.

Yo llevaba un largo vestido de tafetán azul pálido con un abrigo flotante de gasa bordado con flores de aciano. Me muero de ganas de enseñártelo. Mamá vestía de encaje plateado con una capa de piel de zorro blanco. Dice que dar una fiesta al comienzo de la temporada significa que recibiré cientos de invitaciones en respuesta.

Papá y ella te mandan recuerdos. Mamá dice que organizará una fiesta en tu honor el año que viene. «¡Pero no puedes dar fiestas en plena guerra, Gloria!», vociferó papá. Yo le pedí que dejara de ser tan pesimista. Nadie quiere otra guerra, no después de la última.

Papá dice que Hitler cumplirá cincuenta años el 20 de abril y el primer ministro Chamberlain ha aconsejado al rey Jorge que le envíe un telegrama

para felicitarlo. Difícilmente escribirías a alguien a quien tienes previsto declarar la guerra, ¿no? Lo que demuestra que yo tengo razón.

Hoy hace un día deslumbrante. Papá dice que estamos a veinticinco grados en el parque y que debo salir al sol con sombrilla. Unas amigas mías me han invitado a tomar el té al aire libre en los Kensington Gardens, lo que suena tan glamuroso que no he podido negarme. Y mamá dice que mañana iremos a la 23.^a Exposición del Hogar Ideal en Earls Court, para que vea la clase de cosas que se espera que me compre un marido rico cuando nos casemos. La buena de mamá... ¡Siempre pensando sin rodeos!

Te mando todo mi cariño, mi querida Lou,

MILLY

P. D.: Me olvidaba pasarte un jugoso cotilleo. La señorita Mary Oliver y la señorita Heather Jenner han inventado una nueva «puerta al romance». ¡Están montando la primera agencia matrimonial de Londres en Bond Street! ¿Qué te parece?

Cuesta cinco guineas para las primeras presentaciones y otras treinta si conoces a alguien con quien quieres casarte. A mamá le parece una forma chocante de conocer a tu futuro marido, pero apuesto a que cientos de solteras se apuntarán. ¿Te acuerdas de cuando conocimos a Emma Mainwaring el año pasado? Había ido a la India en busca de un marido como parte de la flota pesquera, pero volvió porque nadie la quería. Devuelta con las manos vacías, así era como se referían a ella. Sé que suena cruel, pero no me lo invento. Apuesto a que encontrará un hombre en Londres.

Y anoche hice una nueva amiga en una fiesta. Se llama Charlotte Jones-Parry y esta es su tercera temporada. Dice que está harta de tratar con jóvenes que no tienen nada de conversación y que va a apuntarse a la

agencia. Quiere conocer a un viudo de cuarenta años forrado de dinero y con una mansión en los condados del sudeste. Cruzo los dedos.

1939

Una vez recuperada de la recaída, Louisa empezó a salir todas las mañanas a pasear por los jardines de Larkswood con Betsy. Flotaba el aire fresco y fragante de comienzos de la primavera. Las nubes pasaban raudas y altas. Las alondras —los mismos pájaros que habían dado nombre a Larkswood, que anidaban en el prado florido y cuyo maravilloso trino la despertaba del sueño celestial— revoloteaban y llamaban.

El fin de semana de Semana Santa vino y se fue, y el lunes de Pascua hacía bastante calor para sentarse en el jardín con una manta sobre las rodillas. Edward estaba en Londres. Louisa intentó localizar al joven jardinero, pero no se le veía por ninguna parte. Debían de haberle dado el día de asueto.

Aunque el Viernes Santo no se publicaban periódicos, el resto del fin de semana Louisa tuvo *The Times* para ella sola. Estaba lleno de aterradoras fotografías granuladas del Ejército Territorial durante su entrenamiento de Semana Santa. En Larkswood se respiraba tanta tranquilidad que costaba imaginar los horrores que se avecinaban.

Louisa esperaba que la familia fuera a verla, pero Milly y Gloria estaban demasiado ocupadas preparando el baile del Claridge. Su padre le escribió diciendo que seguía tan de cerca la situación política que no se atrevía a dejar Londres. El Viernes Santo, el Ministerio de Asuntos Exteriores averiguó que Mussolini, a la cabeza de Italia, había invadido Albania, un paso que despertó indignación en una fecha tan significativa.

«Esto sin duda implica guerra —le escribió Arthur—. No quiero alarmarte,

hija mía, pero necesito que sepas la verdad. Churchill está a favor del reclutamiento y tiene razón. Dice que nuestra Marina espera de brazos cruzados. En eso también tiene razón. Ojalá él estuviera al mando del Almirantazgo. Ha hecho un gran trabajo.»

The Times publicó una breve nota sobre el baile de Milly en la que la describía como «elegante y glamurosa». No mencionaba a Louisa. No tuvo que leerlo dos veces para asegurarse. Milly no tenía ninguna hermana. Louisa no formaba parte de la familia. Se tragó el doloroso desaire en silencio, pero por la noche sollozó sobre la almohada.

Al entrar y salir de Larkswood con Betsy, Louisa reparó en el aspecto tan triste y poco vívido que tenía la casa a plena luz del día. Al parecer Edward no había traído consigo ninguna pertenencia de la India, casi como si no tuviera planes de quedarse. Los jardines estaban cuidados y bien mantenidos, pero en el interior de la casa no colgaban cuadros de las paredes, las alfombras estaban raídas y muchas de las habitaciones permanecían cerradas con llave. Louisa advirtió con cierta aprensión que no había fotografías en ninguna parte, de Edward y de Juliet o de otros miembros de la familia. Pero cuando le preguntó a Betsy acerca de la historia de Larkswood —y el papel que había tenido Edward en ella—, ella se mostró muy poco comunicativa.

—Yo de usted no hurgaría, señorita Louisa. Corren rumores de que ocurrieron cosas extrañas aquí. Ya ha pasado todo, pero es mejor no preguntar y no saber.

Una tarde que se adentraron en la rosaleda, Louisa empezó a hablar a Betsy de su interés por la enfermería.

—Es una gran profesión —dijo Betsy con orgullo, pulcra e impecable en su uniforme—. No está muy bien pagada, pero compensa en todos los

sentidos. Cuando llegue la guerra, las enfermeras serán más necesarias que nunca. ¿Por qué no se prepara para obtener el título?

—Nunca se me ha ocurrido pensarlo —repuso Louisa, sorprendida—. ¿Crees que podría?

—Sería una enfermera extraordinaria. Y hay muchas oportunidades de ascender. —Betsy le apretó la mano—. La enfermería es cada día más importante. El rey y la reina van a inaugurar el Hospital New Westminster en Londres. Tendrá más de cuatrocientas camas. Algunas amigas mías tienen empleos estupendos en el Real Hospital del Cáncer y el Real Hospital Ortopédico Nacional... Hay algo más para una mujer que el matrimonio y los hijos, Louisa. Pero tiene que decidir que quiere forjarse una carrera, armarse de coraje para llevar a cabo sus planes y estar resuelta a conseguirlo.

Louisa se preguntó si algún día llevaría una vida independiente. El único objetivo que Gloria tenía era que tanto Milly como ella se casaran con jóvenes ricos. Sin embargo, las palabras de Betsy le dieron que pensar...

Una mañana Betsy anunció que su trabajo en Larkswood había concluido. Les comunicó a Edward y a Arthur que Louisa solo necesitaba alimentarse bien, tomar aire puro y hacer ejercicio moderado, y que esperaba que su paciente se quedara un tiempo más en Larkswood hasta que estuviera lista para el combate.

—Pero me reclaman otros pacientes... Es hora de cerrar capítulo.

Louisa sintió una aguda punzada de soledad cuando Betsy se marchó. Se habían hecho muy amigas. Su ausencia señaló un punto de inflexión, pues en adelante Louisa compartiría las comidas con Edward. La primera mañana que estuvo sola, Martha la despertó a las siete con una taza de té. Louisa se bañó, se vistió y bajó nerviosa las escaleras. El desayuno se servía a las ocho en punto; Edward insistía mucho en la puntualidad.

—El almuerzo es a la una en el comedor —le dijo Martha con su habitual parsimonia—. El té siempre es a las cuatro en la sala. Allí suele estar la chimenea encendida, incluso en verano. La cena es a las ocho, con velas y la mejor vajilla. El señor Hamilton siempre se viste de etiqueta y esperará que usted haga lo mismo.

Louisa gimió.

—Qué pesadez. ¿Es necesario?

—Solo es una cortesía. Está invitada en su casa y debe adaptarse a su rutina.

—Pero no tengo nada que ponerme.

—Su madre le ha enviado un par de vestidos de noche. Son un poco ligeros, así que hará bien en cubrirlos con un chal. No querrá pillar un resfriado después de la fiebre.

Louisa se detuvo en la puerta del comedor con el corazón palpitándole con fuerza. No acertaba a imaginar por qué estaba tan nerviosa. Después de todo, solo era un desayuno con su abuelo. Pero él seguía siendo un desconocido y ella no iba a poder probar bocado. Estaba tan nerviosa como el día de su presentación en la Corte.

Empujó la puerta.

Edward leía absorto una carta. Ella reparó en el sobre abierto, el matasellos. Venía de la India.

Carraspeó.

—Buenos días, abuelo.

Él dio un respingo.

—*Salaam!* —La miró por encima de sus gafas redondas—. ¿Cómo te encuentras? Por favor, sírvete todo lo que quieras.

Se guardó la carta en el bolsillo y cogió *The Times*.

—Gracias. No tengo mucho...

—Nunca hablo durante el desayuno. Es una de mis reglas de oro. Hoy hace un día precioso para pasear. Sal a explorar los jardines... Te veré a la hora de comer. —Y desapareció detrás del periódico.

Louisa exhaló un suspiro de alivio. El olor a café se elevaba en el aire, fresco y vigorizante. Destapó un plato de huevos revueltos y cremosos. Bien mirado, puede que tuviera un poco de apetito.

Al salir del comedor empezó a sonar el teléfono del vestíbulo. Louisa titubeó antes de descolgar el auricular.

—Larkswood House. Buenos días.

—¿Louisa? Hija mía... ¿Eres realmente tú?

Resultaba tan extraño oír la voz de su padre.

—¡Sí, soy yo! Acabo de desayunar con el abuelo.

—Espléndido. Eso es lo que esperaba oír. ¿Cómo estás?

—Mucho mejor, papá. Gracias. —Tuvo que parpadear para contener las lágrimas.

—¿Te estás alimentando como es debido, Louisa? ¿Duermes bien?

—Sí. —Ojalá no le temblara la voz—. Todos han estado cuidándome.

—Estamos deseando verte. Te eché tanto de menos en el Claridge. No fue lo mismo sin ti.

Louisa tragó saliva.

—Pensé en vosotros toda la noche.

—Y yo en ti... —Arthur carraspeó. Luego añadió con brusquedad—: Ahora asegúrate de que comes tres veces al día. Toma mucho aire puro y pasea... Tu madre me habría arrebatado el teléfono, pero ya está en la modista con Milly. Ayer me dijo que quiere ir a París para comprar en la Rue de la Paix. British Airways tiene un Frobisher de cuatro motores que vuela de Croydon a París ocho veces al día en setenta minutos. Enseguida me he

mostrado firme y le he dicho que ya puede volar veinte veces al día, ¡que ella no irá en él!

Se rieron. Louisa podía imaginarse la escena en Eaton Square.

—Bueno, tengo que dejarte. El deber me llama... Dale recuerdos a ese abuelo tuyo... ¡Cuídate, hija mía, y ven pronto a casa!

—Lo haré, papá. —Louisa se secó las mejillas con la manga—. Te lo prometo.

Louisa se puso su elegante abrigo, su calzado más cómodo, un gorro y guantes de lana, y salió a explorar. Con Betsy solo paseaba por los jardines de Larkswood, nunca iban más allá, y había mucho más que ver. En secreto, esperaba que el joven jardinero fuera uno de sus descubrimientos.

A la derecha de la explanada de césped había una rosaleda de aspecto formal, un prado silvestre y un poblado bosque de abetos gigantes. A la izquierda, el terreno descendía. Betsy comentó que no tenía ni idea de qué había más allá.

Intrigada, Louisa lo recorrió.

El césped bien cortado daba paso a un prado cubierto de malas hierbas. Las aulagas brillaban bajo pesadas capas de rocío y sus flores amarillo pálido estaban recién abiertas. Hacía tiempo que nadie caminaba por ahí. Los conejos la miraron con incredulidad y se alejaron dando botes con sus colas blancas.

La tierra se hundía de repente y Louisa se quedó sin aliento.

Ante ella se extendía un lago amplio con las orillas cubiertas de juncos y la superficie gris verdoso moteada a la luz matinal. En la orilla opuesta había familias de gansos silvestres pavoneándose y arreglándose las plumas con el

pico. Se agachó para mirar hacia el otro lado, preguntándose cuánto hacía que nadie nadaba o remaba en esas aguas, o hacía un picnic en sus orillas.

Siguió bordeando el lago. Al verla, los gansos graznaron alarmados, se apiñaron sobre el agua y se alejaron ruidosos. Una densa hilera de hayas protegía algo como si guardaran un secreto. Louisa continuó andando sobre un suelo cada vez más húmedo y resbaladizo.

Detrás de los árboles había una vieja caseta para botes, tan maltrecha y solitaria que nadie parecía haberse acercado a ella en años.

Louisa se dirigió hacia allí chapoteando por el barro. Las dos ventanas cuadradas estaban cubiertas de mugre. De la puerta colgaba un candado oxidado. Lo abrió y entró.

El aire hedía a agua estancada, madera podrida y sacos mohosos. Parpadeó mientras sus ojos se acostumbraban a la oscuridad. Ante ella, dentro de un viejo bote, había un par de remos. Louisa se quitó los guantes y deslizó los dedos por ellos, notando la sequedad de la madera astillada y sucia. ¿Cuánto hacía que nadie los utilizaba? Si sacaba el bote al agua, ¿sostendría su peso?

De mala gana salió de nuevo al sol, al verde y acuoso frescor del aire matinal. La puerta crujió al cerrarla tras ella.

De pronto anheló tener amigos con los que hablar, jugar, reír y cuchichear, y compartir secretos. Que la sacaran a pasear por el lago las suaves noches de pleno verano, cuando la luna se asomara por encima de las hayas haciendo brillar el agua bajo su luz.

Por la tarde Louisa volvió a salir. Los jardines primaverales la llamaban tras un largo invierno de encierro. Esta vez se quedó cerca de la casa, dando vueltas por el invernadero y los huertos. Quería encontrar al joven jardinero.

Oyó el sonido de una pala hundiéndose rítmicamente en la tierra blanda.

Alguien se inclinaba sobre ella. Llevaba unos pantalones de pana, una camisa a cuadros azules y blancos y un chaleco de lana oscura, y manejaba la herramienta con garbo y soltura.

Como si advirtiera su presencia, se irguió y se volvió hacia ella. Avergonzada, Louisa fingió que no lo había visto. Era más joven de lo que se pensaba, unos dieciocho o diecinueve años. Tenía un rostro lozano y vivaz, con las mejillas coloradas por el esfuerzo de cavar, y le caía el cabello negro azabache sobre la frente.

Mientras Louisa se volvía, vio a Edward acercarse a grandes zancadas a él. Se detuvo y empezó a hablar.

Sorprendido, el jardinero dejó caer la pala. Se secó las manos en los pantalones y se las pasó por el pelo mientras escuchaba.

Louisa regresó corriendo al invernadero antes de que Edward la viera. Se pasó la tarde paseando por la rosaleda y mirando hacia el prado ancho que había más allá, preguntándose qué aspecto tendría en pleno verano. Esperaba estar todavía allí para verlo. Sobre él se alzaba un poblado bosque de pinos. Deseó tener energía para explorarlo también.

Aquella noche Louisa se vistió por primera vez para cenar, se cepilló el cabello hasta que le brilló y se puso uno de los vestidos ligeros que Gloria le había enviado. Con los hombros al descubierto y la falda ondeando a la altura de los tobillos, se sentía extraña. Se echó un chal por encima, sabiendo que probablemente se le caería sobre la sopa y acabaría en el suelo. Pero cuando entró en el comedor, que estaba iluminado con velas, vio la sonrisa de aprobación de Edward al levantarse para recibirla.

Durante la cena, ella se armó de valor.

—Le he visto esta tarde, abuelo... En el huerto.

—¡No tenía ni idea de que me vigilabas!

—¿Con quién hablaba?

—Con el joven Saunders... Thomas Saunders. Tiene dieciocho años. Empezó a trabajar aquí hace tres y le gustó tanto este lugar que se quedó.

—¿Dónde vive?

—En el camino que hay detrás del lago. —Edward titubeó y de repente se le subieron los colores—. Hay una especie de conexión familiar. Su abuela, Norah Saunders, solía trabajar aquí de criada. Yo..., la recuerdo muy bien.

—¿Y los padres de Thomas? —le preguntó Louisa, aún más intrigada.

—Nunca los he conocido, pero supongo que lo han pasado mal. —Edward se llenó de nuevo la copa—. El padre del joven Saunders, George, fue gaseado durante la Gran Guerra. Todavía tiene el pecho débil. Cuando está en forma, trabaja como pintor y decorador. La madre lava ropa. Trabaja muchas horas para no pasar miseria. —Edward apartó el plato—. Me pongo furioso al pensar en cuántas familias inglesas han sufrido a causa de la guerra. Y ahora va a ocurrir de nuevo.

Louisa trató de desviar la conversación hacia Thomas.

—Bueno, la verdura está deliciosa. Imagino quién la ha cultivado...

—Ya lo creo. El joven Saunders es un jardinero excelente con un instinto natural para la tierra y los huertos de Larkswood. A su familia le costaría arreglárselas sin su sueldo. A partir de mañana le pagaré el doble. Era el aprendiz del jardinero jefe, el señor Matthews, que ha tenido que marcharse de forma repentina. Le he pedido que se quede como mi *burra mali*. No tengo ninguna duda de que se las arreglará estupendamente él solo.

La siguiente tarde, incapaz de mantenerse alejada, Louisa siguió a Thomas hasta el huerto. Esperaba que su presencia pareciera casual e inesperada.

—Felicidades —dijo tímidamente—. He oído que le han ascendido.

Thomas levantó la mirada sorprendido al oír una voz desconocida en

medio del silencio. Luego se apoyó en el rastrillo y sonrió, dejando ver unos dientes blancos que resaltaban en el saludable bronceado de su rostro.

—¡Caramba, cómo vuelan las noticias! —Habló en voz baja, pronunciado las erres de un modo suave y seductor—. Espero estar a la altura del empleo... Usted debe de ser la señorita Louisa. He oído a su abuelo hablar mucho de usted.

Louisa se acercó con cautela por el angosto sendero entre las hortalizas.

—Y usted Thomas. —Le tendió una mano.

—Así es, señorita. —Bajó la cabeza quitándose la gorra, de la que cayó una abundante mata de pelo—. Tengo demasiado barro en la mano para estrechársela..., pero es un placer conocerla. ¿Cómo se encuentra?

—Mucho mejor, gracias.

Los ojos de él, de un verde intenso y protegidos por tupidas pestañas negras, brillaron al clavarse en los de ella.

Louisa se quedó mirando el parterre recién cavado.

—Parece un trabajo duro.

—Estoy plantando patatas ahora que han terminado las heladas. —Thomas señaló con un dedo embarrado—. Las judías verdes están aquí, y allí las zanahorias, las remolachas y las espinacas. Es buena tierra, sin cal; todo crece bien en ella. La señora Humphrey nunca necesita comprar verduras ni flores.

—¿También cultiva fruta?

—El huerto está allí detrás. —Thomas dirigió un pulgar hacia uno de los muros de ladrillo rojo medio derruidos que delimitaban el huerto—. Manzanas, peras, cerezas, ciruelas. Maduran en verano.

—¿Podrá arreglárselas usted solo? —le preguntó ella, impresionada.

—¡Haré lo posible, de eso no le quepa la menor duda! —Thomas se pasó una mano por la frente y se encasquetó de nuevo la gorra—. Aunque aquí hay trabajo para tres personas o más, sé lo que hay que hacer, y en estos

momentos todo está en bastante buen estado. El secreto de la jardinería está en hacer las cosas antes de que haga falta, no después. Hay que ser previsor. ¡En cuanto se me acumulan las tareas, grito bien fuerte!

—Si necesita ayuda... —balbuceó Louisa, sorprendida. Había tenido la idea de improviso, como si hubiera estado esperando para salir de un salto—. Me encantaría... No sé nada de jardinería, de modo que tendrá que enseñarme.

—¡Es una idea excelente!

—Dentro de casa no hay gran cosa que hacer —se apresuró a decir ella, dándose cuenta de las ganas que tenía de que funcionara—, salvo leer los libros de mi abuelo y el periódico. A veces es tan deprimente *The Times*, con las fotos de soldados uniformados... No me he traído las pinturas y los lápices. Y cuando hace buen tiempo... En fin, aquí al aire libre uno casi se olvida de que va a estallar una guerra.

—Hummm... —Thomas recorrió con la mirada el abrigo caro y los zapatos relucientes de Louisa—. No podrá trabajar con esa ropa, eso seguro. La estropearía en una mañana.

—Tengo unos pantalones de deporte que nunca me pongo, un jersey abrigado y una bufanda de lana. ¿Servirán?

Thomas la escudriñó con sus ojos verdes, pensativo. Ella se ruborizó cuando él le examinó las piernas.

—Estoy seguro de que serán perfectos, señorita... —La miró a los ojos con una tímida sonrisa—. No se olvide de que necesitará unas botas gruesas para hacer jardinería como es debido. Tienen que ser impermeables. Y guantes. No querrá que se le claven espinas o que se le meta el barro debajo de las uñas.

—No, por supuesto. —Louisa alcanzó a oír el trino de un pájaro entre los árboles, como para celebrarlo—. No tengo botas, así que estos zapatos

tendrán que servir. Pero no me importa si se manchan de barro. ¿De qué sirven si todo lo que hacen es estar en un armario? Bien, entonces me presentaré mañana por la mañana.

Thomas hizo otra pequeña inclinación y esta vez se le resbaló la gorra. Se rio mientras el cabello le caía sobre la frente.

—Gracias, señorita. La esperaré.

—Voy a ayudar a Thomas en el jardín —anunció Louisa con audacia por la noche durante la cena.

Hacía más fresco y llevaba un jersey fino de cachemir sobre una falda larga. Había esperado a que Martha sacara la tarta de merengue de limón para hacer el anuncio.

Edward dejó la copa.

—¿Ah, sí? —Le brillaron los ojos, primero de sorpresa y luego de desaprobación—. ¿Te lo ha pedido él?

—Por supuesto que no, abuelo. Me he ofrecido yo de forma impulsiva. Ni siquiera tenía pensado hacerlo. De pronto he sentido deseos de ser útil. Hacía un día tan brillante y soleado.

Edward frunció el entrecejo.

—No estoy seguro de si me gusta la idea.

—¿Por qué no? Pensé que estaría encantado.

—No sería auténtico... No eres una jornalera, sino mi nieta.

—¿Qué importa eso? Ayudar en los jardines no lo cambia.

—Te mancharás de barro. No es digno de una señorita. Es inapropiado. No quiero ni pensar en lo que dirán las criadas.

Louisa cogió la cuchara y el tenedor, resuelta a salirse con la suya.

—Si le preguntan, díales que estoy recobrando las fuerzas después de

tantas semanas guardando cama... Solo será una ayuda puntual mientras haga buen tiempo.

—¡Tanto cavar y rastrillar es agotador! No te sentará bien.

—No haré las tareas duras y pararé en cuanto me canse. —Louisa estaba resuelta—. Thomas dice que hay trabajo de sobra para tres personas.

Edward se llevó la servilleta a la boca. Miró a ambos lados parpadeando, como si buscara nuevas objeciones.

Louisa aprovechó la ventaja.

—Además, es mi forma de agradecerle la maravillosa hospitalidad que me está ofreciendo.

—Lo pensaré. —Edward detuvo el parpadeo—. Sabe Dios que esos jardines no se acaban nunca...

—Gracias, abuelo. —Exultante, Louisa se abalanzó sobre el merengue.

Descubrió que estaba particularmente delicioso: ligero, crujiente, con sabor a limón. No le daría tiempo a Edward para dar vueltas a su decisión. Acudiría al encuentro de Thomas a primera hora de la mañana.

El abuelo no podía retenerla dentro de la casa, pataleando y gritando, ¿no?

Bebió un sorbo de vino.

Mientras lo hacía detectó un centelleo en los ojos de Edward.

Martes, 9 de mayo de 1939

Queridísima Lou:

Papá y yo nos quedamos atónitos cuando mamá leyó la carta en la que decías que querías quedarte más tiempo en Larkswood. Maria tendrá que enviarte toda tu ropa de verano. La verdad, Lou, no puedo imaginar qué haces todo el día allí o a quién tienes para hablar. ¡No será al viejo cascarrabias del abuelo! Mientras que yo aquí he ido a montones de fiestas y bailes, y he hecho cientos de amigos nuevos.

Mamá y yo (con Maria, por supuesto) acabamos de regresar de una increíble fiesta de fin de semana que han dado lord y lady Astor en Cliveden. Estoy segura de que te acordarás de papá hablando del «Cliveden Set». Son un grupo de políticos y personalidades importantes en cuyo centro está lady Astor. Ella es una estadounidense extraordinaria que en 1919 se convirtió en la primera mujer en Gran Bretaña en ser miembro del Parlamento. Aunque no deja que nadie beba alcohol bajo su techo, es una anfitriona maravillosa y tuvimos mucha suerte de que nos invitara.

Llegamos a su extraordinaria mansión estilo italiano con vistas al Támesis, cerca de Maidenhead y Windsor, el viernes 5 de mayo y nos marchamos ayer. Teníamos nuestra propia habitación con baño. Siempre había agua caliente, calefacción central y flores en todas las esquinas. ¡Los Astor tienen ciento sesenta hectáreas de terreno! Los bosques estaban

*cubiertos de una maravillosa alfombra de campanillas azules. ¡Y la comida!
¡Voy a reventar las costuras!*

Pero he reservado lo mejor para el final. He conocido a alguien muy especial y tú eres la primera en saberlo. Se llama Robert Campbell. Nos conocimos en el salón, donde había un rompecabezas enorme de la Coronación. Estaba buscando una pieza del hermoso ropaje de la reina y Robert la encontró por mí. Tiene veintidós años y es moreno con unos preciosos ojos azules centelleantes que me miran y me roban el corazón. El año pasado se licenció en el Merton College, en Oxford. Su familia vive principalmente en Edimburgo, pero han alquilado una casa en Londres para la temporada. También tienen otras fincas en Escocia, en alguna parte de las Tierras Altas. No sé exactamente dónde están, pero suena muy salvaje y romántico.

Robert fue a Cliveden con su encantadora hermana, Annabelle, y ella llamó ayer a mi puerta. ¡Me susurró que Robert quiere volver a verme cuando regresemos a Londres!

¡Querida Lou, estoy tan emocionada! ¿Crees que podría ser Él? Cuántas ganas tengo de sentarme a hablar contigo. Por favor, deja esa horrible ruina de Larkswood y vuelve.

Toda tuya, con cariño,

MILLY

P. D.: Rachel Smythe me dijo que es una grosería hablar de la «guerra». Habría que utilizar términos como «emergencia nacional». De todos modos, es evidente que el rey y la reina creen que la situación es lo bastante segura para dejar su país y a Lilibet y a Margaret Rose, pues se han marchado seis semanas. ¡Un viaje real de once mil millas por Canadá y Estados Unidos!

*Dudo que lo hicieran si pensarán que la amenaza del peligro es inminente,
¿no te parece?*

¿Emergencia nacional? ¡Puro cuento! Vuelve a casa ya.

—¡Lista para el servicio! —exclamó Louisa con timidez.

El sol inundaba los jardines. Se detuvo fuera del cobertizo de jardinería con sus holgados pantalones de lana, sintiéndose como una colegiala con uniforme nuevo.

—¡Buenos días, señorita Louisa! —Thomas se rio desde la puerta. Estaba engrasando una horca, y se detuvo con el trapo y la herramienta en las manos—. Le confiaré el huerto de hierbas aromáticas, para empezar... Cebolletas, ajo, perifollo, estragón, menta... Pero solo si va en serio.

—Totalmente en serio. —Louisa se puso los guantes—. Anoche tuve que pelearme con mi abuelo para que me diera su permiso. ¡Es muy probable que venga a ver cómo arranco las malas hierbas!

—Espero que él no crea que le he pedido ayuda...

—No se preocupe.

Louisa miró a Thomas con más detenimiento. Era evidente que se había arreglado para la ocasión. Iba con los pantalones bien planchados, las botas recién lustradas, la camisa inmaculada y la chaqueta de lana impecable. En la mejilla tenía un corte; probablemente se lo había hecho al afeitarse en sus prisas por llegar a Larkswood. Louisa incluso reparó en el olor a limón que desprendía su cabello recién lavado.

—Le he dejado claro que fui yo quien se ofreció a ayudarle, y no solo esta mañana. —Louisa dirigió la mirada hacia el otro extremo del césped ondulado—. Quiero que convierta en un compromiso regular... Adoro estos

jardines. Quiero sentir que soy parte de ellos. Para eso necesito formar parte de una cuadrilla que trabaja su propia tierra.

—Faltaría más. —Thomas dejó la horca—. Sígame entonces. Inspeccionaremos su territorio.

—Me resulta curioso recordarlo —dijo Edward esa noche.

Estaban cenando, como era su costumbre, en el comedor iluminado con velas, y Louisa hacía gala de un hambre voraz. La jardinería sin duda le había aumentado el apetito. Se zampó en un momento una sopa de apio y una silla de cordero, atacó la tabla de quesos y despachó un crujiente de ruibarbo.

Louisa había observado a su abuelo con el rabillo del ojo mientras trabajaba. Él había merodeado alrededor del muro del huerto, pero no la había interrumpido. Ella lo vio alejarse sintiendo cómo la tierra se desmenuzaba bajo sus dedos enguantados y saludando alegremente con la mano a Thomas que observaba sus progresos a cierta distancia.

Ver a Louisa en el huerto parecía haber despertado la memoria de Edward.

—Cuando fui por primera vez a la India en 1897 añoraba desesperadamente Inglaterra. Echaba de menos los jardines de Larkswood y la libertad que te brindaban. En ellos me sentía yo mismo, lejos de los ojos fisgones de los criados, de la institutriz y de mis padres. Bajo el cielo abierto nadie podía decirme qué debía pensar o sentir. Una ola de calor en la campiña de Hampshire es el paraíso... Lo mejor que la vida puede ofrecer... Pasear por los bosques, montar a caballo, nadar en el lago, hacer picnics... No echaba de menos tanto la casa como los jardines.

Picada por la curiosidad, Louisa le preguntó:

—¿Por qué se fue a la India si quería estar aquí?

La mirada de Edward se ensombreció.

—Tenía mis razones.

Se quedó ensimismado y al poco rato salió del comedor.

Pero el solo hecho de mencionar la India había removido algo en el interior de Edward. La siguiente noche tuvo la iniciativa de hablar con Louisa por primera vez sin que ella lo apremiara. Fue muy diferente de los anteriores intentos de entablar conversación con desgana.

—Al principio odiaba la India. El polvo de las calles se te atasca en la garganta y te irrita los ojos. Las moscas persiguen a los niños en el mercado. Todo apesta a orina y a boñigas de yak ardiendo. La fiebre miliar es durísima. Es como estar desnudo en un sofá de pelo de caballo... Nadie sabe lo que significa la palabra calor hasta que ha estado en la India.

Bajó la vista hacia su vino rosado y le dio vueltas en la copa.

—En 1898 contraí la fiebre de flebotomos en Peshawar. No podía beber alcohol. Me prohibieron fumar. Casi no podía tenerme en pie. Me dieron por muerto. Tenía una pequeña yegua ruana rubia rojiza que medía quince palmos. No podía quererla más. Pensé que nunca más la montaría. Perdí doce kilos en tres semanas. Me sentía débil como un gatito. —Las lágrimas contenidas brillaban en sus ojos—. Como tú y tu fiebre glandular. Sé cómo te has sentido, Louisa... Lo sé perfectamente.

Louisa halló dos puntales en la vida de Larkswood: hablar de la India con Edward y cuidar el jardín con Thomas.

Su trabajo en el huerto de hierbas aromáticas se extendió a arrancar las malas hierbas de los parterres y cortar flores para la casa. Thomas pidió prestado a la granja vecina un caballo de carga para que tirara de la segadora. Louisa lo seguía, recogiendo brazadas de hierba fragante y ocultando en ella el rostro.

Los días que hacía frío o llovía disfrutaba del acogedor refugio de Thomas:

una estructura de madera negra. El cobertizo se encontraba situado contra un muro del huerto. A la derecha había un hoyo para la estufa de carbón de coque que proporcionaba calor para los invernaderos. A la izquierda había una mesa alta que se utilizaba para plantar, sembrar y podar las plantas. Junto a los muros había armarios para guardar las semillas, los fertilizantes y las macetas. Palas, horcas, rastrillos, azadones y hoces colgaban de sus ganchos, todos perfectamente limpios y engrasados.

Algunos días Louisa veía mucho a Thomas, sobre todo cuando se tomaban un descanso para tomar una bebida caliente o se resguardaban de la lluvia. A ella le encantaba su forma de pronunciar las erres, el entusiasmo con que le hablaba de los arbustos y los árboles, su sonrisa tímida y su risa explosiva. Cómo se le iluminaban los ojos cuando la veía. Otros días trabajaba sola, sabiendo que él estaba cerca ocupado en alguna tarea. A menudo se inventaba un pretexto para acercarse a él e inhalar el olor a hierba que impregnaba su ropa.

Por las tardes Louisa exploraba los jardines. Más allá del prado se encontraba el oscuro y poblado bosque. Le causaba una fascinación inexplicable. La primera vez que cruzó sus límites se encogió de miedo. Se obligó a caminar durante media hora en la fresca penumbra sin mirar atrás. Luego puso pies en polvorosa y regresó por donde había venido, con el corazón golpeándole las costillas.

La segunda vez se alejó un poco más y se perdió completamente. Los árboles se balanceaban a su alrededor, cercando cada uno de sus movimientos como si la desafiaran a salir de su conspiración. Después de esa pesadilla Louisa llevaba consigo una bolsa de guijarros que había recogido en la orilla del lago y los dejaba caer en las encrucijadas para reconocer el camino de regreso.

Cada vez que Louisa se internaba en él, el bosque parecía diferente. Todo

se volvió verde con los colores de la primavera. Los helechos brotaban y se enroscaban sobre los senderos llenos de raíces. La intensidad del sol aumentó. Los insectos zumbaban y cantaban entre la maleza.

Louisa casi nunca se cruzaba con alguien en el bosque, aunque a menudo era consciente de algún crujido a sus espaldas, la llamada de los pájaros, el ruido de las ardillas al escarbar o el insólito aullido de un zorro. Una tarde oyó voces y se encontró con una pareja, elegantemente vestida y con los zapatos muy lustrados, que paseaba cogida de la mano.

—¿Vive por aquí? —le preguntó el joven.

—Sí —respondió Louisa orgullosa—, pero desde hace poco tiempo.

—¿No sabrá por casualidad cómo llegar a Lover's Cross? —Reía con los ojos, y su compañera se ruborizó—. Estamos de vacaciones y no sabemos dónde está.

—Lo siento, nunca lo he oído mencionar —El corazón de Louisa le palpitaba con fuerza—. ¿Es un lugar especial?

—Muy especial, sin duda. —El joven se llevó a los labios la mano de su compañera—. Los lugareños dicen que hay algo mágico en él. Si una pareja se besa bajo los árboles de Lover's Cross, la unión es bendecida.

Se alejaron riéndose. Louisa los siguió con la mirada...

Algunas tardes bajaba corriendo al lago cruzándose con familias de conejos hambrientos y con un zorro vigilante e igual de hambriento. Los gansos incubaban los huevos hasta que salían las crías del cascarón. Crecían a una velocidad asombrosa, siguiendo en hilera a sus padres por la explanada de césped, esforzándose para no quedarse atrás. Las pollas de agua protegían a sus crías en las orillas. Los grajos y los cuervos contemplaban a Louisa desde las copas de los árboles.

Louisa no solo se sentía ya parte del paisaje, sino que le parecía que había vivido allí toda su vida. Se infundió la sensación de ser parte de ello.

Parecía que las calles de Londres estaban a mil millas de distancia.

—Poco a poco la India me fue cautivando —dijo Edward.

Estaban sentados junto a la chimenea una noche fría.

—Al principio me dediqué a viajar para combatir la nostalgia. Me sentía inquieto y confuso. Desarraigado. No podía permanecer mucho tiempo en ninguna parte. Pasaba el rato en expediciones *shikar*, cazando y pescando, jugando al polo, cazando tigres y jabalíes. Disparaba a las gangas moteadas cuando se posaban para beber poco después del atardecer. Disparaba a todo lo que se me ponía delante: perdices negras y grises, pavos reales, gansos, codornices... Comía cabra y cordero recién muertos, asados en espetones sobre un fuego lento. No hay nada igual en todo el mundo. Una tarde incluso maté una serpiente. Era una cobra negra que dormía en el porche. Le golpeé la cola con un bastón y la corté en dos cuando se irguió en respuesta. Tienes que moverte como un rayo para adelantarte a ellas.

—¿De qué vivía? —Louisa sabía que era una pregunta impertinente, pero quería saberlo.

—Mis padres me enviaban una cantidad cada mes. —Edward se ruborizó, mordiéndose el labio—. Luego cumplí veintiún años y heredé. Nunca olvidaré ese día. La maravillosa sensación de independencia. Después de los monzones el olor de la India cambia. La noche que alcancé la mayoría de edad vi cómo el sol se ponía detrás de los picos nevados del Himalaya y me sobresalté al darme cuenta de que me había enamorado de ese lugar. Quería pasar allí el resto de mi vida...

»El mundo se divide en dos clases de personas: las que han visto el Taj Mahal y las que no. El enorme y brillante edificio blanco marfil con los cipreses verde oscuro detrás... Los loros verde chillón que revolotean alrededor como esmeraldas vivas. Las montañas al amanecer, como cristal de

color púrpura... El balanceo de las carnes de un elefante cuando cruzas un río sagrado a lomos de uno. La India capturó mi corazón y nunca lo soltó.

—¿Cómo conoció a la abuela?

—En una fiesta de Nochevieja en Calcuta en 1898. Mi Juliet era despampanante de joven. Tenía un gran porte, enormes ojos azules, hombros color crema. Fue un flechazo en toda regla. Bailamos juntos tres veces, más habría sido inapropiado, pero supe que era ella. Por suerte ella sintió lo mismo por mí. Tuvimos un noviazgo relámpago. Nos casamos dos meses después.

—Ojalá la hubiera conocido. —Una extraña tristeza invadió a Louisa, quien no podía mirar siquiera una fotografía de Juliet.

—Os habríais llevado de maravilla. —Edward encendió un puro—. ¿Te tomarías una copita de brandy conmigo? ¿No? —Se sirvió un pequeño trago de licor dorado—. El padre de Juliet era un pez gordo del servicio diplomático. Fue él quien me dio mi primer empleo en la India. Trabajé para ellos durante casi cuarenta años. —Bebió un sorbo. El licor desapareció—. Arthur nació en diciembre de mil ochocientos noventa y ocho. Hicimos todo lo que era la costumbre. Lo criamos con una niñera india, una *ayah*. Cuando tenía siete años lo mandamos a un internado inglés que lo preparara para estudiar en Eton. Lo subimos a un barco y le dijimos adiós.

—Debió de ser horrible. —Louisa intentó imaginarse a su padre de niño a bordo de un transatlántico, separándose de sus padres, aterrado ante la vida desconocida que lo esperaba.

—Se me partió el corazón. —Edward hizo una mueca—. Arthur siempre me ha guardado rencor por ello. Dice que yo no lo quería lo suficiente para quedarme con él. —Se le encendieron los ojos de amargura—. ¡Tonterías! En esa época un colegio indio no podía competir con lo que Eton tenía que

ofrecer. El amor no tuvo nada que ver con ello. Hacías lo que era mejor por el futuro éxito de tu hijo. No había cabida para la sensiblería...

»Lo cierto es que eché muchísimo de menos al chico. Solía contar los días que faltaban para las pocas vacaciones que lograba volver a casa.

A Louisa le resultaba difícil hablar de su padre porque lo echaba mucho de menos, de modo que cambió de tema.

—¿Cómo murió la abuela?

Edward se hundió en su butaca.

—Algo llamado embolia pulmonar. Un coágulo de sangre en el pulmón... El peor día de mi vida. —Le falló la voz y se sirvió otro trago—. Mis padres murieron hace cuatro o cinco años, con seis meses de diferencia. Los abogados me escribieron para comunicarme que había heredado Larkswood. Por supuesto, tenía que pagar el impuesto sobre sucesiones y todo eso...

»Si te soy franco, me importaba un comino este lugar. Quería seguir viviendo en mi bungaló indio, con mis recuerdos de Juliet, mis buenos amigos, británicos e indios, mis criados, mi agradable rutina.

—¿Por qué volvió entonces?

—Me retiraron del servicio. Pensé que debía inspeccionar Larkswood, ver en qué estado se encontraba. Una enorme responsabilidad. Siempre necesita mantenimiento y reparaciones. Es demasiado grande para un anciano solitario...

—¿Y su nieta? —añadió Louisa rápidamente, impaciente por no ser excluida.

Edward se bebió el brandy de un sorbo y se rio.

—Jamás soñé que tú formarías parte de esto... Debo admitir que me he preguntado para quién demonios lo estaba haciendo. Arthur tiene su vida en Londres. Gloria nunca ha querido conocerme o visitar Larkswood como es debido. Sé que estuvo aquí para los funerales, pero solo porque no tenía

elección. Yo sí tengo elección, y debo decidir si quedarme o regresar a la India. No puedo vivir en dos lugares al mismo tiempo, ¿no? ¡Con uno ya es suficiente!

El humo del puro se elevaba en espirales circulares por encima de su cabeza. Cerró los ojos y guardó silencio.

Louisa se levantó y salió sin hacer ruido.

Empezaba a conocer a su abuelo..., y a saber cuándo quería estar solo.

1939

Una mañana Edward cayó en la cuenta de que había tomado un cariño exagerado a Louisa. Tenía algo, no sabría decir concretamente qué. No era guapa bajo ningún concepto. Era, en parte, porque se parecía a Arthur y él a su vez se parecía a Juliet. La misma nariz respingada, la forma de reír y de razonar. Sabía leer el periódico, a Edward le gustaba eso. Y tenía una actitud franca. Ni rastro de los aires de suficiencia que veías en las jóvenes bobas que se presentaban en sociedad. Ella se negaba a rizarse el cabello o a llevar volantes y perifollos.

Se había recuperado de forma espectacular de la fiebre glandular. Debía de ser el aire de Hampshire. Y la señora Humphrey había obrado maravillas. A Edward le gustaba ver comer a su nieta. No decía gran cosa, pero era evidente que apreciaba la buena comida.

Además, sabía escuchar. Los recuerdos de la India se agolpaban en su mente. Nunca había hablado sobre ello, no lo había necesitado. Pero la joven, inmóvil en su butaca, le hacía las preguntas apropiadas en los momentos adecuados. Entendía de qué hablaba. Lo alentaba a explayarse y luego sabía cuándo ya había tenido suficiente. Salía de puntillas. Lo dejaba dormitando con su brandy y su cigarro.

Pero él siempre se daba cuenta de que se había ido. La habitación parecía vacía sin ella. No se lo diría por nada en el mundo, pero así era.

Él suponía que debía preguntarle sobre Eaton Square, pero bien mirado no quería saber nada. Si le hacía hablar de su hermana y de todo ese mundo —

las fiestas que se estaba perdiendo, los muchachos con los que estaría flirteando, lo mucho que quería a su padre—, temía que sintiera añoranza y decidiera que ya había tenido suficiente de él. La encontraría al día siguiente frente a la puerta principal con las maletas hechas, tendiéndole una mano...

Se dio cuenta de que eso era lo último que quería. No soportaba siquiera pensar en ello.

A ella sin duda le encantaría la India...

Tal vez cuando regresara ella querría acompañarlo. Solo unos meses.

Esa sí que era una gran idea. Si Arthur y la esnob de Gloria le dejaban ir. A fin de cuentas, ella era su nieta. Tal vez podría casarla con un buen partido de Calcuta. Al menos se la presentaría a esa persona especial... Era como si los viera juntos charlar mientras comían, entrechocando copas de vino y riéndose de las mismas bromas.

¿No sería maravilloso?

Fue ver a Louisa trabajar en el huerto lo que lo motivó. Trajo de vuelta un recuerdo en particular con tanta fuerza como si un tren se abriera paso por una vía cubierta de maleza desde hacía años. Ella era exactamente igual a Harriet cuando cavaba con su pequeña pala entre sus queridas hierbas. Edward tuvo que contener el aliento para detener la emoción. Se prohibió caer en sentimentalismos, pero ver a la joven le tocó la fibra sensible.

Entró rápidamente en la casa. Se encerró en el despacho para reflexionar como era debido. Sobre su futuro en Larkswood, su regreso a Calcuta. Quería hacer algo que Louisa recordara cuando estuviera en esas bobas fiestas londinenses. Tuvo una idea. Habló con el joven Saunders y tomó el tren a Waterloo. Fue a Harrods. Encargó el modelo más caro que tenían. Luego fue a Coutts. Llegó a un arreglo. Lo atendió un hombre elegante, alguien en quien podía confiar. Tres guineas a la semana para Louisa como asignación

mientras estuviera en Larkswood, e incluso cuando regresara a Londres. Eso le permitiría tener cierta independencia de esa madre suya.

Arthur jamás habría pensado en ello. Tenía la cabeza tan atrapada en las nubes de la política que no veía lo que pasaba debajo de sus narices. Edward quería a su hijo con toda su alma, aunque este no lo sospechara siquiera. Pero su hijo era como una gallina vieja. Cloc, cloc, guerra, guerra. Todos sabemos que se avecina, querido Arthur. Tú no eres el único que lo sabe.

Durante el trayecto de regreso empezaron a escocerle los ojos. El labio superior se le cubrió de sudor.

Tuvo otra idea excelente.

Últimamente rebosaba de ellas.

Una semana después, recién salida del baño y vestida con una blusa de hilo y un pantalón de peto azul marino, Louisa se detuvo frente a la ventana y observó un mirlo resuelto que picoteaba con ferocidad el césped buscando gusanos. Tres días atrás le había expresado a Edward su deseo de quedarse en Larkswood. Solo unas semanas más. Estaba impaciente por salir al jardín y reunirse con Thomas.

Al bajar las escaleras oyó la voz de su abuelo hablar con Vicky, seguida de un correteo de pies obedeciendo órdenes. Él la esperaba en el vestíbulo.

—Tengo una sorpresa para ti. —Se balanceó sobre los talones, con un brillo en los ojos que era indicio de lágrimas reprimidas—. Si vas a quedarte un poco más de tiempo en Larkswood, querrás tener una habitación propia.

Sorprendida, Louisa se ruborizó.

—Pero tengo acceso a toda la casa, abuelo. No necesito...

—Yo creo que sí. Necesitarás un lugar donde leer, escribir cartas o tocar el piano. De todos modos, ya está hecho. Ayer vinieron a afinar el piano mientras tú estabas ocupada arrancando malas hierbas.

Edward señaló la puerta junto a la chimenea que había estado cerrada.

—Esta habitación es muy especial para mí. La llamábamos la sala de música. Mis padres daban conciertos en ella. Veladas musicales en las largas noches de verano. Recuerdo cómo cantaban. Era maravilloso... —Se aclaró la voz, y sacó un pañuelo inmaculado del bolsillo y se lo pasó por la cara—. Bueno, ya es suficiente... Las criadas la han arreglado para ti... Es toda tuya.

—No sé qué decir.

—El placer es enteramente mío. Y, a propósito, voy a pasarte una asignación de tres guineas a la semana. Te esperará todos los lunes en un sobre encima de la mesa del vestíbulo. Sé que lo gastarás con buen criterio.

—Edward se mordió el labio inferior—. Puedes aporrear el piano todo lo que quieras, no me importa el ruido. Siempre he adorado ese instrumento. No hay nada como un viejo piano de cafetín. El tuyo es bueno. Un Bechstein.

—Es demasiado generoso, abuelo. Muchísimas gracias...

Edward se volvió bruscamente sobre sus talones. El pañuelo había vuelto a abrirse paso hasta su rostro.

—Puedes tutearme. En fin, creo que esto pide un buen desayuno.

Louisa empujó impaciente la puerta, que se abrió como si hubiera estado esperándola.

Se le cortó la respiración.

La habitación estaba bañada en la suave luz de la mañana que se filtraba a través de dos vidrieras de colores: una daba al camino de acceso, la otra a la extensión de césped en pendiente. En una chimenea de mármol muy ornamentada crepitaba un gran fuego. El olor a madera de manzano ardiendo impregnaba el aire. A cada lado del fuego había unas butacas hondas y unas alfombras tejidas cubrían el brillante suelo.

En una esquina, debajo de la ventana, había un elegante piano pequeño de cola con la tapa abierta, las teclas sin polvo y expectantes. Louisa se notaba los dedos tiesos y agarrotados, acostumbrados a la jardinería y no a practicar las escalas. Escogió las notas de apertura de «*Para Elisa*» de Beethoven, disfrutando del afinado sonido de las teclas.

Sobre la mesa situada junto al fuego vio un gran paquete. Rasgó el envoltorio dejando ver un cuaderno de dibujo, acuarelas y una caja de

colores. La semana anterior le había hablado a Edward de su principal habilidad y de que su material todavía estaba en Eaton Square.

Ese día no trabajaría en el jardín. Haría unos bocetos de Larkswood. Había estado deseando dibujar ese lugar desde su llegada. Convertiría en un cuadro el mejor boceto y se lo regalaría a Edward en señal de gratitud.

Corrió al comedor.

—Es la habitación más maravillosa del mundo, abuelo. —Louisa se acercó dando brincos a su silla y le plantó un audaz beso en la mejilla—. Nunca podré agradecértelo bastante.

Edward sonrió para no tener la tentación de llorar.

Thomas escuchó las novedades que Louisa le contó.

—Me alegro mucho. Haz lo que quieras esta mañana. Yo voy a abonar las rosas.

Husmeando por el cobertizo, Louisa encontró una vieja tumbona destartada. La sacó, le quitó el polvo y se la llevó a la parte delantera de la casa. Edward se había ido en el Rolls-Royce. Empezaría por la fachada.

Llevaba una hora dibujando, observando con suma atención el ladrillo de piedra arenisca de la planta baja, que se convertía en ladrillos de terracota en el primer piso y en tejas de terracota en el tejado, cuando se detuvo en las ventanas salientes de «su habitación». La torre central de Larkswood era de piedra arenisca. Mientras la contemplaba se fijó en que solo estaba cubierta de hiedra verde por un lado; en el lado derecho la hiedra había muerto. Solo quedaba el retorcido tronco gris aferrándose como unas manos sin sangre.

Se acercó más para contemplarla.

Era como si ese lado de la torre hubiera sufrido un violento incendio.

Perturbada, Louisa regresó a la parte trasera de la casa, arrastrando consigo la tumbona, para empezar nuevos bocetos.

Thomas empujaba la carretilla por el césped.

—¿Cómo va eso?

—Muy bien.

—¿Qué tal están las rosas?

—Hasta los topes de abono... ¿Puedo mirar?

Ella abrió el cuaderno. Un golpe de brisa agitó las páginas. Mientras intentaba pasarlas con ayuda de Thomas sus manos se rozaron. A Louisa le embargó la emoción. Se moría por que él la abrazara, allí mismo, a la vista de todos. ¿Qué importaba?

—Son preciosos... ¡Dibujas realmente bien, Louisa!

Ella intentó pasar por alto cómo el cabello le caía hacia delante, rozándole el hombro. La tentación de pasar los dedos por él casi la abrumó.

—Dime algo, Thomas —se apresuró a decir—. La fachada de la casa tiene un aspecto muy extraño, con esa torre...

—¿Con la hiedra a un lado y el tronco desnudo al otro?

—Exacto. ¿Por qué?

Thomas se rio.

—Imagino que por las cosas tan extrañas que sucedieron en Larkswood.

—¿Qué cosas? —Louisa recordó lo poco comunicativa que se había mostrado Betsy—. Nadie me quiere contar nada del pasado de Larkswood.

—Entonces tendrás que indagar por tu cuenta.

—No sabría por dónde empezar.

—Ya has empezado a mirar. ¿Y qué me dices de eso? —Thomas señaló con un dedo—. ¿Lo ves?

Louisa entrecerró los ojos bajo el sol.

—Paredes de terracota, mucha hiedra, glicina.

—Mira de nuevo... Allá arriba, en la otra esquina... ¿Qué esconde toda esa hiedra?

A Louisa se le puso la piel de gallina mientras miraba.

—¿Es una ventana?

—¡Bien a la primera! ¡Y apuesto a que hace años que no se abre!

—Me preguntó por qué... Y cómo será la habitación que hay detrás de ella.

—Adelante, averígualo. —Thomas agarró de nuevo los mangos de la carretilla—. En el pueblo hay gente que cree que en Larkswood hay fantasmas. Muchos no se acercarán ni muertos. Yo no creo en esas bobadas. Pero eso no significa que no me haya fijado más de una vez en esa ventana, preguntándome qué hay detrás. —Guardó silencio unos momentos—. Mi abuela, Norah Saunders, levantó un puño cuando le dije que había entrado a trabajar en Larkswood... Nunca la he visto tan enfadada.

—Pero ¿por qué? El abuelo me comentó que había trabajado aquí.

—Así es, pero ella no quiere hablar de ello. Nunca lo ha hecho y nunca lo hará. Ni una maldita palabra.

—Qué extraño.

—Supongo que no son más que habladurías. En los viejos tiempos había mucho servicio en Larkswood. Mi abuela Norah era una de las criadas, pero solo estuvo unos pocos años e incluso entonces vivió en su propia casa. Debieron de discutir por alguna tontería, ya sabes, mucho ruido y pocas nueces. ¿Quién sabe? Quizá lo único que encuentres detrás de esa hiedra es otra vieja habitación aburrida.

—Es posible. —Una suave brisa levantó el cabello de Louisa. En el calor del sol tuvo un escalofrío, el mismo que le recorría la espalda cada vez que se adentraba en el bosque—. Pero esta noche intentaré explorar en serio.

Levantó la vista hacia Thomas, resuelta.

—Y es posible que encuentre algo más interesante.

Viernes, 12 de mayo de 1939

Querida Lou:

¡Estoy temblando de la emoción! ¡Robert y Annabelle vinieron a tomar el té! Robert llamó por teléfono varias veces durante la semana, y también dejó su tarjeta de presentación, de modo que estábamos más que advertidos. Aun así, hubo mucho revuelo y los muebles se sometieron a un pulido extra.

Papá tiene otras cosas en la cabeza, para variar. Ha estado parloteando de los nuevos planes de ordenar el oscurecimiento de toda la ciudad de Londres que todavía no se han hecho públicos. ¡No nos dejarán encender ninguna luz por la noche! ¿Te lo imaginas? ¡Todos los árboles de la ciudad tendrán marcas blancas en el tronco para que nadie choque contra ellos! ¿No es ridículo? ¿Cómo vamos a desplazarnos por la ciudad en la oscuridad? ¡Los coches se estrellarán, la gente se caerá de la acera y los caballos se espantarán!

Mamá se quedó tan disgustada que me llevó al nuevo Dickens & Jones en Regent Street para recobrase. Ahora hay un Dome Restaurant, un American Gown Shop, un Hat Bar y un New Gown Salon. Me compró un traje de verano de hilo azul jacinto con una chaqueta entallada con lazos y una camisa plisada. Me lo puse para el té especial, ¡pero antes nos aseguramos de que papá estuviera en el White's cuando Robert y Annabelle llegaran!

Fue fantástico volver a verlo. Había empezado a creer que la última

semana solo era un sueño maravilloso. Pero el brillo especial que detecté en sus ojos cuando hablamos era inconfundible. No cabe duda de que recuerda cada minuto que pasamos juntos en Cliveden. Durante nuestra estancia allí él cogió un ramillete de campanillas azules. Las puse entre las páginas de un Vogue para que se secaran y me las traje a casa. No me he atrevido a decírselo. Aún no. No quiero que parezca que le doy alas.

Pero estoy segura de que sabe lo que siento. Es como si no hubiera nadie más en nuestra habitación mientras hablamos. Solo los dos.

Ojalá estuvieras aquí, Lou. Parece que hace siglos desde la última vez que hablamos como es debido. Te echo muchísimo de menos.

Con todo mi cariño, muy emocionada y locamente enamorada,

MILLY

P. D.: Mamá dice que espera que estés cuidándote. Si te despiertas sintiéndote febril debes tomarte la temperatura. Le ha pedido a Maria que te lleve un nuevo termómetro, por si el abuelo no tiene uno en Larkswood, ahora que se ha ido tu enfermera. Si no estás bien, puedes quedarte en la cama durante al menos una semana. Y no debes ir estreñida. Causa cosas horribles como migrañas, letargo, indigestión, halitosis y mal cutis. Y todas las mañanas bebe Sal de fruta Eno. Desde que lo hago mamá dice que estoy más guapa que nunca.

¡Espero que Robert esté de acuerdo! Mañana por la noche él y Annabelle me llevarán a oír a Gigli cantando Tosca en Covent Garden. Tengo un nuevo traje de noche espectacular. Es rosa pálido, hecho de un tejido de seda que se ciñe al cuerpo. Mamá dice que tengo la figura para llevarlo y que debo exhibir mis atributos. Cuando papá la oyó se puso morado de indignación.

Dijo que no debería decir cosas tan escandalosas a su hija mayor. ¡Los he dejado discutiendo y he decidido escribirte!

Después del té, Edward se encerró en su despacho. La señora Humphrey y las criadas charlaban en la cocina. Incapaz de contener por más tiempo su curiosidad, Louisa se decidió. Si subía al ático en ese momento en que no había nadie alrededor tal vez podría entrar en esa habitación. Le había comentado a Thomas que se proponía hacerlo. Estaba impaciente por impresionarlo con su determinación y su éxito.

Corrió escaleras arriba y giró a la izquierda por un pasadizo abovedado adentrándose en lo que todavía se llamaban «las dependencias del servicio». Subió de puntillas el estrecho tramo de escaleras y se detuvo a escuchar para asegurarse de que nadie la había seguido.

Un extraño silencio denso le martilleaba los oídos. El suelo de madera estaba cubierto de polvo, las paredes desconchadas y descoloridas. Todas las puertas del ático estaban cerradas con llave; en el lúgubre pasillo hacía frío. Louisa se estremeció, sintiéndose súbitamente muy lejos del resto de la casa, donde nadie la oiría si necesitaba ayuda.

Apretó los dientes y cerró los puños, diciéndose a sí misma que no debía ser patética. No podía asustarse de un pasillo oscuro... Si echaba a correr ahora, ¿qué demonios le diría a Thomas?

La ventana cubierta que él le había señalado había estado en el extremo derecho de la casa. Louisa torció a la izquierda y echó a correr por el pasillo. Al llegar al fondo se detuvo bruscamente.

No había puerta.

En lugar de ello se alzaba ante ella una enorme mole en la penumbra.

¿Era pura casualidad o alguien en Larkswood se proponía mantener esa habitación oculta? En el espacio donde debería haber habido una puerta había un enorme armario de caoba. Tenía una cerradura pero no había llave.

En la parte inferior del armario, dos enorme cajones con un tirador de latón se burlaban de ella. Louisa intentó abrirlos, súbitamente esperanzada. Tal vez en ellos encontrara viejos diarios, cartas personales o viejos documentos con el sello de lacre roto.

Pero los cajones estaban vacíos. Los cerró llena de frustración, decepción y cólera. Un ligero olor a alcanfor se extendió por el pasillo.

Ella sola no podía mover el armario. No había descubierto nada en absoluto.

Se mordió el labio inferior, resistiéndose a admitir la derrota.

Durante la cena de esa noche Louisa estuvo muy inquieta. Su relación con Edward había evolucionado tan bien que lo último que quería era disgustarlo. Estaba deseando preguntarle por la habitación del ático, pero no conseguía encontrar las palabras para no sonar impertinente. Decidió decirle la verdad y ver cómo reaccionaba. Respiró hondo.

—El cuaderno que me has regalado, abuelo, es perfecto.

Edward esbozó una de sus raras sonrisas.

—Me alegro de que te guste, Louisa.

—He estado intentando dibujar Larkswood. —Bebió un sorbo de vino tinto para infundirse coraje—. La torre es extraordinaria... ¿Podría subir a ella para contemplar las vistas y hacer algunos bocetos desde allí arriba?

—Eso es imposible. —La sonrisa de Edward desapareció—. La torre ya no se utiliza. No es segura... Debo cuidar de ti mientras vivas bajo mi techo.

Louisa volvió a intentarlo.

—He visto algo extraño en la parte trasera de la casa... Una de las ventanas del ático está cubierta de hiedra... Asfixiada bajo ella. —Otro sorbo de vino—. Es como si la hiedra quisiera ocultar algo.

El cuchillo de Edward cortó el queso y resbaló sobre la tabla.

—Eso es ridículo. —Apuñaló el tembloroso pedazo amarillo pálido—. Allá arriba están las habitaciones de Vicky y Martha. El resto del ático está cerrado. Mis padres probablemente llenaron las habitaciones de muebles que no querían.

Rehuyó la mirada de Louisa.

Ella fingió ser práctica y eficaz.

—Podrías pedirle a Thomas que cortara la hiedra. —Así al menos él podría atisbar a través de la ventana y ver cómo era la habitación, pensó.

Edward trató de tragar el queso, pero se le atascó en la garganta.

—Imposible —balbuceó—. Tardaría semanas en cortarla. ¡Como si no tuviera suficiente trabajo! No, no. La hiedra no perjudica a nadie. La dejaremos donde está.

Aquella noche Louisa dio vueltas en la cama, incapaz de dormir. No podía dejar de pensar en el ático. En sus sueños agitados tuvo visiones del armario. Sus pesadas puertas se abrían con un crujido. Ella atisbaba en la húmeda cavidad. Una mano sudorosa la sujetaba por el cuello e intentaba empujarla hacia él. Ella forcejeaba contra la presión, y se despertó, golpeando las almohadas.

A la mañana siguiente se reunió con Thomas en el cobertizo para resguardarse de un repentino chaparrón. Él la miró con timidez mientras tomaban una taza de té.

—Bien, señorita Sabueso... ¿Cuántos fantasmas de Larkswood descubriste

anoche?

—Por desgracia, ninguno. —Y a continuación ella le explicó la razón.

—Entiendo. No solo ha crecido demasiado la vegetación sobre la ventana, sino que tampoco se puede entrar por la puerta.

—Eso solo ha aumentado mi determinación de lograrlo. ¿Crees que podríamos mover el armario juntos esta noche? ¡Por favor, Thomas, haré lo que sea! —A Louisa se le encendieron las mejillas de la emoción—. ¡Rastrillaré los céspedes, arrancaré las malas hierbas, te prepararé el té durante un mes y te haré la colada!

—¡Caramba! —Thomas se rio—. Es un ofrecimiento que no puedo rechazar.

Trazaron planes. Thomas le diría a su madre que iba a salir con unos amigos y que no lo esperara despierta. Estaría frente a la puerta de la cocina de Larkswood a medianoche. Louisa contaba con que a esa hora todos durmieran. Si pasaba algo, soltaría tres ululatos —Thomas le dio una rápida lección— y él haría lo mismo en respuesta.

Después de la lluvia Louisa deambuló por el césped húmedo hasta el huerto de hierbas aromáticas, y cogió la pala y la cesta deseando que oscureciera. Por primera vez estaría a solas con Thomas por la noche.

Diez minutos antes de las doce Louisa bajó de puntillas a la cocina. La habitación de la señora Humphrey estaba justo al lado. Debía hacer menos ruido que el aire nocturno. A través de las pequeñas ventanas vio la sombra de Thomas, iluminada por la débil luz de la luna. Abrió la puerta de la cocina con un pequeño chasquido y se llevó un dedo a los labios. Thomas pasó por su lado. Durante un momento largo permanecieron muy juntos. Louisa estaba segura de oír los latidos de su corazón. ¿O era el suyo? Luego, como una sola

sombra, salieron de puntillas de la cocina, subieron las escaleras y se adentraron en el pasillo, oscuro como boca de lobo.

—¡Va a costar moverlo! —susurró Thomas. Miraban el armario, los dos tan juntos que sus hombros se rozaban—. Es un monstruo, de eso no cabe duda.

—Como te dije, alguien tiene algo que esconder. —La luz de la linterna de Louisa parpadeó y se apagó, dejándolos en una oscuridad que parecía de terciopelo negro—. Vaya, menudo trasto... No me veo ni la punta de la nariz.

—No hace falta. Quizá sea más seguro que lo hagamos en la oscuridad. — Thomas apretó el hombro contra el armario—. Apártate... Allá voy.

El armario gimió. Se desplazó media pulgada.

—No tienes que moverlo mucho —susurró Louisa—. Solo lo justo para que nos colemos por detrás.

Thomas se apoyó de nuevo contra él. Esta vez logró que la parte trasera del armario se separara de la puerta de la habitación.

—Creo que es suficiente —murmuró Louisa, deslizándose por detrás—. Estoy aplastada, pero he encontrado el tirador de la puerta. ¡Reza para que no esté cerrada con llave! —Se apretó contra ella. La puerta se abrió con un crujido que sonó como un pequeño grito de dolor.

Contuvo la respiración y sintió la mano de Thomas en el hombro.

—Nos ha oído alguien... —le murmuró él al oído—. Han abierto una puerta... No muevas ni un músculo.

Louisa se quedó inmóvil.

—¿Quién anda allí? —gritó Vicky con voz asustada desde el fondo del pasillo—. ¿Hay alguien?

Por las paredes gastadas danzaron sombras proyectadas por una vela.

En el silencio que siguió la mano de Thomas se tensó. Luego Louisa sintió

el roce de sus dedos en la nuca. Se le aceleró el pulso.

—¿Eres tú, Vicky? —preguntó Martha tímidamente—. ¿Qué pasa?

—Me ha parecido oír un ruido..., como si alguien susurrara algo. Y luego un crujido.

—A estas horas de la noche, lo dudo.

Se produjo otro silencio. Louisa casi podía oír a las criadas en actitud de escuchar.

—Pero ya no se oye nada —dijo Vicky.

—Has comido demasiado queso, querida.

—Sabes que no lo pruebo. Se me atasca en el gástrico.

—Vuelve a la cama, Vicky. Comprobaremos si todo está en orden por la mañana.

—De acuerdo, Martha. Si tan segura estás de que nadie ha entrado a robar. Buenas noches y que sueñes con los angelitos.

—Eres tú quien necesita angelitos, no yo.

La vela se apagó. Las dos puertas se cerraron con un chasquido.

Louisa respiró con más facilidad.

—No te muevas durante tres minutos enteros —le susurró Thomas, bajando el brazo. Esperaron, contando los segundos. Bien... Ahora abre la puerta pero asegúrate de que no vuelve a crujir... Ya es suficiente... Puedes meterte.

Louisa estaba aterrada.

—Ven conmigo, Thomas. Me da miedo entrar sola.

Se deslizó en el interior de la habitación sacudiendo la linterna, que volvió a encenderse de mala gana; la luz era muy débil pero más valía eso que nada. Notó el calor del cuerpo de Thomas detrás de ella, pero todavía temblaba. En la habitación hacía un frío que pelaba. Olía a ratones, a moho y a abandono.

Y a algo peor.

Olía a enfermedad.

En cada extremo de la habitación había dos viejas cabeceras de hierro, sin colchones ni sábanas. Una silla colocada del revés. Una cómoda de madera con los cajones abiertos y vacíos.

De detrás del revestimiento de madera salió algo. Louisa gritó y dio un brinco, llevándose las manos a la boca.

—¡Chiss! —susurró Thomas—. Solo es un ratón.

—¡Esta habitación es espantosa! Apesta. Probablemente hay un cadáver debajo de las tablas del suelo. Tenías razón, no hay fantasmas. He sido ridícula... Salgamos de aquí.

Pero Thomas señaló la ventana.

—¿Qué es eso de allí arriba entonces?

Louisa siguió su mirada. En la pared colgaba un cuadro en forma de paisaje con un marco estrecho. Apuntó la linterna hacia él y se quedó mirándolo. Era difícil verlo bien, pero parecía un retrato de tres personas: un hombre joven y a cada lado una chica con vestidos escotados de verano.

La linterna empezó a parpadear.

—Maldito trasto. Salgamos de aquí antes de que nos partamos el cuello... ¿Crees que podríamos llevar el cuadro a mi habitación? Me gustaría limpiarlo un poco y mirarlo bien. Ya encontraré el modo de esconderlo de las criadas.

Thomas lo descolgó de la pared.

—Tú ve delante, Louisa. Asegúrate de que no hay moros en la costa... Podemos dejar el armario donde está. Nadie notará que lo hemos movido una pulgada.

Thomas bajó las escaleras con el cuadro bajo el brazo. Louisa abrió la puerta de su dormitorio y dejaron el cuadro dentro, apoyado contra una pared. Luego se miraron, suspirando de alivio.

La pequeña lámpara de la mesilla de noche estaba encendida. Después de la oscuridad del ático, su habitación parecía íntima e invitadora. Se volvió hacia Thomas. No quería que se fuera.

—Gracia por tu ayuda —murmuró.

Por primera vez esa noche vio bien el rostro de Thomas. Tenía la frente manchada de hollín. Sin pensarlo, se acercó a él y le deslizó los dedos por las marcas negras. Como si hubiera estado esperando la invitación, Thomas se inclinó hacia ella. Le deslizó los dedos por el cabello hasta la nuca. Le rozó la mejilla con los labios.

Louisa estaba deseando que la besara.

Como si le hubiera leído el pensamiento, él dijo con prisas:

—Creo que es mejor que me vaya, antes de que esto vaya más lejos... Antes de que vayamos demasiado lejos... Hasta mañana, Louisa. Buenas noches.

—Buenas... buenas noches, Thomas —tartamudeó ella.

Las palabras apenas le brotaron de los labios.

Thomas ya se había dado la vuelta y desaparecido de la habitación.

1939

Louisa se quedó allí temblando y sintiéndose de pronto muy sola, desesperada por decirle a Thomas cuánto deseaba que la besara. Se había ido con tantas prisas que no había tenido oportunidad de hacerlo. Probablemente él ya estaba a mitad de camino del lago, deseando estar en sus brazos. Se lo diría al día siguiente. Y al día siguiente, se prometió, se besarían.

Pero aquella noche, a la luz de la mesilla de noche, miró el cuadro.

Los tres rostros le sostuvieron al instante la mirada con un realismo inquietante, como si el pintor hubiera conocido sus pensamientos más íntimos.

Louisa contuvo el aliento. El hombre del centro era Edward, mucho más joven que como ella lo había conocido, por supuesto, pero no había ninguna duda de que era él. Sonreía confiado y atractivo, con su ondulado cabello castaño cayéndole sobre la frente, los ojos verdes brillantes y risueños. A su derecha había una chica más alta y algo mayor que él, con largos rizos rubios, vestida con un traje rosa pálido de cuello redondo. Debajo de la clavícula izquierda tenía un pequeño lunar oscuro que parecía resaltar la palidez de su piel. A la izquierda de Edward había una chica más baja y menor que él, con el cabello moreno y lacio recogido dejándole la frente despejada. Las dos jóvenes tenían los labios gruesos y unos asombrosos ojos de color castaño claro con motas doradas. En ambas se apreciaba la curva de sus mejillas, la ondulación de sus pestañas, los elegantes lóbulos de sus orejas. Podrían haber salido del lienzo y hablado con ella.

Louisa deseó que lo hicieran.

Iban adornadas con joyas. La más alta lucía un collar de rubíes granates con unos pendientes a juego. La otra llevaba alrededor del cuello una cadena de oro trabajado ensartada con piedras preciosas: púrpura, azur, negro azulado. Los colores cambiantes de un mar creciente bajo el sol.

Louisa dejó el cuadro encima de la cama y deslizó un dedo por la superficie. Al retirar la capa de polvo, los tres pares de ojos la miraron más brillantes.

Las preguntas se le amontonaban en la cabeza.

¿Era un retrato de familia? ¿Eran las hermanas de Edward? Si era así, ¿por qué él nunca las había mencionado? ¿Tenía dos tías abuelas de las que su padre nunca le había hablado? ¿Por qué? ¿Qué tenían de horrible? ¿Por qué habían sido condenadas a semejante anonimato? ¿Qué habían hecho para merecerlo?

Llena de emociones contradictorias, Louisa miró fijamente el retrato, demasiado cansada para seguir limpiándolo o incluso esconderlo. Solo sentía un enorme alivio por estar de nuevo en su agradable y limpia habitación después de la suciedad y el hedor del ático. Y gratitud por que no los hubieran descubierto. Anhelaba el roce de los labios de Thomas, el calor de su cuerpo contra el de ella. Era como si todavía sintiera el ligero contacto de sus dedos en la nuca.

De pronto albergaba nuevas y crecientes sospechas acerca de Edward.

Alguien debía de haber escondido a algún miembro de la familia Hamilton o a sus criados en esa habitación del ático. ¿Había sido su abuelo? Y si era así, ¿por qué? Y después —¿después de qué, por el amor de Dios?—, una vez la habitación estuvo vacía, ¿por qué la habían cerrado con tan deliberada brutalidad, como si quisieran que se olvidara que en otro tiempo la habían habitado seres humanos?

A la mañana siguiente, Louisa envolvió el cuadro con una manta que le sobraba y lo metió dentro de una de sus maletas vacías. Ni Vicky ni Martha la encontrarían allí.

Como siempre, el desayuno con Edward transcurrió en silencio. Louisa lo miró de reojo preguntándose qué pensaría de sus aventuras nocturnas. Comió con prisas, deseando reunirse con Thomas.

Lo encontró limpiando una pala en el cobertizo. Repiqueteaba contra el suelo cuando ella entró por la puerta. Pero en lugar de tomarla en sus brazos, él se ruborizó y empezó a señalarle lo que requería su atención en el huerto de hierbas aromáticas. Ella le sonrió, sintiéndose igual de cohibida y titubeante.

Mientras tomaban un té a media mañana, Louisa le habló del retrato.

—Es Edward quien aparece en el centro. Muy joven y atractivo. Y las chicas son guapísimas. ¿Crees que eran sus hermanas?

Thomas contuvo una risa cínica.

—Quién sabe, tal vez has descubierto los fantasmas de Larkswood. Yo no creo en ellos, pero a lo mejor has sacado por fin sus esqueletos del armario.

—¿Y por qué el abuelo no las ha mencionado nunca?

—Bueno, esa es la cuestión. —Thomas estaba más cerca de ella que de costumbre. ¿Tal vez él también recordaba cómo le había rozado el cuello la noche anterior? ¿Estaba tentado de hacerlo de nuevo? Louisa contuvo el aliento.

Thomas se apartó ligeramente.

—Creo que es mejor que se lo preguntes a él.

Le arrojaba de nuevo el guante.

Otro reto que ella se obligaría a aceptar.

Esa noche Louisa hizo un esfuerzo especial y se puso un vestido nuevo que le había enviado Gloria. La seda de un verde pálido y el pronunciado cuello en pico le favorecían. Probablemente más de lo que habría aprobado su madre... Su padre sin duda se habría escandalizado.

Edward enseguida lo advirtió. La miró sorprendido cuando ella entró en el comedor.

—¡Querida Louisa! ¡Estás muy glamurosa esta noche! El aire del campo te está sentando de maravilla. ¿Es nuevo ese vestido? Gloria tiene un gusto excelente, hay que reconocerlo.

Durante la cena Louisa se arriesgó. Se había convertido en una costumbre.

—Quería preguntarte algo, abuelo... Me has hablado mucho de la India. Pero ¿qué hay de la vida aquí antes de que te marcharas?

Edward perdió interés en el bistec que estaba comiendo con deleite.

—¿Mi vida en Larkswood? Nada especial. No olvides que pasaba mucho tiempo en Londres. Llevaba el negocio de la familia desde Mincing Lan, pues mis padres estaban en el extranjero.

—¿Tenías más familia? —Louisa palideció al ver la expresión de sus ojos—. ¿Hermanos, quizá?

Él dejó el cuchillo y el tenedor ruidosamente sobre el plato. Se sostuvo la servilleta sobre la boca durante lo que pareció una eternidad.

—Nunca he tenido ningún hermano —murmuró.

—¿Y hermanas? —perseveró Louisa—. ¿Tenías alguna?

Edward arrojó la servilleta sobre la mesa.

—Está bien, tenía dos hermanas. ¿Responde eso tu pregunta?

Louisa notó un hormigueo de satisfacción. ¡Por fin estaba llegando a alguna parte!

—Pero nunca hablas de ellas, abuelo. ¿Cómo se llamaban? ¿Dónde viven?

Edward apartó el plato como si por él se arrastraran gusanos.

—No tienen nombres. Las dos están muertas. Murieron mientras yo estaba en la India. Dos meses después de mi llegada me escribió mi padre para decírmelo. —Se pasó una mano por el cabello—. Escarlatina. En tres días se las llevó.

A Louisa se le cortó la respiración.

—Lo siento mucho.

Sabía que debía morderse la lengua. Edward probablemente cogería un plato y se lo arrojaría si continuaba. Pero no pudo detenerse.

—¿Dónde están enterradas? —balbuceó—. Me gustaría visitar sus tumbas, para llevarles flores, honrar su memoria.

Edward se levantó de su silla, que se volcó y cayó a sus pies como un perro ante su amo. Louisa recordó la silla volcada en la habitación oscura del ático.

—Eso lo veo muy difícil. —Edward bajó la vista, parpadeando—. Estaban a bordo de un barco rumbo a Europa cuando cayeron enfermas. Fue algo trágico. Terrible. Murieron con unas pocas horas de diferencia. Lanzaron los cadáveres al mar. Creía que Arthur te lo había dicho. Podría haber tenido la cortesía de hacértelo saber.

—Quizá se olvidó —replicó Louisa rápidamente—. Nunca las ha mencionado. Créeme, no tenía ni idea...

Edward cogió su copa, con la mano temblorosa. La apuró de un trago largo y feroz.

—La última vez que vi a mis hermanas fue aquí en Larkswood. Ambas gozaban de excelente salud. —Se atragantó con las palabras como si le escaldaran en la garganta—. Excelente.

Cogió la copa vacía y miró al frente, con la mirada perdida.

Louisa se estremeció de inquietud y recelo. El gesto a la defensiva de los labios de Edward, el temblor de su mano, su mirada opaca: había algo en ellos que no sonaba convincente. De repente Edward parecía un hombre

cambiado. Como si estuviera en un tribunal, declarando ante un juez y un jurado.

¿Diciendo la verdad y nada más que la verdad?

Entonces ¿por qué Louisa no estaba convencida?

—No puedes imaginártelo siquiera. —La voz de Edward sonó débil e inexpresiva—. El duro golpe cuando me enteré de lo que les había pasado a mis seres más queridos.

—¡Me lo imagino! Si le pasara algo a Milly me quedaría destrozada. Debiste de sentirte...

—No tienes ni la más remota idea de cómo me sentí, Louisa. Los tres estábamos muy unidos. Crecimos juntos aquí en Larkswood. Este lugar nunca será lo mismo sin ellas... Pero ¿sabes? —Se le ahogó la voz—. No tengo ningún deseo de hablar de ellas. Ha sido un gran desacierto sacar el tema... He perdido el apetito. Si no te importa, preferiría que terminaras de cenar sin mí.

Edward se dio media vuelta, pero al llegar a la puerta se volvió hacia ella.

—Te he brindado mi hospitalidad, Louisa Hamilton. Te he acogido calurosamente, he satisfecho todos tus deseos, te he dado todo lo que estaba en mi mano... Pero te lo advierto, no interfieras en mi vida privada. ¡No te pases de la raya!

Edward dio un portazo.

Louisa se quedó sentada en la mesa viendo cómo se enfriaba la comida, y maldiciéndose por ser tan insensible y torpe. Ella tampoco pudo tragar otro bocado. Apuró su copa de vino. Le quemó la garganta y casi se atragantó.

Algo despertó a Louisa en mitad de la noche. ¿El ululato de una lechuza en el bosque? ¿Un rayo de luna que entraba en la habitación y caía sobre su rostro?

Apartó las sábanas y se acercó a la ventana sin hacer ruido.

Se asomó.

Una sombra se proyectaba sobre el césped.

Edward se paseaba de un extremo a otro con un cigarro en la mano. La bata se le arremolinaba alrededor de los tobillos y arrastraba los pies calzados en zapatillas.

Louisa alcanzó a verle el rostro a la luz de la luna.

Se llevó un sobresalto.

La confianza en sí mismo que irradiaba el abuelo que ella conocía se había esfumado.

Sobre el césped daba grandes zancadas un anciano demacrado y desesperado.

Desayunó sola y deprimida.

Vicky le informó de que el señor Hamilton se había ido a Londres y se alojaría en su club.

—¿Cuándo volverá?

—No lo ha dicho, señorita Louisa. No ha dicho una palabra a Jimmy. Ha guardado silencio todo el camino hasta Haslemere... Nadie parece saberlo.

1939

Edward no recordaba haber estado nunca tan furioso. Maldita mocosa entrometida. Debía de haber oído las habladurías. A saber de dónde las había sacado. La gente del pueblo chismorreaba, pero ella no había tenido forma de llegar allí. ¡Menuda insolencia, interrogarlo de ese modo! Ella no tenía ningún derecho. Su vida privada era exactamente eso: ¡privada!

Le das la mano a alguien y te arranca el brazo.

Edward atribuyó la culpa a Arthur. Solo le habría llevado unos cinco minutos explicarle toda la historia a Louisa, y ella debía tener la maldita boca cerrada. En lugar de eso, allí estaba, fisgando y entrometiéndose hasta que él no pudo soportarlo más. Tener que hablar de la última vez que había visto a sus queridas Cynthia y Harriet había sido la gota que colma el vaso. Si no se hubiera levantado y tirado la silla al suelo, habría gimoteado como un viejo.

Después de una desagradable noche sin dormir, con un aspecto lamentable, Edward le pidió a Jimmy que lo llevara a Haslemere. Cogió el tren lechero a Waterloo. Casi no habló con él durante el trayecto y no le dijo cuándo pensaba volver. No sabía si lo haría. Tenía unas ganas infinitas de reservar un pasaje en el siguiente crucero a Bombay.

Casi lo hizo. Poco le faltó para decirle al taxista londinense: «Lléveme a la agencia de viajes. Necesito comprar un pasaje». En cambio, fue directamente al Boodles y subió a su habitación, donde se bebió sin vacilar media botella de brandy.

Luego pensó que era mejor despejarse. Bajó corriendo y pidió una cafetera entera de café cargado. Mientras se lo tomaba, notando cómo la cólera todavía se le arremolinaba en la mente, oyó hablar a dos hombres en la mesa contigua. Lo que decían hizo que perdiera impulso y se sintiera aún peor.

Uno de ellos había visto la ciudad española de Guernica después de que el bombardeo de las Luftwaffe la hubiera reducido a un montón de escombros, sangre y cadáveres. Lo describió como el infierno sobre la tierra. Luego añadió que cuando los alemanes empezaran a bombardear Londres, dejarían caer setecientas toneladas de bombas al día sobre la ciudad en unas pocas semanas. No pararían de lanzarlas con los ojos cerrados y sin pensar. Cada tonelada de bombas causaría cincuenta heridos, de modo que solo en la primera semana de la guerra morirían 83.000 londinenses. Y eso sin contar el caos que organizarían los alemanes con las máscaras antigás.

Edward se quedó allí sentado lamentando haber oído esa conversación. Si eso era cierto, ¿cómo iba a dejar a Arthur y a su familia en Londres? Parte de él quería llamar de inmediato a su hijo para prevenirlo y decirle que se fuera inmediatamente de la ciudad.

Luego pensó: un momento. Arthur debe de saber todo esto. Está más próximo a las fuentes gubernamentales que la mayoría de la gente. No había nada que Arthur no supiera acerca de las bombas y el gas tóxico.

A continuación Edward tomó una decisión: se largaría. Si no regresaba a la India nunca volvería a ver a esa persona especial. Vivir en Larkswold fue divertido mientras duró. Pero se estaba haciendo excesivo. Volver a enfrentarse a Louisa, tener que dar explicaciones, hurgar en el pasado... Ya había tenido suficiente. No quería hablar más de la India. Solo quería volver allí.

Se quedó sentado junto a la ventana durante otra hora dando vueltas al asunto, sintiéndose enfadado, confuso, asustado, perturbado y también

borracho. Tendría que comer algo. Se había ido de Larkswood demasiado temprano para desayunar y le rugían las tripas.

De modo que salió tambaleándose del club para almorzar en Fortnum's.

¿Y quién estaba sentada en la mesa de enfrente? Lady Richenda Partington, más despampanante que nunca. Esa mujer realmente sabía cuidarse. Cabello negro y liso recogido en un elegante moño en la nuca. Un precioso sombrero ladeado. La piel perfumada, una sutil vaharada de gardenia. La tez blanca como la nieve virgen.

La amiga con quien Richenda había quedado no apareció; debía de haberle salido un plan mejor. De modo que allí estaban los dos cuando menos se lo esperaban, comiendo *à deux* espárragos con salmón escalfado y fresones con nata, y hablando de los viejos tiempos y de la India. Recordando la vida a bordo del *Viceroy*. Riéndose, flirteando y rozándose los dedos debajo de la mesa. Y bebiendo varias botellas de excelente Bollinger.

Edward pagó la cuenta, como era de esperar. Siempre un caballero, se ofreció a acompañarla a casa. No iba a permitir que una mujer tan deslumbrante deambulara sola por Londres. Cuando quisieron darse cuenta se estaban besando en el taxi.

Una vez en el interior de la espléndida casa de ella en Kensington, las criadas miraron discretamente para otro lado. ¿Y el viejo Stanley? No se le veía por ninguna parte. Qué necio era ese hombre. Si él no sabía apreciar lo que se le ofrecía porque ya lo había tenido antes, otros muchos podían hacerlo.

¡Su Richenda! ¡Menuda tarde! ¡Los trucos que se guardaba esa mujer en la manga! Edward esperaba que hubiera muchos más. Más tardes y más trucos.

Lo cierto es que eso era exactamente lo que necesitaba. Hacía mucho tiempo que Juliet lo había tomado en sus brazos y lo había rodeado con sus piernas. Casi se había olvidado de lo que se sentía. Ella lo habría perdonado.

Siempre le había dicho que si estiraba la pata antes que él no debía dudar en casarse de nuevo.

Por supuesto, eso había sido en la India. Ahora estaba en Londres. Y Edward no tenía ninguna intención de remover las tranquilas aguas entre Richenda y Stanley. Nadie quería eso. Pero ¿un idilio de verano a puerta cerrada? ¿Fresones con nata, sol y gardenias? Eso era lo que necesitaba. Para que se olvidara de la guerra y de esas terribles predicciones.

¿Y el pasado? Podía irse al infierno. Sus escarceos con lady Partington, por otra parte, borraron por completo la pesadilla de Larkswood, y cada uno de los fantasmas demenciales que se agazapaban en ella.

Como era de esperar, la tarde llegó a su fin. Richenda tenía planes de ir a la ópera. Edward se vistió de nuevo con su ayuda. Se citaron para el día siguiente. Él la besó en los labios, tardó en separarse de ella. Un dulce devaneo...

Salió por la puerta principal con la fragancia a gardenias todavía en el olfato, listo para enfrentarse al mundo. Y mientras caminaba a grandes zancadas por la acera a la luz de última hora de la tarde, haciendo planes para los días siguientes —iba a necesitar un lujoso guardarropa de verano si se proponía alternar con una lady como Richenda—, ¿quién cruzó la calle delante de él sino Simon Manners?

En lugar de esquivarlo y echar a correr, Edward se encaró con su primo, le estrechó la mano con efusión y le preguntó qué tal estaba.

—Hummm, se te ve muy satisfecho, Edward Hamilton. —Manners arrugó la nariz—. Diantre, ¿has empezado a llevar perfume?

Edward se sorprendió ruborizándose como una joven adolescente. Se quedó parado en la calle sin saber qué decir.

Manners echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada.

—¡Viejo zorro! No hace falta que te pregunte con quién has estado esta tarde.

—Entonces no preguntes. —Edward le guiñó un ojo—. Espero que no hayas gastado ya todo mi dinero en pieles y zafiros.

—Casi todo, viejo amigo. —Manners sacó una delgada pitillera de plata, la abrió y le ofreció un oscuro cigarrillo turco. Los encendió con la rápida llama de un mechero de plata—. Me queda algo para la temporada y alguien más que me llame la atención.

Edward dio una profunda calada. El olor a tabaco impregnó el aire. Sintió como una generosidad efusiva le inundaba el corazón. El goce de un dulce devaneo duraba mucho más de lo que recordaba.

—Oye, si algún fin de semana no tienes nada que hacer, llámame. Ven a Larkswood. Está en excelentes condiciones. Tengo vinos extraordinarios en la bodega. Podríamos descorchar un par de botellas juntos. Y tendrás ocasión de conocer a mi nieta. Será como en los viejos tiempos.

Simon lo miró mientras el humo se elevaba en una espiral sobre sus cabezas.

—¿Cómo dices?

Edward se ruborizó.

—Lo que quiero decir... es que Larkswood está espléndida en estos momentos. —Tiró la ceniza a la acera—. Además, estoy pensando en venderla. Disfrutaré un poco más de la temporada y luego regresaré a la India. Ayer me invadió una enorme nostalgia... Estoy hecho a las costumbres indias.

Retrocedió unos pasos.

—De modo que si quieres volver a ver la casa, sin tener en cuenta lo que

sucedió en ella... —Tragó saliva. El humo le escoció los ojos—. Más vale que te des prisa, antes de que sea demasiado tarde.

Harriet salió del bosque sintiéndose como una delincuente, como si hubiera aplastado el brillo del amanecer con su puño embarrado y hubiera sofocado el canto de la alondra.

Se detuvo para recuperar el aliento.

Sentía como un pinchazo en el costado. Se miró las manos. En una de ellas todavía estaba la pala cubierta de barro y de agujas de pino. Se estremeció. La arrojó con todas sus fuerzas hacia la oscuridad de los árboles. Oyó el ruido sordo que hizo la herramienta al caer al suelo.

Miró hacia el otro extremo del valle. Pronto la hierba estaría alta y tupida. En medio de ella se abriría paso el maravilloso derroche de color de los tréboles púrpura, los ranúnculos dorados y las margaritas, y la mancha roja de las amapolas y los murajes, la línea divisoria entre el bosque y Larkswood House.

La casa donde hasta hacía nueve meses había vivido sin una sola sombra amenazadora ni rastro de oscuridad.

Ahora..., qué distinto era todo. Cómo se habían multiplicado los secretos. Ninguno de ellos tenía que ver con ella. Harriet meneó la cabeza como si tuviera el cabello repleto de arañas. Nada que ver con ella, aunque estaba metida hasta el cuello, y se ahogaba en ellos, aprendiendo a mentir con cada palabra que pronunciaba.

Pero tenía que volver y seguir fingiendo.

Pugnando por respirar, Harriet llegó a los jardines de Larkswood. Mantuvo la cabeza gacha, con los brazos envueltos en el chal bien cerrado. Las pesadas faldas, empapadas de rocío, se le pegaban a los tobillos.

Rezando para que los criados todavía estuvieran dormidos y no hubiera nadie mirando por una ventana, se acercó corriendo a la casa; pasó por delante del invernadero, del huerto, de los establos, del cobertizo donde había buscado desesperada esa pala, y cruzó la puerta de la cocina.

Se detuvo en seco.

Llegaba un tintineo de la antecocina. Una criada tarareaba como un arroyo de primavera. De espaldas a Harriet, con el cabello recogido dentro de la cofia, se sirvió leche de una jarra. No oía nada más que su canción.

Harriet se precipitó hacia una puerta interior y, arriesgándose, empujó el pesado roble. La puerta se abrió a su espalda. Ante ella se extendía el oscuro pasillo, silencioso y vacío.

Si pudiera llegar al rellano sin que nadie la viera.

Se escabulló escaleras arriba como un conejo asustado.

En el primer piso, fuera de uno de los dormitorios, Harriet se alisó las faldas y respiró hondo. Abrió la puerta, temiendo lo que iba a encontrar.

La habitación en penumbra olía a sangre.

A través de las cortinas se filtraban espirales de luz de sol, pero no veía nada. De pronto los muebles parecían dar vueltas ante sus ojos: la cama de columnas, las sillas, la mesilla de noche.

La cesta de mimbre había desaparecido.

Cynthia estaba acostada en la cama, pálida y con el cabello rubio húmedo y alborotado. Tenía los párpados cubiertos de venitas azules. Arrodillado a su lado, Edward le cogía las manos, con la mandíbula apretada, el cuerpo rígido.

Alzó la vista hacia Harriet. La profunda tristeza de sus ojos le traspasó el

corazón.

—¿Lo has hecho, Harriet? —le preguntó con voz inexpresiva.

Ella asintió silenciosamente.

—¡Gracias a Dios! ¿Has encontrado un lugar escondido?

—Eso espero. —Harriet se sentía sucia, con la mente confusa—. Me he metido corriendo en el bosque, aterrada de que me viera alguien. Tenía muy poco tiempo. —Se pasó una mano por la frente, secándose el sudor—. Estaba desesperada por volver antes de que se hiciera de día.

—Y lo has conseguido. Así se hace.

Harriet recorrió la habitación con la mirada. No había nada que revelara lo ocurrido. Ni el hervidor de agua. Ni la palangana. Ni las toallas. El cajón donde Cynthia y ella habían escondido la ropa de bebé estaba abierto y vacío como una boca desdentada.

No había ni la más mínima prueba.

Solo estaba Cynthia acostada en la cama.

—¿Dónde está Norah? —A Harriet le tembló la voz como a una anciana.

Edward se mordió el labio.

—La he mandado a casa. —Soltó las manos de Cynthia y se irguió—. Estaba agotada. Su familia querrá saber por qué ha pasado aquí toda la noche. Pero ella ya había advertido a Paul que podía ocurrir. —Torció el gesto—. Les dirá que todo ha ido bien.

De los labios de Harriet se escapó un alarido áspero, lleno de incredulidad. Apretó los labios y los abrió.

—¿Que todo ha ido bien? Pero ellos esperaban...

—Sí. Pero no dirán una palabra. Norah me lo ha prometido. Confío plenamente en ella.

—Y la muerte de Isabelle... —A Harriet empezó a darle vueltas la cabeza

al recordarla. Sintió cómo le subía una oleada de náuseas del estómago y se aferró al respaldo de una silla para no devolver.

Alarmado, Edward la miró con más detenimiento.

—Estás hecha un desastre, Harriet. Tienes la falda empapada y barro en el pelo. Ve a cambiarte y acuéstate.

Obedeciendo sus instrucciones, Harriet se volvió para irse, agradecida de que la dejara ir.

—Espera. —La voz de Edward, precisa y autoritaria, hizo que se detuviera en seco—. El collar.

Harriet se llevó las manos al cuello.

—Lo llevabas anoche. ¿Qué has hecho con él?

—Me lo quité por si se estropeaba. Está en mi habitación. —La mentira descarada fue como una patada en el estómago de Harriet. Le escocían los ojos a causa de las lágrimas. Le brotó un sollozo sin querer.

Edward se levantó rígidamente.

—Eh, Harriet, hermanita. No llores, por favor.

Ella notó el calor que él desprendía y deseó que la abrazara.

—Nada de todo esto es culpa tuya. —Él pronunció las palabras despacio, como si se las arrancara de la lengua—. Ha sido una noche horrible. Ojalá no hubieras estado aquí.

—No he servido de nada...

—No, hermanita. Has sido muy valiente.

—No lo suficiente.

Estaban más cerca ahora, con los brazos extendidos. Edward la abrazó. Él olía a su jabón especial y a sudor después de la noche más larga y oscura.

—¿Y ahora qué? ¿Está muy grave Cynthia? —le preguntó ella—. ¿Es fiebre puerperal lo que tiene? Leí en uno de los libros de padre sobre ello y suena horrible...

—Cynthia es fuerte. —Edward se pasó la lengua por el labio—. Antes de que madre y padre hayan vuelto de la India se habrá recuperado.

—Pero ¿y si...?

Unos dedos calientes le cerraron los labios.

—Si persiste la fiebre, diremos que le sorprendió la lluvia. En cuanto se despierte lo hablaremos los tres con Norah para ponernos todos de acuerdo.

—Sí, Edward. —Pero vio el pánico en los ojos de su hermano.

Él la besó en la frente y le alisó el cabello.

—Ahora vete a la cama, hermanita. Intenta dormir.

Diez días después de esa larga y espantosa noche, Desmond y Antonia regresaron de la India. Le mandaron una nota a Edward desde Southampton para comunicárselo. El barco en el que viajaban, el *China*, había atracado después de muchas semanas en alta mar en medio de un temporal. Pasarían primero por la oficina de Londres antes de ir a casa.

Al enterarse de la noticia, a Harriet se le encogió el corazón. Admiraba en secreto a su madre por su resistencia para recorrer largas distancias, así como por ser fiel a su marido en las duras y en las maduras. Pero le aterraba volver a ver a su padre. Sabía que a los pocos minutos del reencuentro haría algún comentario despectivo sobre su pelo o su vestido. ¿Y cómo iban a explicarles la enfermedad de Cynthia?

Larkswold disponía de cuatro días para prepararse para la llegada.

La casa se sumió en un torbellino de actividad.

Los criados correteaban arriba y abajo como ratones asustados, cargados de ropa blanca. Abrieron todas las habitaciones que habían permanecido cerradas desde el verano y las restregaron del suelo al techo. Quitaron el polvo y fregaron hasta el último rincón, enceraron todos los muebles y sacaron brillo a todas las fuentes, cucharas y teteras de plata. Un millar de

superficies devolvían el reflejo de los rostros que pulían y frotaban. Lavaron y tendieron las cortinas para que se secaran antes de volver a colgarlas con prisas.

Los limpiacristales eliminaron de las ventanas toda la mugre del invierno. Los jardineros barrieron los senderos y el porche, rastrillaron a primera hora la hierba empapada de rocío y recogieron las hojas muertas, dejando a la vista la tierra de debajo.

Sacaron de los baúles los saquitos de lavanda y los colgaron en los armarios para perfumarlos.

El espíritu de Larkswood cantó.

A diferencia de Cynthia.

La fiebre se aferraba a ella como si unos ropajes calientes le inmovilizaran el cuerpo. Sacudía la cabeza sobre las almohadas ardientes. No reconocía a nadie, no probaba bocado. Solo bebía algo cuando Harriet insistía en sostenerle una taza contra sus labios cuarteados.

Harriet cambiaba las sábanas de la cama mientras Edward sostenía a Cynthia en brazos, murmurándole palabras de aliento. En cuanto él salía de la habitación, le quitaba el camisón empapado de sudor. La lavaba con una pequeña toalla húmeda y jabón suave, y le pasaba un camisón limpio por la cabeza.

El esfuerzo de esa tarea diaria la dejaba exhausta.

Norah compartía con ella el trabajo durante el día pero no las noches interminables.

Finalmente Cynthia estuvo lo bastante recuperada para sentarse a hablar con ellos y «ponerse de acuerdo» en su historia. Harriet y Edward, solos en el comedor, ensayaron lo que dirían a sus padres. Como conspiradores culpables, a modo de tapadera llamaron al médico del pueblo, el doctor

Sandberg. Harriet se mostró reacia, pero Edward insistió en que era lo que se esperaba de ellos. Debían dar la impresión de haber sido «suficientemente responsables».

El doctor Sandberg pasó mucho rato a solas con Cynthia.

Salió de la habitación ceñudo.

—No hay nada que yo pueda hacer por su hermana. Lo lamento mucho. La fiebre es grave y muy peligrosa. Solo podemos rezar para que continúe con vida.

Sin habla, Harriet y Edward se quedaron inmóviles en el rellano, callándose su secreto culpable.

—Alguien debe velarla día y noche —añadió el doctor Sandberg, enroscándose las puntas del bigote con sus dedos esbeltos—. Alimentadla con caldos ligeros pero nutritivos y limonada. Que no pase sed. Volveré mañana a esta hora. Cuando regrese la señora Hamilton, díganle que me llame si cree que Cynthia corre mayor peligro. Le enviaré la factura a su madre.

Su calesa y su poni se alejaron por el camino, libres como el viento.

—¡Oh, queridos, qué alegría estar en casa! —Esas fueron las primeras palabras de Antonia. Y mientras la saludaban los criados, colocados en hilera delante de la puerta, añadió—: Pero ¿dónde está Cynthia? ¿Por qué no está con vosotros?

Llevaban una hora esperando a los viajeros, cogiendo frío en el aire fresco de una mañana de mayo. A Harriet empezó a aporrearle el corazón en el pecho como un tambor de alerta. Besó a su madre en la mejilla. Parecía más delgada y agotada del viaje. En el cabello rubio de las sienes le brillaban hebras plateadas. Había estado expuesta a un sol peligrosamente intenso que le había dejado manchas marrones en la frente.

Edward dio un paso al frente para besar la mano de su madre. La llevó a un lado mientras le explicaba la ausencia de Cynthia. Los criados guardaron silencio en su rígida hilera intentando escuchar la conversación susurrada, de la que el nombre «doctor Sandberg» y las palabras «visto a Cynthia dos veces» saltaron como liebres asustadas.

Antonia se quitó el sombrero y, sujetándose las faldas, corrió escaleras arriba. Se pasó una hora en el dormitorio de Cynthia mientras Harriet esperaba en el pasillo, oyendo las preguntas cada vez más histéricas de su madre.

—¿Cuánto tiempo lleva así? Nunca la he visto tan enferma. Le arde la piel. Casi no ha podido abrir los ojos y hablar conmigo... ¿Qué estáis haciendo para ayudarla? ¿Por qué no me habéis avisado antes? Teníamos asuntos que atender en Londres, pero habríamos venido directamente a Larkswood de haberlo sabido. Tu padre se pondrá furioso de que no se lo hayáis dicho. ¿Qué demonios voy a decirle?

Torció la cabeza para mirar a Harriet.

—¡Vamos, contesta! ¿Qué ha ocurrido exactamente?

Edward entró en la habitación, consciente de que Harriet estaba paralizada en silencio.

—Hace varias semanas salimos a pasear por el pinar. —Su voz sonó firme y confiada—. Empezó a llover y regresamos corriendo a casa a través del prado. Acabamos empapados. Al entrar en casa Cynthia estaba helada hasta los huesos. —Se acercó a Antonia y le acarició los hombros para tranquilizarla—. Le subió la fiebre, madre, pero no tengo ninguna duda de que pronto se recobrará.

—¿Estás seguro? —Antonia inclinó la cabeza sobre la mano lánguida de Cynthia—. Está tan delgada. No tiene color en los labios ni en las mejillas...

—Es joven y fuerte. Nunca ha estado enferma antes... Vamos, baja a tomar

un café bien caliente. Te reanimará. Y estoy impaciente por oír las noticias del extranjero. Harriet se quedará con Cynthia. Ha sido una enfermera maravillosa. Tiene más paciencia que nosotros dos juntos.

Antonia asió a Edward del brazo y se tambaleó al levantarse.

—Hijo mío, estoy agotada. —Le escudriñó el rostro. Con una débil sonrisa, le alisó las ondas de cabello que le caían sobre la frente—. Me siento tan feliz de estar en casa que me entran ganas de cantar de alegría. —Su mirada regresó a Cynthia—. Pero ¿cómo voy a hacerlo cuando mi hija mayor está tan gravemente enferma y tal vez a las puertas de la muerte?

Desmond, dotado de una energía infatigable, se quedó junto al carruaje dirigiendo con bramidos ensordecedores la descarga del equipaje. Los caballos, cansados y hambrientos, estaban inquietos. Los mozos de cuadra acudieron corriendo en su auxilio. Al cabo de unos minutos había baúles y cajas, paquetes de extrañas formas, sombrillas, paraguas, botas y zapatos desperdigados por el porche y el vestíbulo.

Cuando Harriet bajó a comer, temiendo el enfrentamiento que sabía que iba a producirse con su padre, el olor a serrín y a cuero húmedo le llenó los pulmones. En el otro extremo de la mesa, Desmond reparó brevemente en su presencia y le preguntó por la rosaleta, pero apenas escuchó su respuesta.

Durante dos días, Larkswood bulló de actividad mientras los viajeros se instalaban. Los criados, expeditivos y atentos, haciendo gala de su conducta más ejemplar, se esmeraron para asegurarse de que todo marchaba sobre ruedas. Desmond Hamilton no tuvo ningún motivo de queja. No corrían peligro alguno. Pero fuera de la habitación de Cynthia el silencio se hizo más intenso. Harriet pasó por delante de la puerta de sus padres al ir a buscar una limonada para Cynthia y los oyó discutir.

—¿Por qué he de gastar dinero en un estúpido curandero pueblerino? —le preguntó Desmond—. Deja que la niña se recobre a su debido tiempo.

—Porque Cynthia no se está recobrando, Desmond. Hay algo más... Algo que no me están diciendo. Llámalo instinto maternal... Llámalo como quieras.

—Yo lo llamo tonterías...

—Te lo ruego, Desmond. Estoy muy preocupada. No he dormido una noche entera desde que regresamos a casa. Deja que le pregunte de nuevo al doctor Sandberg. Necesito saber qué vio la última vez que estuvo aquí. Necesito oír su opinión personal...

Por tercera vez llamaron al doctor Sandberg.

Harriet y Edward se agazaparon en el pasillo fingiendo estar ocupados, desesperados por averiguar lo que ocurría.

Antonia y el médico estuvieron una hora encerrados en la habitación de Cynthia. Cuando salieron Harriet alcanzó a ver el rostro de su madre. Ceniciento, con los labios apretados... y furioso.

Aquella noche, antes de cenar, Desmond llamó a Edward para que acudiera a su despacho. Harriet recordó cómo su hermano se había encerrado allí con Cynthia una tarde de diciembre.

Sabía que había ocurrido algo horrible. Temblorosa, esperó a Edward en el pasillo. El fuego crepitaba con furia, pero ella estaba helada. O bien el doctor Sandberg había descubierto el secreto de Cynthia y se lo había revelado a Antonia o uno de los criados los había traicionado.

O tal vez ambas cosas.

Los oyó discutir, en voz baja primero, luego en un tono más furioso. El interminable y frenético interrogatorio continuó. También las respuestas titubeantes. De pronto se oyó un alarido seguido de un llanto. Era Edward.

Harriet no podía creerlo. Aparte de esos angustiosos instantes en que Isabelle yació muerta en brazos de Cynthia, Harriet nunca había visto llorar a Edward. Ni cuando se cayó de su poni y se rompió la pierna, ni cuando Desmond lo azotó por robar tartaletas rellenas de frutas una Nochebuena, y la sangre le empapó la camisa por detrás, cubriéndola de gruesos manchones púrpura.

Ni siquiera entonces.

Oyó a Desmond gritar.

—No me vengas con lágrimas de crío y balbuceando groserías. Estoy harto de verte. Me avergüenza que seas mi hijo. Vete antes de que te muela a palos.

Unos pasos cruzaron el suelo.

Edward abrió la puerta y salió tambaleándose. Se detuvo en la puerta y miró de nuevo hacia el interior del despacho, suplicante.

—¿No va a darme más tiempo, señor? Unas pocas semanas... Solo hasta que Cynthia esté un poco mejor y pueda hablar, para asegurarme de que se ha recuperado y despedirme de ella como es debido. Por favor...

El frío e implacable alarido que salió del despacho hendió el aire.

—Te marcharás de aquí mañana al amanecer.

—Pero mis pertenencias...

—Te seguirán. En cuanto Larkswood se deshaga de ti, daré instrucciones a los criados de que llenen tu baúl... Aunque no mereces la ropa que cuelga sobre tu espalda indigna.

—Se lo ruego, padre...

Harriet oyó que la silla del escritorio se arrastraba por el suelo seguida del ruido del puño contra la madera.

—¡Apártate de mi vista antes de que te vuele la tapa de los sesos! —gritó Desmond.

Edward cerró la puerta. Se quedó fuera, llorando sin tapujos. Harriet se

acercó corriendo a él para consolarlo. Él la apartó.

—No me toques... No soy digno de ti... Ya no.

—Pero ¿qué has hecho? —La confusión de Harriet, el pavor, el desconcierto le provocaron un nudo en la garganta.

—Nada... —murmuró Edward—. Mejor dicho, todo. —Se manchó la cara con la manga. Su respiración era entrecortada.

Harriet, desesperada y asustada, se mantuvo firme.

—Dime qué ha pasado, Edward. Por favor, no lo entiendo. He llamado hace una hora a la puerta de madre, pero la criada me ha prohibido entrar.

Edward cruzó tambaleándose el vestíbulo y abrió de par en par la puerta delantera.

—Sal conmigo al jardín. Rápido, Harriet, solo tenemos unos minutos antes de que ese monstruo salga y te aleje de mí.

—Tú solo intentaste cuidar de Cynthia. Es lo que habría hecho cualquier hermano decente. Te has portado maravillosamente con ella. ¿Recuerdas cómo ella buscaba consuelo y apoyo en ti? —Harriet caminaba al lado de Edward, deseando cogerle la mano, secarle las lágrimas. Abrazarlo.

Pero él se apartó de ella.

—No es tan sencillo. —La voz le brotó débil y áspera. Harriet apenas lo oyó—: Eres demasiado joven para entenderlo.

Harriet gritó de indignación.

—¿Cómo puedes decir eso después de todo lo que hemos pasado juntos?

Él se volvió bruscamente hacia ella.

—Mira, padre dice que me dejó a cargo de Cynthia y de ti, que en su ausencia yo era el hombre de la casa. Que debería haberme dado cuenta de que Cynthia tenía un admirador secreto. —Se atragantó—. Que pasaba más tiempo de la cuenta con él sin acompañante. Pero no me di cuenta. Estaba

demasiado absorto en mis sentimientos por Marion... ¡Eso viniendo de un hombre que deja solos a sus hijos durante meses y meses, sin decirles ni siquiera dónde demonios está!

Harriet formuló la temida pregunta.

—¿Sabe padre lo del bebé de Cynthia?

—Sí. —Edward parecía de nuevo a punto de llorar. Respiró hondo—. Ha corrido la voz.

Horrorizada, Harriet cerró los puños.

—Tuvimos tanto cuidado...

—Fuimos muy ingenuos al creer que podríamos guardar el secreto. Los criados chismorrear a la mínima que pueden, y un bebé es el mayor escándalo de todos. La familia de Norah, sin querer, tal vez... —Titubeó—. La visita del doctor Sandberg salió mal. Él tenía serias dudas acerca del estado de Cynthia y las compartió con madre. Ella inmediatamente se lo dijo a padre y se derrumbó delante de él. Ahora está postrada en cama, muy enferma. El shock... El largo viaje de regreso... Estaba exhausta antes de llegar, y encontrarse con una noticia así ha sido como un martillazo. Padre no puede hablar con Cynthia, de modo que toda la culpa ha caído sobre mis hombros.

—¿Y ahora qué? —gimió Harriet—. ¿Qué pasará?

Los ojos grises de Edward se ensombrecieron.

—Me mandan lejos.

Harriet sintió cómo el miedo que le atenazaba el estómago se extendía al corazón.

—¿Cuánto tiempo? ¿Unas semanas? ¿Meses?

—Más, mucho más. Padre no quiere volver a verme. Me ha prohibido regresar a Larkswood.

—¡No habla en serio!

—Ya lo creo que sí. He arruinado todo. Mi carrera, la reputación de nuestra familia, la vida de Cynthia. Todo.

—¿Y qué hay de mí? —Harriet no podía asimilar las implicaciones de las palabras de Edward. Intuía que había algo más que él no le estaba diciendo, pero no sabía qué preguntas hacer—. ¿Qué hay de Cynthia? ¿Es...? ¿Yo...? ¿Podremos quedarnos en Larkswood?

—Os darán las habitaciones del ático, en las dependencias del servicio. No os permitirán moveros por la casa. Cynthia no tendrá acceso a la sala de música. No volverá a tocar el piano ni a cantar. —Edward contuvo las lágrimas—. La voz de la alondra ha muerto.

La cólera inundó el cuerpo de Harriet.

—¿Nos tratan como a delincuentes? ¿Encerradas donde nadie pueda vernos, como si no existiéramos? ¿Como si tuviéramos la peste? —Esta vez las preguntas se multiplicaron—. ¿Madre no tiene voz? ¿Y por qué no les plantas cara?, no solo por tus hermanas, sino por ti mismo. ¿Qué hay de Mincing Lane? ¿Y de tus planes de ir a París? ¿Van a obligarte a renunciar a todo tu futuro?

Edward la miró fijamente, con los ojos apagados.

—Querida hermanita, ¿crees que si tuviera voz en este asunto habría permitido que las cosas llegaran a esto? —Se le desplomaron los hombros—. Es demasiado tarde para actuar... Debo subir a mi habitación. Tengo cartas que escribir y ropa que preparar. Les ha dado órdenes a los criados de que me ignoren. —Su voz sonó débil, como si ya hubiera renunciado y se hubiera marchado—. Esta será mi última noche en Larkswood.

Se alejó a grandes zancadas.

—Pero, Edward... —lo llamó Harriet—. ¿Adónde irás? ¿Adónde te llevan? Él se detuvo en seco y se volvió hacia ella.

—Voy a tomar un barco a la India.

Por un instante pareció un anciano, de espaldas a Larkswood, con el rostro pálido y arrugado, el cuerpo encorvado de dolor.

—Entonces te seguiré —dijo Harriet con osadía.

Se vio a sí misma viajando de polizón en un húmedo rincón de un transatlántico, donde un amable marinero la descubría y le ofrecía una manta tosca, cerveza para beber y un pedazo de pan negro duro.

—Te seguiría hasta los confines de la tierra...

—No digas tonterías, Harriet. No puedes ni planteártelo siquiera. Os escribiré a Cynthia y a ti, pero no contéis con recibir noticias mías. Seguro que las interceptan y las destruyen. No puedo escribir a Norah por si hay chismorreos en el pueblo. Me siento atrapado y vencido, abandonado, desechado... Estoy destrozado por completo.

—¿Qué voy a decirle a Cynthia?

Edward retrocedió hasta ella y le sujetó los brazos. Su voz dura adquirió una nueva dulzura.

—Cuando Cynthia se despierte, como sé que hará y rezo para que así sea, dile que la quiero. Cuida de ella por mí. Es la persona más querida del mundo.

—¡Entonces lucha por ella, Edward! —Las lágrimas de Harriet sabían a sal y veneno. Se las secó—. No obedezcas a padre. Plántale cara.

—No puedo. Si vuelvo a acercarme a él, cogerá la escopeta. Prométeme una cosa.

—Por supuesto. —La esperanza de Harriet creció. ¿Tal vez podría ser de nuevo útil?—. Dime qué puedo hacer.

—Prométeme que nunca dejarás a Cynthia. Prométeme que te quedarás con ella y la cuidarás, aun cuando yo esté al otro lado del mundo.

Harriet se hinchó de orgullo. Tenía una labor que acometer. Algo que su hermano no pediría a nadie más.

—Lo haré, Edward. Te lo prometo, mi querido hermano... Te doy mi solemne palabra.

—Gracias, Harriet. Es todo lo que necesito saber. —Edward había empezado a llorar otra vez. Tenía el rostro húmedo—. Que Dios te bendiga.

Impotente y muda, Harriet observó cómo su hermano se alejaba de nuevo por la explanada de césped hacia Larkwood House. Caminaba tambaleante, como si hubiera bebido o estuviera agonizando. Al llegar a la puerta se abalanzó hacia el interior.

Harriet se quedó unos instantes sobre la hierba, contemplando la silueta de la casa baja y alargada con su torre. Su querida Larkwood aparecía de pronto fría y gris como una fortaleza. Las ventanas la miraban con sus vidrios oscuros. Ella sospechaba que detrás de ellos la observaban muchos ojos: unos con burla, otros con deleite. Ninguno con amor.

Se sintió totalmente sola, como si aguardara desnuda a ser ejecutada.

La puerta delantera se abrió. Desmond apareció en el porche.

—¡Harriet! —bramó.

—¿Sí, padre?

Harriet sintió que un asombroso impacto metálico le recorría el cuerpo cuando cayó en la cuenta de que nunca le había gustado su padre. Ya no podía soportar mirarlo siquiera.

Él le hizo gestos rápidamente, con un gesto tan cansino como furioso.

—Ven a mi despacho, hija. Necesito hablar contigo.

La habitación era opresiva. En la chimenea ardía un fuego de leña, y una blanca bruma de humo de cigarro flotaba lánguidamente en el aire, como si no quisiera molestarse en disiparse.

Desmond Hamilton se sirvió un brandy. Harriet sospechaba que era el

cuarto o quinto de la tarde.

—Cierra la maldita puerta —soltó con brusquedad, sin volverse hacia ella.

Harriet obedeció con el corazón en un puño. Trató de secarse la cara, y se alisó la falda y el cabello. Sabía que estaba hecha un desastre y le invadió una oleada de autocompasión.

—¡Yo no he hecho nada malo! —balbuceó.

—¡Nada malo! —Desmond bebió un largo sorbo. Lanzó a Harriet una mirada tan despectiva que ella tembló—. ¿Puedo preguntarte desde cuándo sabes el estado de tu hermana?

Ella intentó tragar saliva.

—Desde... —Parecía haber transcurrido un siglo. Carraspeó pero la voz le brotó áspera—: Desde el pasado septiembre.

—¿Y nunca se te ocurrió escribir a tu madre para decírselo?

—No me correspondía a mí...

—Ah, ¿no? ¿Quién te crees que eres? ¿Una ridícula criada de la cocina?

—Cynthia me hizo jurar que guardaría el secreto. Me hizo prometer que no se lo diría a nadie. —Harriet arrastró los pies sobre el borde de la alfombra. La cabeza de tigre la miraba burlón. Siempre había odiado a esa fea y estúpida criatura gruñona—. Confiaba en mí.

—¿Y no tienes ni idea de quién es el padre?

Harriet cerró los puños, sabiendo que no la creería.

—Cynthia se negó a decírmelo. No quería que nadie lo supiera. Tuve que respetar sus deseos.

—¿Tu hermana se comporta como una vulgar ramera y crees que merece respeto?

Harriet parpadeó.

—Sí.

—Pues no podrías estar más equivocada. Cynthia ha deshonrado a toda la

familia. Ha mancillado nuestro apellido y arruinado nuestra reputación. Sabe Dios lo que dirían los periódicos si se enteraran. No podríamos volver a dejarnos ver en la alta sociedad decente... Tu querida madre está destrozada. Después de todos los meses que hemos estado fuera estaba deseando volver a casa. ¡Y la recibís con este asunto repugnante! Ojalá nos hubiéramos quedado en el extranjero.

—Todos cometemos errores. —Harriet se asombró de sí misma al verse plantar cara a ese bruto. Hacía un año, frente a tanta cólera y desprecio, habría estallado en lágrimas y luego se habría tambaleado al salir de la habitación—. No fue algo que Cynthia planeara. No fue...

—¿Me estás diciendo que tu hermana no sabía lo que hacía? —Desmond tenía la cara cubierta de manchas. Le brillaba la frente de sudor. La copa de brandy le temblaba en la mano—. No es una niña ignorante. Es una mujer adulta, preparada para encontrar un marido y llevar su propia vida de casada.

Bebió un trago. El hedor del alcohol provocó náuseas a Harriet.

—La noche antes de que nos marcháramos a la India, durante la fiesta, Tristan de Vere me pidió su mano. Le dije que esperara a que regresáramos de la India. En principio contaba con mi aprobación. Él me dijo que se armaría de paciencia. Nathan Parker también estaba enamorado de ella. Yo quería darle a Cynthia tiempo para escoger entre ellos. ¡Imagínate! ¡Tenía donde escoger! Ahora ningún hombre decente la querrá aunque le pagaran.

Harriet no iba a permitirlo.

—No puede tratar a Cynthia como a un perro. Sigue siendo su hija. Sé que cuando se recupere, querrá hablar con usted...

—¡Ya lo creo! —Desmond volvió a llenarse la copa—. ¡Pero es demasiado tarde para eso! El daño que ha hecho es irreparable. Puedes decírselo de mi parte cuando abra sus indecorosos ojos.

Harriet no tenía nada más que decir. Jamás había odiado tanto a nadie.

Desmond se desplomó pesadamente detrás de su escritorio.

—Supongo que tendré que contratar a una enfermera del pueblo para que cuide a la ramera...

—No lo haga, padre. Yo cuidaré de Cynthia. Lo último que querría es una desconocida junto a su cama.

—De acuerdo... Ocuparéis un par de habitaciones del ático. Os mantendréis totalmente al margen de la vida de Larkswood, ¿entendido? Si tenemos invitados, huéspedes o parientes, me inventaré una excusa para justificar vuestra ausencia.

—¿Y qué pasará cuando Cynthia esté mejor? —A la valiente Harriet le tembló la voz. A partir del día siguiente Edward estaría en alta mar. No se imaginaba la vida sin él. Se le anegaron los ojos de desesperación—. Cuando Cynthia se haya recuperado, ¿qué haremos?

Desmond alzó la cabeza, con la mirada brillante de odio.

—Será mejor que se lo preguntes a tu achacosa madre, si se digna recibirte. Tal vez decida enviaros lejos también.

—Pero, padre...

Desmond alzó una mano.

—Apártate de mi vista, Harriet. No quiero verte a la hora de las comidas, ni ahora ni nunca. Una de las criadas os llevará a ti y a la ramera bandejas con lo más básico. No esperes champán ni caviar. Lo justo para manteneros con vida. Aunque, créeme, no sé por qué me molesto.

Sus ojos inyectados en sangre se clavaron en los de ella.

—Ya no sé quién eres. Y, si te soy franco, no me importa demasiado. Tú y tu hermana ya no sois nada para mí. Menos que nada... Ahora sal de mi despacho y no te molestes en volver.

—¿Qué demonios le dijiste al señor Hamilton?

Thomas miró a Louisa, que estaba inclinada sobre las hierbas. Ella alzó la vista. En los ojos de él había curiosidad; se reían de ella pero con cariño.

—Solo le pregunté si tenía hermanas. —Para disimular su turbación empezó a cavar con ímpetu los ajos—. Se puso lívido de ira. Dijo que tenía dos hermanas que estaban muertas y que papá debería haberme hablado de ellas. Pero yo no sabía nada. —Se levantó—. Lo que quisiera saber es por qué perdió los estribos de ese modo.

Thomas se enrolló las mangas.

—Depende de si le has dado en lo que más le duele.

Louisa se quedó mirándole los brazos, cómo el vello que los cubría reflejaba la luz hacia ella. Deseaba tanto tocarlo que resultaba doloroso.

—¿Sabes? Creo que hice algo más. Creo que he descubierto algo horrible. —Guardó silencio un instante para tener el efecto deseado—. De hecho, creo que mi abuelo es culpable.

—¿Culpable de qué, Louisa?

—¿Cómo quieres que lo sepa?

—Vamos. Louisa. No puedes lanzar palabras así al aire y esperar que tengan sentido. ¿Culpable de qué?

Ella respiró hondo. El olor del césped recién cortado se burlaba de sus fantasías.

—Sus hermanas. Creo que Edward estuvo relacionado con su muerte. Por

eso lo enviaron a la India. Lo desterraron en la deshonra.

—¿Quieres decir que las mató él? —La voz de Thomas sonó despreocupada y sarcástica.

—No, no es un asesino... Eso sería demasiado absurdo. Pero podría haberlas encerrado en el ático. —Louisa se apartó el pelo con los guantes embarrados—. Búrlate todo lo que quieras. Pero creo que Edward dio un portazo y se largó a Londres porque sabe que lo he desenmascarado... Hay algo horrible que está tratando de ocultar.

—Lo único horrible aquí —dijo Thomas— son los destrozos que estás haciendo en mis ajos.

Esa tarde, mientras estaba en la rosaleda, Louisa oyó que Thomas la llamaba. Había llegado una caja de Harrods. Él la arrastró hasta el cobertizo.

Louisa rasgó el envoltorio de una bicicleta flamante, con una nota escrita a mano en la cesta de mimbre.

Para Louisa. Te doy libertad para pasearte.

Con cariño, tu abuelo

Al verle la cara sorprendida, Thomas sonrió.

—El señor Hamilton me comentó la semana pasada que la había encargado. Es un modelo magnífico. A su lado mi destartada máquina parece una reliquia.

—Es preciosa. —Louisa acarició el manillar—. Ahora sí que lamento haber hecho sufrir al abuelo... Solo hay un problema. Nunca me han dejado ir en bicicleta en Londres. Mamá siempre decía que no era propio de una señorita y que me estropearía la ropa, así que no sé montar.

Thomas se rio.

—Entonces te enseñaré yo. Seguro que enseguida le pillas el tranquillo.

A media tarde Louisa se había caído seis veces de la bicicleta. Estaba amoratada y magullada, y jadeaba acalorada. Le dolían las costillas de reír. Y se sentía exultante. Dijo adiós a Thomas con una mano y salió tambaleándose de Larkwood House hacia el pueblo, sintiéndose más independiente de lo que nunca había imaginado.

¡Libertad para pasearse! Sacaría partido de ella.

Varios coches pasaron zumbando por su lado, esquivándola. La adelantó el carro vacío tirado por un caballo de un granjero que regresaba del mercado. Louisa se relajó. Descubrió un ritmo suave al pedalear, disfrutando de la fragancia de las flores de mayo procedente de los setos mientras recordaba los brazos de Thomas alrededor de los hombros, sus manos guiándole las suyas, su risa mientras ella se tambaleaba.

Su voz.

«Quiero que regreses a Larkwood sana y salva. ¡No te caigas en esa carretera! Seguro que tu abuelo me culpa por no haberte enseñado a montar bien.»

De repente otra ciclista, salida de ninguna parte, la adelantó, pedaleando con experimentada facilidad.

—¡Mira por dónde vas, boba! —le gritó—. ¡Estás en mitad de la carretera! ¡Pégate a la izquierda! ¿Quieres que te maten?

Sobresaltada, Louisa vio una cabeza de cabello blanco recogido en un moño tirante, un elegante uniforme azul, y una espalda delgada y erguida. Las piernas enfundadas en medias negras se movían con ferocidad.

—¡Lo siento mucho! —gritó, casi metiéndose en la zanja.

Pero la impecable ciclista había girado en un cruce con elegancia y había desaparecido.

En ausencia de Edward, Louisa comió todas las comidas en una bandeja en la sala de música. No tenía sentido desayunar ella sola en el comedor, o ponerse un vestido de noche y cenar con velas y la chimenea encendida sin nadie con quien compartirlas.

Pasaba el tiempo trabajando en el jardín con Thomas o recorriendo en bicicleta, cada vez con mayor confianza, los caminos que llevaban al pueblo encantada de hacer algún recado para la señora Humphrey, mirar las tiendas o simplemente conocer los alrededores.

Por la tarde leía *The Times*. Los reyes, que viajaban con un flotador a bordo del *Empress of Australia*, habían capeado un temporal en alta mar entre heladas brumas e icebergs gigantes. En una de sus cartas Arthur le comentó a Louisa que los planes iniciales habían sido viajar en el crucero de batalla HMS *Repulse*. Habían reservado en él camarotes decorados a propósito. Pero a medida que los asuntos internacionales se volvían más inquietantes, al rey le preocupó retirar uno de los barcos de guerra más poderosos de la flota nacional. Si lo retiraba, la gente creería que no se estaba tomando en serio la amenaza de guerra.

A salvo por fin en Ottawa, en una conversación única, los reyes hablaron con las dos princesas por el teléfono del transatlántico. Louisa se preguntó qué debía de sentirse al oír a alguien conocido hablándote al oído cuando en realidad se encontraba a miles de millas de distancia.

Escribía cartas a Milly sin mencionar a Thomas, aunque se moría de ganas de contarle todo sobre él. Tocaba el melodioso Bechstein, hacía bocetos de la casa y escuchaba por la radio las noticias cada vez más deprimentes. A principios de junio se hundió el submarino HMS *Thetis* durante una travesía de prueba por la bahía de Liverpool, con gran pérdida de vidas. De los ciento tres hombres que viajaban a bordo solo se salvaron cuatro. El desastre era

como una advertencia fantasmal de que lo peor estaba por llegar cuando de verdad estallara la guerra.

Se publicaron fotos de las trincheras excavadas en los Kensington Gardens, y flotaban globos de barrera por encima de los árboles de los parques londinenses. Por todo el pueblo de Grayshott había carteles de advertencia instruyendo sobre cómo reconocer el gas mostaza y cómo descontaminarse después de un ataque.

Según *The Times*, las noticias sobre la persecución de los judíos por parte de Hitler se estaban volviendo enfermizamente comunes. Los once mil judíos que vivían en el este de Prusia habían recibido notificación de que estaban obligados a marcharse antes del 20 de junio. A otros diez mil judíos polacos se les dio a escoger entre partir de inmediato o ser conducidos a campos de concentración.

Ella se sentía impotente, asqueada y horrorizada de lo poco que podía hacerse por ayudarlos.

Una tarde lluviosa Louisa entró en la cocina con las compras y se quedó mirando cómo la señora Humphrey hacía su famosa tarta de manzana. La cocina de Larkswood era un refugio de calor y cordura donde la vida cotidiana seguía su curso frente a la locura de la guerra inminente. Observar a la experta cocinera se convirtió en la primera de las lecciones que tomaría con regularidad.

Louisa sabía que solo estaba haciendo tiempo entre huevos y harina hasta que regresara su abuelo. La casa parecía inquietantemente vacía y silenciosa. Edward la había llenado con su presencia: su voz llamando a Thomas desde el otro extremo del césped, el crujir del periódico durante el desayuno, el olor de su cigarro, los fascinantes recuerdos de la India que compartía durante la cena.

Louisa logró convencerse de que sus sospechas eran absurdas. ¿Qué prueba tenía de que él había tratado mal a sus hermanas? Absolutamente ninguna. ¿Por qué lo estaba convirtiendo entonces en el villano de Larkswood?

Lo cierto era que lo echaba mucho de menos.

Podía escribirle y regresar a Eaton Square, por supuesto. Pero eso era lo último que quería. Le encantaba montar en bicicleta. Adoraba los jardines, y quería ver cómo crecían y se multiplicaban las semillas. Pero, por encima de todo, en el centro de su vida había un joven de penetrantes ojos verdes y cabello azabache que la hacía reír. Que olía a hierba recién cortada. Que le aceleraba el pulso con el solo roce de su mano.

Ni unos caballos desbocados la habrían arrancado de aquel lugar.

Louisa sabía que tendría que vivir en armonía con Edward, y estaba cada vez más enfadada consigo misma por haberle preguntado todas estas tonterías.

¿Por qué no se había mordido la lengua?

Sabía la respuesta.

El poder del cuadro la había poseído.

Todavía la poseía.

Todas las noches Louisa lo sacaba de la maleta. Los tres rostros ensombrecían sus días y atormentaban sus sueños.

En esos sueños, los ojos de color castaño claro con motas doradas de las dos jóvenes le sostenían la mirada mientras sus labios empezaban a moverse para formar palabras silenciosas. Cada vez se les marcaban más las ojeras, tenían las mejillas más hundidas. Se llevaban las manos al cabello y acariciaban las joyas que brillaban en sus cuellos. La muchacha rubia se llevaba un dedo al lunar que tenía debajo de la clavícula. Edward le cogía la mano y se la besaba, y la dejaba caer a su lado.

Los rostros parecían suplicarle con apremio.

Algunas noches, en sueños, incluso pronunciaban su nombre.

Louisa terminó más bocetos de Larkswood y empezó a colorear el mejor de ellos con acuarelas. A la luz del sol de principios de verano los jardines estaban preciosos. Logró captar la esencia. Al final de la semana, Thomas se llevó la acuarela a su casa y la enmarcó con unas varillas de madera de roble.

—Es lo que hago cuando no estoy trabajando en los jardines. Se me dan bien los trabajos manuales. Tallo objetos de madera, animales, sobre todo, y los vendo en los mercadillos. A veces me los compran en las tiendas para Navidad y demás.

Cuando a media tarde entró en la sala de música para devolverle el cuadro, Louisa lo contempló, orgullosa de la obra que habían hecho conjuntamente.

Oyó un automóvil detenerse en el camino, pasos sobre la grava y la voz granulada de Edward saludando a Vicky. Llamó inmediatamente a la puerta de Louisa y entró. Parecía animado y enérgico, con un abrigo nuevo de camello.

—Quería darte una sorpresa, Louisa... He visto que tu lámpara estaba encendida... *Salaam!*

—¡Abuelo! —Louisa se ruborizó de placer—. ¡Bienvenido a casa! —Las palabras le brotaron de los labios—. Muchísimas gracias por la bicicleta. Thomas me ha enseñado a montar y he estado haciendo recados en el pueblo. Ya he recorrido todos los senderos...

—Estupendo.

—La campiña es tan bonita. Nunca lo habría imaginado... Y me siento tan independiente...

—¡Exactamente lo que esperaba! —Edward se quedó parado en mitad de la habitación, con la expresión avergonzada de un colegial al que han

sorprendido robando manzanas—. El otro día perdí los estribos. Te pido disculpas. No debería haber sido tan grosero dando ese portazo. Espero que me perdone.

Louisa alzó las manos.

—La culpa fue mía. Me lo he reprochado tanto... No era mi intención hurgar...

—Lo sé. —Edward le cogió la mano y se la estrechó como si la saludara por primera vez—. Este lugar... —extendió los brazos— puede conmigo. Nunca sé si... No tengo a mucha gente con quien...

Guardó silencio unos instantes, mordiéndose el labio.

—Ven a ver esto, abuelo... Lo he pintado para ti y Thomas lo ha enmarcado.

Edward se detuvo a su lado y miró el cuadro. Ella reconoció el olor a cigarro impregnado en su ropa. Le entraron ganas de abrazarlo.

—Es precioso —murmuró él con voz ronca—. Has reproducido fielmente la curva del tejado y las proporciones de la torre. Has captado el espíritu de Larkswood, Louisa. Es el mejor regalo que podrías haberme hecho. —Sin aliento, añadió—: Será un gran recuerdo.

—¿Qué quieres decir? —La alarma atravesó el corazón de Louisa—. No piensas irte, ¿verdad?

Edward la miró a los ojos.

—Ya hablaremos durante la cena. —Se acercó a grandes zancadas a la puerta—. Le pediré a Jimmy que cuelgue el cuadro. Ocupará un lugar de honor en el comedor.

«No hagas ninguna pregunta estúpida», se ordenó Louisa con severidad después de vestirse para la noche. Estaba resuelta a no cometer el mismo

error. Si Edward quería decirle lo que pensaba ella permitiría que lo hiciera sin apremios.

Dieron cuenta diligentemente de la sopa de apio, el cordero asado y la *charlotte* de manzana. Edward se sirvió un brandy y se encendió un cigarro grueso, y se dejó caer en la butaca junto al fuego.

—He decidido que voy a vender Larkswood, Louisa —dijo por fin—. Esta mañana he ido a una agencia inmobiliaria de Londres y he puesto en venta la casa, con todo incluido. Vendrán mañana para echar un vistazo y darme un precio. Puede que lleve un par de meses venderla. Pero regreso a Calcuta.

—¿Cómo?

—¡Es normal que quiera irme! —resopló Edward—. Mira esta casa con tantas habitaciones. La mayoría están todavía por arreglar. Abrí unas cuantas en enero y luego perdí impulso. No he hecho más que rascar la superficie, por no hablar de los jardines, el mantenimiento constante. La guerra es algo seguro. En Londres todos están de acuerdo. Cualquiera habría pensado que estábamos hartos y cansados de luchar con el viejo enemigo. No puedo creer que volvamos a luchar contra Alemania.

»Pero cuando llegue la guerra, será muy difícil encontrar personal que valga. El joven Saunders se irá para alistarse en la RAF —a Louisa se le paró el corazón— y yo no podré llevar esta casa sin un jardinero. —El humo gris azulado se elevaba en una bruma—. Me pregunto qué sentido tendrá estar aquí. Resultará contraproducente. En realidad nunca quise regresar a Inglaterra. Solo lo hice por el sentido del deber... Cuando heredé Larkswood comprendí que tenía que volver antes de venderlo. No habría vuelto de haber podido evitarlo.

Louisa estaba tan sorprendida que no podía despegar los labios.

—El caso es que en Calcuta tengo amigos..., amigos especiales a los que echo mucho de menos. Me escriben, naturalmente, pero no es lo mismo.

Necesito verlos, estar con ellos. No hay nada como una buena charla con seres queridos, ¿verdad? —Edward esbozó una de sus breves sonrisas—. Lamento que te haya cogido por sorpresa. Ha sido un verdadero placer tenerte aquí. He disfrutado lo indecible de tu compañía. Espero que sigamos en contacto. Tendrás que venir a verme cuando la guerra se acabe... Pero ahora me alegra decir que ya estás totalmente recobrada. Pareces otra. Pronto volverás a tu casa, a tus cócteles y a tus pretendientes. Y yo volveré a ser un anciano solitario que vuelve a empezar de cero... —Le tembló el puro en los dedos—. Hitler no tardará en empezar a bombardearnos. Así que me he dicho: si quieres irte, es mejor hacerlo cuando todavía puedes.

Louisa renunció a su café amargo. Dejó la taza y el platito en la mesa con un movimiento brusco. Los granos negros le danzaron en la mano. «Ármate de valor y dile toda la verdad», pensó.

—¿Sabes, abuelo?, yo no quiero volver a Londres.

—¡Santo cielo! —Edward parpadeó sorprendido—. ¿Hablas en serio?

—Totalmente en serio. —Louisa cogió el atizador y golpeó los troncos—. Me encanta vivir aquí. —El calor de las llamas hacía que le ardieran las mejillas; llena de renovada determinación, continuó—: Adoro los jardines. Me gusta ayudar a Thomas —se le paró el corazón un instante pero enseguida recuperó el tiempo perdido—, y la señora Humphrey ha estado dándome clases de cocina. Ayer hice un bizcocho de chocolate y me comí tres trozos. Aquí me siento útil. Tengo una identidad que va más allá de ser hija o hermana. Por primera vez sé quién soy.

»Si regreso a Londres, me asfixiaré entre sastres y bailes. Son una pérdida de tiempo. Echo de menos a Milly..., al menos al principio la echaba de menos. Ella dice que también me echa de menos, pero está demasiado ocupada para pensar en nada. Ahora que me has dado la sala de música y la

bicicleta, y mi asignación, me siento más en casa de lo que me he sentido nunca en Londres.

—No podrías hacerme más feliz... —dijo con voz sorda—. ¡Nunca se me ha pasado por la cabeza que pudieras sentirte así! —Se apartó el pañuelo de la cara—. Tengo que reconocer que eso cambia mucho las cosas.

Louisa dejó de lado la cautela. Se arrodilló a los pies de Edward.

—Deja que me quede en Larkswood hasta el verano, abuelo. Es la mejor época del año. Nadie sabe exactamente cuándo empezará la guerra. —Le ardían las mejillas—. De todos modos, Thomas necesita que lo ayude.

Edward bajó la mirada con una peculiar sonrisa.

—Es un chico bien parecido, ¿verdad? Además de un trabajador excelente... Nunca he visto los jardines tan bonitos.

—Por favor, abuelo —se precipitó a decir Louisa para disimular su estupor—. No decidas nada hasta haberlo pensado otra vez. ¡Lo último que quiero es empezar a hacer las maletas!

—Es curioso que digas eso —repuso Edward despacio—. He tardado seis meses en dejar de inspeccionar las zapatillas por si había bichos... Tal vez estoy olvidando por fin mis costumbres indias.

A Louisa le dio un brinco el corazón.

—Esos bichos de Calcuta pueden buscarse a otra víctima. ¡Estoy segura de que no te echarán de menos!

Edward se echó hacia delante en su butaca y arrojó el puro al fuego. Sostuvo las manos de Louisa entre las suyas y por primera vez fueron auténticos compañeros.

—Puedes ser de lo más persuasiva, Louisa Hamilton. Trato hecho. No haré nada por el momento. Pospondré la visita del agente inmobiliario y reconsideraré mis planes... Pasemos un espléndido verano juntos, si Hitler nos lo permite.

—Gracias, abuelo. Esta mañana he recibido una carta de mamá preguntándome cuándo pensaba volver a casa. Ahora puedo darle una respuesta rotunda: ¡no vuelvo!

A la mañana siguiente Louisa trabajó un par de horas en los jardines con Thomas podando las rosas, cortando las de color amarillo y rosa pálido para ponerlas en un jarrón del vestíbulo y llenándose alegremente los pulmones de su aroma. Sin embargo, no podía dejar de dar vueltas a la conversación de la noche anterior con Edward. Le había faltado muy poco para perder Larkswood. Quería actuar de inmediato. Necesitaba comunicarle a Gloria sus intenciones de quedarse, y hacerlo cuanto antes. No se fiaba de sí misma para explicarlo o defenderlo por teléfono.

Le comentó a Thomas lo que habían decidido entre Edward y ella. Se ruborizó al ver su sonrisa de satisfacción. Luego entró corriendo en la sala de música con las rosas, y se obligó a sentarse y escribir a Gloria.

No era fácil. No quería ofenderla ni sonar grosera al referirse a la temporada londinense. Eso heriría también los sentimientos de su padre y de Milly. Louisa se convertiría en la oveja negra de la familia. Pero no quería continuar con ese tira y afloja. Por muchas razones sus lealtades estaban con Larkswood. Tenía que explicar con detalle lo que se proponía hacer, y decirlo bien alto y fuerte sin desvelar sus secretos.

Redactó tres borradores antes de darse por satisfecha. Cerró el sobre y salió aliviada al vestíbulo para dejarlo en la bandeja junto con las cartas de Edward a la India. Louisa sabía que él se había ido a Londres esa mañana y le sorprendió oír que un automóvil se detenía en el camino. Alguien tocó la bocina.

Jimmy jamás haría eso, no con Edward sentado en el asiento trasero.

Intrigada, sin esperar a que Vicky o Martha acudieran a la puerta, Louisa la

abrió.

Del Daimler se apeó una elegante y esbelta figura con un traje rosa fresón consistente en una falda acampanada y corta, chaqueta bolero, blusa de tafetán a cuadros y enaguas con volantes. Un pequeño sombrero de tweed, con un lazo plisado a juego, se posaba con desenfado sobre una masa de rizos oscuros.

La figura abrió los brazos y con ellos llegó la abrumadora fragancia de Chanel.

—¡Por fin, queridísima Lou! ¡Ven aquí y dame el abrazo más fuerte del mundo! ¡Charlie lleva horas conduciendo! ¡Pero aquí estoy por fin para llevarte a casa!

—Pero no lo entiendo. —Milly bebió un sorbo de café e hizo una mueca. La taza y el platito hacían precarios equilibrios sobre sus rodillas enfundadas en seda—. He venido hasta aquí para verte, pensando que iba a darte una sorpresa fabulosa, ¿y así es como me recibes?

—Me alegro muchísimo de verte, Milly...

—Hemos decorado tu dormitorio en tu honor. Insistí en que se deshicieran de esas horribles cortinas grises y ahora cuelgan unas preciosas de terciopelo rosa. He conocido al hombre de mis sueños y me muero por presentártelo. Papá te echa muchísimo de menos. Gruñe a todas horas del día y de la noche preguntándose cómo estarás... En la repisa de la chimenea no cabe una invitación más. Hace semanas que te recuperaste de la fiebre glandular y, sin embargo, sigues en este... —Milly recorrió con una mirada desdeñosa la sala de música— lugar dejado de la mano de Dios, en medio de la nada, ¡y dices que quieres quedarte todo el verano!

Louisa miró fijamente a su hermana. ¡Cuánto hablaba! ¡Y qué pequeño era

su mundo! ¡Qué egocéntrica parecía! Tenía la sensación de que entre ellas se había abierto una profunda brecha que nunca podrían cruzar.

—He cambiado, Milly —dijo con cautela—. Ahora soy más madura. El abuelo me ha dado la oportunidad de ser yo misma.

Milly arqueó las cejas y escupió el café.

—Puede que Larkswood no sea el lugar más glamuroso del mundo, pero me encanta.

—¿Qué haces aquí todo el día? ¡Y por la noche! Tus cartas no me cuentan nada.

—No te has molestado en leerlas. Pinto. —Louisa señaló los bocetos que colgaban de la pared—. Toco el piano. Leo *The Times*. Escucho la radio. La señora Humphrey está dándome clases de cocina. La semana pasada hice pan crujiente. Me siento muy orgullosa de mí misma.

Milly casi se atragantó.

—¿Pasas el tiempo en la cocina? ¿Con los criados?

Louisa se dio cuenta, con sorpresa, de cómo había cambiado su propia actitud desde que había llegado a Larkswood. La señora Humphrey, paciente y práctica, una mina de información y de consejos útiles, se había convertido en una verdadera amiga. Louisa se tragó la indignación y continuó, aunque a esas alturas no podría haberle importado menos si Milly la escuchaba o no.

—El abuelo me regaló una bicicleta y voy a todas partes con ella. Él y yo charlamos mucho, sobre la guerra y sobre política. Es fascinante oírlo hablar de su vida en la India. —Observó con atención el rostro de Milly, sabiendo que se disponía a pisar terreno peligroso—. Y cuando hace buen tiempo también ayudo en el jardín.

—¿Por eso vas vestida de esa forma tan extraordinaria? —Milly se alisó su falda corta sobre las rodillas—. ¡Nunca te he visto tan zarrapastrosa! Tienes

los zapatos llenos de barro, hace semanas que no te cortas el pelo y ni siquiera llevas barra de labios. ¡A mamá le habría dado un síncope!

Louisa miró sus queridos pantalones manchados de hierba.

—Estos pantalones son cómodos para trabajar, Milly... Aunque no espero que lo entiendas.

Milly sacó un cigarrillo turco y lo encajó en una larga boquilla negra, dejando que el comentario de Louisa cayera en saco roto. Lo encendió con un ademán florido y dio una calada.

—Pero en Eaton Square —balbuceó— tienes un armario lleno de trajes nuevos que nunca te has puesto.

—Tal vez no quiera ponérmelos. —Louisa notó cómo el disgusto empezaba a subirle del estómago a la garganta. El cigarrillo de Milly apestaba—. Quizá por primera vez puedo escoger qué quiero hacer con mi vida.

—¡La verdad, Lou! ¡Estás diciendo bobadas! —Milly tosió. Tiró el cigarrillo al café, donde siseó y se ahogó—. Esta conversación no nos está llevando a ninguna parte. —Se levantó—. Es evidente que estoy perdiendo el tiempo.

Mientras guardaba la boquilla en el bolso, levantó la cabeza y miró por la ventana.

—¡Santo cielo, Lou! Alguien nos está espionando... ¿Quién demonios es...?

Louisa siguió la mirada de Milly. Thomas tenía el rostro pegado contra la ventana de vidriera. Saludó con la mano sonriendo, fingió hacer un saludo militar y desapareció.

Louisa se ruborizó intensamente, a pesar de sí misma.

—Es Thomas Saunders. Ha sustituido al jardinero jefe este verano...

—¡No me digas! —Milly se quedó inmóvil en mitad de la habitación—. ¡Un momento! ¡Ahora lo entiendo! ¡Por eso no quieres irte de Larkswood!

—No seas ridícula, Milly —replicó Louisa con rapidez. Demasiada rapidez. Se mordió el labio inferior.

Milly se quedó lívida.

—¡Santo cielo, Louisa Hamilton! ¿Ridícula yo? ¡No te atrevas a decirme que te has enamorado del jardinero! ¿Alguien que se gana la vida rastrillando? ¿Has perdido la cabeza?

Louisa contuvo el impulso de coger a su hermana y tirarla por una ventana.

—Thomas y yo somos amigos...

—Ah, o sea, que ahora es Thomas, ¿no?

—Es un hombre maravilloso —continuó Louisa con tono furioso—. Sabe mucho y es honesto, y me hace reír. Mantiene económicamente a sus padres. Talla animales de madera. —Señaló el piano, sobre el que había una ardilla de exquisita factura que Thomas le había regalado—. En unas semanas me ha enseñado más de plantas y árboles, y de cómo se cultivan...

—¡Apuesto que eso no es todo lo que te ha enseñado!

—Ahora estás siendo ofensiva. —A Louisa le hervía la sangre.

—Y tú te estás comportando de una forma de lo más indecorosa.

—¡No, eres tú! —Louisa ya había tenido suficiente—. ¿Cómo te atreves a venir aquí sin anunciarte y empezar a decirme cómo debo vivir mi vida, y a quién debo o no debo ver? ¡No es asunto tuyo!

—¡Eso ya lo veremos! —Milly se tambaleó hacia la puerta sobre sus tacones altos—. Le diré a mamá que me preocupa mucho que te quedes aquí. —Se volvió hacia Louisa desde el umbral; una cara boba con un sombrero aún más bobo—. ¡Tal vez vaya siendo hora de que pienses seriamente en lo que estás haciendo!

Milly cruzó repiqueteando el vestíbulo y casi tropezó con una alfombra. Salió y dio un portazo.

Louisa prefirió no seguirla.

Corrió a la ventana que daba al camino. Observó cómo Milly bramaba órdenes a Charlie, abría una portezuela del Daimler y se encerraba dentro. Por un instante, él miró a Louisa, sonriendo de oreja a oreja.

Alzó una mano enguantada para saludarla.

Louisa lo saludó a su vez con la mano.

—Hola, Charlie —dijo moviendo mudamente los labios—. Lo siento.

Él hizo una rápida inclinación. Luego se deslizó detrás del volante del Daimler, que se alejó de allí ronroneando.

Louisa regresó a su habitación, temblando de rabia. Le obstruía la garganta; le resollaba en el pecho. El aire hedía de la porquería que Milly había fingido fumar. La colilla flotaba como un insecto muerto en su café. Al lado de la taza había una cajetilla de Balkan Sobrante. Estaba vacía. Louisa la tiró al fuego.

Abrió una ventana para que se fuera el olor.

El sol que caía sobre el vidrio de colores proyectaba sombras irisadas con relumbres de luz.

Se le cortó la respiración ante la belleza, el frescor, el aire con olor a hierba.

—¡Caramba! —exclamó una voz desde el jardín—. ¡Veo que has estado recibiendo a una encopetada! Lamento haberos interrumpido.

Gracias a Dios por la luz del sol, por la belleza del vidrio de colores... y por Thomas.

La risa apagó su cólera disolviéndola, dulcificando su mundo.

—Esa era Milly la Fifi... ¿Te he hablado alguna vez de mi hermana Millicent?

—Creo que no, Louisa... —Thomas asomó la cabeza por la ventana. Tenía el cabello salpicado de barro.

Louisa alargó un brazo para quitárselo.

Thomas le cogió la mano y se la llevó a los labios.

—¿Por qué no arrancamos unas cuantas coles mientras me hablas de ella?
Empezando por el principio. Y como todas las buenas historias, no pares
hasta que llegues al final.

1939

¡Pequeña bribona! ¡Así que eso era lo que se traía Louisa entre manos! Edward se había preguntado por el rubor de sus mejillas, el centelleo de sus ojos. ¡Su nieta se había enamorado de Saunders! Solo había que verle la cara cuando mencionó su nombre. Se puso a atizar el fuego, confiando en que él no viera cómo se le habían subido los colores. Pero lo había visto. Ya lo creía. Parecía una cereza madura del huerto...

Edward suponía que debería haber rechazado lo que Louisa no le estaba diciendo. Debería haberla acosado a preguntas pertinentes, a advertencias serias. La diferencia de clase. El terrible escándalo. Debería haberle prohibido que siguiera viéndolo. Haberla amenazado con enviarla de vuelta a Londres si volvía a poner un pie en los jardines.

Como si él fuera intachable.

Luego pensó: un momento. Eso es exactamente lo que haría la esnob de Gloria. ¿Iba a hacer el papel de abuelo victoriano ante la recién florecida belleza de una nieta?

No.

Por otra parte, Louisa había demostrado tener un gusto excelente. El joven Saunders no era precisamente un buen partido. Pero era un joven robusto y honesto, íntegro hasta decir basta, y atractivo como cualquiera de los muchachos que había visto por esos parajes. Y no era de extrañar que se hubiera enamorado de su nieta, suponiendo que lo hubiera hecho.

Tal vez era mejor asegurarse.

Edward confiaba en el joven Saunders, sabía que no iría demasiado lejos. Además, la guerra era inminente. ¿Quién era él para romper un idilio de verano de unos pocos meses? ¿Quién era él para hablar, recién salido de las almohadas con olor a gardenia de Richenda, de sus suaves muslos con hoyuelos, de esos senos?

«Apártate, que me tiznas», le dijo la vieja sartén al joven cazo...

Edward palideció al pensarlo.

Decidió que haría la vista gorda.

Naturalmente, Louisa no era consciente de lo que estaba haciendo. No tenía ni idea, ni la menor sospecha. Y exactamente así era como Edward quería que fuese.

A la mañana siguiente se encaminó hacia el cobertizo. Fingió que quería hablar con el joven Saunders. Oyó a Louisa y a él hablando de unas semillas que había que plantar, y esperó a que ella saliera hacia el huerto de hierbas aromáticas. Luego tuvo unas palabras con el joven. Le habló de los jardines, de que confiaba en que se ocupara de todo lo relacionado con Larkswood.

No se lo dijo claramente, pero el joven Saunders supo a qué se refería. Eso incluía a Louisa.

—Hay ciertas cosas que no se pueden tocar, joven —le dijo Edward sin rodeos—. Las respetas y las cuidas, sin ponerles las manos encima. ¿Me explico?

—Sí, señor —respondió Saunders mirándolo a los ojos, la honestidad personificada.

—Me alegro. Louisa es una joven muy especial. Lo es todo para mí... Todo.

Luego se marchó.

Tenía que admitir que tenía celos del muchacho. Quién fuera joven de

nuevo... Era inútil anhelar...

Luego pensó que todo iba a salir bien. Tenía un motivo para quedarse en Larkswood, hacer algo por dos personas que se amaban. Disfrutó imaginándose a los dos jóvenes felices juntos.

Naturalmente, no duraría.

Los idilios de verano eran exactamente eso. Acababan en cuanto empezaban a soplar los vientos de otoño.

Edward se detuvo en el vestíbulo y telefoneó al agente inmobiliario de Constable & Maude. Como era de esperar, el tipo se llevó una decepción. Estaba deseando publicar una fotografía de Larkswood en *The Times*. Además, perdía una comisión importante. Edward murmuró que tal vez la vendiera más adelante, que se pondría en contacto.

Aún no había cerrado del todo esa puerta. Fue prudente y la dejó entreabierta.

Luego se sentó ante su despacho y escribió una carta especial a la India. Se secó los ojos. Dejó el sobre en la bandeja, llamó a Jimmy y se fue a Londres. Lo último que le había dicho a Richenda era que su aventura de verano tenía que terminar.

Ahora tenía un nuevo mensaje para ella. Eso le daría vida...

Ella le había comentado que Stanley estaba al corriente de su existencia, que tenían un «matrimonio abierto»...

¿Así era cómo se llamaba? Ella nunca le preguntaba nada a su marido acerca de sus asuntos y él la dejaba tranquila con sus amantes.

Recordó el extraño sueño que había tenido la noche anterior. Se encontraba en Larkswood y a media tarde sonaba una alarma antiaérea. Estaba dormido en su despacho pero necesitaba avisar a Cynthia del peligro. No, a Cynthia

no. Por supuesto que no; era demasiado tarde para eso. Ella estaba fuera de alcance de todo y de todos, aunque al decirlo se le rompía el corazón.

No, era Richenda. Era a ella a quien tenía que avisar.

Encontraba a su amante arreglando un ramo de flores del invernadero, con uno de esos vestidos caseros bordados con un escote pronunciado que a él le gustaban tanto.

Richenda estaba viviendo en Larkswood como su mujer.

Era mejor no contarle ese sueño.

Tal vez se lo contara a Stanley; eso podría hacer entrar en razón al marido.

Y ninguno de ellos quería eso, ¿verdad?

Ninguno lo quería.

1939

Louisa sabía que Milly podía arruinarlo todo. Arrancar coles con Thomas y reírse de la visita de su hermana solo era una forma de aparcar el problema. Pero su hermana podía poner fin en ese mismo instante a su relación con Edward y su estancia en Larkswood. Milly podía destruir la carrera en ciernes de Thomas y acabar con todos los maravillosos sueños de Louisa.

Tenía visiones de Gloria llegando a Larkswood envuelta en sedas y pieles, y armando un revuelo aterrador, gritando a Edward y ordenando a su hija que regresara de inmediato.

¿Cómo reaccionaría Edward ante semejante escena? ¿Pelearía por ella?
¿Tenía derecho a opinar sobre dónde debía vivir ella?

¿Sospechaba siquiera lo que sentía por Thomas?

Aquella tarde Louisa se montó en su bicicleta y pedaleó hacia el pueblo. Sin embargo, al llegar a las afueras tomó un nuevo sendero. Pasó por delante de la iglesia, pero en esta ocasión torció hacia la izquierda. Bajó zumbando una pronunciada colina, más deprisa de lo que nunca se había atrevido a ir.

Era maravilloso: la luz del sol, el inmenso cielo azul, el viento soplando en su cabello, el frío en el rostro.

Al llegar al pie de la colina, frenó y se fijó en algo a través de los árboles.

RECUERDOS

Era un encantador letrero viejo con un búho pintado que crujía al viento. Se acercó y atisbó en la pequeña ventana salediza de la tienda. Clavó la mirada en los ojos de un pequeño elefante indio hecho de ébano negro, con colmillos de marfil y un tocado ornamentado. Tuvo la sensación de que el pequeño objeto la llamaba.

Se lo compraría a Edward. Sería su forma de decirle lo presente que estaba en sus pensamientos, y de agradecerle que se hubiera quedado allí con ella en lugar de marcharse a la India. Tal vez eso lo animara a llevar a Larkswood sus pertenencias de Calcuta. Se lo daría por la noche, así si a la mañana siguiente aparecía Gloria con su sombrero de plumas y sus aires de superioridad moral, Edward tendría algo con que recordarla, aparte de su cuadro de Larkswood.

A Louisa todavía le preocupaba que él quisiera más su bungalow de Calcuta que Larkswood...

Abrió de un empujón la puerta de la tienda. La saludó un hombre de cabello abundante y blanco como la nieve, quien le dijo que sabía quién era. Se llamaba Frederick Powell. ¡Había trabajado de mayordomo en Larkswood mucho tiempo atrás!

Mientras charlaban, Louisa vio un pequeño cuchillo plegable con el mango de nácar. Lo compró para Thomas. Regresó a casa en bicicleta pensando en lo que le diría. «Esto es para ti. Guárdalo. Y cada vez que lo utilices, piensa en mí.»

Durante la cena, después de que Louisa le hubiera dado a Edward el elefante y él le hubiera prometido guardarlo siempre, se pusieron a hablar de la guerra.

—La amenaza es cada vez mayor, Louisa. He hecho unos cuantos amigos en el Boodles y creen que es cosa segura... He estado reflexionando sobre ello. Durante la Gran Guerra me vi atrapado en Calcuta. Siempre me quedé

con la conciencia intranquila por no haber luchado en el frente. La India libraba su propia guerra, naturalmente. Cuando Gandhi llegó a Bombay en 1915 y se bajó del buque de la P&O vestido todo de blanco con su turbante, sus pantalones y su túnica, y Nehru y el Partido del Congreso acudieron a recibirlo y él aceptó la guirnalda de maravillas, costaba creer que hubiera ocurrido algo de gran trascendencia.

»Al principio pensamos que Gandhi era una persona estafalaria e insignificante. Creía en el retiro espiritual, y solo comía fruta y nueces. Nos pensamos que era pasivo, pacifista. No nos dimos cuenta de que era capaz de desafiar a los británicos de una forma totalmente nueva.

—¿Qué hiciste durante la Gran Guerra, abuelo?

—Se me daba bastante bien descifrar códigos, de modo que me pusieron a trabajar en el Ministerio de Guerra. Juliet también contribuyó al esfuerzo bélico, que Dios la bendiga. Enrolló un millón de vendas, preparó paquetes de la Cruz Roja, con madejas de lana de color caqui tejió calcetines, pasamontañas, mitones...

»Pero ahora que estoy en Inglaterra no tengo excusa para no ayudar. Soy demasiado viejo para ser soldado, por supuesto. Pero debo hacer algo. Esta casa tan grande solo para nosotros. No me parece bien. Me pregunto cómo podría servir de ayuda.

Louisa respiró hondo. Esperaba contra toda esperanza que Milly le guardara el secreto. Haría cualquier cosa por que Edward se quedara allí... Le daría un proyecto. Mejor dicho, varios proyectos. Lo ayudaría a olvidarse de la India. Le haría echar raíces de nuevo en Larkswood. Lo convencería de que hablaba en serio al decir que quería quedarse.

—La semana pasada leí en *The Times* un extenso artículo sobre los miles de niños que abandonarán las ciudades en cuanto estalle la guerra. Los enviarán a refugios seguros en el campo, separados de sus padres, para

alejarlos de las bombas. —Tragó saliva—. ¿Se te ha ocurrido abrir las habitaciones del ático para acoger a los evacuados? Ese pasillo necesitará una capa de pintura y una alfombra nueva. Camas nuevas. Muebles. —Y añadió vagamente—: Si es que no hay.

—Me gusta la idea de ayudar a esos niños —respondió Edward con voz pausada—. Y podríamos hacer uso de las habitaciones. —Se le ensombreció la cara—. Nunca me ha gustado mucho el pasillo del ático. Cuando era niño había un ejército de criados en Larkswood. Ese era su territorio, fuera de nuestras fronteras. Una especie de mundo secreto. Sé que hay que hacer arreglos. Podría organizarlo si supiera que otra gente lo necesita, aparte de los criados.

—Tengo otra idea —se apresuró a decir Louisa antes de que le faltara el coraje—. Una mañana que estaba paseando por los jardines con Betsy Glover, ella me comentó que todo ese gran pinar es tuyo. Nunca va nadie por ahí. ¿Por qué no lo utilizas para algo? ¿No sería un lugar perfecto para construir un sanatorio?

Edward jadeó.

—¡Santo cielo, Louisa! Es una idea excelente.

—Piénsalo, abuelo. Es un lugar extraordinario. —A Louisa se le encendió el rostro de la emoción. Supo por la expresión de Edward que la idea despertaba su interés—. Un buen arquitecto podría diseñar el edificio con unos jardines maravillosos. Y sería muy popular...

—¡Para el carro, joven! ¿Qué hay de las *rupees*? ¿Cuánto crees que costaría esa empresa?

—Eso dependería de ti y de los banqueros. —Louisa estaba segura de que Edward tenía mucho dinero ahorrado—. Solo piénsalo, abuelo. Cuando llegue la guerra tendremos un edificio preparado para atender a los heridos. ¿No sería una forma maravillosa de ayudar?

Edward soltó una carcajada.

—Desde luego es una forma segura de que los bancos me digan que me he vuelto loco y que estoy diciendo *be-wafuki*.

—¿Por qué iban a hacerlo? ¿Acaso no se está preparando todo el país para la guerra? ¿Se te ocurre una forma mejor de ayudar?

—Admito que tienes algo de razón —respondió Edward despacio.

Louisa aprovechó la ventaja. Decidió dar un paso más.

—¿Sabes, abuelo?

Edward sonrió.

—Adelante, suéltalo.

—Cuando Betsy estuvo aquí hablamos de que yo podría ser enfermera. Quiero tener una carrera como es debido. Quiero llevar una vida independiente que no tenga nada que ver con las fiestas y las invitaciones a la ópera. No quiero dar clases. Además, no he pasado los exámenes formales. Milly y yo teníamos una institutriz con unas amigas en Eaton Square. Me encanta leer novelas, pero no creo que con eso me dejen entrar en la universidad. No me atrae la idea de aprender a escribir a máquina y estarme todo el día sentada en una oficina. Me gusta la gente... Conocerla, escucharla, cuidar de ella...

»Si tuviéramos un sanatorio aquí, podría ir cada mañana en bicicleta y plantarme en él en un santiamén... ¿No sería el lugar más maravilloso para aprender la profesión?

Miércoles, 14 de junio de 1939

Querida Lou:

Fue una amarga decepción para mí que decidieras quedarte en Larkswood en lugar de regresar conmigo. Mamá y papá te esperaban. Se quedaron muy contrariados cuando llegué a casa sin ti. Sola durante el trayecto de regreso me sentí fatal. Tuve que mentirle a Charlie diciéndole que habías hecho planes que no podías anular, pero él sabía que había ocurrido algo. Luego empecé a preocuparme por ese chico de aspecto salvaje, con esa mata de pelo moreno y esos extraños ojos verdes. ¡Es como un gato gigante! ¡Me llevé un gran shock, te lo aseguro!

Pero no le dije nada a mamá. Si se lo hubiera dicho habría traicionado una confidencia. Las hermanas deben estar unidas. De todos modos, ella recibió tu carta a la mañana siguiente. Dice que renuncia a intentar persuadirte para que vuelvas. Papá no dijo una palabra. Se limitó a dejar caer la servilleta y salió del comedor dando fuertes pisotones.

Sé que no puedes ir en serio con ese tal Tommy. Sería demasiado absurdo. Entiendo perfectamente que tengas un idilio de verano, ya que no puedes tener otros muchos amigos en Larkswood. De verdad que te comprendo. No estoy siendo solo una aguafiestas.

Pero mamá y yo, durante estas semanas, hemos conocido a unos jóvenes solteros realmente agradables que creemos que serían ideales para ti. Son de

familias adineradas y distinguidas de Londres, con grandes casas y muchos contactos. Ellos son otra poderosa razón para que vuelvas a casa.

No diré una palabra más sobre ello. ¡Solo confío en que entres en razón!

Ayer me habría encantado que estuvieras aquí. Fuimos al primer día de Ascot. Me traen sin cuidado los caballos y las carreras, pero estaba desando ver todos esos vestidos maravillosos. Por desgracia soplaban un viento helado y tuvimos que cubrir todas las sedas y los sifones bajo abrigos de lana y pieles de zorro.

Y por la tarde llovía, de modo que regresamos todos en tropel, claramente decepcionados.

Con cariño,

MILLY

P. D. ¡Un amigo estadounidense de mamá le dijo que el rey y la reina han causado sensación en Estados Unidos! Millones de personas hicieron cola para verlos. En Washington, para protegerse del sol —hacía un día tremendamente caluroso, pero la reina, que Dios la bendiga, parecía fresca como una rosa—, sostuvo una pequeña sombrilla forrada de verde oscuro. ¡La moda ha causado furor en Estados Unidos!

¿Quieres que le pida a mamá que te haga una? Es broma. Supongo que necesitas las dos manos para dedicarte a la jardinería.

Papá vuelve a estar indignado. Ha estado leyendo un periódico alemán en el White's. Dice que la campaña de la prensa alemana contra Gran Bretaña se ha vuelto virulenta. Nos llaman la Pérfida Albión. Papá dice que está haciendo campaña para llevar a Churchill y a Eden al Gabinete. En lugar de preocuparme por Hitler y sus gánsteres, yo prefiero pensar adónde me llevará Robbie mañana y si seré la chica más guapa de la fiesta.

Harriet velaba a Cynthia sentada junto a su cama, esperando. Le dolía la espalda; tenía los ojos secos e irritados. No podía conciliar el sueño. Cuando por fin se quedaba dormida tenía la misma pesadilla. Estaba cavando en el bosque, rascando y escarbando, y se encontraba con un objeto enterrado. Tocaba con los dedos algo afilado que le cortaba la mano. Gritaba de dolor. En cuanto lo hacía, alguien la agarraba por el cuello con una garra helada. Entonces se despertaba.

Aún no se había puesto el sol pero la habitación estaba muy oscura. Harriet secó la frente de Cynthia con una toalla húmeda. La fiebre se negaba a bajar. Era la tercera semana. Cynthia no probaba bocado. Harriet a veces le hacía beber sopa o una limonada que preparaba con limones frescos en la cocina mientras Norah hacía guardia.

Antes de dar a luz a su bebé Cynthia había sido esbelta.

Ahora tenía un aspecto espectral.

Sin previo aviso, Cynthia se agitó y abrió los ojos.

—¿Harriet? —dijo despacio, con voz gruesa y ronca de sueño.

Harriet casi no daba crédito a sus oídos. Al oír la voz de su hermana el corazón le dio un brinco de alegría.

—Estoy aquí, Cynthia. ¡Gracias al cielo! ¿Te encuentras mejor ya?

—Esta no es mi habitación. —Cynthia volvió la cabeza hacia la ventana—. ¿Dónde estoy?

—En la habitación más amplia del ático. —Harriet tragó saliva. Resultaba muy extraño hablar de nuevo con su hermana—. Insistí en que yo dormiría contigo, de modo que las criadas pusieron otra cama.

Cynthia frunció el entrecejo. Se pasó la lengua por los labios secos, que le brillaron con la saliva.

—¿Por qué me han trasladado aquí?

Harriet se lanzó.

—Madre y padre regresaron de la India hace diez días. Saben lo del bebé.

Cynthia soltó un grito ahogado.

—¿Quién se lo dijo? ¿Quién me ha traicionado? —Le brillaban los ojos a causa del dolor—. Hemos tenido tanto cuidado. Hicimos todo...

—Lo sé. —Harriet tomó la mano de Cynthia y se la acarició, intentando tranquilizarla. Las palabras le brotaban de la boca a trompicones como perdigones de una escopeta—. Larkswood está lleno de criados. No es difícil que uno vea algo raro y empiecen los chismorreos... Además, el doctor Sandberg te ha visto tres veces...

Cynthia gimió, intentando levantar la cabeza.

—¿Dónde está Edward? Debo hablar con él. Para que le pida a madre que me traslade de nuevo a mi habitación. —Apretó la mano de Harriet—. ¿Qué importa ya si todo el mundo sabe lo mío?

—Edward... —Harriet titubeó.

Solo había visto a su hermano un instante al amanecer cuando salió en camión al rellano para despedirse. Él la estrechó entre sus brazos: un rápido abrazo que acabó casi antes de que empezara. Ella lo vio bajar las escaleras y salir por la puerta, con su sombrero y una pequeña bolsa de mano.

Intentó no llamarlo a gritos mientras escuchaba el ruido inequívoco de los cascos de los caballos al alejarse.

—Edward se ha ido, Cynthia. Lo han mandado a la India.

—¿Cómo? —Cynthia se incorporó—. ¿Lo han echado de casa castigado?

—Madre y padre lo culpan de no haber cuidado de ti como es debido.

Cynthia soltó una amarga carcajada.

—Edward no tuvo la culpa de nada. —Cayó de nuevo sobre la almohada—. He arruinado su vida... Nunca volveré a verlo.

—Tonterías, Cynthia. Regresará a casa. Eso son disparates.

—No lo son. Es la verdad.

—Todo se olvidará. Pronto estarás completamente bien. —Harriet se obligó a sonreír—. Los criados olvidarán lo que ocurrió. Edward regresará y las cosas volverán a la normalidad. Irá a París para abrir una oficina nueva. Todo será como antes.

Cynthia apartó la cara.

—¡Qué sencillo haces que parezca! Pero no te crees una palabra de lo que has dicho. Ni una sola de esas bobas palabras.

Harriet soltó la mano de su hermana. Ahora que la fiebre de Cynthia había remitido, estaba tan cansada que quería dormir una semana entera. Se acercó a la ventana, la abrió y respiró el húmedo aire de la tarde para llenarse los pulmones aplastados.

—Solo trataba de...

—¿Dónde está Norah? —La voz de Cynthia sonó fría y apremiante desde el fondo de la habitación—. Debo hablar con ella.

—Norah se ha ido a su casa, Cynthia... Pero se alegrará de verte mañana. Descansa mientras te traigo algo de comer. Debes comer todo lo posible ahora que vuelves a estar bien.

Harriet se despertó sobresaltada. No era una pesadilla sino un extraño vacío en la habitación. Y un silencio aún más extraño. Luego se dio cuenta de lo que ocurría.

No oía la respiración de Cynthia.

Encendió una vela y con mano temblorosa la sostuvo en alto.

Las sombras danzaban por las paredes, burlándose de ella. Junto a la ventana colgaba un solo cuadro de Edward con sus hermanas. Desmond lo había descolgado de su despacho la mañana en que Edward fue desterrado y Harriet se lo había llevado al ático. Lo habían pintado el verano pasado, antes de que sus padres se marcharan a la India, para señalar la ocasión. El pintor, satisfecho con el resultado, dijo que era uno de sus mejores retratos. Ahora sus caras se burlaban de ella a través de la penumbra, haciendo que temblara.

La cama de Cynthia estaba vacía, las toscas mantas amontonadas en el suelo.

Harriet maldijo en voz baja. Tal vez le había bajado la fiebre, pero Cynthia estaba lejos de estar bien. Se enfadó mucho. Cynthia no quería aceptar la ausencia de Edward; tampoco que sus padres no quisieran verla. Odiaba la habitación del ático. Comía poco, apartando los platos con tanta violencia que ensuciaba las sábanas. Se había convertido en una compañera imposible. De no haber prometido a Edward que se quedaría con ella, Harriet sin duda habría hecho planes para escapar sola de Larkswood.

Harriet se puso la bata y buscó a tientas las zapatillas, intentando tranquilizarse. Cynthia no podía haberse levantado hacía mucho de la cama, no podía haber llegado muy lejos. Harriet procuró no dejarse llevar por el pánico. Registraría Larkswood tranquila y metódicamente, desde el ático hasta las bodegas. Debía encontrar a su hermana y llevarla de vuelta a la cama.

Harriet abrió y cerró todas las puertas, asomó la cabeza en todas las habitaciones. Los criados roncaban.

—¡No puedo hacer nada más esta noche! —gritó una criada—. ¡Déjenme

en paz!

Desmond y Antonia yacían abrazados el uno al otro, saciados. La habitación de Edward permanecía abierta, con la cama y los muebles cubiertos de capas de polvo blanco como ballenas durmientes. El salón estaba oscuro y abierto. En la cocina, limpia y reluciente, solo había cazuelas.

El corazón de Harriet latía con fuerza, sobresaltado. En el salón abrió las puertaventanas, que no estaban cerradas con llave, y salió al jardín asustada. La suave noche de junio olía a alhelí y a lavanda. La luna, totalmente llena, pendía del cielo derramando una luz uniforme. La belleza de la noche, su exuberante tranquilidad, parecía burlarse de la desesperación de Harriet. Tomó aire, intentando aquietar su temor.

Echó a correr por la explanada de césped hacia la rosaeda. No había nadie.

Bajó hasta el lago, notando cómo la áspera hierba alta le arañaba las piernas desnudas. No vio nada más que el agua lisa y misteriosa devolviéndole el reflejo de la luna, dolorosamente hermosa. Cynthia no podía haberse tirado al lago. Si al final de la noche Harriet no lograba encontrarla tendría que pedirle a la policía que registrara el lago.

La sola idea la llenó de pavor.

Recordó el terror de ese amanecer que se había adentrado corriendo en el bosque. No se atrevería a regresar allí.

Volvió sobre sus pasos con el corazón martilleándole contra las costillas. Le dolía todo el cuerpo de cansancio.

Alzó la vista hacia la silueta de Larkswood recortada contra el cielo y miró todas las ventanas rezando para ver el parpadeo de una vela. En las almenas advirtió algo extraño. Entre los bordes de piedra había una figura con un vestido ligero que ondeaba alrededor de las piernas.

Quiso gritar el nombre de su hermana. Suplicarle: «¡Quédate allí! ¡No te muevas! ¡Ya subo!».

Pero despertaría a todos los que dormían...

Regresó corriendo a la casa, subió por las escaleras hasta el primer piso y cruzó el dormitorio de huéspedes hacia la puerta de la torre. Estaba abierta. Cynthia sabía dónde guardaban la llave. Debía haber planeado hasta el último detalle esa salida de medianoche... ¿Con qué fin?

Harriet se detuvo, con un dolor agudo en las costillas, respirando con dificultad. Se aferró a la barandilla de la escalera con una mano mientras con la otra se sujetaba el vestido por encima de los tobillos. Empezó a subir las escaleras de caracol, apremiando a sus piernas. Más rápido..., más rápido. Contó los escalones mientras subía. Siete... Catorce... Veinticinco... Treinta y dos... Cuarenta y nueve... Cincuenta y ocho...

Al llegar a lo alto se le vaciaron los pulmones de aire en cortas y bruscas punzadas.

Cynthia estaba de pie contra el borde de las almenas. Si había oído a Harriet, no dio muestras de ello. Contemplaba la explanada de césped de Larkswood, los campos amplios, más allá de la gran extensión de cielo iluminado por la luna.

Harriet se acercó a ella sin hacer ruido.

—¡Cynthia! ¡Gracias a Dios! —Rodeó los hombros de su hermana con un brazo, sorprendiéndose de nuevo de su delgadez—. Me he despertado y he visto tu cama vacía. Te he buscado por todas partes. ¿Qué habría sido de mí si hubieras hecho una tontería?

Besó la mejilla insensible de Cynthia.

—Te he visto correr hacia el lago. —Las palabras de Cynthia llegaron monótonas e insulsas—. Supongo que has pensado que podía haberme ahogado. —Miró a Harriet, con cara inexpresiva.

—¿Qué haces aquí arriba? Si coges frío, solo empeorarás las cosas. Estas

últimas semanas has estado mucho mejor.

—No estoy mejor. Nada puede mejorar las cosas. He destruido todo lo que estaba a mi alcance, a todas las personas que quiero...

—Eso no es cierto...

—Edward se ha ido, mi bebé ha muerto, mi... madre y mi padre me repudian... Ni siquiera puedo tocar el piano. ¿Cómo voy a cantar sin él? Y te he desgraciado la vida.

—Eso no es cierto. —El frío de las almenas de piedra le subía por las piernas—. Me alegro mucho de que vuelvas a estar bien.

—Estoy lejos de estar bien, Harriet. Cada día es más doloroso que el anterior. Ayer decidí ahorcarme en estas almenas y acabar con todo. Pero ni siquiera he tenido el coraje para hacerlo... Es por mi bebé. Isabelle. La echo tanto de menos.

Harriet sintió que desfallecía al recordar.

—Entiendo.

Cynthia se puso rígida entre sus brazos.

—¿Cómo vas a entenderlo? No era tuya. Tú no sentiste cómo se deslizaba entre tus piernas esa pequeña criatura indefensa. Ella no estuvo muerta en tus brazos mientras la llamabas por su nombre.

A Harriet le escocían los ojos a causa de las lágrimas.

—Pero yo estaba allí contigo. Hice todo lo que pude por compartir tu dolor...

—Me persigue. Porque no volveré a verla, a hablar con ella, a ser su madre. —Cynthia se apretó los ojos con las manos—. Porque nunca sabré dónde está enterrada.

Harriet supo entonces que si quería que Cynthia bajara de las almenas tenía que decirle la verdad.

—Fui yo quien enterró a Isabelle esa madrugada. La llevé al fondo del

bosque para que descansara a salvo, lejos de ojos fisgones.

Cynthia se apartó de un salto.

—¡No lo sabía! —Agarró a Harriet por los hombros y la sacudió como si fuera un muñeco de trapo—. Creía que la había enterrado Edward. ¡Tienes que enseñarme el lugar exacto! Para que pueda arrodillarme ante su tumba y rezar por su alma.

Harriet estaba mareada por las sacudidas. El cielo iluminado por la luna se combó en medio de la bruma. Intentó tener paciencia con la criatura trastornada en que se había convertido su hermana.

—De acuerdo, Cynthia... Te enseñaré dónde está. Saldremos de Larkswood sin hacer ruido una mañana muy temprano. Será una expedición bien planeada... No habrá más habladurías.

Cynthia dejó caer las manos.

—Una mañana no.

—¡No esperarás ir allí a plena luz del día!

Cynthia la miró frenética.

—Quiero que vayamos ahora mismo.

—Eso es imposible. —Harriet notó que se le agotaba la paciencia—. Estás descalza. El bosque es un lugar agreste y escabroso. No vamos vestidas de forma adecuada. Si no te metes ahora mismo en la casa cogerás frío. ¿De qué servirá que...?

—Está bien, mañana al amanecer. —Cynthia clavó los ojos en los de Harriet—. No esperaré otro día. ¿Me has oído, Harriet?

—Sí, te he oído. Te prometo que iremos mañana. Tienes mi palabra.

La mirada de Cynthia se relajó.

Sobre el horizonte, los primeros rayos pálidos del amanecer se filtraron a través de un cielo que se asemejaba a papel secante.

—Vuelve a la cama, Cynthia, por favor. Antes de que las criadas

encuentren la habitación vacía y den la alarma.

Cynthia se dejó caer lánguidamente en los brazos de Harriet.

Poco a poco, con paciencia, Harriet acompañó a su hermana hacia la escalera de caracol, llena de alivio y también de un terror espantoso.

El pinar estaría irreconocible a comienzos de verano.

Había hecho una promesa a su hermana que tal vez no podría cumplir.

Harriet tomó la mano de Cynthia.

—Es una larga caminata hasta el bosque. ¿Estás segura de que te sientes lo bastante fuerte?

—¡Por supuesto! —A Cynthia se le encendieron los ojos de impaciencia—. ¡Vamos, Harriet! ¡No he pensado en nada más desde que me lo dijiste!

—Entonces no hagas ruido... ¿Vas bastante abrigada? ¿Llevas los zapatos bien atados?

—¡Deja de preocuparte, hermana! Hace horas que estoy preparada.

Harriet intentaba ganar tiempo, pues quería que Cynthia admitiera que no estaba en condiciones para hacer frente a la expedición. En lugar de ello, Cynthia sacó a Harriet de la habitación, tirando de ella y clavándole los dedos en el brazo.

Bajaron las escaleras de puntillas, flotando como pálidos e inquietos fantasmas a través de la casa durmiente.

«El cielo rojo por la mañana es señal de mal tiempo.»

Harriet miró intranquila las nubes que teñían el cielo de rosa y rezó para que no lloviera.

Al principio reconoció el camino sin titubear. La explanada de césped, la rosaleda, el prado lleno de flores. Pero al llegar al borde del bosque se detuvo.

—¿Ahora por dónde? —le preguntó Cynthia, tirándole de la mano. Su respiración era áspera y rápida.

Harriet sabía que su hermana estaba luchando con su propio cuerpo. No estaba acostumbrada al ejercicio físico y todavía se sentía débil por la enfermedad, pero se negaba a rendirse.

Por un instante Harriet cerró los ojos y revivió ese horrible amanecer. Con la caja en las manos y notando el bulto de la pala en el bolsillo, corrió más deprisa que nunca, con la cabeza inclinada, sin mirar a izquierda ni derecha. Se adentró frenética en el bosque y llegó a ciegas a su secreto corazón.

—Sígueme, Cynthia... Es por aquí.

Sin embargo, aquella mañana el bosque parecía un mundo nuevo. Habían transcurrido más de dos meses y la llegada del verano lo había transformado. La suave luz rosada, los colores de los árboles, las infinitas formas de las hojas recortadas contra el cielo, el denso remolino de los helechos que se derramaban sobre todos los senderos estrechos, el trino de un millar de pájaros al despertar: todo parecía un lugar extraño y desconcertante en el que nunca había estado.

Harriet enseguida se sintió confusa.

Las preguntas de Cynthia eran cada vez más apremiantes. «¿Dónde está mi bebé? ¿Falta mucho? ¿Cuánto tardaste en llegar? ¿Cuántos árboles había? ¡Responde, Harriet!» Cuantas más preguntas le lanzaba más aterrada estaba Harriet.

Tropezó con las raíces de un roble, raspándose el tobillo. Se rasgó la falda con las espinas de una zarza. Un enjambre de moscas zumbaba ante su cara y su nariz, haciendo que se atragantara y se le nublara la visión.

Una hora después Harriet se detuvo. La cabeza le daba vueltas de tanto mirar

el suelo. Parecía que todos los árboles se burlaran de ella. Helechos de todas las formas la cegaban. Intentó recordar un solo detalle que pudiera mostrarle el camino, pero era inútil. Se sentía enferma y mareada. Cuando alzó la vista hacia el cielo, para tomar aire y pensar con más claridad, notó un crujido en el cuello y le dolió la espalda.

En cualquier momento se desmayaría. Cynthia tendría que reanimarla y llevarla de vuelta a Larkswood. Pero Harriet sabía que su hermana avanzaba dando traspiés a través de los matorrales, sin apenas fuerzas para poner un pie detrás del otro.

Se volvió para mirarla. Tomó una profunda bocanada de aire del amanecer con olor a pino. Se notaba la boca áspera como papel de lija.

—No sé dónde está. No recuerdo el camino.

Cynthia se dejó caer en el suelo, gimiendo.

Harriet intentó tragar saliva sin conseguirlo.

—Podría fingir e inventar un lugar. Decirte que es aquí. —Arrojó un brazo—. O allí. O en ese sendero lleno de ortigas. O más lejos aún, en el bosque oscuro. —Sentía cómo le flaqueaban las fuerzas y el coraje—. Pero no puedo mentirte. ¿De qué serviría? Caminaríamos en círculo cien días y todavía no estaría lo bastante segura para decirte: «Aquí es donde yace Isabelle».

Cynthia empezó a rascar la tierra con los dedos, como si cavara su propia tumba. El cielo se había oscurecido. Cayeron gruesas gotas de lluvia sobre los árboles. Harriet notó cómo le rodaban por las mejillas. Salpicaron las manos de Cynthia, la nuca.

Harriet cayó de rodillas, con los brazos extendidos hacia ella.

—Perdóname, Cynthia. Hice lo que pensé que era mejor en ese momento. Edward me dijo que me diera prisa, que debía volver antes de que se hiciera de día. Me entró el pánico. Pensé que alguien me observaba. Recuerdo que cavé sin parar. Luego todo se vuelve confuso. No recuerdo cómo regresé a

Larkswood. Lo único que quería era estar de nuevo contigo en tu habitación, para asegurarme de que estabas bien.

Pero Cynthia no escuchaba.

Eché la cabeza hacia atrás y soltó un alarido de dolor.

Aquel ruido atormentaría a Harriet durante las noches insomnes en los años venideros.

1939

—He estado dando vueltas a la idea de construir un sanatorio —anunció Edward a Louisa dos días después durante el desayuno por lo general silencioso. Le guiñó un ojo y añadió—: Te alegrará saber que voy a hacerte caso.

Ella se ruborizó de orgullo y satisfacción.

—¡Eso es fabuloso, abuelo!

—Tardarán meses en levantarlo, así que será mejor que nos pongamos manos a la obra. Aunque supongo que la construcción de nuevos hospitales va mucho más deprisa ahora que se avecina la guerra.

—Qué emocionante... Me refiero al edificio, por supuesto, no a la guerra.

Louisa casi no podía creer que hubiera funcionado su plan. En adelante Edward tendría un proyecto que lo retendría en Larkswood. Que los retendría a los dos allí.

—Debo elegir un arquitecto y buscar buenos albañiles. —Edward se enderezó la corbata—. Pero primero tengo que ir a Londres para hablar con mis banqueros de lo que me propongo hacer. Necesito que estén de mi parte... No tardaré mucho.

Regresó exultante.

—¡Coutts lo ha aprobado! Creen que es una gran idea. El director me ha dicho que no se le ocurre un lugar mejor que Hampshire para ir a recobrase si cayera enfermo. Debo ponerme en contacto con mi contable para que

prepare un plan de negocios genuino. Hablaremos de todo mientras cenamos. Si vas a trabajar allí de enfermera será mejor que me digas cómo quieres que sea el edificio.

El verano había llegado. Con él las sospechas de Louisa acerca de Edward parecieron disiparse, junto con los rostros del cuadro. Louisa dejó de mirarlos por las noches; ya no perseguían sus sueños. Ahora tenía demasiadas cosas en las que pensar. Se dijo que era mejor no hurgar en la herida. Desenterrar el pasado parecía mucho menos importante que continuar con las excavaciones que empezarían dos semanas después.

Los jardines de Larkswood se llenaron súbitamente de gente que iba y venía, hiciera el tiempo que hiciera. El arquitecto recorría a grandes zanjadas la explanada de césped, hojeando papeles y señalando planos con lápices afilados, seguido de su secretaria y de los gerentes. El director de la empresa constructora se reunió con él y a continuación los mismos albañiles. El ruido de la sierra reverberaba hacia el cielo a medida que, uno por uno, talaban los pinos gigantes, los cortaban en leños y se los llevaban.

Louisa cayó en la cuenta de que los jardines que había contemplado como su refugio privado ahora eran compartidos. Antes, mientras arrancaba las malas hierbas del huerto o podaba las rosas, sabía que los pasos que oía a su espalda eran los de Thomas. Ahora tenía que volverse para comprobarlo. En una ocasión los dos trabajaban en el cobertizo cuando pasó por delante de la ventana una hilera de hombres fornidos cargados de sacos de arena. Pese a la emoción de saber que el sanatorio estaba en marcha, Louisa tuvo la sensación de que Thomas y ella necesitaban proteger su territorio de un ejército de invasores.

—Es una gran idea —dijo Thomas. Habían segado la hierba y estaban sentados bajo un manzano bebiendo té negro dulce—. Y es un lugar

excelente para construirlo. En el pueblo hay dos asilos de ancianos. Hace muchos años hicieron planes para construir un hospital, pero nunca llegaron a nada. Todo el mundo se quedó muy decepcionado. La gente está encantada con la idea de tener uno. Creará puestos de trabajo y traerá prosperidad.

Tomó la mano de Louisa entre las suyas.

—Me alegro mucho de que vinieras a Larkswood.

Una mañana, al detenerse junto a la ventana, Louisa descubrió que las vistas habían cambiado. Siempre había visto el prado salpicado de flores más allá de la rosaleda. De pronto alcanzaba a ver el pueblo a través del pinar. Era como si las viejas barreras entre Larkswood y sus vecinos se hubieran derribado.

El cambio era un reflejo de su propia vida. Todas las tardes iba en bicicleta al pueblo, donde empezaba a conocer a los tenderos y los lugareños. Se saludaban, bromeaban y hablaban del tiempo. Una tarde, mientras hacía cola en Boots, la farmacia, vio delante de ella a la ciclista con un elegante uniforme azul. Louisa estuvo tentada de decirle que montaba en bicicleta mucho mejor. Pero la mujer salió de la tienda antes de que pudiera verle el rostro.

Al cabo de unos días Louisa vio un cartel que anunciaba un BAILE DE SOLSTICIO DE VERANO en la sala municipal del pueblo, y en él se veía a dos jóvenes abrazados que daban vueltas. Era alentador encontrarlo después de los carteles sobre la guerra pidiendo a las mujeres que se unieran a las Wrens o se alistaran en el Servicio Territorial Auxiliar. Ella sabía que podía ser el último verano en mucho tiempo en que las mujeres podrían divertirse antes de convertirse en obreras de fábrica, labradoras... o enfermeras.

Estaba deseando que Thomas la invitara al baile. Nunca habían salido de

Larkswood. Incluso se preguntó si tenía previsto ir con otra joven.

Así, casi no pudo contener su deleite cuando a la mañana siguiente él le dijo:

—Llevo todo el día intentando armarme de valor para preguntarte... ¿Qué vas a hacer el sábado por la noche?

Ella arrancó un manojo de hierba cana de flor amarilla.

—Cenar sola, supongo. Edward estará todo el fin de semana en Londres.

Thomas se inclinó sobre la pala.

—¿Te gustaría ir al baile de verano de la sala del pueblo? Cada año celebramos uno. Toca una orquesta de por aquí, y todo el mundo contribuye con algo de comida. Es bullicioso y divertido. Si nos ven juntos daremos que hablar, pero para mí será un honor llevarte, si te apetece.

A Louisa le dio un brinco el corazón. Se imaginó a Thomas girando en círculos con ella por la pista de baile, cogiéndole la mano mientras regresaban a Larkswood, estrechándola entre sus brazos para darle un beso de buenas noches.

Arrancó otro puñado de malas hierbas.

—¿A qué hora empieza?

—¿Estás diciendo que sí? —Thomas se quedó mirándola con una gran sonrisa—. ¿Irás como mi pareja?

Louisa se levantó.

—Intenta detenerme.

Se prohibió mostrar su excitación, pero estaba fuera de sí. Era pleno verano y en Larkswood hacía un calor sofocante. El césped brillaba con tonos dorados. Los colores del prado salpicado de flores cantaban bajo el sol. Los largos días brumosos se le subieron a la cabeza en más de un sentido. El sábado por la mañana fue a la peluquería del pueblo. Por la tarde se pasó una hora dentro

de la bañera. Se puso el vestido de seda verde pálido que le había gustado a Edward, con unas medias de seda y unos zapatos de baile que María le había enviado la semana anterior. Cuando se miró al espejo se sorprendió. La joven pálida y ojerosa que había llegado a Larkswood en marzo irradiaba salud y felicidad. La seda iba de maravilla con el color de su tez. Deseó que Edward la viera, y se preguntó con culpabilidad qué habría dicho él de haber sabido adónde iba, ¡y con quién! Mientras comían había tenido mil veces en la punta de la lengua las palabras: «Tengo algo que decirte, abuelo. Me he enamorado de Thomas». Pero no se había atrevido. Además, Thomas nunca había hablado de amor. ¿Tal vez lo haría esa noche?

Vio un brillo de admiración en los ojos de Thomas cuando la saludó en el porche.

—¡Caramba! ¡Pareces sacada de un cuadro!

Vicky se quedó boquiabierta cuando vio a Thomas.

Louisa se llevó un dedo a los labios y le guiñó un ojo.

—Dile a la señora Humphrey que me deje unos sándwiches. Regresaré después de medianoche.

Thomas le tendió una mano.

—Iremos dando un rodeo. Hay algo muy especial que quiero enseñarte.

La condujo por el césped, pasando por delante del lago y de la caseta para botes, y se adentraron en un sendero angosto entre los setos.

Pero en lugar de acortar hacia el pueblo, torcieron a la derecha.

—Es por aquí, al final de este estrecho camino.

Llegaron al final del camino. Se bifurcaba bruscamente hacia la izquierda rodeando un grupo de casas. Detrás de ellas corría el río, todavía caudaloso tras las lluvias de verano. Un poco más adelante, a lo largo de la orilla, había

un muro medio derruido, y junto a él un pequeño pozo redondo de piedra gris.

—Es nuestro pozo de los deseos. —Thomas se agachó—. Mira, en el fondo están todas las monedas que ha tirado la gente.

El agua del pozo estaba en reposo y era transparente como un cristal.

—Pide tres deseos. —Thomas buscó en el bolsillo y sacó una moneda—. Toma.

Louisa cogió el brillante penique de la mano de Thomas. Le llegó la fragancia a limón de su cabello, el calor que emanaba de su cuerpo mientras se arrodillaba a su lado. La moneda rompió la superficie del agua en ondas trémulas.

Louisa cerró los ojos, rezando en silencio: «Espero que nunca estalle la guerra. Deseo que pueda quedarme siempre en Larkswood. Deseo que Thomas me diga lo que hay en su corazón».

Abrió los ojos y lo miró. Él sonrió, como si le hubiera leído los pensamientos.

Cuando llegaron a la sala del pueblo estaba a rebosar de gente. Era un edificio alargado de piedra con techumbre de paja y vigas bajas de roble. Louisa se rio para sus adentros al compararlo con la suntuosidad del Buckingham Palace, y se dio cuenta de que se sentía mucho más feliz entre la gente del campo. En el fondo de la sala, sobre una pequeña tarima, los miembros de una orquesta vigorosa tocaban ruidosamente sus instrumentos, chorreando de sudor. Una delgada cantante pelirroja con un vestido corto de seda dirigía su límpida voz de soprano hacia un micrófono. Contra la pared de enfrente, una mesa alargada crujía bajo el peso de sándwiches, carne cocinada y pasteles caseros. De todos los rincones llegaba la dulce fragancia de las flores de verano cuidadosamente cogidas.

Thomas la condujo hacia una pequeña mesa y la presentó a su grupo de amigos. Si se sorprendieron de verla no dieron muestras de ello, aunque varias chicas apretaron los labios en actitud celosa. ¿Les había hablado Thomas de ella? Louisa no lo sabía ni le importaba. Al cabo de unos minutos él la había tomado en sus brazos y bailaban un vals. Él bailaba bien, con su cuerpo delgado y confiado, las manos firmes.

Louisa lo miró a los ojos, sonrientes de felicidad.

Bailaron al son de una sucesión de melodías maravillosas: «Shine on Harvest Moon», «A Nightingale Sang in Berkeley Square», «Lullaby of Broadway», «Blue Moon». En dos ocasiones Louisa se encontró en los brazos de uno de sus amigos, pero Thomas intervino rápidamente. Hambrientos, se tomaron un descanso para comer salchichas envueltas en hojaldre y tartaletas de mermelada, y bebieron limonada Robinson y sidra seca Whiteway.

Luego regresaron rápidamente a la pista.

La orquesta tocó «So Deep is the Night» y bajaron las luces. Le siguió «Cheek to cheek», y Louisa y Thomas obedecieron la letra y juntaron las mejillas.

El baile terminó con un galope frenético, después del cual se quedaron cogidos de las manos y cantaron «Auld Lang Syne».

En la puerta, mientras salían en tropel a medianoche, Louisa comentó:

—Ha sido el mejor baile al que he asistido nunca.

Louisa y Thomas regresaron a Larkswood paseando tranquilamente. Las calles del pueblo estaban silenciosas después del calor, el bullicio y la música, el murmullo de voces, las risas, el remolino de cuerpos y los aplausos.

—Thomas —le dijo ella—, mis tres deseos...

—¡No me los digas! Debes mantenerlos en secreto dentro de tu corazón o no se cumplirán.

—Soy avariciosa... Tengo un cuarto deseo. ¿Puedo decirte cuál es?

La voz de Thomas llegó despreocupada y risueña en la oscuridad.

—Adelante, me muero por saberlo.

—El maravilloso lago de Larkswood.

—¿Sí?

Louisa le cogió la mano con más fuerza. Caminaban con un paso totalmente sincronizado, tal como ella había sabido que harían.

—En la caseta he encontrado un viejo bote de remos.

—¡No me digas!

Ella se detuvo en seco y lo atrajo hacia sí.

—¿Me llevarás a dar una vuelta? Por favor... He deseado pasear por el lago de Larkswood desde la primera mañana que lo descubrí.

—¿Y qué hay de tu abuelo? —Thomas le apartó el pelo húmedo de la frente con los dedos—. No me paga para que dé vueltas en bote.

—Sabes perfectamente que estás haciendo el trabajo de tres hombres. —Louisa se estremeció de placer al notar el roce de sus dedos—. No protestará si te tomas una tarde libre de vez en cuando... De todos modos, estarás reparando algo de su propiedad al hacer transitable el lago. ¿Qué hay de malo en ello?

Thomas parecía reacio.

—Si está en buen estado, supongo...

—Escucha. —Louisa le asió la mano con más fuerza—. Si el abuelo protesta puedes ofrecerte a llevarlo también a él, con un picnic especial de la señora Humphrey y una botella entera de brandy.

Thomas echó la cabeza hacia atrás y se rio.

—Me rindo, señorita Hamilton, la persuasiva. Tú ganas.

Jueves, 22 de junio de 1939

Querida Lou:

Robert y yo hemos ido a Oxford esta mañana y lo hemos pasado de maravilla. Me ha llevado al Baile de Conmemoración del Merton College. Me he puesto un vestido de gasa color crema salpicado de capullos de rosa. Flotaba al caminar, lo que me hacía sentir regia. No llevaba nada en el cabello. Las diademas ya no están de moda, para consternación de mamá, a quien siempre le han encantado.

Bailamos toda la noche en los jardines de la universidad al compás de Nat Gonella y su orquesta —menos mal que hizo buen tiempo— y disfrutamos de una cena deliciosa; barbacoa variada, trucha asalmonada, flan de cereza y merengue de uva de espino. Bailar me abre mucho el apetito. ¡Incluso Robert cree que como mucho! Me mira atónito al ver que repito de todo.

Allí encontramos a muchos de sus amigos. Parlotearon sobre la guerra y lo que harán cuando empiece. Algunos de ellos ya se han alistado. Por todas partes había deprimentes uniformes azules y caqui. Aunque los uniformes son elegantísimos —la mayoría han sido hechos por los sastres de Savile Row—, yo no hice ni caso de todas esas bobadas. La guerra no va a estallar, no si yo puedo evitarlo. Y aunque lo haga, oí decir a alguien que no puede empezar hasta después de la cosecha. Para entonces todo el mundo se habrá olvidado de ella.

Pese a todo lo que se habla del alistamiento (será mejor que no se lleven a mi querido Robert, no podría soportarlo), está resultando ser el verano más maravilloso de mi vida. Ojalá estuvieras aquí conmigo, mi querida Lou. Entonces mi felicidad sería completa.

Por favor, telefonéanos cuando quieras que Charlie te vaya a buscar. Dime que estás harta de aguantar en la aburrida y decrepita casa de Larkswood, y que tu estúpido idilio con Thomas el Gato se ha acabado.

Entra en razón, mi querida hermana, y vuelve a casa.

Con cariño,

MILLY

1939

La repentina ola de calor continuó. Desde la mañana hasta el anochecer el cielo estaba despejado y radiante. Las noches tranquilas, templadas y fragantes invitaban a cenar fuera. Tenían que regar el huerto con largas mangueras durante horas. Todas las ventanas de Larkswood permanecían abiertas día y noche. Louisa dormía con una sola sábana sobre su cuerpo desnudo, pensando en Thomas.

Él dedicó dos tardes de la semana siguiente a reparar el bote. Nunca había entrado en la caseta, pues siempre tenía demasiado trabajo en los jardines, y disfrutó del cambio de rutina. Louisa arrastró los pesados remos por la hierba seca, los lijó y los cubrió de una capa de barniz.

Al final de la segunda tarde, Thomas se irguió y miró orgulloso su obra.

—Esto ya es otra cosa. Creo que aguantará. —La luz del sol se colaba a través de las hayas, arrancando reflejos rojizos de su pelo—. Aunque solo hay una manera de averiguarlo y es sacándolo.

—Hagámoslo ahora. —Louisa miró el agua inmóvil, notando cómo el sudor le corría por la espalda—. Parece tan fría y deliciosa por ahí.

—Esta noche estará aún más fría. —Thomas se bajó las mangas y se secó la cara—. Estrenaremos el bote esta medianoche... Reúnete aquí conmigo a las once. Traeré una botella de sidra. Con suerte, habrá luna llena.

Louisa contuvo el aliento de la emoción.

Se cambió la falda y la blusa de encaje por unos pantalones, una camisa de

cuadros holgada y una bufanda de lana fina. A las once en punto bajó las escaleras y salió por las puertaventanas del salón, cerrándolas sin hacer ruido detrás de ella. Edward se encontraba de nuevo en Londres, pero Louisa tenía que andarse con cuidado. El día anterior dos de las jóvenes que había conocido en el Baile del Solsticio de Verano le habían cortado bruscamente el paso en una calle, seguramente porque estaban celosas. Que la sorprendieran en una cita de medianoche con Thomas daría que hablar en el pueblo.

El aire de la noche era cálido y seductor, olía a alhelí y a lavanda. La redonda cara de la luna brillaba sobre Louisa mientras corría por la larga explanada de césped hacia el lago. Una suave brisa le levantó el cabello. Le iba a estallar el corazón de la emoción.

Thomas había arrastrado el bote hasta la orilla entre los gruesos juncos. Estaba con un pie a cada lado, mirando hacia la lámina de agua. La luna se reflejaba en ella.

Louisa llegó corriendo, y él se llevó un dedo a los labios.

—Estate muy quieta —le susurró—. Los gansos duermen. Si los despertáramos, harían un ruido que despertaría a los muertos.

«Un ruido que despertaría a los muertos...»

Más tarde, después de que ocurriera todo, las palabras de Thomas resonarían en la mente de Louisa. Todos los detalles de las siguientes horas quedaron grabados en su memoria hasta que creyó que se volvería loca al recordar.

Thomas la ayudó a subir al bote con una mano firme, el cuerpo fornido y en equilibrio. Louisa se sentó delante de él y, aferrándose a los bordes de madera, notó el suave balanceo del agua debajo de ella. Olía el sudor de la

piel de Thomas, el penetrante olor de la madera recién barnizada, el intenso verdor de los juncos.

Thomas inclinó la cabeza y cogió los remos. Oyeron el ruido del agua al caer cuando empezó a remar. En la superficie quebrada del lago se reflejaba la luna en un millar de fragmentos plateados. Al cabo de unos minutos la orilla, los juncos y la hierba áspera que había más allá, de pronto todo pareció estar muy lejos.

Al llegar al centro del lago, Thomas sacó los remos del agua y los dejó dentro del bote, delante de ella. En una pequeña cesta a sus pies tintineaban una botella de sidra y dos copas.

—Estás demasiado lejos. —Su voz sonó jovial y delicada—. Acércate. Siéntate a mi lado.

Le tendió las manos.

Louisa se levantó del asiento de madera y se agachó para cruzar al otro lado del bote, procurando que no se balanceara. Aun antes de sentarse Thomas la había estrechado entre sus brazos. Ella sintió sus manos cálidas en mitad de la espalda. Respiró con alivio al sentirlo tan próximo.

Pero al cabo de unos segundos él se apartó. Sostuvo una mano en alto, como si hubiera oído una señal de advertencia procedente del otro extremo del lago.

—Espera, Louisa... No te muevas... Huelo a algo horrible. Fuego. ¡Se está quemando algo cerca de aquí!

Louisa solo reconocía los olores del agua verde, del barniz y de la piel de Thomas.

—Son imaginaciones tuyas...

—No, estoy seguro. —Thomas oteó el cielo—. Cuando eres jardinero, eso es algo a lo que le tienes pavor. Los últimos diez días ha hecho tanto calor y la hierba está tan seca que cualquier cosa podría haber estallado en llamas.

Se sentó y olfateó el aire con el rostro tenso, la mirada vigilante.

Luego se retorció en el asiento y señaló:

—¡Santo cielo! ¡Mira por ahí, Louisa! ¡El color del cielo encima del bosque!

Louisa siguió su mirada. Sobre el denso grupo de árboles se cernía un horrible resplandor naranja. Mientras lo contemplaban paralizados por el miedo, oyeron crujir con fuerza la madera.

Una bola de fuego salió disparada hacia el cielo, como si la hubieran lanzado desde el corazón del bosque.

Se quedó un instante suspendida como un sol de medianoche antes de estrellarse contra el suelo.

—Regresa a tu asiento, Louisa. Rápido. Tenemos trabajo que hacer.

Louisa gateó de nuevo por el bote, intentando contener las lágrimas. Tenía la impresión de que Thomas la había arrancado de sus brazos sin pensárselo dos veces. Él ya había dado la vuelta al bote y remaba hacia la orilla más rápido de lo que ella había creído posible.

El bote se sacudió al adentrarse entre los juncos. Thomas bajó de un salto en un claro.

—Iré en bicicleta hasta el pueblo para avisar a la brigada de incendios. Si es necesario derribaré el edificio a gritos.

—¿Quieres que vaya a ver si es muy grave? —A Louisa le tembló la voz a causa de la ansiedad.

—Ni te acerques. Les diré que he salido con unos amigos y que de pronto he oído el fuego. ¡Pero se supone que tú estás a salvo en tu cama! ¡Vuelve a casa enseguida!

—No puedo fingir que no sé lo que está pasando... Telefonaré a los

bomberos. Les diré que hacía demasiado calor para dormir y que he visto las llamas desde mi ventana. ¡Tengo que hacer algo!

Thomas la sacudió por los hombros. Muy pálido a la luz de luna, con los ojos desorbitados.

—Tú sabes cuánto he esperado esta noche... Amor mío... —Contuvo un sollozo de decepción—, nada podrá cambiar eso. Ni todas las llamas del mundo entero.

La soltó y, dando media vuelta, echó a correr hacia su bicicleta destartalada.

Sobre el lago, los gansos sacudieron la cabeza, las alas y por último la garganta. Sus horribles y oscuros graznidos resonaron por encima del agua, como el tañido de advertencia de las campanas de una iglesia, mal ensayadas y desincronizadas.

«Un ruido que despertaría a los muertos...»

En los pocos minutos que Louisa tardó en llegar a Larkswood, el olor a fuego ya impregnaba el aire. Nubes de espeso humo negro se elevaban del bosque.

Cruzó corriendo el salón hasta el vestíbulo. Temblando de miedo e impaciencia, encendió la lámpara, buscó el teléfono y pidió que le pusieran con el cuerpo de bomberos. Tenía la garganta tan seca que creyó que no le saldría la voz.

—¡Fuego! ¡El pinar de detrás de Larkswood House está ardiendo! Por favor, dense prisa... Muchas gracias... Soy Louisa Hamilton... No podía dormir y he oído el fuego... Por favor, se está extendiendo.

Subió corriendo a su habitación y se detuvo junto a la ventana para contemplar aterrada las llamas, que se elevaban y caían para volver a elevarse con más fuerza.

Parecía la guerra.

Louisa recordó los documentales que había visto con su padre en un cine de Londres: las pesadillas que le habían provocado los bombardeos de la Luftwaffe sobre Guernica. Lo terrible que le habían parecido los bombarderos japoneses sobre Shangai. ¿Lloverían del mismo modo las bombas alemanas sobre los bosques y los campos de Hampshire, prendiendo fuego y matando a todo lo que se encontrara en su camino?

Louisa se quedó allí de pie, deseando que Arthur estuviera a su lado para tranquilizarla y sentir el calor de su mano en la suya.

Al cabo de unos minutos oyó la sirena de los bomberos por la explanada de césped. Soltó un suspiro de alivio. Ya podía bajar corriendo al bosque con impunidad. Aun desde su habitación alcanzó a oír puertas abriéndose, voces aterradas llamándose unas a otras, pasos por las escaleras.

Se echó un chal sobre los hombros y abrió la puerta.

Thomas y Louisa se quedaron en los lindes del bosque, observando cómo los bomberos se peleaban con las mangueras para dirigir el agua milagrosa sobre las llamas. Cerca de ellos había tres camiones de bomberos, todo latón y pintura roja, como dragones bien entrenados. Los bomberos, con su uniforme azul oscuro, botas altas y casco metálico, se lo tomaban con calma. Habían visto cosas peores.

Poco a poco el calor que los rodeaba disminuyó a medida que el fuego chisporroteaba y moría, dejando tras de sí ráfagas de humo pálido y el nauseabundo hedor de la madera carbonizada.

—Hemos tenido mucha suerte. —Thomas tenía el rostro cubierto de hollín y sudor—. Los bomberos estaban prevenidos debido a la ola de calor, pero aún no los habían necesitado en ninguna otra parte. Me he abalanzado a

través de la puerta, como un loco. Jadeaba tanto que casi no podía hablar. Acababan de recibir tu llamada. Han sido extraordinarios.

Louisa todavía temblaba de miedo.

—¿Ha habido muchos daños?

—No lo sabrán hasta que se haga de día..., e incluso entonces será difícil evaluarlos. No dejarán entrar a nadie en el bosque hasta estar bien seguros de haber apagado hasta la última chispa... Menos mal que esta noche no ha soplado el viento.

—Tendré que telefonar al abuelo. —Louisa se pasó la lengua por los labios. El sabor del hollín casi le hizo vomitar—. Estará desesperado por regresar.

Thomas se acercó más a ella y le rodeó los hombros con un brazo tranquilizador.

Louisa se moría por que la abrazara, pero la gente que pululaba alrededor podía darse cuenta. En lugar de ello, se cerró bien el chal.

—¿Tienes alguna idea de dónde podría haber empezado el fuego?

Thomas tosió.

—Ya que lo preguntas —se limpió el rostro con una manga—, la semana pasada oí decir a unos tipos en el pub que ahora que han talado los árboles, el bosque es un gran lugar para ir a divertirse.

Louisa se acaloró de indignación. Nunca se le había pasado por la cabeza que abrir el bosque podía ser una invitación para que entraran desconocidos sin autorización y lo utilizaran como lugar de reunión o de encuentros amorosos.

—Tal vez se juntaron un grupo de chicos con sus novias. —Thomas sonaba cansado—. Probablemente fumaron. Basta con tirar distraído una colilla al suelo para provocarlo.

A las cinco de la mañana, mientras un pálido amanecer verdoso se abría paso a través del cielo púrpura, Louisa, tiznada de hollín, se sacudió el cansancio. Thomas insistió en que fuera a acostarse.

—No podría pegar ojo —protestó ella, pero se le caían los párpados.

La mano de Thomas en el hombro la impulsó.

Ella se arrastró de nuevo hasta Larkswood y llamó a Edward al Boodles. Percibió la alarma en su voz. Él le dijo que regresaría en el tren lechero.

Demasiado cansada para moverse o pensar, Louisa subió a su habitación, cruzó a ciegas la puerta y se desplomó en la cama.

1939

¡Santo cielo! ¡Eso sí que era escapar por los pelos! No hacía ni una hora que Edward había vuelto al Boodles. Si su nieta hubiera telefonado a las cuatro de la madrugada, él habría estado en casa de lady Partington.

En el Boodles sabían dónde localizarlo —Richenda y él se habían dejado ver juntos todo el verano—, pero nunca daban información confidencial. Edward no sabía qué explicación habría dado a Louisa si lo hubiera sorprendido fuera del club. Ella se creía que pasaba el tiempo en reuniones de negocios. No podía sospechar que tenía una querida con quien estaba hasta entrada la noche.

Habría sido muy embarazoso tener que confesárselo.

Había ido a la Royal Opera House con Richenda. En todas partes hacía un calor sofocante. Las calles eran como un horno. Los excrementos de los caballos hedían a perro muerto. Le recordaron a la India. Las damas se abanicaban con ímpetu en el Covent Garden, pero de nada servía. Ríos de sudor corrían por el grueso rostro de la soprano y se deslizaban hasta su escote.

Después de una frugal cena de langosta fría con espárragos, seguida de sorbete de naranja en el Quaglino's, Edward y Richenda regresaron a la casa de ella para tomar café y hacer el amor. Pero nunca llegaron a la cama. Se sentaron en las tumbonas en la terraza, entre blandos almohadones y cortinajes. El aire era por fin templado y agradable. Edward debió de quedarse dormido. Cuando quiso darse cuenta se oían los primeros trinos de

los pájaros. Richenda le pidió que se fuera antes de que lo viera el repartidor de leche.

Afortunadamente en aquel preciso momento pasaba un taxi. Él todavía iba con traje de etiqueta... Aunque los taxistas debían de estar acostumbrados a recoger a toda clase de personas.

Cuando Louisa lo telefoneó quedó destrozado. No hizo muchas preguntas. Ella parecía agotada. Él le dijo que no se preocupara por nada, que los bomberos se harían cargo de todo; regresaría a casa con el tren lechero. Pero cuando colgó, se dio cuenta de que sudaba como un pollo, y no era por el calor.

Debía de haber docenas de familias en Grayshott que nunca habían olvidado lo cruel que era Desmond Hamilton, pensó. Los lugareños que lo habían perdido todo —el sustento, la reputación— porque Desmond los había despedido sin previo aviso, solo por un malentendido trivial. El hombre que carecía de compasión, que no entendía el significado de esa palabra: ese era Desmond. Edward recordó. Había oído hablar a unos hombres en el pub del pueblo años atrás. Habían jurado venganza eterna a los Hamilton. Los lugareños tenían mucha memoria. Sabían que él había regresado y estaban impacientes por llevar a cabo su venganza. Un plato que sabe mejor frío. ¿No era así la expresión? ¿Y no era mejor tomarlo frío en medio de un fuego abrasador?

Cuanto más vueltas le daba, más se convencía de ello. Alguien lo había hecho deliberadamente. Habían prendido fuego a su propiedad para vengarse. Sabían que él estaba en Londres, y habían visto un claro en el bosque cubierto de maleza seca. Un par de cerillas en lugares estratégicos y todo el bosque desaparece.

Probablemente ahora estaban brincando de alegría en los límites de su propiedad.

Se preguntó quién había sido el primero en darse cuenta.

Al infierno quién lo había hecho. Después de tantos años, cualquiera habría pensado que el odio a los Hamilton estaba muerto. Sepultado junto con Desmond y Antonia. Eso era lo que Edward había esperado. Esa era la intención al contratar al joven Saunders. Al apoyar a su familia. Al hacer la vista gorda ante el flirteo del muchacho con Louisa. Al construir un sanatorio para la comunidad con el fin de promover los negocios.

Intentando compensar los pecados del pasado.

Intentando enterrar el hacha.

Sin embargo, con que uno solo de los habitantes del pueblo se obstinara en llevar a cabo una *vendetta* contra los Hamilton, Edward no tendría fuerzas para luchar. Con franqueza, era lo último que necesitaba en ese momento de su vida. Cogería el maldito tren lechero a Larkswood y averiguaría la envergadura del desastre que lo aguardaba.

Si el sanatorio se hallaba en un estado irreparable, tiraría la toalla. Si ahí fuera había alguien que quería prenderle fuego, volvería a intentarlo una y otra vez hasta verlo envuelto en llamas.

Edward se dio un baño. Hizo espuma agitando el jabón con una esponja que estrujó sobre su cabeza. El agua enjabonada hizo que parpadeara y escupiera. El agua fue enfriándose hasta estar realmente fría.

¿Lavando sus pecados?

¿No había pagado un millar de veces por ellos?

¿Hasta cuándo tendría que ir por la vida sintiéndose como un delincuente, mirando por encima del hombro por si el pasado lo alcanzaba? A duras penas había llegado a un acuerdo con Simon Manners. ¿Quién más lo acechaba en las sombras?

¿Quién más?

Edward se negaba a intentarlo de nuevo. Le diría al arquitecto que se

acabó. Los albañiles podían irse a sus casas. Su querida Louisa regresaría de nuevo con Arthur y Gloria, y malcriaría a la pequeña Millicent. Richenda se buscaría un joven atleta como amante. Edward viajaría a su casa de la India con gran alivio y una alegría abrumadora.

El incendio sería una excusa infalible. Le diría a Louisa que el destino estaba contra ellos; que sus planes nunca llegarían a hacerse realidad. A veces había que aceptarlo.

Quienquiera que lo hubiera hecho se había salido con la suya.

El agua estaba helada. Edward tiritaba y al mismo tiempo se notaba la piel ardiendo. Se le llenó la boca de espuma, haciéndole toser.

Eso era lo que pasaba con los fantasmas...

No lograbas deshacerte de ellos ni en un millón de años. No podías hacerlos desaparecer.

Cuando menos te lo esperabas allí estaban agazapados, listos para irrumpir de un salto. Te envenenaban los sueños mientras dormías, te aniquilaban el apetito, te debilitaban el oído, te nublaban la visión. Te devoraban la mente viva.

Salió con cuidado de la bañera y quitó el tapón.

El agua empezó a arremolinarsse. Desapareció gorgoteando por el desagüe.

Edward se quedó desnudo y chorreando sobre el suelo del cuarto de baño, con lágrimas calientes en las frías mejillas.

1939

Louisa se despertó al mediodía tumbada sobre la cama, totalmente vestida. Una inquietante calma se había apoderado de Larkswood. Vicky y Martha habían dejado que durmiera sin que nadie la molestara. La ropa y la piel le apestaban a humo. Tenía el cabello apelmazado y enredado, y todavía le colgaban de él astillas y hollín de las ramas carbonizadas, como si se hubiera llevado consigo el bosque chamuscado.

Se metió en la bañera y se frotó los pies, la espalda, los muslos, las uñas. Se lavó la cabeza tres veces. Y rebobinó, una y otra vez, los acontecimientos de la noche anterior.

Edward había regresado a Larkswood en el tren lechero. Vicky le dijo a Louisa que había ido directamente a inspeccionar los daños, al menos hasta donde se lo permitieran las autoridades. En esos momentos se encontraba en su despacho sosteniendo una reunión de emergencia con el arquitecto.

Louisa se bebió tres tazas de té seguidas, masticó una tostada gomosa con mermelada y se la tragó. Luego se dirigió corriendo al cobertizo, con el cabello todavía mojado colgándole sobre la espalda.

Allí encontró a Thomas mezclando abono con desgana. Tenía profundas ojeras. Vestía una camisa y unos pantalones limpios, y una holgada chaqueta sin mangas de hilo. Louisa estaba segura de que solo había ido a su casa para lavarse y cambiarse de ropa, y que no había dormido en toda la noche.

—¿Cómo está el bosque? —Las palabras jadeantes de Louisa resonaron

con fuerza en el espacio silencioso.

Thomas la miró con el rostro serio y cansado.

—Ya se han ido los bomberos. El bosque está a salvo. Te estaba esperando. No me he visto con fuerzas para trabajar en el jardín. —Le tendió una mano—. Vamos a echar un vistazo.

Un halo de desolación envolvía el bosque. La ola de calor había perdido intensidad, pero el aire era denso y opresivo bajo la gran techumbre gris del cielo. Después del frenesí de actividad y gente de la noche anterior, en el bosque se respiraba la misma calma extraña que se había extendido por Larkswood.

Louisa se estremeció.

—Todo parece silencioso y mortal. —Levantó la vista hacia las ramas ennegrecidas de los árboles que se entrelazaban sobre su cabeza—. Como si el bosque estuviera esperando que ocurriera algo horrible.

—¡Ya ha ocurrido! —Thomas recogió un trozo de rama carbonizada y rascó la corteza cubierta de hollín dejando ver la madera de pino sorprendentemente blanca.

—¿Se sabe cómo empezó el fuego...?

—Un grupo se reunió aquí, sin duda. Los bomberos encontraron botellas vacías y paquetes de cigarrillos quemados. El problema es que no hay indicios de quién podría ser el responsable.

—¿Dónde exactamente?

—En el corazón del bosque hay una extraña encrucijada de senderos. —Thomas hablaba despacio, con voz grave y cansina—. Se ve claramente en invierno, cuando se seca casi toda la maleza. En verano se convierte en un lugar particularmente secreto. Para encontrarlo tienes que conocer el bosque como la palma de la mano.

A Louisa se le aceleró el pulso.

—¿Sabes dónde está?

—Por supuesto. Cuando era niño pasaba todo el tiempo libre en las tierras de Larkswood. Entraba en propiedad ajena, claro, pero nunca me detuvo ni se quejó nadie. He trepado a todos los árboles. He hecho campamentos bajo todos los arbustos. —Sonrió lánguidamente—. Ese lugar especial... Los lugareños tenemos un nombre para referirnos a él. Lo llamamos Lover's Cross.

Louisa contuvo el aliento.

—Se supone que es el lugar más romántico del bosque.

Thomas la miró detenidamente.

—¿Cómo lo sabes?

—Un día que estaba paseando por el bosque me crucé con una pareja que me preguntó cómo llegar. Yo no tenía ni idea, naturalmente. —Louisa se ruborizó—. Pero he estado deseando verlo desde entonces.

—¿Entonces quieres que te lleve?

—Sí, por favor. Llévame a Lover's Cross.

Recorrieron con la vista la intersección de senderos apenas visible y el claro que la rodeaba.

A los pies de los árboles se amontonaban cúmulos de agujas de pino chamuscadas, como si trataran de protegerlos. Habían caído al suelo ramas enteras, astilladas y podridas. Oscuros charcos de agua salpicada de hollín se filtraban poco a poco entre la maleza. Conjuntos de setas, que habían salido bien libradas de los estragos de la noche, asomaban sus cabezas sorprendentemente rojas y blancas.

Los cuervos, furiosos al verse sin nidos, graznaban de forma desagradable desde las ramas ennegrecidas peleándose por un nuevo refugio.

—¡Qué horror! —exclamó Louisa decepcionada—. ¡Nadie esperaría tener un romance aquí!

Se sentía recelosa e intranquila, como si a su lado hubiera un desconocido que se negaba a decirle su nombre. Como si la vigilaran con un propósito secreto. El aire era tan opresivo, sofocante y húmedo que le costaba respirar.

Para disimular su desasosiego, Louisa escarbó con el pie algo extraño que sobresalía del suelo. La tierra desprendía intensas fragancias: limón, clavo, hongo acre, especia oculta.

Tocó con la punta del pie el borde de un objeto afilado.

Sorprendida, bajó la vista.

Algo brillaba tenuemente en minúsculos fragmentos. No era ni tierra, ni raíces, ni una rama ni restos chamuscados.

Algo metálico.

Se notó el pulso en el cuello mientras se agachaba sobre su hallazgo.

—Thomas... Ven a ver esto. Aquí hay algo enterrado.

Él se acercó a ella y miró por encima de su hombro. Le agarró el brazo.

—Yo de ti no lo haría.

—Parece una caja metálica.

Él la apartó con suavidad.

—No la toques, Louisa. —Empezó a cubrirla con el pie—. No te conviene mezclarte con nada relacionado en esta parte del bosque.

—¿Por qué no? —Louisa lo miró—. Han escondido algo aquí de forma intencionada. Quiero saber qué es. Podría ser un tesoro escondido. Montones de monedas de oro. —Se arrodilló—. Apártate, por favor.

Él retrocedió unos pasos de mala gana.

Louisa desenterró la esquina de la caja con sus propias manos. Levantó la vista hacia Thomas, como si esperara de él un signo de aprobación.

Él no se lo dio.

Louisa se encogió de hombros y empezó a cavar.

—¡Ven, Thomas! —gritó bruscamente al cabo de unos minutos—. ¡No te quedes allí parado! Ayúdame al menos a sacarla.

Entre los dos extrajeron la caja del hoyo y la dejaron sobre la tierra húmeda y ennegrecida.

Thomas volvió a apartarse. Louisa rascó la tierra de la parte superior de la caja con las uñas, que rechinaron y se le astillaron. Asomaron partes de metal oxidado muy corroído.

—Mira, esto es el cierre... Está suelto. —Louisa se sintió desfallecer—. La caja no está cerrada con llave. ¿La abro?

—Si no hay más remedio —dijo Thomas con frialdad—. Pero luego no digas que no te advertí. No me hagas responsable de lo que encuentres.

Sin embargo, se acercó para mirar.

Louisa respiró hondo, notando en la lengua un gusto a hollín. Tiró del cierre y abrió la tapa, y miró en el interior.

Se atragantó de la impresión.

Un cráneo y un montón de pequeños huesos blancos la miraban: desgarrador, aterrador. Alrededor de ellos, los restos podridos de un chal.

—¡Madre mía! —Thomas retrocedió, llevándose las manos a la boca.

Louisa cerró la tapa y se levantó tambaleante. Buscó el árbol más cercano y se desplomó contra él. Se le revolvió el estómago y empezó a devolver. Haciendo arcadas se quedó mirando el vómito, atenzada por el miedo.

—Lamento mucho haberte traído aquí. —Thomas le rodeaba los hombros con un brazo—. Menudo lugar de encuentros románticos.

Louisa se secó los labios. Tenía un gusto horrible en la boca. Del suelo se elevaban los hediondos efluvios del vómito.

—¿Estás seguro de que es un ataúd? —Casi no podía formar las palabras

—. ¿Has vuelto a mirar dentro?

—Con una vez es suficiente. —Thomas se estremeció—. ¡Te he dicho que no lo tocaras!

Louisa se volvió hacia él y lo miró a los ojos.

—Tengo que mirar bien.

Con las piernas temblorosas, regresó a la tumba y se arrodilló de nuevo. Se obligó a abrir de nuevo la tapa de la caja.

Por segunda vez atisbó en el interior.

Medio escondido debajo del chal podrido había algo más. Un objeto brillante. Un collar enrollado al lado de los huesos diminutos. Una cadena de oro trabajado con piedras preciosas ensartadas —púrpura, azur, negro azulado— lanzaba destellos.

—¿Qué pasa ahora, Louisa? —preguntó Thomas—. ¡Te agradecería que te apartaras de allí!

—Hay algo junto a los huesos. Un collar. —Louisa se obligó a pronunciar las palabras. El aliento le olía rancio, como si hubiera comido un pedazo de la sepultura—. Alguien debió de esconderlo con el bebé.

—Qué repugnante. —Thomas miró por encima de su hombro—. Cómo demonios pudo alguien...

—No lo entiendes, Thomas. He visto antes este collar. —Louisa lo miró—. ¿Recuerdas el cuadro del ático?

—Por supuesto que lo...

—Una de las chicas llevaba en el cuello estas mismas piedras.

—Eso es imposible. —El asombro palpitó en la voz de Thomas—. Son imaginaciones tuyas.

—Creo que no. Pero tengo que estar segura.

Louisa introdujo la mano en la caja. Apartó los fragmentos de chal y, procurando no tocar los huesos, sacó el collar.

Centelleó en la palma de su mano.

—Es idéntico —dijo Louisa despacio, fría por la conmoción—. He pasado horas mirando ese cuadro... Es más que una coincidencia. —Miró de nuevo a Thomas que estaba muy pálido—. Tiene que haber una conexión entre este bebé muerto y Larkswood.

A Thomas se le cortó la respiración. Se alejó tambaleante, cubriéndose de nuevo la boca con las manos.

—Santo cielo... —murmuró—. Norah me lo dijo... Debe de haber una conexión... ¿A quién demonios hemos encontrado?

—¿Qué estás murmurando? —Louisa se sentía demasiado débil para levantarse. Arrodillada al lado del ataúd, con el cabello húmedo pegado al cuello y barro en la falda, miró las joyas que tenía en la mano.

—Devuélvelas. —Thomas de pronto gruñía como un perro.

A Louisa se le erizó la piel al oírlo.

Él volvió a gruñir.

—Ahora mismo, Louisa... Deja el collar donde estaba.

Ella lo miró, sorprendida por la furia que se reflejaba en sus ojos.

—¿Qué has dicho?

—Ya me has oído. Mete ese repulsivo collar en su maloliente caja y entierra ese hediondo y podrido objeto en su hoyo. Cúbrela de tierra y yo te ayudaré a apisonarla... Rápido, Louisa, antes de que alguien nos vea... ¡Vamos, acabemos de una vez!

Louisa aferró el collar. Las piedras se le clavaron en la palma. Sintiéndose mareada y desfallecida, torpe y débil, se levantó con dificultad.

—¡No puedo! Necesito saber si es el collar del cuadro. Tendré que llevármelo a Larkswood para asegurarme. —Los árboles ennegrecidos parecían que se tambaleaban a su alrededor. Los cuervos graznaron y batieron las alas al alejarse por el cielo—. Se ha cometido un delito. —Se quedó

helada al oírse a sí misma pronunciar esas palabras—. Hay un bebé muerto en una tumba anónima. En ella hay joyas...

—Ya sé todo eso...

—Tendré que ir a la policía. Para enseñarles el collar. No puedo esconderlo de nuevo y fingir que nunca lo he encontrado.

Esta vez Thomas gritó.

—¡Cierra esa caja maloliente y vuelve a poner a la niña en el hoyo, por el amor de Dios! ¿Me has oído?

Al oír sus palabras, Louisa se quedó perpleja, alerta y preocupada... y de pronto recelosa.

—¿Cómo demonios sabes que era una niña?

—L-lo siento... —tartamudeó Thomas, ruborizándose—. N... no quería decir eso. L... lo sé, eso es todo..., no me preguntes por qué.

—¡Pero tengo que preguntártelo! —Louisa se acercó a él, notando en la palma de la mano el calor que emanaba del collar—. Si sabes qué causó la muerte de este bebé, el más pequeño detalle, lo que sea, debes decírmelo.

Thomas la miró a los ojos.

—No puedo. —Bajó la cabeza y arrastró los pies por el suelo, nervioso—. Déjala donde la has encontrado.

Louisa sintió cómo le invadía la cólera. Thomas no estaba diciendo la verdad. Solo repetía las mismas estúpidas órdenes, una y otra vez.

—¿Por qué debo hacerlo? —replicó frenética—. ¿Y si no quiero?

—Si no lo haces... —Esta vez Thomas la miró a los ojos. En su rostro asustado y atónito había una expresión que ella nunca había visto—. Si no lo haces no volveré a tener nada que ver contigo.

Louisa sintió que se vaciaba todo el aire de su cuerpo.

—¡No hablas en serio!

—Ya lo creo que sí. —Los ojos verdes de Thomas se empañaron—. Este

juego ha ido demasiado lejos. Nadie contó con que la encontraríamos... ¡Ni ahora ni nunca! —Apretó los puños.

Louisa se encogió. Por un horrible instante pensó que Thomas iba a golpearla hasta dejarla inconsciente, arrastrarla a un hoyo oscuro y secreto en el bosque, y dejarla allí.

Su atractivo y encantador Thomas.

Respiró hondo, intentando calmarse.

—Pero la hemos encontrado. ¿Cómo puedes negarlo y marcharte?

—La culpa es mía. No debería haberte traído a este lugar.

—El incendio no fue culpa tuya...

—No, pero sí encontrar esa horrible caja. Si es quien creo que es, no puedo mezclarme. Ve a la policía si quieres, Louisa, pero yo negaré haber estado aquí contigo. No quiero tener nada que ver con este asunto.

—Pero tienes algo que ver —replicó Louisa débilmente. Podía oír sus propias palabras, cayendo una a una como gotas de lluvia a través de los árboles—. Tienes algo que ver conmigo. ¿Eso no cuenta nada?

Thomas permaneció muy apartado de ella, con una expresión vaga, los brazos colgándole a los costados como si al cerrar los puños se le hubieran vaciado de vida.

—Lo tenía, no te quepa duda. Estaba enamorado de ti, Louisa Hamilton. Todavía lo estoy. ¿No salta a la vista? Anoche, en el pequeño bote... —Le falló la voz—. Quería decírtelo... Demostrártelo... Pero tal vez ha sido un error ir tan lejos. He cruzado la barrera... Puede que para ti solo sea un idilio de verano, un joven con el que puedes jugar hasta que aparezca alguien más importante en tu vida.

Se mordió el labio con tanta fuerza que Louisa vio gotas de sangre.

—No digas tonterías. No has cruzado ninguna barrera. —Ella tomó otra

profunda y estremecida bocanada de aire—. Te quiero, Thomas Saunders. ¿No lo he dejado claro desde el primer momento que te vi?

Thomas echó la cabeza atrás con una mezcla de alivio y dolor.

—Entonces haz lo que te digo, Louisa. Si me quieres, deja el collar donde estaba. Entierra el ataúd exactamente en el mismo lugar. Dentro de unas semanas los albañiles lo cubrirán de cemento. Olvida esta tarde. Actúa como si no hubiera pasado nada. Te lo estoy suplicando. Si me quieres, bórralo de tu mente.

—¿Cómo voy a hacerlo? —Louisa se mantuvo firme—. Estamos hablando de un asunto de vida y muerte. Debes contarme todo lo que sepas.

—No puedo... Lo siento... No tengo nada más que decir.

Una oleada de cólera volvió a inundar a Louisa.

—Esos huesos diminutos... —la voz le brotó débil y fría— podrían haber sido de mi propia sangre. Y tú sabes quién era pero te niegas a decírmelo. Eso no es amor, Thomas. Es traición.

—L-los secretos de familia —dijo él tartamudeando— es mejor no desenterrarlos. Déjalo donde lo has encontrado. Nada bueno puede salir de desvelar la verdad. Solo perjudicarás a alguien inocente que durante años ha continuado con su pequeña vida en paz y tranquilidad. Nadie te agradecerá que saques a la luz el pasado. A nadie le importa.

Louisa endureció el gesto, distante, consternada.

—Puede que a ti no te importe, pero a mí sí.

—De acuerdo. —A Thomas le temblaban los labios. Le caían gotas de sangre por la barbilla—. Entonces no tengo nada más que decirte. Ya has tomado una decisión.

Louisa cerró el puño alrededor de las piedras preciosas. Se notaba el pulso en el cuello.

—Tú me has obligado a decidir, Thomas Saunders. Me has obligado.

Thomas dio media vuelta y se alejó rápidamente. Una vez que hubo desaparecido de la vista, el silencio se hizo eco en el bosque.

Louisa titubeó sobre la tumba abierta, deseaba caer de nuevo de rodillas y echarse a llorar.

Deseaba gritar: «¡Vuelve, Thomas! ¡No me dejes! ¡Lo siento! ¡Haré lo que me pidas!».

Pero oyó voces más allá del claro.

¿Los bomberos que regresaban para comprobar el estado del bosque? ¿Los vecinos que acudían intrigados a inspeccionar los daños? ¿Edward que volvía con el arquitecto?

Las voces la impulsaron a actuar.

Se guardó el collar en el bolsillo. Cubrió con el pie la tumba vacía con un montón de tierra y agujas de pino que pisoteó. A continuación arrastró la rama carbonizada y la dejó encima.

Un olor acre impregnaba el aire: el hedor de su propio vómito. Lo cubrió también de agujas de pino, rezando para que bastara para disimular el olor.

Luego cogió el pequeño ataúd y echó a correr.

Rápido. Toma la ruta más corta a Larkswood.

Vete...

Por un espantoso instante Louisa se desorientó. No conseguía recordar cómo se salía del bosque. Se metió tambaleante en uno de los estrechos senderos en dirección contraria a las voces.

La suerte estaba de su parte.

Al cabo de unos minutos encontró la hilera de guijarros que ella misma había dejado caer meses atrás señalando la casa.

Ante ella se extendía el prado de flores. Nunca se había alegrado tanto de

verlo.

Casi se le doblaron las rodillas al echar a correr.

Se sentía culpable y sospechosa.

Como si hubiera provocado ella el incendio.

Como si hubiera enterrado ella el ataúd.

Como si hubiera robado piedras preciosas cual vulgar ladrona.

Como si fuera la responsable de la muerte del bebé que tenía en los brazos.

Louisa corrió hacia el lago. Era el lugar más seguro. Aparte de Thomas y ella, no iba nadie por allí. El bote de remos se mecía entre los juncos con aire desamparado, la botella de sidra y las copas tintineaban dentro del cesto como campanas melancólicas. Abrió de golpe la puerta de la caseta para botes y jadeó ante el calor sofocante. En una esquina había un montón de sacos mohosos. Deslizó la pequeña caja debajo y salió tambaleándose.

Intentó ordenar sus pensamientos.

¿Qué debía hacer?

¿Regresar corriendo a Larkswood y telefonar a la policía con la misma rapidez con que había llamado a los bomberos pidiendo socorro?

Titubeó.

Encontrar el cadáver de un bebé era muy distinto. Con quien necesitaba hablar era con Edward. Inmediatamente, sin más dilación. Tenía que decirle lo que había encontrado, por doloroso que resultara. Él debía de haber estado involucrado.

Si una de sus hermanas se hubiera quedado embarazada, él forzosamente se habría enterado.

Louisa se llevó una mano al bolsillo y tocó las piedras preciosas.

Si se las enseñaba a Edward, tendría que hablarle del cuadro y contarle cómo Thomas y ella lo habían encontrado.

Mientras Louisa cruzaba la explanada de césped le pareció que su historia

se volvía más enrevesada por momentos. ¿Cómo iba a mantener al margen a Thomas?

Pero no le flaqueó la resolución. Estaba totalmente decidida a hablar con su abuelo.

Edward no estaba en su despacho. Llegaban voces del comedor. Abrió la puerta.

—¡Mi querida Louisa! —Edward estaba sentado con el arquitecto tomando café—. Te has perdido una gran comida... Supongo que has estado inspeccionando el bosque con el joven Saunders... Gracias por telefonarme al Boodles. Siento mucho que tuvieras que afrontar la noche de ayer sin mí.

A Louisa le fallaron las rodillas. Se desplomó en la silla más cercana.

—¡Pareces agotada! —Edward miró con más atención la falda cubierta de barro y las uñas mugrientas—. Y no tienes el aspecto de siempre. ¿Dónde te has puesto así?

Louisa se ruborizó y tartamudeó.

—Hemos... hemos encontrado un pájaro en el bosque... Una urraca. Tenía un ala herida. Thomas y yo hemos intentado rescatarla. —Le escocían los ojos con las lágrimas—. Pero se ha muerto. Hemos tenido que enterrarla.

—Lo siento mucho, Louisa. Lo que me recuerda... Espero que no resultara herido ninguno de nuestros ciervos... Ni los gansos de Canadá. Tendré que ir a comprobarlo. Le pediré a la señora Humphrey que te traiga un delicioso...

—No, no te molestes, abuelo. No tengo hambre. —Louisa todavía tenía el regusto del vómito en la boca—. Una taza de café...

—No faltaba más. —Edward le acercó la cafetera—. Frank ha estado tranquilizándome. Las obras han sobrevivido al incendio. Me sentía tan deprimido esta mañana en el tren que confieso que he estado a punto de renunciar a toda la empresa. Pensé que podía ser una *vendetta* contra los

Hamilton. Lugareños celosos de nuestra riqueza. Detestaban a Desmond y Antonia. Pero Frank me dice que en realidad fue un grupo de jóvenes del pueblo que estuvo haciendo el tonto en el bosque. La juerga se torció. Puede ocurrirle a cualquiera.

—Eso es exactamente lo que Thomas...

—Vamos a regresar ahora mismo allí para decidir cuáles son los árboles que habrá que talar. Llama para que te traigan café recién hecho, querida. Y procura descansar. Todo ha sido un desagradable susto... y nos hemos salvado por los pelos. —Edward apuró su café y empujó hacia atrás su silla—. Vamos, Frank. Ya le he robado bastante tiempo.

Louisa se quedó sentada ante la mesa vacía tragando el líquido templado, furiosa consigo misma por su cobardía. Había perdido la oportunidad de hablar con Edward. La había dejado escapar con esa tontería de la urraca muerta. De pronto supo que si le decía lo que había encontrado, Edward se marcharía a la India. Se estaba aferrando con todas sus fuerzas al proyecto del sanatorio, pero el menor contratiempo lo ahuyentaría. Perdería a su abuelo para siempre.

Además, lo que había ocurrido a esa criatura había sucedido muchos años atrás, se dijo con severidad. ¿Qué sentido tenía remover el pasado? Thomas tenía razón. Los implicados habían seguido con sus vidas. ¿Quién era ella para perturbarlas y tal vez destruirlas?

Sin pedir más café, Louisa se arrastró hasta su habitación. Se sentó en la cama con el cuadro sobre las rodillas y el collar en la mano.

No cabía ninguna duda; las piedras preciosas y sus extraordinarios colores eran idénticos.

¿Estaba mirando a la madre de la criatura?

Durante la cena, Louisa habló con apatía del incendio y de sus consecuencias. Casi no podía mirar a Edward a los ojos. Él le preguntó si se encontraba bien. Ella le respondió que estaba cansada y que se acostaría pronto.

Tenía que tomar una decisión cuanto antes. Si no llevaba la caja a la policía, ¿qué iba a hacer con ella?

No tenía elección. A medianoche se puso los pantalones y bajó de puntillas por las escaleras. Deseando que Thomas estuviera a su lado, salió por la cocina y se dirigió al cobertizo. En uno de los ordenados estantes encontró una linterna y una pala. Se las llevó a la caseta para botes bajo un cielo sin luna.

La caja seguía escondida bajo los sacos. Louisa la sacó y fue al otro extremo de la caseta. Allí, pese a la sequía, el suelo estaba blando y costaba menos hacer un hoyo.

«Cava, lanza y amontona; cava, lanza y amontona.»

Louisa cavó hasta que le corría el sudor por la espalda.

El ataúd encajó perfectamente en su nueva sepultura.

Las lágrimas le escocían los ojos.

—No sé quién eres —murmuró entre dientes— ni quiénes son tus padres, cómo te llamas o qué te ocurrió. Ni siquiera sé cuántas horas o días lograste sobrevivir. Mañana te haré una cruz de madera y la clavaré aquí, junto a tu tumba. Pero ahora, pobre puñado de huesos olvidados, descansa en paz.

Louisa carraspeó y se quedó mirando la tetera. El reflejo de su rostro en la superficie de plata —la nariz grande, el cabello un enorme bulto marrón— se burlaba de ella.

—Siento interrumpir tu desayuno, abuelo, pero necesito preguntarte algo.

Edward bajó *The Times* tres pulgadas, pero no la miró.

—Adelante.

Ella aferró el asa de la taza. El plato hizo un ruido agudo y furioso.

—Quería saber... —Le falló la voz. Lo intentó de nuevo—: Pensé que tal vez podrías decirme adónde se ha ido Thomas... Algunas de las plantas que he estado cultivando en el cobertizo están listas y necesito saber dónde quiere que las plante.

The Times bajó una pulgada más. La luz del sol se reflejó en las gafas de Edward y dio de lleno en los ojos de Louisa.

—El viejo señor Saunders se cayó de una escalera. —Edward repasaba rápidamente el estado de sus acciones y valores con la mirada—. Se ha roto unos cuantos huesos y lo han llevado al hospital. Ha tenido suerte de no partirse el cuello. Le he dado unos días de asueto al joven Saunders para cuidar de su padre y ayudar a su madre... Ese chico es una joya. Llegará lejos.

The Times se elevó de nuevo hasta su altura habitual.

—De modo que mi *burra mali* no volverá en un par de semanas. Qué extraño que no te lo haya dicho él mismo.

Louisa intentó fingir que no le afectaba la ausencia de Thomas. Pero todas las mañanas iba en bicicleta al pueblo con la esperanza de verlo. Por las tardes aporreaba el piano pensando en él. Se inventaba excusas para ir al cobertizo y arreglar los estantes o comprobar las hortalizas. Cogía rosas para la casa cuando todos los jarrones ya estaban repletos de flores frescas. Empezó a detestar su olor dulzón.

Hasta se planteó regresar a Londres solo unos días. Edward lo entendería. Tal vez podría acompañarlo la próxima vez que fuera él. Tal vez si Thomas se enteraba de que se había ido, regresaría a Larkswood, y entonces ella volvería corriendo y se arrojaría a sus brazos.

Él debía de saber a esas alturas que ella no había acudido a la policía y no

tenía intención de hacerlo. Cuando se reunieran le diría que lamentaba mucho haberlo disgustado tanto. Los dos se habían comportado como tontos. Pero ya no importaba, porque la criatura estaba enterrada a salvo en Larkswood y nadie más lo sabría.

Solo ellos dos.

Solo él y ella.

Porque no podía soportar ser la única.

El día siguiente al incendio él estaba exhausto, aturdido, confuso, desconcertado. En ese estado la gente dice cosas de las que luego se arrepiente. Él no podía haber hablado en serio al decir que no quería saber nada más de ella. Seguramente se lo había pensado mejor.

Sin duda estaría planeando su regreso a Larkswood.

Si al menos dejara de sentirse tan débil y enferma, tal vez podría pensar con claridad, en lugar de no cejar en dar vueltas sola, tan inútiles como autodestructivas, alrededor del problema.

Una semana después, Louisa se despertó sobresaltada al amanecer con una repentina premonición que hizo que el corazón le palpitara como un ave salvaje. Se bañó rápidamente, se puso el pantalón de peto y bajó por las escaleras hasta el jardín.

Del césped cubierto de rocío se elevaba una bruma blanca y humeante. Los conejos pegaban brincos junto a los árboles. Iba a hacer otro día caluroso.

Sin pensar, Louisa fue derecha hasta el cobertizo en una especie de trance.

La destartada bicicleta de Thomas estaba apoyada contra la pared.

Había regresado...

Ella había sabido desde el principio que no podría permanecer mucho tiempo alejado.

Con el corazón en el puño se detuvo en el umbral.

Thomas estaba en una esquina comprobando unas herramientas. A los pies tenía una pequeña bolsa que parecía un cachorro expectante.

Louisa respiró hondo de alivio y alegría.

—¡Buenos días!

Él se volvió.

—¡Por Dios, qué susto me has dado!

—Lo siento. —Louisa se sintió por primera vez como una intrusa. Durante los meses anteriores el cobertizo se había convertido en el mundo secreto de los dos. El lugar donde hablaban, se reían, contrastaban opiniones sobre el jardín, recordaban el baile o trazaban planes para dar un paseo por el lago.

Donde tantas veces habían estado a punto de besarse.

De pronto Louisa tuvo la sensación de que estaba invadiendo el territorio privado de Thomas.

—No tenía ni idea de que te encontraría aquí.

Él la miró con frialdad.

A ella se le hizo un nudo en la garganta. Lo intentó de nuevo.

—¿Cómo está tu padre? Edward me dijo...

—Tendrá que hacer reposo bastante tiempo. —Thomas parecía más delgado, con los labios apretados por el dolor—. El accidente fue culpa mía.

—¿Cómo?

—Volví a casa corriendo después de dejarte en Lover's Cross... Mi padre estaba en lo alto de una escalera, arreglando una teja. Al verme me llamó y perdió el equilibrio. Lo vi caer sin poder hacer nada.

—Pero ¿se pondrá bien? —A Louisa le tembló la voz.

—No lo sabemos. Puede que no vuelva a caminar.

Louisa no soportaba hablar más del señor Saunders. No aguantaba el espacio entre Thomas y ella. Se acercó a él.

—Te he echado tanto de menos...

Él alzó las manos.

—No digas nada más. No he venido aquí para trabajar o hablar, solo quiero recoger mis cosas. Me alegro de que estés aquí, pero solo porque así puedo decírtelo personalmente.

—¿Decirme qué?

—El jardinero jefe, el señor Mathews, regresará más tarde esta mañana. —Thomas se mordió el labio—. He decidido dejarlo. Irme de Larkswood para siempre.

—Pero no puedes irte —replicó Louisa, frenética—. Amas estos jardines. Piensa en todo el trabajo que has hecho en ellos... ¿Y qué hay de mí? No puedes dejarme... ¿Adónde irás?

—Hay empleo en el pueblo. —Thomas se miró los pies mientras los arrastraba con torpeza por el suelo—. Ya no soy un aprendiz. Todo el mundo sabe que he estado llevando yo solo Larkswood. Me han hecho varias ofertas buenas. Voy a probar suerte y montármelo por mi cuenta, al menos hasta que estalle la guerra.

—Estoy segura de que el abuelo te pagará más...

—Esto no tiene nada que ver con el dinero. —A Thomas se le encendieron los ojos de ira—. Ya he escrito al señor Hamilton. Me he despedido de él.

Louisa contuvo las lágrimas.

—Estás huyendo de mí, ¿verdad?

—En parte sí.

Por un instante pareció que Thomas quería acercarse a ella y estrecharla entre sus brazos. Pero se mantuvo firme.

—Norah me dijo una vez que los Hamilton eran la gente más cruel de la tierra.

Louisa soltó un grito ahogado.

—¿Y ahora me incluyes a mí en esa descripción? Es increíble. ¿Qué hecho

yo para merecerlo? No fui a la policía sobre todo para protegerte. Enterré al bebé junto al lago. He señalado la tumba con una cruz de madera y he plantado unos rosales blancos al lado. He hecho todo lo que he podido para...

—¿Arreglarlo? —Thomas meneó la cabeza—. No, señorita Louisa. Nada de lo que haga resolverá el pasado. —Su voz sonó amarga, llena de desdén—. No es tan fácil como arrojar unos puñados de tierra encima.

—No he dicho que lo fuera...

Pero Thomas la interrumpió.

—Perdone, señorita. Debo terminar de recoger mis cosas. —Esta vez empleó un tono fríamente educado—. En media hora tengo que empezar a trabajar para otro cliente... Ah, y ya no necesitaré más esto.

Sacó del bolsillo el cuchillo con el mango de nácar y se lo tendió.

Louisa lo miró.

—No puedes ser tan cruel como para devolvérmelo. ¿Por qué no lo tiras, como me estás tirando a mí?

Le dio un manotazo y el cuchillo cayó al suelo.

Sin volver a mirarlo Louisa se dio media vuelta.

Dio un portazo detrás de ella.

Regresó con paso airado a Larkswood. Thomas la había llamado «señorita Louisa». Eso era lo más cruel de todo. El uso de esas malditas palabras los había devuelto a los dos al lugar social que les correspondía. ¿Serían a partir de ahora meros conocidos que se saludarían con una sonrisa insulsa desde la acera de enfrente?

¿Cómo demonios iba a soportarlo si eso ocurría?

Louisa entró en la casa, que seguía envuelta en el sueño.

Subió sin hacer ruido a su habitación.

Toda la mañana Louisa se debatió con la decisión de Thomas, esperando que cambiara de opinión, furiosa consigo misma por permitir que le afectara tanto. La voz de él resonaba en su cabeza. «Nada de lo que haga podrá resolver el pasado.» Ella se negaba a creerlo. No podía aceptar que se marchara. Pero cuando entró en el huerto al mediodía, un hombre corpulento y entrado en años con una gorra a cuadros empujaba una carretilla de hortalizas en dirección a ella. Recordó haberlo visto por la ventana mientras estaba convaleciente.

—Usted debe de ser la señorita Louisa.

Se quitó la gorra e inclinó la cabeza.

—Es un placer conocerla, señorita. Me llamo Matthew.

Louisa sintió una punzada de decepción en el corazón.

—Lamento que se haya ido el joven Saunders... Lo echaré de menos. Es un gran muchacho y un verdadero trabajador. Ha hecho una gran labor en mi ausencia.

—Yo le he ayudado —replicó Louisa con tono feroz, intentando no recordar—. He aprendido mucho con él. —Le falló la voz. El sol le daba en los ojos, irritándoselos.

—No lo dudo. Thomas es un jardinero excelente. Ha hecho un trabajo realmente extraordinario.

1939

Edward no sabía qué le ocurría a su nieta. Algo no iba bien. De pronto cayó en la cuenta de que estaba pálida y agotada desde el horrible incendio.

Naturalmente, todo estaba relacionado con el joven Saunders. Había encontrado encima del escritorio una carta formal del muchacho renunciando a su puesto. Con firmeza. Sin dar una explicación como es debido. Solo le daba las gracias por todo, le decía que echaría de menos Larkswood y se despedía. Edward no daba crédito. No era propio de él. Solían hablar de los jardines a diario. Edward sabía cuánto los amaba... Imaginó cuánto debía querer a Louisa. Pero Edward no podía hablar con ella sobre el joven Saunders, pues se suponía que no estaba al corriente de sus sentimientos.

Tal vez debería sugerirle que volviera a esas ridículas fiestas londinenses.

No, no podía hacer eso. Se le partiría el corazón si la perdía. Se había convertido en una parte importante de su vida. Estaba desesperado por retenerla allí. Ella era la razón por la que estaba construyendo el sanatorio. Para que se formara como enfermera y ejerciera como tal. Para no perderla de vista.

Para que pudieran estar juntos cuando estallara la guerra.

Ahora que el joven Saunders se había ido, Louisa era todo lo que tenía. En Inglaterra, por supuesto. Apenas podía contar con Arthur... Si Edward hacía su equipaje original y regresaba a Calcuta, su hijo ni se daría cuenta. ¡Santo cielo! La vida era complicada, ¿no? Y con los años no se volvía más fácil.

Edward no soportaba ver a su nieta tan triste. Ella y el joven Saunders

debían de haber tenido una bronca descomunal. Solo Dios sabía por qué. La juventud de hoy... No tenía paciencia para sentarse y hablar, resolver los conflictos...

Entretanto los jardines iban a estropearse y a malograrse sin el joven Saunders. Por suerte Matthews había accedido a regresar. Era demasiado viejo para alistarse, así que con un poco de suerte se quedaría en Larkswood durante la guerra, por mucho que durara. Edward se sentía más seguro con Matthews cerca. Había sido fiel a los Hamilton en las duras y las maduras. No permitiría que dijeran nada en contra de ellos. Eso le gustaba.

Le enviaría a Saunders algo de dinero para que se las arreglara, junto con una impecable carta de recomendación. Con ella podría trabajar en la Buck House. Ese chico era una joya. ¿Cómo iba a ganarse la vida sin Larkswood, sobre todo ahora que tenía a su padre inmovilizado? Qué locura... Podría haber tenido trabajo allí de por vida.

De pronto Edward se sintió muy cansado. Ojalá tuviera cuarenta años menos... Hasta Richenda se había cansado de él. La semana pasada la había sorprendido haciendo ojitos a un joven petimetre. Era una mujer insaciable. Edward no podía soportar el dolor del rechazo. Tendría que decirle que fue divertido mientras duró y demás. Ella tenía planes de ir a Escocia con Stanley todo el mes de agosto. Le decía que se aburriría, pero Edward estaba seguro de que encontraría algún pescador corpulento que la tendría ocupada.

Era un buen momento para romper.

La echaría de menos, por supuesto. Nada como un poco de lujuria para que le latiera con fuerza el viejo corazón.

Había visto a Louisa deambular por la rosaleta la noche anterior. Salió a tomar el aire nocturno y fumarse un último puro. Había dado por hecho que

ella se encontraba bien arropada en la cama, pero allí estaba, mirando el cielo como un fantasma con su ligero vestido de noche. Cuánto le gustaría saber qué decirle para animarla.

Regresó con lentitud hasta la casa y la dejó tranquila.

Estaba impaciente por ver terminado el sanatorio. Louisa necesitaba una ocupación, nuevas personas en su vida, una misión que acometer. La enfermería reclamaría toda su energía. No era bueno que suspirara por Saunders. Le debilitaría las fuerzas y le machacaría la mente, sobre todo si el muchacho se iba con otras chicas. Apostaba a que había muchas jóvenes esperando a probar suerte.

Ni siquiera podía organizar una fiesta para ella. No tenía verdaderos amigos en el pueblo y aún no conocía a sus vecinos. Los Hamilton solían dar magníficos bailes de verano en Larkswood que duraban toda la noche. Una orquesta sobre el césped, un recital de canto en la sala de música, velas en todas las ventanas, mesas cubiertas de dulces y exquisiteces. Perfumes de Arabia, diamantes y perlas amontonados sobre escotes relucientes, mujeres envueltas en gasa y con rosas en el cabello flotando alrededor.

Tenía un recuerdo muy vívido de haber bailado con Cynthia aquella noche: su cintura delgada, la curva de sus hombros desnudos, sus ojos dorados.

Qué gracilidad y belleza. Una belleza innata, delicada y natural. Sus esbeltas manos. Sus dedos se deslizaban raudos sobre las teclas del piano, las acariciaban con suavidad y delicadeza hasta infundirles vida. Camelaba a Desmond con su voz hasta arrancarle una sonrisa; con su voz aliviaba el dolor de Edward.

Su voz, que mudaba en oro cuando cantaba para él.

«Dios mío, no permitas que recuerde.»

Aquella era la época en que Desmond y Antonia habían tenido tres hijos

para los que debían encontrar buenos partidos, y se movían en un círculo de amigos ricos que los admiraban.

Los buenos tiempos.

Antes de que se apoderara de Desmond y Antonia la obsesión de ganar dinero y viajar por todo el mundo para encontrarlo.

Para encontrar más.

Antes de que hicieran saltar a toda su familia en pedazos.

1939

Louisa pedaleó furiosa hasta el pueblo bajo el sol del mediodía. Era la única forma de acallar el dolor. No había ni rastro de Thomas. Comió sola en la sala de música. Edward tenía nuevas citas en Londres y ella se alegraba de estar sola. Intentó leer *The Times*, pero no podía concentrarse. Había tantas fotografías de refugios antiaéreos o de venta de abrigos de pieles en Harrods que le entraron ganas de tirar el periódico a la chimenea. No paraba de preguntarse qué estaría haciendo Thomas, adónde habría ido, para quién estaría trabajando. Empujó un lápiz sobre un par de láminas de dibujo pero enseguida se cansó de intentarlo. Tocó unas cuantas notas de un vals lírico de Chopin al piano. Bajo sus agarrotados dedos sonaron estridentes, desafinadas, incoherentes.

Deambuló hasta la roaleda, se sentía desgraciada y estaba inquieta. El cielo se encapotó de pronto. El débil canto de la brisa llenó el aire.

Rezó para que lloviera.

A las cuatro de la tarde tomó el té sola, y engulló dos raciones de pastel de chocolate y miró con anhelo la tercera. Decidió animarse y escribir a Milly. Cualquier tontería frívola serviría. Abrió el escritorio buscando papel de carta.

Fue entonces cuando reparó en un gran manojó de llaves que colgaba de un pequeño compartimento situado al fondo del escritorio.

Tintinearón cuando las descolgó.

Había visto casi todas las habitaciones de Larkswood. Las bodegas donde

Edward guardaba sus polvorientas pero valiosas botellas de vino; el ático, de día y de noche, y algunos dormitorios, pero no todos. El dormitorio de la ventana de la fachada principal siempre había estado cerrado. Louisa pensó que tal vez formaba parte de una pequeña suite y una de las habitaciones conducía a la torre. Recordó que le había preguntado a Edward por ella y que le había prohibido subir.

Las criadas parlotaban como estorninos en la cocina. La señora Humphrey se había tomado la tarde libre para ir a ver a unos amigos en Guildford. Louisa aprovechó la oportunidad. Una de las llaves tal vez abriera la puerta de ese dormitorio. Y otra podía conducirla hasta la torre.

La suerte estaba de su parte. La primera puerta se abrió.

Louisa se encontró en una habitación destartada, con el papel de la pared rosa desteñido y las cortinas raídas. Había una cama doble bajo un abultado edredón granate. El aire hedía a sudor rancio. Un pasillo conducía a un cuarto de baño, a un salón abandonado y poco amueblado, y a otra puerta cerrada.

Louisa intentó abrirla.

El pomo casi se le partió en la mano, pero la puerta se abrió.

Alzó la vista hacia el interior de una torre de terracota con una elegante escalera de caracol. Se había imaginado un lugar intimidante con los escalones gastados, arañas y ratones, incluso ratas y víboras agazapadas. Aunque la escalera estaba oscura y algo destartada, parecía lo bastante segura para subirla.

Contó los escalones. Uno..., siete..., catorce... Eran poco profundos y equidistantes. No le supuso un gran esfuerzo. El trabajo en el jardín y la bicicleta le habían endurecido los músculos y estaba más en forma que nunca. Le recorrió una oleada de emoción.

Dejó volar la imaginación.

Thomas le había comentado en una ocasión que habían construido la torre para albergar en ella el depósito de agua de Larkswood. Pero seguramente la habían utilizado como refugio o guarida... Incluso como un escondite secreto.

Veinticinco... Treinta y dos... Cuarenta y seis... Cincuenta y ocho.

Al llegar arriba oyó un ruido extraño, como el batir de un millar de alas.

Luego lo comprendió.

La ola de calor había desatado una lluvia torrencial.

Jadeando, se apretó contra una pesada puerta de madera que se abría a las almenas.

Ante ella vio un cielo inmenso y una vista espectacular que se extendía a lo largo de millas sobre la campiña de Hampshire. Nubes de un negro amarillento se acumulaban ante el horizonte. Rugían truenos. Sobre las losas caían grandes gotas redondas, manchándolas de negro.

La altura y el espacio, el inesperado cielo abierto, hicieron que Louisa se mareara.

Lanzó una bocanada de aire por el frío de la lluvia dejando que le empapara el cabello. Alzó el rostro. Después del calor asfixiante, el horrible incendio, su espeluznante hallazgo y la amarga bronca, Louisa se sintió renovada, como si la lluvia se llevara consigo todos los pecados del pasado.

Pecados de otros, sin duda...

Aunque se sentía mancillada por ellos. Se había convertido en su cómplice.

Pero solo lo había hecho para proteger a los hombres que quería.

Qué enrevesado y complicado era todo...

La tierra a sus pies desprendía un olor verde y fresco. Se acercó más al borde de las almenas y bajó la vista hacia los jardines de Larkswood. Hacia los bosques desfigurados por el incendio. Hacia los albañiles que excavaban

los cimientos del sanatorio. Hacia el señor Matthews que corría con su carretilla hacia el cobertizo para guarecerse en él.

Si hubiera sido Thomas lo habría llamado...

De repente añoró su voz, el olor a limón de su cabello, sus ojos sonrientes.

Empapada y sola, la emoción de la expedición se desvaneció.

Contaría los escalones al bajar de la torre y luego escribiría una carta frívola a Milly hablándole de la tormenta.

Pero cuando se dio la vuelta en la puerta para echar un último vistazo al cielo espectacular, un pensamiento inesperado irrumpió en su mente, como si hubiera estado esperando el espacio, el aire y la lluvia para darse a conocer.

Una de las hermanas de Edward debía de haber dado a luz a un hijo. ¿Había nacido fuera del matrimonio y muerto asesinado? Si era así, ¿quién había cometido el asesinato?

¿Quiénes eran esas hermanas?

Edward le había dicho que habían fallecido, pero no le había mostrado pruebas. En teoría se las había tragado el mar, pero ¿era posible que estuvieran vivas? ¿Podía al menos intentar averiguar algo sobre ellas?

Louisa bajó los escalones de la torre y cerró la puerta, chorreando de la cabeza a los pies. Cruzó corriendo la suite, salió al rellano y entró en su habitación. Se arrancó el vestido, se quitó las sandalias de una patada, se secó el cabello y se puso una bata. Luego se acercó a una ventana y, contemplando cómo los perdigones de lluvia danzaban sobre el cristal, se obligó a reflexionar.

Las hermanas habían vivido durante años en Larkswood con Edward antes de que él se marchara a la India. En alguna parte de la casa tenía que haber algún rastro, aparte del cuadro. Los cajones de ese enorme armario de caoba

estaban vacíos. Pero ¿y si en algún otro mueble del piso de arriba se escondía una pista?

Al menos era un punto de partida. Louisa se deslizó un vestido de algodón por los hombros y, todavía tiritando, se puso una rebeca. Con el llavero en la mano, corrió escaleras abajo y volvió a colgarlo en el escritorio, y a continuación entró en el comedor.

Larkswood House dormitaba escuchando la lluvia. De la butaca de Edward le llegó una vaharada de tabaco habano. Louisa miró con rostro inexpresivo la mesa pulida. El ramo de rosas del centro. Allá donde miraba las flores rosadas y amarillas se burlaban de ella con su aroma.

La cabeza le daba vueltas.

¿Y si las hermanas de Edward todavía estaban vivas? ¿Y si la carta que él había recibido en la India comunicándole sus muertes habían encerrado una mentira horrible?

Pero ¿quién querría hacer algo tan monstruoso?

Con amargura, Louisa recordó las palabras de Thomas: «Los Hamilton eran las personas más crueles del mundo». Debía de haber una maldita razón para que él le hubiera arrojado semejante acusación.

Y si las hermanas de Edward estaban vivas, ¿dónde vivían ahora?

Louisa recorrió con la vista la habitación. El otro mueble grande en el que podía haber algo de interés era el aparador. Abrió uno de los cajones y sacó el mantel de hilo bien planchado con su olor a mantequilla. También había dos servilletas un poco manchadas. Edward se pondría furioso si las veía.

Introdujo más la mano buscando un par de servilletas limpias.

En el fondo del cajón notó algo frío y metálico. No era un objeto, sino tres. Los sacó.

Tres servilleteros idénticos de plata, hermosamente tallados con hojas de

parra. Deslizó los dedos por ellos. Le pediría a Martha que los puliera para utilizarlos esa noche en la cena.

Pero..., un momento.

¿Por qué no los había visto antes? ¿Qué hacían en el fondo del cajón? ¿Los había metido alguien de forma precipitada para esconderlos?

Los examinó con más detenimiento.

En el interior de cada aro había grabada una inscripción.

PARA EDWARD, DE SU MADRE Y DE SU PADRE.

PARA CYNTHIA, DE SU MADRE Y DE SU PADRE.

PARA HARRIET, DE SU MADRE Y DE SU PADRE.

¡Por fin! Louisa ya sabía cómo se llamaban las hermanas de Edward...

No era gran cosa, pero significaba un comienzo sólido.

Con los servilleteros en la mano, Louisa fue corriendo a su habitación. Los arrojó sobre la cama, y bajó la maleta del armario para sacar el cuadro.

Apuntó con un dedo a la chica más alta.

—¿Eres Cynthia? —murmuró.

Luego rozó el rostro de la más joven.

—¿Y tú eres Harriet?

Edward le sostenía la mirada con su confiada sonrisa juvenil y un mechón de cabello castaño oscuro.

Si los cuadros pudieran hablar...

Si esas tres bocas pudieran decirle la verdad.

Qué fácil sería todo.

Louisa sabía lo que tenía que hacer. Tuvo la idea en mitad de la noche, mirando la luna desde la cama y obligándose a cerrar los ojos y dormir. Iría a

ver a Norah Saunders, la abuela de Thomas. Sabía dónde vivía. Al regresar a Larkswood después del Baile del Solsticio de Verano, Thomas le había señalado una casa pequeña escondida detrás de un bosquecillo.

—Allí es donde vive mi abuela.

—¿La que no quería que trabajaras en Larkswood? —replicó Louisa en broma.

—¡La misma! Pero cedió cuando vio lo mucho que amo ese lugar... Cuido de su jardín los domingos por la tarde.

Antes de acobardarse, Louisa montó en su bicicleta a la mañana siguiente, después del desayuno, y pedaleó a través de las calles. La dejó apoyada en un árbol fuera de la casa y recorrió el sendero. El jardín estaba muy bien cuidado. Alguien había hecho un gran trabajo.

Antes de que tuviera la oportunidad de pulsar el timbre, se abrió la puerta.

Louisa soltó un grito ahogado al ver los ojos verdes que la inspeccionaban. Podrían haber sido los de Thomas.

Pero Norah era diminuta como un pajarillo, con el cabello gris recogido en un moño descuidado, la falda cubierta con un delantal de lino.

—¿La señora Saunders? Siento molestarla. Me llamo...

—Sé quién es usted, señorita. —La voz de Norah sonó sorprendentemente grave y severa. Se plantó con firmeza en el umbral, dejando claro que no tenía ninguna intención de invitarla a pasar—. La he visto más de una vez en el pueblo.

—Debería haberse presentado.

—No me correspondía, señorita... Ustedes los Hamilton pueden ser personas difíciles.

—Supongo... Tengo entendido que pasó algo horrible en el pasado... — Louisa titubeó. El gélido silencio de Norah la intimidaba.

—¿Qué quiere decir, señorita? —preguntó Norah con brusquedad.

Louisa respiró hondo.

—Lo que quiero decir... Verá, Thomas y yo fuimos al bosque después de ese horrible incendio. —Notó un regusto amargo en la boca al recordar. Intentó tragar saliva—. Y encontramos algo en el bosque... ¿Se lo contó Thomas?

Norah se ruborizó, apartándose un mechón de cabello con las manos cubiertas de harina.

—Ya lo creo que sí...

—Necesito urgentemente saber quién era el bebé... Quién era esa niña. Thomas dijo que usted sabía todo sobre ella.

—Yo no sé nada, señorita. —Norah permaneció con la cara totalmente inexpresiva—. Nada en absoluto.

—Por favor, señora Saunders. Estamos hablando de mi familia. ¿No tengo derecho...?

—No, señorita... No tiene ningún derecho. He dicho la última palabra.

A Louisa se le cayó el alma a los pies.

—¿Puede contestarme entonces una pregunta más? Le prometo que será la última.

—¿Y cuál es?

—Mi abuelo me dijo que sus hermanas habían fallecido en el mar. — Louisa mantuvo la vista clavada en el rostro de Norah, observándola con atención—. Yo no lo creí. Pero cuando le pregunté por ellas, él se comportó de una forma extraña. Estoy segura de que no me dijo la verdad. Y querría saber... ¿Sabe por casualidad si Cynthia o Harriet siguen vivas?

Norah se encogió al oír los nombres de las hermanas. ¿Le había sorprendido que Louisa estuviera al corriente de su existencia? En los ojos de Norah apareció un brillo. ¿De miedo? ¿Alarma? ¿Admiración?

Louisa no supo cómo interpretarlo.

Luego una expresión contenida recuperó el control.

—Como he dicho, soy una tumba. —Norah se limpió las manos con el delantal—. Ahora, si me lo permite, señorita, tengo en el horno un...

—Discúlpeme, la he interrumpido...

—Sí, así es. —En el rostro de Norah se torció un pequeño nervio—. Pero no es la primera vez que ustedes los Hamilton me molestan. Y me atrevería a decir que no será la última... Tal vez podría hacer usted algo por mí.

—Por supuesto, señora Saunders. —Un atisbo de esperanza le levantó el espíritu—. Haré lo que sea.

—No se acerque a mi Thomas... Déjelo tranquilo. Le ha hecho muy desgraciado.

Louisa intentó decir: «Lo único que pretendo es quererlo».

Pero antes de que pudiera hacerlo Norah le cerró la puerta en las narices.

Louisa cogió la bicicleta por el manillar. Tal vez la había apartado de un manotazo como a una mosca irritante, pero por alguna razón ese rechazo solo aumentó su determinación. Se negó a retirarse ante el primer obstáculo. Se proponía luchar.

Hablaría con alguien más. Con la persona que la había bañado, cambiado el camisón, llevado las bandejas de comida y paseado por los jardines de Larkswood, y la había velado durante las largas horas oscuras en que la fiebre había alcanzado su punto crítico.

Betsy Glover le había dejado su tarjeta.

«Vivo en el pueblo. Si alguna vez vuelve a necesitarme, me encontrará en esta dirección.»

Si Louisa iba a ver a Betsy y hablaba con ella, tal vez su búsqueda de la verdad acerca de Cynthia y Harriet podría empezar en serio.

No tenía nada que perder... y todo que ganar.
Sin duda merecía la pena intentarlo.

Las siguientes tres semanas transcurrieron en el silencio más incómodo que Harriet era capaz de recordar. Cynthia se negó a hablar con ella. Se quedaba en la cama, totalmente vestida, con los labios cerrados o miraba por la ventana del ático, tarareando para sí de forma poco melódica, como si no hubiera nadie más en la habitación. A Harriet empezó a pesarle la persistente frialdad.

A menudo se escapaba del ático y bajaba con sigilo las escaleras cuando sabía que sus padres habían salido para leer o coser en su propia habitación. A primera hora de la mañana y a última de la tarde paseaba por los jardines, saludando con la cabeza a los jardineros. Ellos la ignoraban. Tenían prohibido cuidar sus rosales o hierbas aromáticas.

Cuando Harriet regresaba a su habitación del ático, solía encontrar a Cynthia y a Norah con las cabezas juntas, absortas en una discusión, pero se callaban en cuanto la veían. Harriet se sentía como una intrusa en el único espacio en el que se le permitía vivir.

Una noche Desmond y Antonia tuvieron invitados para cenar. El delicioso olor del cordero asado flotaba por todo Larkswood. Harriet bajó a la cocina para preparar los vasos de leche antes de acostarse y al salir oyó hablar a unos invitados mientras se despedían.

—¿Dónde están vuestras encantadoras hijas esta noche, Antonia? — preguntó una voz de mujer.

La respuesta llegó al instante, impasible.

—¡Ay! ¡Las echo tanto de menos! Están viajando por Europa para perfeccionar su francés y su alemán.

—¡Un plan excelente! —exclamó un hombre, con la voz gruesa de tanto comer y beber—. ¡Pulir debidamente sus dotes antes de casarlas con los mejores partidos de Hampshire!

Aquella noche Harriet no podía dormir. Cuando lo consiguió, sus sueños se llenaron de visiones de fuga. Se detenía junto a un río que corría a toda velocidad y lo miraba con añoranza. Luego parecía hacer equilibrios sobre una montaña nevada de Suiza, contemplando un deslumbrante paisaje de cimas heladas. La blancura le hería la vista, haciéndole parpadear de alegría.

Se despertó entre las húmedas sombras de su habitación mal ventilada, sumida en la depresión.

Si Antonia no quería que sus hijas vivieran en Larkswood e incluso había inventado una excusa para explicar su ausencia, ¿qué sentido tenía quedarse allí? Pero ¿adónde demonios podían ir? Solo habían ahorrado un poco de dinero. A ninguna de las dos las habían formado para ganarse la vida. ¡Nadie contrataría a Harriet como jardinera ni a Cynthia como cantante! Además, las dos eran como flores de invernadero, estaban acostumbradas a llevar una vida protegida, y a que les dieran de comer y de beber.

Nunca tendrían coraje para huir...

Aquella tarde sus padres salieron a cenar con unos amigos en Hampshire. Harriet bajó a hurtadillas al despacho de Desmond. Después de una noche de tormenta, hacía un día húmedo y opresivo, con los cielos cargados y ni un soplo de viento. En el ático no se podía respirar.

Las criadas habían terminado de limpiar aquel día, y el personal de la

cocina hacía la cena. Harriet podía pasar allí una hora leyendo un libro de medicina antes de regresar a su habitación y enfrentarse con una silenciosa Cynthia. Se acurrucó en la butaca de cuero más cómoda de Desmond. Agotada tras una noche insomne, se quedó dormida en el segundo capítulo.

Se despertó sobresaltada al oír el ruido de un carruaje tirado por caballos.

¡Había dormido tres horas!

Sus padres habían regresado.

No tenía tiempo para cruzar corriendo el vestíbulo y subir las escaleras.

Desesperada por que no la descubrieran, Harriet se acercó corriendo a la ventana. Apartó los pliegues de las pesadas y gruesas cortinas de terciopelo que llegaban hasta el suelo, y pegó el cuerpo contra la pared.

Oyó a alguien abrir la puerta y enseguida reconoció el olor a puro que lo acompañaba. Desmond cruzó con pasos pesados la habitación para sentarse ante su escritorio, a escasas pulgadas de Harriet. Revuelo de papeles. El humo del puro casi la hizo toser. Con cuidado de no mover las cortinas se metió los dedos en la boca. Recordó el libro. Lo había deslizado en una esquina de la butaca. Rezó para que su padre no lo viera.

Llamaron a la puerta.

—¡Pasa! —gritó Desmond.

—He traído unos brandis —dijo Antonia—. He pensado que sería más interesante que un té.

La puerta se cerró. Harriet oyó el tintineo de los vasos al entrechocar.

—Estupendo, querida. Pero ¿por qué los traes tú misma? Deberías dejar que Powell...

—Tenemos que hablar en privado, querido... Hay que decidir qué hacer con estas hijas nuestras.

—¡Ah! —Desmond dio unos golpecitos al puro—. Me preguntaba cuándo sacarías el tema... He estado temiéndolo.

—Mira, cariño. —Madre sirvió más brandy—. Ya sé que lo que hizo Cynthia es escandaloso y despreciable..., pero ella sigue siendo nuestra hija.

—También lo es esa fea renacuaja.

Harriet se mordió los dedos hasta que olió a sangre.

—Pobre Harriet... Ella no tiene la culpa de que su hermana se comportara de forma indecorosa.

—¿Cómo que no? ¿Apoyando a Cynthia hasta el final? ¿Defendiendo su conducta de ramera?

—Tal vez no tuvo elección. Tal vez Cynthia la amenazó...

—Ella guardó el secreto de su hermana hasta el final. No nos escribió, no recibimos ni una sola línea de advertencia suya. ¿A eso lo llamas lealtad, después de todo lo que hemos hecho por ella?

—Pero ha sucedido, Desmond. No podemos tener a las niñas encerradas en el ático el resto de sus vidas... Anoche varios invitados me preguntaron por ellas. Mentí, por supuesto. Fui fiel a la historia que acordamos. Pero debemos buscar una solución más permanente.

—¿Qué sugieres, Antonia? Me niego a gastar en ellas el dinero que gano con tanto esfuerzo. Edward heredará en la India. Por más que quiera, no puedo cambiar el testamento de su abuelo. Pero no pienso enviar a nuestras hijas a un viaje caro por Europa con una acompañante. No se lo merecen.

—Estoy de acuerdo. Tengo planes más ingeniosos. —Antonia sonaba confiada y resuelta—. Las separaremos para siempre.

—¿Ah, sí? ¿Y cómo piensas hacerlo?

—Cynthia irá a Francia. Mi prima Theresa..., ¿la recuerdas? Tiene una casa en Soisy-sur-Seine. Su marido murió mientras nosotros estábamos en la India. Esta mañana he recibido una carta de ella. Necesita alguien que le lea en inglés, toque el piano y cante un poco. Cynthia sería ideal. Los criados me

dicen que ha perdido su lozanía, pero sigue teniendo un aspecto presentable. Y Theresa no le quitará el ojo de encima.

—Una idea excelente. —Sonó otra vez la botella contra la copa—. ¿Y la renacuajo?

—Han abierto un nuevo convento cerca de Portsmouth. Harriet siempre ha tenido una inclinación religiosa. Powell me comentó que durante el embarazo de Cynthia se la veía a menudo en la iglesia, no solo los domingos, sino arrodillada allí entre semana. Rezando, sin duda, por la salvación de su desvergonzada hermana.

—¡Me dejas asombrado! ¡Es una lástima que Dios no la dotara con un físico más agraciado con que adorarlo!

—Puede mejorar. Solo tiene dieciséis años. Pero es poco probable que encuentre marido. Siempre tiene la cabeza metida en un libro o está cavando en el huerto. Harriet disfrutará de la vida en el convento. Allí podrá comer en silencio, plantar patatas y rezar hasta hartarse.

—¡Que todo haya acabado en esto, Antonia! —soltó Desmond—. ¿Recuerdas las esperanzas que teníamos en ellos? ¿El adinerado Tristan de Vere como marido de Cynthia? ¿Nuestros planes para Edward? Que tomara las riendas del negocio y se casara con una heredera...

—Las recuerdo, querido. —Antonia bajó la voz hasta susurrar—: Todavía no puedo creer que mi hijo haya sido tan irresponsable. Y que ni siquiera supiera quién era el padre... Le dimos demasiada libertad antes de tiempo. Yo lo adoraba tanto que lo consentí..., ¡y ya ves con qué nos salió! —Se colocó bien las faldas—. Pero basta de conversación. ¿Sigo adelante con mis planes?

Desmond suspiró.

—Tienes mi bendición.

—¡Excelente! Mañana mismo escribiré a Theresa. Y visitaré el convento de Portsmouth, para asegurarme de que pueden ofrecerle una plaza a Harriet.

Tendré que contarle a la reverenda superiora algo de su pasado, incluso lo que le ocurrió a su hermana, si puede guardar el secreto... Sugiero que no le digamos nada a ninguna de ellas hasta que hayan sido aceptadas. ¿Lo apruebas, Desmond?

—Con toda mi alma... Y será mejor que las veamos a las dos juntas, para anunciarles cuáles son nuestras intenciones... Por si oponen resistencia.

—Estate tranquilo que no lo harán. —La voz de Antonia se endureció, llena de determinación—. Ninguna de ellas tiene voz ni voto. Te avisaré cuando todo esté resuelto.

Empujó hacia atrás la silla. Las faldas se arrastraron hasta la puerta.

—Antonia...

—¿Sí, cariño?

—Puede que me haya llevado una amarga decepción con nuestros hijos. Pero tú, amor mío, eres una perla entre las mujeres. Esta noche te enseñaré lo cerca que estás de mi siempre lujurioso corazón.

Harriet esperó detrás de la cortina, rígida como un poste. El sudor le corría por la espalda. Le sangraban los dedos. Dejó caer la mano, limpiándosela en la falda.

Desmond tosió, revolvió papeles, arrastró la pluma sobre un documento, estampó su sello de lacre, murmuró algo para sí, encendió otro puro. Al final una doncella llamó a la puerta. Tenía la bañera lista.

Salió arrastrando los pies.

Harriet esperó unos minutos más para asegurarse de que no volvía. Luego apartó la cortina, recogió el libro y salió sin hacer ruido del despacho. Al entrar en la cocina, la cocinera le dijo que Norah se había ido hacía diez minutos. Harriet corrió tras ella, rezando para alcanzarla antes de que llegara a su casa y evitar así llamar a la puerta y molestar a su familia.

Tuvo suerte. Norah se había parado fuera de los establos para hablar con Neil, el encargado. Se apartó de él en cuanto vio a Harriet.

—¿Qué demonios ha pasado? —Norah le sostuvo la mano—. Tiene sangre en la falda. Ha estado llorando.

—Por favor, Norah... ¿Podemos hablar en privado? —preguntó Harriet con la voz entrecortada.

Neil asintió, levantando la gorra.

—Buenas tardes, señorita Harriet. Buenas tardes, Norah. —Se alejó con paso enérgico.

—Por aquí. —Norah empujó a Harriet por debajo del arco de la puerta de los establos. Los caballos relinchaban impacientes. El aire hedía a estiércol, pero después del calor asfixiante de detrás de la cortina, Harriet se llenó los pulmones—. Aquí no hay nadie a estas horas. Cuénteme qué ha pasado.

—Padre me ha llamado fea renacuaja... Separarnos... Francia... Portsmouth... No puedo... Se lo prometí a Edward.

—No la estoy entendiendo. —Norah le rodeó los hombros con un brazo—. Vamos a sentarnos en el cobertizo... Respire hondo. Séquese esas lágrimas... Ahora empiece por el principio.

Diez minutos después Norah fruncía el entrecejo, con el rostro pálido y demacrado.

—Si no quiere separarse de Cynthia, tendrán que escaparse de Larkswood antes de que los planes de su madre se concreten.

—Pero ¿adónde podemos ir? —Harriet se secó el rostro con la manga—. ¿Cómo vamos a sobrevivir?

—Se me ocurre una solución —respondió Norah despacio—. Solo es una idea. Tendría que hablar con Jack. Es mi hermano. Eso le permitiría ser fiel a la promesa que ha hecho a Edward... Pero tendrían que vivir en Londres.

—¡Londres!

Harriet se imaginó la suciedad y el ruido de una ciudad bulliciosa, las multitudes, los rostros desconocidos, el tráfico de caballos y carruajes, los callejones oscuros, el hedor de la vida y la muerte.

—¡No podemos ir allí! Nunca hemos estado en una gran ciudad y aún menos vivido en una.

—¡No diga que no antes de escucharme! —la interrumpió Norah con aspereza.

—Lo siento, Norah...

—Jack trabaja en un hotel de Londres. El Savoy. Es un lugar de lo más lujoso, no le quepa duda. Abrió hace ocho años y Jack ha trabajado allí desde el principio..., ¿cuándo sería? Alrededor de 1889, de modo que tiene un buen puesto, y es respetado y apreciado. Sabe dónde podría haber trabajo.

El asombro se apoderó de Harriet.

—Quieres decir que...

—Usted y Cynthia podrían trabajar allí como camareras... No estoy prometiendo nada. Primero tendría que hablar con Jack para saber cómo están las cosas allí.

—Entonces ¿viviríamos y trabajaríamos en el hotel, compartiríamos una habitación y nos darían todas las comidas?

Norah asintió.

—También ganarían dinero. No mucho, pero estarían a salvo bajo el mismo techo... El trabajo es duro, desde luego, pero se acostumbrarían. La he visto cavar hierbas. Creo que se sentirá como pez en el agua. Y mi Jack no les perdería de vista, les enseñaría el oficio y las haría sentir como en casa.

—Dios mío, es perfecto... ¡Me has dado mucho en qué pensar! —Harriet tomó las manos de Norah—. Intentaré ser valiente. ¿Cuándo podrás hablar con tu hermano?

—Iré a Londres al amanecer. —Norah se levantó, alisándose la falda—. Si me doy prisa, Paul tal vez esté a tiempo de avisar al conductor del coche para que me espere. Regresaré a Larkswood pasado mañana por la noche. Espero que no sea demasiado tarde.

Los días que siguieron Harriet no probó bocado ni durmió. La perspectiva de dejar Larkswood se volvió aún más apremiante cuando oyó a Antonia pedir un carruaje para ir a Portsmouth. Harriet esperaba que el vehículo volcara dejando a su madre espatarrada en una zanja o algo peor.

En cuanto Antonia se hubo ido, Harriet bajó corriendo al vestíbulo. Echó un vistazo a todas las cartas de la bandeja. Una iba dirigida a madame Theresa Villiers, en Soisy-sur-Seine. Se la deslizó dentro de la manga y echó a correr hacia el lago.

Sin leer la carta, la rompió en mil pedazos y la arrojó al agua.

Flotaron, se posaron sobre la superficie y se hundieron.

Luego corrió a la iglesia para pedir perdón y misericordia.

—Te quiero y quiero hacer Tu voluntad —susurró Harriet hacia sus manos—, pero me niego a separarme de Cynthia. No podría soportar vivir encerrada en un convento, teniendo que obedecer sus reglas y normas. Quiero ser Tu humilde sierva a mi manera. Hacer el bien en Tu mundo, entre Tu gente. Descubrir mi propio destino...

»Probablemente no rezaré más en esta iglesia... Recuérdame.

Harriet se reunió con Norah frente a la cocina al amanecer del día siguiente de su regreso. Se quedaron en los jardines y hablaron rápidamente en susurros. Norah parecía cansada y acalorada, y Harriet le sostuvo las manos entre las suyas.

—¡Gracias a Dios que estás bien! ¿Cómo ha ido el viaje? ¿Viste a Jack?

—Tengo buenas y malas noticias.

—Las buenas primero.

—Jack estuvo maravilloso. Mi hermano es un buen hombre. Me recibió en cuanto llegué. Comimos algo juntos y me preparó una cama en una de las habitaciones del ático. Le conté todo. La buena noticia es que en el Savoy están buscando personal. Es la temporada de verano y demás, y habrá empleos para las dos, eso seguro.

Harriet suspiró de alivio.

—¿Y la mala?

—Me están chantajeando —susurró Norah.

—¿Cómo?

—Ah, no me sorprende. Solo era cuestión de tiempo. Sé quién hay detrás. Nos deslizaron una ridícula nota por debajo de la puerta. Paul y mi madre se quedaron preocupadísimos.

—Eso es repugnante, Norah. ¿Qué quiere el chantajista?

—Dinero, por supuesto. ¿Qué iba a querer? No parará de pedir más. Amenaza con decirle a tus padres que yo ayudé a Cynthia, que yo sabía lo del bebé y que ella no podría haberlo tenido en Larkswood sin mí.

—Oh, Norah, qué crueldad. Lo siento muchísimo.

—La cuestión es que tendré que ir a hablar con el señor Hamilton. Le confesaré mi amistad con Cynthia. Estoy segura de que perderé el empleo. Eso significa que tenemos que darnos mucha prisa. Supongo que solo tenemos un par de días. Tendrán que escapar sin dejar rastro antes de que vuestro padre me eche a patadas de Larkswood.

Más tarde esa mañana, Norah y Harriet se sentaron con Cynthia en la habitación del ático y le contaron todo.

Cynthia escuchó con horrorizada incredulidad.

—Es culpa mía. He sido desconsiderada y egoísta. Yo solo quería cantar y tocar el piano. Viajar por el mundo con Benedict. Ahora lo he perdido a él y os he arruinado la vida a las dos. Norah, tú perderás tu empleo. Y a ti, Harriet, te desterrarán a un convento. Edward estará dando vueltas por la India, añorando su país. Yo estaré prisionera en Francia con la prima Theresa. Da horror solo pensarlo. Y todo es culpa mía.

Harriet abrazó a su hermana. Con paciencia y firmeza le habló en voz baja de su plan. Tardó tres horas en persuadirla de que la única posibilidad que tenían de seguir viviendo juntas era irse a Londres. Le presentó la ciudad como un lugar que ofrecía maravillosas oportunidades, diciéndole que los días festivos podrían explorarla, ir a museos, a conciertos y al teatro, formar parte del mundo de los adultos como mujeres que no eran víctimas ni prisioneras.

Hacia el final de la tarde Harriet temblaba de triunfo, agotamiento... y terror.

Hablar de Londres no disipó sus propios temores.

En cierto sentido incluso los aumentó.

Paseó despacio por los jardines de Larkswood al anochecer deteniéndose en la rosaeda, inhalando la dulce fragancia de las flores y disfrutando del silencio, de la sensación de intimidad y aislamiento.

Los dos últimos días habían estado llenos de actividad frenética y furtiva, manteniendo largas conversaciones con Norah, leyendo la carta que esta había recibido de Jack en la que decía que esperaba con ilusión su llegada, y planeando la ropa y las pertenencias que debían llevarse. Harriet dijo que se había cosido el collar en las enaguas, resuelta a no confesar a Cynthia que las piedras preciosas estaban enterradas con Isabelle.

Norah prometió escribir. Al día siguiente renunciaría a su empleo. Nunca

le diría a Desmond y a Antonia adónde se habían ido sus hijas. Buscaría otro empleo en el pueblo. Valiente, Norah restó importancia al asunto. Había lavado y planchado la ropa que Cynthia y Harriet iban a llevarse, y les había dado innumerables consejos acerca de su trabajo en el Savoy. Y todo con calma y tranquilidad, logrando no alarmar a los demás criados.

Una verdadera amiga.

Partirían a la mañana siguiente al amanecer. Harriet todavía estaba abrumada por la enormidad del plan, pero mientras paseaba entre las rosas le inundó una oleada de furia y resentimiento. El día anterior había sido su dieciséis cumpleaños y nadie se había acordado. Cynthia había estado ocupada preparando su equipaje. Norah había pasado la mayor parte del día en la cocina, lavando y planchado la ropa que iban a llevarse. Y no habían sabido nada de Edward.

Podría haber escrito a Norah pidiéndole que les diera su carta. Qué egoísta se había mostrado su hermano en todo este asunto. Qué poco considerado. Qué cobarde. El amor de Harriet hacia Edward se había reducido tanto que era casi inexistente. Cuando ahora pensaba en él solo sentía amargura y decepción.

Desmond y Antonia, por su parte, la habían ninguneado con su silencio deliberado.

Lágrimas de autocompasión acudieron a los ojos de Harriet. En su afán de apoyar a su hermana y de estar a la altura de las expectativas de Edward, su reputación había quedado tan mancillada como la de Cynthia, como si estuviera cortada por el mismo patrón. Y ahora iban a arrancarla de los jardines que tan amorosamente había ayudado a cultivar, de los libros que había leído, del lago en el que había remado y nadado, de la iglesia en la que había rezado y cantado.

Harriet tenía la sensación de que la estaban apartando del mismo Dios que adoraba.

Murmuró una plegaria silenciosa pidiendo fuerzas, echó los hombros hacia atrás y levantó la cabeza. De algún modo tenía que encontrar las fuerzas y el coraje para irse.

Se agachó sobre un rosal y arrancó tres pequeñas flores por el tallo, y se las guardó en el bolsillo. Las pondría en su Biblia y se las llevaría consigo a la emocionante, extraña, ruidosa y gris ciudad.

Se volvió hacia Larkswood, despidiéndose en silencio de la casa.

Al amanecer Harriet descorrió las cortinas y miró por la ventana. Casi no había pegado ojo. Sintió un gran alivio al ver que por fin había llegado la mañana. Llevaba una hora vestida y preparada para partir.

Lloviznaba sobre los jardines, y del cielo iluminado por la luna colgaban gotas en forma de perla. A Harriet no podría haberle importado menos que cayera pedrisco, nevara o que densas nubes de niebla ocultaran el paisaje.

Nada podría detenerla.

Pero cuando se volvió, encontró a Cynthia arrodillada junto a su cama, con el rostro oculto entre las manos.

—Adiós, hija mía. Siento muchísimo no haberte encontrado. Nunca he podido rezar una oración por tu dulce alma, mi querida Isabelle.

Harriet se acercó rápidamente a su hermana y le tocó el hombro.

—Ya es la hora, Cynthia. El coche estará esperándonos en el camino dentro de diez minutos, y la hierba húmeda se hundirá bajo nuestros pies. Debemos marcharnos enseguida.

Cynthia alzó la vista hacia ella.

—¿Estás segura de que estamos haciendo lo que debemos? —Cogió la mano de su hermana—. Me están entrando unas dudas horribles.

—¡Vamos!

A Harriet le martilleaba el corazón de terror. Había contado con que Cynthia perdiera coraje en el último momento. Sabía que tenía que mostrarse firme.

—Ya está todo organizado. Jack estará esperándonos esta noche. Mañana empezaremos en nuestro nuevo empleo. Es demasiado tarde para cambiar de opinión. Nos han dado una oportunidad para empezar una nueva vida. Debemos aprovecharla.

—¿Estás segura, Harriet? ¿Y si nos matan a trabajar? ¿Y si caemos enfermas? ¿Quién cuidará de nosotras si todo sale mal?

—Es absurdo pintar el futuro tan negro. No podemos quedarnos aquí. Este encierro en el ático nos está volviendo locas.

Harriet ayudó a Cynthia a levantarse.

—Ten coraje, hermana. Recuerda que no todo será trabajo. Iremos a conciertos en el Albert Hall y al teatro en Drury Lane. Esperaremos fuera del Buckingham Palace en las grandes ocasiones para ver a la reina... Imagínate la emoción de estar entre la multitud y no encerradas aquí arriba en esta horrible celda.

Harriet le puso el sombrero. Decidió jugar su mejor carta, aunque sabía que le causaría problemas una vez que llegaran a Londres.

—Anoche tuve una idea. Cuando estemos instaladas en el Savoy, ¿por qué no buscamos un profesor de canto para ti? Le pediremos a Jack que nos ayude. Podrías vender tu collar de rubíes para pagar las lecciones... No será lo mismo que tener a Benedict Nightingale... —Harriet pronunció el nombre con cautela—, pero peor es nada. Yo podría ir contigo para hacerte compañía. He echado muchísimo de menos oírte cantar. —Abrazó a su hermana—. Mi pájaro cantor. Mi alondra.

A Cynthia se le iluminó el rostro.

—Es una idea maravillosa, Harriet. No poder acceder a la sala de música ha sido el castigo más duro de todos. ¿Crees que podría cantar de nuevo?

—Puedes hacer todo lo que te propongas, Cynthia... Vámonos ya. Ahí fuera hay una nueva vida esperándonos, gente nueva en lugares nuevos. Eso es lo que quieres, ¿no?

Cynthia intentó sonreír.

—Sí, mi querida hermana. Más que nada en el mundo.

Harriet cogió la maleta, había agotado su poder de persuasión. No tenía nuevos argumentos que ofrecer a Cynthia. Si tenía que hablar un minuto más, estallaría en lágrimas desesperadas y exhaustas..., y las dos estarían condenadas.

—Entonces vámonos... Dentro de poco estos últimos meses habrán quedado atrás como una pesadilla.

Se pusieron los abrigos, se calaron los sombreros y miraron por última vez sus horribles dependencias. Luego bajaron tambaleantes las escaleras y salieron por las puertaventanas del salón. El césped se hundía bajo sus pies a medida que lo cruzaban. Una lechuza ululó y se lanzó sobre sus cabezas antes de precipitarse hacia el bosque en busca de una presa.

Harriet volvía a estar lívida de cólera y resentimiento. ¡En eso había acabado todo! Saliendo de Larkswood como delincuentes con la ayuda de una bondadosa criada y de un hombre al que nunca habían conocido. El trayecto a Londres sería largo, arduo y peligroso. Estaban transgrediendo todas las normas sociales al viajar las dos solas. Al apostar por la libertad y pretender llevar su propia vida independiente.

Al negarse a ser silenciadas.

Cynthia tiró del brazo de Harriet.

—Escúchame bien, hermana. Nos vamos de Larkswood pero no será para

siempre. Algún día volveré. Puede que estemos fuera durante años, pero juro que volveré. ¿Me has oído?

La cólera de Harriet salió borboteando a la superficie.

—¿Para qué regresar? Nos han aislado, ignorado y abandonado. A los perros se les trata con más compasión y comprensión. Yo me despido para siempre.

Cynthia se secó el rostro.

—¿Qué crees que harán padre y madre cuando se enteren de que nos hemos ido?

Harriet volvió la vista hacia Larkswood.

—Ni lo sé ni me importa. —Escupió hacia la casa. La flema amarilla quedó suspendida un momento en el aire y cayó sobre la hierba mojada—. ¡Eso es lo que pienso de ellos! —Alzó la voz y gritó a través de los jardines—: Nos habéis perdido para siempre... No solo a vuestro hijo, también a vuestras dos hijas... Nos habéis vuelto la espalda y ahora nosotras hacemos lo mismo. Arrojo una maldición sobre Larkswood y sobre todos los que la habitáis. Espero que os pudráis en el infierno, en su eterna condena.

Cynthia le aferró el brazo.

—¡Chiss, Harriet! ¿Y si te oyen y salen tras nosotras?

—¿Por qué demonios iban a hacerlo? Han hecho planes para deshacerse de nosotras, por el amor de Dios. No nos quieren en Larkswood, del mismo modo que nosotras tampoco queremos estar allí. —Bajó la voz—. Sé exactamente lo que harán esos dos, metidos en esa horrible cama que apesta a sudor y sexo. Madre se despertará. Levantará su bonita cabeza y le preguntará a padre qué era ese ruido. Él estará demasiado embotado por el sueño y el brandy para pensar con claridad. La atraerá hacia sí y susurrará: «Duérmete, amor mío. Solo es un zorro hambriento».

Se quedaron ahí paradas contemplando Larkwood, con la lluvia salpicándoles la cara, tiritando de frío y de miedo.

Larkwood House dormía en el silencio de los muertos.

Cynthia se volvió hacia Harriet y la besó en la mejilla.

—Dos zorras hambrientas —dijo—. Vamos, mi querida y valiente Harriet.
¿A qué estamos esperando?

—¡Señorita Louisa!

Betsy abrió la puerta de la casa tan impecable como de costumbre, con el cabello liso y brillante, su esbelta cintura ceñida con un cinturón.

—Esto sí que es una sorpresa. Qué alegría...

—Siento aparecer sin avisar.

—¡Tiene muy buen aspecto, señorita! Oí decir que se había quedado en Larkswood. Debe de estar pasándolo bien.

—Oh, sí. —Louisa apretó los dientes—. Ya lo creo.

—No ha ocurrido nada, ¿verdad? Me refiero a usted y al señor Hamilton...

—No exactamente. —Louisa titubeó, esperando que la invitara a pasar.

—Lo cierto es que... —Betsy señaló su bicicleta con la cabeza—. Estaba saliendo para ir a ver a un paciente. Si no podríamos haber tomado un té poniéndonos al día de las novedades.

—Entonces no la entretendré. —Louisa se arriesgó—. Solo quería preguntarle..., es una tontería, en realidad... He empezado a interesarme por mi familia, para hacer mi árbol genealógico.

—¿En qué puedo ayudarla?

—¿Hay alguien en el pueblo que conozca a los Hamilton desde hace tiempo? ¿Y que no chismorree si le hago preguntas personales sobre ellos?

Betsy la miró con un extraño brillo en los ojos.

—A la gente de aquí le encanta chismorrear, ¿verdad? Me atrevería a decir

que muchos podrían contarle cientos de historias jugosas, pero ninguna se acercaría a la verdad.

Titubeó.

—Ahora que lo pienso, hay alguien con quien podría intentar hablar. Se llama Agnes Chandler. —Betsy puso el bolso dentro de la cesta de la bicicleta—. Conoce a todo el pueblo, pero es una mujer muy sensata y nunca se entromete si no se le necesita. Vive en Summer Den, en una de las casas que rodean el pozo de los deseos. ¿Sabe dónde está?

Louisa asintió, ruborizándose al recordar.

—No es que vaya a invitarla a pasar. No se tienen noticias de que haya invitado a alguien a tomar una taza de té. Nuestra Agnes es estrictamente profesional. Aun así, si logra hacerle hablar resultará ser una mina de información. Merece la pena intentarlo.

Louisa tragó saliva, esperando contra toda esperanza.

—Pero ¿quién es ella, Betsy?

—Agnes Chandler es la comadrona del pueblo. Hace siglos que vive aquí. ¡Allí es donde empieza la acción cuando realmente importa! Buena suerte, señorita Louisa. Ya me contará cómo le ha ido.

Louisa regresó pedaleando a Larkswood, preguntándose qué aspecto tendría Agnes Chandler. Probablemente era alta y delgada como un fideo, con el cabello largo y lacio recogido en un moño tirante. Vestía ropa sencilla y práctica, y conducía muy deprisa si había una emergencia. Tenía una voz grave, y una forma de pronunciar las palabras clara y nítida, como si estuvieran recién lavadas.

Pero... ¿qué sentido tenía hacer conjeturas?

Por la tarde Louisa regresaría al pozo de los deseos, buscaría Summer Den y abordaría a la comadrona del pueblo sin más preámbulos.

Decidió ir andando. No podía pedalear por el césped, y el angosto sendero que conducía al pozo de los deseos estaba lleno de baches y cubierto de malas hierbas.

Resultó que estaba más lejos de lo que recordaba. La noche del Baile del Solsticio de Verano —que parecía haber sucedido siglos atrás, en un sueño feliz— había caminado cogida de la mano de Thomas, hablando y riéndose, oyendo únicamente su voz, consciente solo de estar cerca de él. Ahora todo era diferente, reinaba en el bosque una tranquilidad desconcertante con la vida que lo llenaba moviéndose bajo la superficie. Un pájaro carpintero empezó a picotear un árbol y Louisa dio un respingo. Las urracas parloteaban mientras volaban. Las ramas crujían bajo sus pies. En dos ocasiones el camino se bifurcó. Louisa titubeó sin saber cuál de los dos senderos estrechos seguir, combatiendo una dolorosa sensación de soledad.

Se detuvo en una tercera bifurcación y levantó la vista hacia el árbol más alto. Un gastado letrero de madera con una flecha señalaba *SUMMER DEN*.

Louisa se encontró al comienzo de una hilera de piedras colocadas a modo de pasadera. La casa que tenía ante sí estaba totalmente enclavada en las colinas de alrededor. En las ventanas se reflejaba la cálida luz dorada de la tarde. Dos gatos dormían al sol en el sendero. La puerta de la casa estaba entreabierta.

—¡Trout! ¡Mackerel! —gritó una voz—. ¡Es la hora de comer, caballeros!

El gato negro azabache bostezó y se estiró, luego vio a Louisa y se acercó a saludarla, enroscándose alrededor de sus piernas. Al gato atigrado de largo pelaje se le aguzaron las orejas y levantó la cabeza, pero se quedó tumbado en el suelo.

En la puerta apareció una figura con dos platos llanos. Llevaba una bata larga y suelta amarillo pálido. Sobre los hombros le caía una melena blanca. Levantó la mano para protegerse los ojos del sol y miró a Louisa.

—¿Qué desea?

Su voz sonó tan parecida a la que Louisa había imaginado que se le atascó la respuesta en la garganta.

—¿Y bien? —preguntó la mujer con más brusquedad—. ¿Se ha perdido?

—No. —Tímida y avergonzada, Louisa se inclinó para acariciar el gato.

La voz de la mujer se endureció.

—Si no se ha perdido y no desea nada, debo decirle que se encuentra en propiedad ajena. Tenga la bondad de dejar de acariciar a Trout y salir de mi jardín.

Dejó los platos en el escalón delantero. La porcelana golpeó la piedra. Los gatos sucumbieron al tentador olor y se acercaron a su comida.

—No me he perdido, pero le agradecería mucho su ayuda —dijo Louisa. Se acercó por el sendero—. Por favor... ¿Tiene unos minutos?

—Me temo que no. —Agnes Chandler se echó el cabello hacia atrás—. Es de lo más inoportuna. He estado cinco horas asistiendo un parto difícil. Una niña. Casi la perdemos. Por suerte ha sobrevivido, pero estoy agotada... ¿Por qué no me escribe?

Louisa se detuvo justo delante de ella.

Agnes Chandler la miró furiosa.

Louisa le sostuvo la mirada.

Luego cayó en la cuenta de que había visto a Agnes Chandler antes. Dos veces. Era la mujer de cabello blanco que la había adelantado en bicicleta, quejándose de su ineptitud, y que días después había hecho cola delante de ella en la farmacia. La mujer que en ambas ocasiones había llevado el mismo elegante uniforme azul, pero cuyo rostro contemplaba por primera vez.

—Es difícil ponerlo por escrito —balbuceó—, lo que me ha traído hasta aquí. Estoy indagando sobre mi familia. Han vivido en Larkswood durante

generaciones. Muchos han muerto, por supuesto, pero estoy particularmente interesada por dos miembros...

Le falló la voz.

—Me temo que nunca he estado en Larkswood y no puedo ayudarla —se apresuró a decir Agnes Chandler.

Pero Louisa no escuchaba. Miraba el rostro que tenía delante, petrificada ante un par de ojos que había contemplado cientos de veces antes en el cuadro. El color extraordinario era inconfundible: castaño claro con pequeñas motas doradas.

Se quedó boquiabierta. ¿Estaba soñando? ¿Imaginando cosas por la intensidad con que las deseaba?

Agnes Chandler suspiró impaciente. El gato negro azabache se acercó a sus pies y ella se agachó para cogerlo. Mientras lo hacía se le abrió la bata, solo un poco, lo justo para que Louisa lo viera.

Agnes Chandler tenía un pequeño lunar debajo de la clavícula.

Louisa se quedó estupefacta.

Agnes Chandler la miró con frialdad.

—¿Qué demonios le pasa, joven? —Marcó cada palabra como si Louisa fuera tonta—. ¿Está en un apuro?

Louisa se recobró súbitamente.

—Si me está preguntando si estoy embarazada —replicó, ruborizándose—, la respuesta es no.

Su voz recuperó el volumen normal. Estaba convencida de estar mirando a una de las jóvenes del cuadro.

—Tengo otra clase de problema.

—¿Y bien? ¡Suéltelo! ¿Qué tiene que ver conmigo?

—Verá que tiene relación con usted. —La voz de Louisa pareció hacerse

eco entre los abedules y los robles de las colinas de alrededor—. Estoy buscando a dos hermanas.

Agnes Chandler se puso rígida de forma casi imperceptible.

—Mi abuelo, Edward Hamilton, me dijo que sus hermanas habían muerto, pero yo no lo creo. Y creo que usted me está dando motivos para reafirmarme en mi opinión. Él debió de mentirme. Encontré un viejo retrato de familia...

—Louisa tomó una bocanada profunda de aire, estremecida—. El color de sus ojos... En el retrato, la joven alta y rubia tenía un lunar debajo de la clavícula... Me llamo Louisa Hamilton y creo que usted es una de mis tías abuelas. Solo espero...

Las valientes palabras murieron en la boca seca de Louisa.

Agnes Chandler la miró durante un largo y gélido momento, con una expresión nerviosa, indignada y finalmente aterrada.

—No está diciendo más que barbaridades. Me llamo Agnes Chandler y soy la comadrona del pueblo. Nunca he conocido a Edward Hamilton y no tengo ninguna intención de hacerlo. Váyase ahora mismo, sea quien sea. Tenga la amabilidad de dejarnos en paz a mí y a mis gatos.

Y con un amplio movimiento del brazo cerró la puerta en su cara.

Louisa se quedó inmóvil mirando la ranura del buzón de la puerta, sin saber si reír o llorar. Era la segunda vez en dos días que le decían que se largara. Pero en esta ocasión pisaba terreno más firme. Estaba convencida de que Agnes Chandler era una de las hermanas de Edward. Un miembro de su propia familia. Esos ojos dorados, el lunar, la forma del rostro: tenía la sensación de conocerlos mejor que los suyos. No era una mera coincidencia.

¿Debía aporrear la puerta? ¿Arrodillarse? ¿Suplicar que la dejara entrar?

Levantó la vista hacia las ventanas del dormitorio. ¿Vivían sus dos tías en

ese escondite mágico? ¿Tan cerca de Larkswood y al mismo tiempo tan lejos?

Pero era lógico, ¿no?

Si una de las dos estaba viva, ¿por qué no iba a estarlo la otra?

¿Y por qué una de ellas vivía y trabajaba haciéndose pasar por Agnes Chandler, sin que nadie del pueblo sospechara su verdadera identidad?

¿La otra hermana, Harriet, también formaba parte de la vida del pueblo?

¿Qué demonios estaba sucediendo?

Sintiéndose defraudada y confusa, Louisa se alejó por el sendero y, a tropezones, se acercó al río. Se arrodilló junto al pozo de los deseos, y al contemplar su rostro triste reflejado en el agua, se preguntó por un desconcertante instante quién era.

Sumergió los dedos en el agua fría. Tiró una moneda. Formuló tres deseos.

Qué boba había sido. Como si alguien en sus cabales pudiera creer todas esas patrañas.

Louisa golpeó el agua con el puño hasta que le chorreó la manga.

Rígida y cansada, sin apenas fijarse en el sendero del bosque, Louisa emprendió el regreso a Larkswood. Cenó sola en la sala de música. Escribió a Milly diciéndole que regresaría a Eaton Square al final de la semana. Luego, furiosa consigo misma, rompió la carta.

Si no volvía a casa de Agnes Chandler —o quienquiera que fuera esa mujer—, se pasaría el resto de su vida preguntándose. No podía renunciar ahora.

Ya que había llegado hasta allí, estaba resuelta a intentarlo de nuevo.

Se quedó sentada en la habitación en penumbra, armándose de valor. A las nueve corrió al piso de arriba, y se puso unos pantalones y un jersey abrigado. Con cuidado, cogió el precioso collar del fondo del cajón y lo dejó

caer dentro del bolso. Podía necesitarlo como prueba. Buscó la linterna que había escondido la noche del entierro del bebé.

Regresar andando a Summer Den en la creciente oscuridad iba a resultar difícil y peligroso.

Pero no imposible.

El cielo vespertino, repleto de cúmulos de estrellas y con un pálido fragmento de luna, brillaba sobre ella. Louisa apuntó el haz de la linterna hacia sus pies, iluminando la hierba empapada de rocío y el estrecho sendero irregular e impredecible, lleno de baches. En la ventana del piso de arriba de Summer Den había encendida una luz solitaria.

Louisa apagó la linterna. Recorrió el sendero y levantó el puño.

Aporreó la puerta.

«Ruido que despertaría a los muertos...»

La ventana se abrió.

Hubo un largo silencio.

Louisa no gritó, no alzó la cabeza.

La ventana se cerró de golpe.

Unos pasos bajaron pesadamente las escaleras.

La puerta delantera se abrió.

La mujer demacrada que tenía ante sí, con la frente arrugada, y la boca apretada y lívida, aparentaba muchos más años. Como si en el espacio de unas pocas horas hubiera envejecido diez años.

—Pensé que quizá volvería.

La voz de Agnes Chandler sonó sombría de resignación y desesperación.

—He estado a punto de tirar la toalla. —A Louisa le temblaban las piernas por el esfuerzo de caminar—. De pronto estaba resuelta a regresar a Londres.

Al demonio Larkswood, me he dicho. Al demonio el abuelo. Al demonio todos y todo lo que hay aquí...

—¿Y qué ha ocurrido?

—He cambiado de opinión. Tengo que averiguar quién es realmente usted. Así que he decidido hacer frente a la oscuridad, a los cazadores furtivos y a los zorros, y aquí me tiene. —Louisa respiró hondo, irguió la espalda y cerró los puños—. ¿Va a echarme de nuevo?

—Eres una joven resuelta, ¿eh? —La mujer retrocedió arrastrando los pies—. Al menos no has venido con mi hermano... Debo estar agradecida pues podría haber sido peor. —Abrió la puerta del todo y extendió un brazo—. Supongo que es mejor que entres, si no vas a aceptar un no por respuesta.

1939

Cynthia Hamilton-Chandler se presentó a sus exámenes finales de comadrona en Londres en 1920 con una jaqueca tan aguda y debilitante que cuando terminó, se tambaleaba al bajar las escaleras del edificio para regresar a su casa. Cuando a la mañana siguiente se despertó viendo borroso y discontinuo, le entró el pánico.

Aquella misma tarde consultó al óptico del barrio.

—Es un poco miope —le dijo—. Nada de lo que alarmarse, pero supongo que tanto estudiar no ha ayudado. Le recomiendo unas gafas Crookes con los cristales tintados. Quizá lo más adecuado para usted sea el verde pálido. Le proporcionarán una excelente protección terapéutica contra el resplandor del sol. Póngaselas siempre que salga a la calle. Tenga la seguridad de que las jaquecas disminuirán y con el tiempo cesarán... ¿Le gusta esta montura negra y redonda?

Tres semanas después, Cynthia salió a Finchley Road con sus gafas de cristal tintado. Al verse reflejada en un escaparate soltó un grito. Casi no reconocía a la mujer que le sostenía la mirada.

Fue entonces cuando tuvo la idea. Parecía increíblemente simple, ingeniosa y arriesgada. Apelaba a todo su ser. Supo al instante que tenía que llevarla a término hasta conseguirlo... o fracasar.

Pero tenía que intentarlo. No tenía otra opción. Quien nada arriesga, nada gana, se dijo mientras daba la espalda al reflejo de su imagen sorprendentemente nueva.

Aprovechó la oportunidad. Sintiéndose audaz y exaltada —con los estudios finalizados, los exámenes aprobados con unas notas excelentes, y tiempo libre a su disposición—, buscó la peluquería más cercana. Se despidió de sus rizos largos y cada vez menos abundantes. El corte moderno le llegaba a la altura del cuello. Un flequillo largo le ocultaba la frente. Cambió el castaño brillante por un rubio desvaído. Cuando cogió el autobús hacia Piccadilly, el conductor, que siempre bromeaba y le preguntaba cómo estaba, apenas la miró.

Ese primer año —1920— fue el más duro. Cynthia había contado con que lo sería. Después de la Gran Guerra y tras la muerte de su marido, Cynthia Hamilton-Chandler regresó al pueblo de Grayshott con otro nombre. Durante meses planeó hasta el último detalle de su disfraz. Se compró un flamante uniforme de comadrona una talla más grande, y en los pechos y las caderas se puso relleno que sujetó con vendas. Una ráfaga de viento otoñal le dio en la nuca, haciéndola tiritar. Pesarosa, se llevó una mano al cuello desnudo y se lo cubrió con una bufanda de lana. Timothy había adorado sus rizos largos y suaves. Los enrollaba en sus dedos manchados de nicotina, flirteando con ella antes de que hicieran el amor: en cualquier parte, esquivando las bombas, sin importarles el peligro. Cada vez podía ser la última. Añadía emoción pero dejaba un regusto amargo.

Cynthia se negaba a recordar. Todas las mañanas se miraba al espejo y repetía: «Eres Agnes Chandler», hasta que se lo creyó. Chandler era su apellido de casada; Agnes era como se llamaba su cuñada que vivía en Italia, a quien nunca había conocido. Cynthia respondía cuando alguien pronunciaba uno de los dos. Obsesivamente, practicó una firma osada con su nueva estilográfica Parker. Abrió una cuenta bancaria, firmando todos los

documentos con un florido ademán y enseñando los dientes con lo que esperaba que pasara por una sonrisa.

Cynthia Hamilton se convirtió en Agnes Chandler.

Aquella primera mañana viajó en tren de Waterloo a Grayshott llevando solo una pequeña maleta, vestida con un nuevo traje de tweed, con la boca seca y sin hablar con nadie. En Haslemere se subió a un taxi y, gruñendo con voz masculina, como si fuera algo que hacía cada día de su vida, dio instrucciones de que la llevaran al centro de Grayshott. Bajó por la calle del pueblo reconociendo la carnicería, la mercería, sin mirar a nadie a los ojos o a la cara, aterrada de que la saludara un viejo amigo.

Se negó a reconocer que tenía alguna conexión con Larkswood House.

Cuando encontró la casa de Norah, intentó no llorar con los recuerdos que abarrotaban su corazón y llamó a la puerta, rezando por permanecer en el anonimato.

Se abrió la puerta.

Durante un largo y maravilloso instante Norah la miró con una expresión vaga, sin una chispa de reconocimiento en los ojos; ni un atisbo de luz o calor que le curvara los labios.

Aliviada, Cynthia se rio fuerte. El ruido de su propio triunfo la sobresaltó. Se quitó su nuevo cloche de terciopelo marrón y se pasó los dedos por el cabello corto, estirándolo por las puntas.

—Hola, Norah querida. ¿Te acuerdas de mí?

Norah frunció el rostro de incredulidad. Se agarró el delantal. Se le doblaron las rodillas.

—Santo cielo... No puede ser... ¿Cynthia?

—Sí, Norah. ¡Soy yo! Pero ya no me llamo así. No debes llamarme nunca más con ese nombre.

—Mi querida niña... —Norah le hizo cruzar el umbral hacia el aroma de

algo que se horneaba—. No la habría reconocido ni en un millón de años... — Los sagaces ojos verdes la inspeccionaron con más detenimiento—. Son las gafas, el nuevo corte de pelo... Supongo que podría ser cualquiera.

Eso era todo lo que Cynthia necesitaba.

Fue entonces cuando supo que podía poner en marcha todo el plan.

—Cumplí cuarenta y dos años en verano —le dijo Cynthia.

Estaba sentada en el brazo del sofá destartalado, secando la cara de Norah y calmando sus manos temblorosas.

—He sobrevivido a todo. A mis padres, a no despedirme nunca de Edward, a trabajar como una esclava en el Savoy, a la guerra, a la muerte de mi marido. —Le escocían los ojos—. Y a perder a ya sabes quién... Me he convertido en una luchadora, Norah querida. Una verdadera soldado. Me han ofrecido un empleo en Grayshott como la comadrona del pueblo. Si tú eres mi espía vigilante y mi amiga secreta, creo que mi pequeña aventura podría tener éxito.

—¿Pequeña aventura? —Norah se levantó con esfuerzo—. ¡Y que lo diga! Está corriendo el mayor riesgo de su vida, mi querida niña... ¿Y si la descubren?

Cynthia levantó la vista hacia ella.

—Prepárame una taza de té y córtame un trozo de bizcocho. Con el estómago lleno podremos urdir una estrategia. Primero contemplaremos el fracaso y luego hablaremos del éxito.

—Pero ¿por qué? —Norah se plantó delante de ella con los pies separados, negándose a ceder—. ¿Por qué quiere volver aquí después de todo lo ocurrido? ¿Londres no es lo bastante bueno para usted? ¿Por qué correr un riesgo tan grande?

A Cynthia se le ensombreció la vista.

—Ya no tengo a nadie en Londres. Harriet está trabajando en Oxford. El cuerpo de mi Timothy ha sido devorado por las ratas en algún campo francés nauseabundo. —Se mordió el labio—. Aquí al menos te tengo a ti, Norah querida. Isabelle está enterrada en alguna parte. Tal vez algún día descubra su tumba... —Se levantó y la abrazó—. Y, quién sabe, quizá algún día entre de nuevo por tu puerta alguien que las dos queremos.

—Yo tampoco puedo dejar de esperar. —Norah se apartó bruscamente. Se alisó el delantal y se secó las lágrimas—. De acuerdo entonces. El té y el bizcocho.

—¿Y tu apoyo incondicional? No puedo hacerlo sin ti.

—Eso se da por sentado, mi querida niña. Estaré aquí para usted a cualquier hora del día y de la noche.

Cynthia buscó por todo el pueblo una casa adecuada. Necesitaba algo privado, un poco apartado de todo. Entonces encontró Summer Den. Era perfecto. Aislado pero accesible si la gente necesitaba localizarla en un caso de emergencia. Reunió todo el dinero que Timothy le había dejado y compró la casa. Los pocos muebles que tenía en Londres viajaron en un viejo camión para proporcionarle un nuevo hogar.

Nunca había sido propietaria y era una sensación maravillosa. Tenía plena libertad para subir y bajar bailando las escaleras de madera o columpiarse de las viejas vigas de roble. Nadie podía llamarle la atención por su comportamiento o decirle qué comer, cómo vestir o cuándo acostarse.

¡Libertad!

En su día, preparó con minuciosidad sus títulos médicos. El Ministerio de Sanidad le había concedido una beca para estudiar. Hizo todas las prácticas necesarias, lo que le llevó dos años. Luego se presentó a los exámenes —

escritos, orales y prácticos— y obtuvo un certificado en toda regla del Cuerpo de Comadronas Titulares. Lo agitó en la cara de la gente, con el nombre AGNES CHANDLER con letras lo bastante grandes para que se vieran a primera vista. Después de entrevistarla, las autoridades locales de Hampshire le ofrecieron un empleo y un sueldo decente.

Casi veinte años después, en 1939, ganaba trescientas libras al año. No estaba mal. Sin duda se lo merecía. Había ahorrado hasta el último penique para comprarse un Austin Ten. Le había costado ciento setenta y cinco libras, pero valía su peso en oro. Se ponía en marcha enseguida, y era fiable y silencioso cuando aparecía a las dos de la madrugada para traer a otro bebé al mundo.

Cynthia resultó ser una comadrona excepcional. Nunca se le murió ningún bebé aparte del suyo. Los recuerdos de esa noche aciaga todavía atormentaban sus sueños, y la hacían aún más sensible a las necesidades de las mujeres. Se convirtió para siempre en la eficiencia y la discreción personificadas. Guardó las distancias. Se negó a chismorrear. Rechazó con unas cuantas frases bien escogidas y adecuadamente ariscas a todos los caballeros que acudieron a su puerta. Nunca volvieron a intentarlo. Si alguien se lo preguntaba, Cynthia respondía que su marido había muerto en la Gran Guerra, lo que era verdad. La gente chasqueaba la lengua; le daban el pésame. Norah le dijo que la noticia había corrido por el pueblo como un reguero de pólvora. Después de eso la gente dejó de preguntar. Agnes Chandler no era ni mucho menos la única viuda de guerra que vivía en Hampshire.

Hacia finales de 1920 Cynthia estaba más tranquila. Engordó un poco y se quitó unos cuantos vendajes. Dejó de saltar como un gato asustado cuando

llamaban a su puerta, como a menudo hacían, pidiendo una comadrona. Los teléfonos privados escaseaban.

Una noche que Norah fue a verla a Summer Den con uno de sus *chutney* caseros, le comentó:

—Felicidades, mi querida niña, creo que se ha salido con la suya. No he oído a nadie dudar ni por un instante de su identidad. Y créame que me habría enterado.

Los chismosos del pueblo encontraron a otras mujeres a las que difamar. Agnes Chandler tenía todas las de ganar, pues era tan necesaria como el cartero o el chico de la carnicería. Las madres dependían de ella. El médico, un zoquete un poco pomposo y siempre saturado de trabajo, le agradecía la ayuda. Casi todas las jóvenes se sentían demasiado intimidadas para hablar con él. Agnes Chandler les daba exactamente lo que necesitaban: un hombro sobre el que llorar cuando todo iba mal. La voz de la experiencia cuando estaban por primera vez en estado. Traía niños al mundo sin hacer ningún juicio o comentario. Cuidaba de las madres y de los recién nacidos durante unos quince días. La gente del pueblo siempre sabía dónde encontrarla. Fiable como un reloj y tenaz a más no poder, Agnes Chandler era la perfección en uniforme.

Con gran deleite Cynthia descubrió que a los niños les gustaba estar con ella. Los bebés dejaban de llorar cuando ella los cogía en brazos. Les gustaba su sonrisa, y a menudo dejaban de berrear para examinarla. El aliento que le infundían esas criaturas la ayudó a sobrellevar la culpa. Al menos sabía que estaba haciéndolo bien con los bebés de otros, aunque ella hubiera fracasado rotundamente con el suyo.

Cynthia se relajaba a solas en su casa. Se sentía más feliz, más confiada y segura. Echó raíces. Compró dos gatos a un granjero vecino. Los llamó Trout

y Mackerel, lo que la hacía reír. Vivieron diez años. Cuando murieron los reemplazó manteniendo sus nombres. Tres veces. La pareja que tenía ahora, como las demás, le hacía compañía al final de una dura y larga jornada de trabajo. Dormían sobre su cama y se peleaban por el cojín más blando. Mackerel, más grueso y fuerte, siempre ganaba. El típico macho.

En enero de 1922 Cynthia respiró hondo y se tomó tres días libres, dejando a una suplente. Cogió el tren a Waterloo, fue a Harrods y se compró un piano. Solo era un pequeño piano vertical, un instrumento de cafetín, pero se enamoró de él. Pidió a los repartidores que lo pusieran en el salón, contra la pared.

Se enseñó a sí misma a tocar de nuevo.

Al principio se notaba los dedos agarrotados, pero poco a poco se soltó. Se obligó a practicar arpeggios todos los días durante una hora. Los gatos se acercaban para escucharla.

Una bonita y fresca mañana de primavera Cynthia empezó a cantar. Madrigales, villancicos de Navidad, *lieders* alemanas, canciones que habían mantenido vivos el alma y el espíritu durante la Gran Guerra. Schumann, Schubert, Beethoven. Canciones del exilio y de nostalgia acudieron en tropel a su memoria. Su voz sonaba un poco ronca y no lograba alcanzar las notas más altas, pero ¿qué importaba? Una cantante profesional nunca dejaba de serlo. Era como montar en bicicleta, nunca se olvidaba.

Incluso cantó «Alondra», ese pequeño poema compuesto por ella al que le había puesto música cuando había sentido ganas de suicidarse ante la perspectiva de no volver a ver más a Benedict Nightingale. Recordaba cada una de las palabras y las notas.

Aquella primera mañana, cuando dejó de cantar, las lágrimas le caían por el rostro. Quería cantar a Benedict. Nadie había sabido cuánto lo había adorado. Quería cantar a Edward, para disculparse, justificar, expiar. Echaba

de menos a Timothy, el tacto de sus manos en el cuerpo, sus dedos enrollados en el cabello.

Incluso echaba de menos a su hermana Harriet: seria, disciplinada, valiente, enérgica.

Los gatos se levantaron para consolarla y se le enroscaron alrededor de las piernas.

Allí estaba Agnes Chandler, diecinueve años después, completamente afincada, con sus gatos, su piano, su carrera de comadrona. Prácticamente la vida perfecta, aunque un poco solitaria. Luego, una mañana de enero de mucha nieve, se encontró por casualidad a Norah Saunders fuera de la carnicería.

—Ese hermano suyo —le dijo agarrando sus costillas de cerdo sin apenas mover la boca, dejando que los copos se le posaran sobre las pestañas, sobre los labios amoratados del frío—. ¿Lo recuerda? Ha vuelto. Está viviendo en Larkswood.

A Cynthia le palpitó con fuerza el corazón. Notó cómo le golpeaba las costillas. Por las venas le corrió una sensación de vergüenza, miedo, emoción, terror...

Se encogió de hombros, intentando restarle importancia.

—Caramba. ¿Y por qué ahora? No se molestó en acudir a los funerales de madre o padre. ¿Qué lo habrá traído?

—Tal vez la añoranza. —A Norah le castañeteaban los dientes del frío—. Quizá después de todos esos años en la India estaba desesperado por volver a ver la casa.

Agnes Chandler nunca se había atrevido a acercarse a Larkswood, ni siquiera con otro nombre e identidad. Alguien podía verla y preguntarse qué demonios hacía la comadrona del pueblo merodeando por los jardines.

—Le doy dos meses como mucho —dijo—. Edward no será capaz de aguantar en esa vieja y lúgubre casa llena de corrientes de aire, cañerías heladas y chimeneas que se apagan en cuanto las encienden. La venderá y volverá a Bombay. Me apuesto cualquier cosa.

Unas semanas después, cuando se hubo fundido la nieve, Cynthia pasó en coche por delante de Larkswood al regresar a su casa a las diez de la noche. Picada repentinamente por la curiosidad, aparcó junto a los árboles, se bajó del coche y recorrió sin hacer ruido el camino de entrada. Vio las luces encendidas de la casa. Se imaginó a Edward sentado frente a la chimenea. En aquel momento habría dado cualquier cosa por verlo de nuevo, aunque solo fueran cinco minutos. Para decirle, mejor dicho, demostrarle, que estaba viva.

Para ver su rostro.

Luego se enteró de que la más joven de las Hamilton estaba convaleciente en Larkswood. La nieta de Edward, le dijo Norah. Pasó por su casa para venderle mermelada de fresa. Solo quería advertirla; al parecer Edward se proponía quedarse.

Cynthia sintió un atisbo de inquietud. No un bajón o una sacudida. Tampoco una noche de insomnio. Nada de lo que asustarse. Pero se preguntó cuánto tiempo sería capaz de mantenerse a distancia. ¿Qué pasaría si ella se armaba de valor y se acercaba?

Al regresar una tarde de la farmacia vio a Edward en su Rolls-Royce. Había engordado, y su cabello abundante se había vuelto plateado, pero seguía siendo un hombre increíblemente atractivo. De pronto Cynthia oyó resonar en los oídos su hermosa voz. Recordó las últimas palabras que le había dicho en Larkswood: su gentileza y su preocupación. Casi podía oler el jabón especial que usaba.

Al verlo, se puso como la grana y se tambaleó en la bicicleta, y casi terminó en la zanja. Edward casi no reparó en ella. El automóvil pasó ronroneando suavemente por su lado. Bueno, ¿por qué iba a molestarse en mirar dos veces? ¿Una enfermera con uniforme yendo en bicicleta, con el cabello blanco recogido en un moño y unas gruesas gafas resbalándose de la nariz?

¿Qué podía significar para él?

Los chismorreos del pueblo solo se volvieron maliciosos cuando Thomas Saunders llevó a Louisa Hamilton al Baile del Solsticio de Verano. Llegaron juntos, casi no bailaron con nadie más y se fueron cogidos de la mano. ¡Inseparables! Todo el mundo hablaba de ello. Era exactamente la clase de escándalo que hacía las delicias de los lugareños.

Cynthia se encontró a Norah por la carretera. Se detuvieron para charlar.

—No va a creerlo. —El rostro normalmente sereno de Norah temblaba de la agitación—. Mi Thomas se ha enamorado de Louisa Hamilton. Se está buscando un desengaño, de eso estoy segura. Podría haber tenido a cualquier chica bonita del pueblo. Pero no, ha tenido que escogerla a ella. ¿Qué voy a hacer con el chico? Nunca lo había visto así. Está trastornado.

—Solo será un enamoramiento pasajero, Norah querida. —Cynthia adoptó su tono tranquilizador de comadrona. Le salió con facilidad—. Un idilio de verano. No puede durar. No con la guerra que se avecina. Ella se encargará de destruir los dulces sueños de todos... Por cierto, ¿puedo comprarte esa deliciosa mermelada de fresas?

Una tarde Cynthia salió a dar de comer a los gatos. Estaba cansada. Acababa de darse un baño, que era lo que necesitaba. No iba vestida. No llevaba las gafas. Tenía el cabello mojado y suelto por la espalda.

La chica estaba al final del camino. Cynthia sabía quién era. La había visto por el pueblo; alguien le había señalado a Louisa Hamilton. Pero fingió no saber nada.

Luego, con un gran sobresalto, se dio cuenta de que Louisa Hamilton había logrado lo que nadie en todo el pueblo había podido hacer. La había reconocido.

¡Ese viejo retrato de los tres hermanos con sus mejores galas de verano! ¿Quién habría creído que sobreviviría? ¿Quién habría imaginado que la chica había visto ese maldito cuadro? ¿Que había sumado dos más dos y llegado a la verdad?

Cynthia casi se desmayó.

Se le doblaron las rodillas.

Le entró el pánico.

Con el corazón en la boca, le cerró la puerta en la cara.

Subió con paso pesado las escaleras tropezando con la bata, con el pelo cayéndole sobre los ojos. Miró por la ventana para asegurarse de que la joven se había ido. Luego entró en el dormitorio e intentó decidir qué hacer.

No podía quedarse en Summer Den.

¿Y si la joven hablaba con Edward?

¿Y si regresaba al día siguiente?

¿Y si lo hacía acompañada de Edward?

Agnes Chandler había sido desenmascarada.

Cynthia empezó a meter ropa en una maleta. Tendría que irse a primera hora de la mañana. Iría en coche a la casa de Norah y le contaría lo ocurrido. Le daría unas llaves de Summer Den, y le pediría que vigilara la casa y cuidara de los gatos.

Luego buscaría un suplente y se dirigiría en coche a la costa. Tomaría el

aire marino. Se registraría en una pensión con otro nombre. Se convertiría en una fugitiva.

Antes de que la resuelta Hamilton prosiguiera con ese asunto.

Antes de que esa sobrina nieta suya regresara.

1939

Agnes Chandler condujo a Louisa a una gran cocina y encendió la luz. La habitación estaba tan limpia y ordenada que podría haber pertenecido a cualquiera.

—Siéntate. —A la mujer le tembló la voz—. No sé tú, pero yo necesito una taza de té bien cargado.

Se volvió para llenar de agua el hervidor.

Louisa decidió mostrar todas las cartas. No quería pasar la siguiente media hora intercambiando palabras corteses. Quería que la mujer de la bata le dijera la verdad.

Introdujo la mano en el bolso y sacó el collar. Sobre la lisa y fría superficie de la mesa de madera de pino dejó las piedras preciosas: púrpura, azur y negro azulado brillando a la luz.

Agnes Chandler se volvió desde los fogones. Bajó la vista hacia la mesa. La taza que tenía en la mano cayó al suelo con estrépito y se hizo añicos.

—¡Santo cielo! ¿Dónde demonios lo has encontrado? —Lívida, se acercó con los brazos extendidos como una sonámbula a la joya que brillaba con el calor de un fuego de invierno—. Era de Harriet. Me dijo que se lo habían robado en Londres.

—Si era de Harriet, usted debe de ser...

—Cynthia. —Agnes Chandler se dejó caer en una silla—. Soy Cynthia Hamilton... Resulta extraño pronunciar mi nombre... Pero ¿dónde lo encontraste...?

—¿Recuerda el incendio? Thomas Saunders y yo fuimos a Lover's Cross después para comprobar los daños que había sufrido el bosque. Encontré una caja metálica. Se había descolocado con el agua de las mangueras de los bomberos. Dentro estaba el collar. —A Louisa le tembló la voz—. Junto con los huesos de un bebé.

—Lover's Cross... —A Cynthia Hamilton se le saltaron las lágrimas—. ¿Mi niña, mi Isabelle, estaba enterrada en Lover's Cross?

—¿Así era como se llamaba? ¿Isabelle? —El nombre sonó triste e indefenso.

—Sí. Durante los pocos minutos que la sostuve en mis brazos. Era tan diminuta... Y tan silenciosa. —Miró a Louisa—. No puedes imaginarte el dolor.

—¿Puedo intentarlo! —Louisa se echó hacia delante. Cogió las manos de Cynthia entre las suyas—. He encontrado a una tía abuela. ¿Su hermana sigue viva?

—Hace años que no hablamos. —La voz de Cynthia se endureció—. Pero no es fácil acabar con Harriet. Me habría enterado si la hubiera palmado. Soy su pariente más próximo.

Cynthia encendió la chimenea de la sala de estar. Tomaron un té sentadas en unas butacas bajas mientras hablaban de la niñez en Larkswood, lo poco que sus hermanos y ella habían visto a sus padres, cómo cambió su vida la noche que Cynthia cumplió dieciocho años.

—Estaba profundamente enamorada de mi profesor de música, Benedict Nightingale. Nadie lo sabía. Intenté mantener oculta mi pasión y no le hablé a nadie de ello. Sabía que si mi padre sospechaba algo, le prohibiría seguir dándome clases.

»Pero en cuanto entró Benedict en la sala de música aquella primera

mañana, supe que él cambiaría mi vida. Yo me puse a tocar el piano mientras lo esperaba. Al oír el coche detenerse en el camino el corazón me palpitó con fuerza. Él cruzó la habitación hacia mí e hizo una rápida inclinación. Vi cómo me examinaba de arriba abajo, reparando en mi estatura y en mi peso, en el gesto de mi cabeza, en la longitud de mi cuello. “Tengo entendido que tiene una bonita voz, señorita Cynthia”, me dijo. “Cante algo para mí, un tema que ame. Entréguese en cuerpo y alma.”

»Y a partir de ese momento siempre me entregué en cuerpo y alma al canto. Cuando no daba clase con la institutriz o montaba a caballo, practicaba para Benedict. Vivía para el tiempo que pasaba con él. Seguía todos sus consejos y no pensaba en casi nada más. Llevaba pañuelos para protegerme la garganta. Si tenía un principio de resfriado o dolor de garganta, guardaba silencio. Empecé a aprender arias de las óperas famosas, las difíciles y ambiciosas, esperando convertirme algún día en una cantante profesional.

»La noche de la fiesta bajamos al lago bajo un cielo estrellado. Lo llevé a la caseta para botes, y le dije que lo amaba y que quería que hiciéramos el amor. Él había bebido mucho champán y no pudo negarse. Pero dos días después aceptó un empleo en Milán. No tenía ni idea de que yo estaba embarazada de su hija.

—¿Cómo murió Isabelle?

La respuesta de Cynthia llegó bruscamente, con las mandíbulas apretadas por el dolor.

—Nació muerta.

—Pero si hubiera vivido, ¿cómo habrías cuidado de ella?

Durante un largo instante Cynthia miró el fuego.

—Supongo que ahora que nos conocemos y te he contado esto, hay algo que debes saber. —Se ruborizó ante el doloroso recuerdo—. Esa noche nació otra criatura. Tuve gemelos.

—¿Cómo?

—Un niño. Nació veinte minutos después de Isabelle. Lo llamé William, y era pequeño pero fuerte, un verdadero luchador. Sobrevivió. Se lo di a Norah. Un año después ella tuvo un hijo propio, el padre de Thomas, George. Los crio como si fueran hermanos.

A Louisa se le erizó la piel. Entonces Norah había estado involucrada...

—Harriet nunca se enteró de la existencia de William, al menos no en ese momento porque cuando nació ella estaba corriendo por el bosque, buscando una tumba para Isabelle. Edward y yo pensamos que la pobrecilla ya había tenido suficiente. No queríamos que hablara con Norah de él o que fuera a verlo. Sabíamos que no habría sido capaz de mantenerse lejos. Y una vez que empecé a ocultarlo tuve que continuar haciéndolo. No me permitieron ver nunca a William. Norah se lo llevó con toda rapidez y eso fue todo.

—Debió de ser muy duro...

—Era la única manera. Aunque de poco sirvió. Cuando mis padres se enteraron de que yo había tenido un hijo, nos trataron como a leprosas. Harriet y yo logramos escapar a Londres con ayuda de Norah. Su hermano Jack nos buscó un empleo en el hotel Savoy.

—¿Cómo lo sobrellevaron?

—Con gran dificultad pero lo logramos. Cuando llegamos éramos apenas unas crías, sin nada de experiencia, y nos marchamos diecisiete años después convertidas en mujeres maduras. El Savoy se enorgullecía de ser el mejor hotel de Londres. Tenía los mejores chefs y se llevaba de manera impecable. Richard D'Oyly Carte era un propietario amable y considerado, y tenía un personal devotamente leal. Él a menudo se paseaba por el hotel, asegurándose de que sus empleados estaban contentos. Si no era así, les daba unos cuantos soberanos para que pasaran una semana junto al mar.

»Había cientos de habitaciones, sesenta y siete dormitorios y bonitas suites

con vistas al Támesis. Siempre estaba lleno de miembros de la familia real, como el príncipe de Gales y actores como Henry Irving y Sarah Bernhardt. También había estadounidenses ricos. Adoraban el Savoy. Los Vanderbilt y los Stuyvesant, el gobernador de Arizona, los Guggenheim. El hundimiento del *Titanic* no pareció quitarles el gusto por los transatlánticos gigantescos.

»Era un trabajo muy duro, desde luego, pero Harriet y yo nos acostumbramos. Limpiar sin parar, ser serviciales, las largas jornadas. El empleo nos mantenía ocupadas, nos proporcionaba comida y ropa, y estábamos seguras. Nos dio independencia y confianza. Uno de los mayordomos nos enseñó a conducir. Esa sola habilidad nos abrió nuevas puertas y nos permitió dejar el servicio doméstico. Eso, y el hecho de que nos vimos de pronto envueltas en un interés totalmente nuevo: el sufragio para las mujeres.

—¿Cómo ocurrió?

Cynthia se levantó para echar más leña a la chimenea. Las llamas cobraron vida. Los gatos se movieron y bostezaron en su cesta.

—Llevábamos un año en el Savoy cuando le pedí a Jack que me buscara un profesor de canto. Había ahorrado todos los sueldos y las propinas, y me entraron ganas de cantar de nuevo. Encontramos a Adam Norrington. Había impartido clases durante años en el Covent Garden y conocía a todas las divas. Adam tenía una casa en Park Walk, en Chelsea. Harriet y yo solíamos ir allí todos los miércoles por la tarde.

»Mientras yo cantaba para Adam, Harriet se hizo amiga de su hermana pequeña, Edith. Ella estaba muy metida en un grupo de sufragistas, y poco a poco nos involucramos en sus vidas. Íbamos a los mítines en Caxton Hall. Hacíamos campaña de puerta a puerta. Más tarde algunas de las mujeres se volvieron muy militantes. Rompían escaparates, rajaban cuadros famosos en galerías de arte, interrumpían juicios y lograban que las detuvieran. Se

negaban a pagar las multas y a menudo las arrestaban. Yo desaprobaba totalmente esa conducta. Esa no era forma de conseguir que los hombres nos respetaran, y nos permitieran tener la dignidad y la igualdad que merecíamos.

»Una noche arrestaron a Edith. Pasó tres semanas en la prisión de Holloway en huelga de hambre. Regresó a Chelsea débil como un gatito. Harriet pasó todo el tiempo que pudo cuidándola. Las historias de Edith sobre los métodos para obligarla a comer eran demoledoras. Tubos de goma que les metían por la nariz hasta el estómago. Era espantoso. Harriet se puso furiosa. No había cuidado a nadie desde que me había atendido a mí tras el nacimiento de Isabelle. Cuidar de Edith reavivó su interés.

»Mientras tanto cantar se convirtió sencillamente en mi pasatiempo preferido. —Cynthia señaló el piano con el teclado abierto, partituras esparcidas por el suelo—. Todavía toco y canto cuando tengo tiempo, ¡pero ahora solo para los gatos!

—¿Cómo lograron dejar el Savoy?

—Jack nos encontró un piso de alquiler en West Hampstead. Disfrutamos el reto de tener nuestro propio hogar. El piso era diminuto y húmedo, pero nos pareció que era el cielo en la tierra. Cuando nos mudamos no sabíamos ni preparar un huevo duro. Norah se quedó un tiempo con nosotras. Nos enseñó a cocinar, y nos indicó a qué tiendas ir y qué comprar. Luego dejó que nos las arregláramos solas y fuimos tirando.

»Cuando estalló la Gran Guerra en agosto de 1914, Harriet tenía treinta y tres años y yo treinta y cinco, y nos ofrecieron conducir ambulancias de la Cruz Roja. Allí empezó nuestra verdadera pasión por la enfermería. Estábamos preparadas para hacer cualquier cosa, trabajar todas las horas que Dios quisiera. Fue una maravillosa forma de aprender.

Louisa empezaba a encontrar agradable a su delgada y hosca tía abuela.

—¡Qué valientes!

—La guerra lo cambia todo. —Cynthia atizó los leños con el rostro encendido de tanto hablar—. Cosas que creías que nunca sucederían se convierten en algo corriente... Fue un shock salir al mundo real, tener una casa propia que llevar y todas las facturas que pagar. Cuando más tarde empezó a escasear la comida, hacíamos colas para comprar una barra de pan o una jarra de leche.

»Por primera vez tuvimos vecinos de verdad. En Londres había un intenso sentimiento antialemán, y en la casa de al lado vivía uno que se llamaba Hans. Estaba casado con una mujer inglesa y tenían dos hijas. Era dueño de una carnicería de carne de cerdo en Finchley Road, y la gente empezó a tirarle ladrillos al escaparate. Luego averiguaron dónde vivía y le deslizaron mensajes atroces por debajo de la puerta. Una mañana él y su familia desaparecieron. Nunca supimos adónde habían ido... y no volvimos a verlos.

—¿Cómo era Londres durante la guerra?

—Aterradora.

Uno de los gatos se desperezó y se acercó a Cynthia. Ella se inclinó para cogerlo y, acunándolo en sus brazos para que estuviera cómodo, ocultó el rostro en su pelaje.

—Trabajábamos día y noche cuidando de los soldados heridos. Nunca sabíamos si sobrevivirían las siguientes veinticuatro horas. Una noche vi un zepelín iluminado por los haces de los reflectores que se entrecruzaban en el cielo. Ese enorme objeto plateado se cernía sobre nuestras cabezas como un pez gigante. De pronto hubo un destello de luz y se oyó una horrible explosión. El zepelín había estallado, cobrándose la vida de todos los que viajaban dentro. —Cynthia se encogió de hombros—. Así es la guerra. Era o nosotros o ellos, pero aun así era espantoso presenciarlo.

»Por supuesto, a veces de lo malo sale algo bueno. Una noche de marzo de 1918 conocí a un soldado en un bar. Timothy Chandler. Nos enamoramos

locamente. Al cabo de un mes nos casamos. Durante seis semanas maravillosas fui su mujer. Luego lo mandaron de nuevo al frente... y murió en combate.

»Cuando terminó la guerra, para conservar la cordura, me saqué el título de comadrona. Y aquí estoy.

Louisa se echó hacia delante en su sillón con impaciencia.

—¿Y dónde está Harriet?

Los ojos dorados de Cynthia se ensombrecieron.

—Está viviendo en Oxford. No la he vuelto a ver desde que me vine aquí en 1920. Lo último que supe de ella es que la habían ascendido al puesto de supervisora en la Enfermería de Radcliffe. —Se le empañó la voz de lágrimas sin derramar—. Tuvimos una discusión muy acalorada en Londres.

—¿Sobre qué?

—Sobre mi hijo. En 1915, cuando él cumplió dieciocho años, Norah le dijo a William quién era en realidad. Ella nos había escrito cada semana desde que nos fuimos de Larkswood. Las cartas siempre iban dirigidas a mí, llenas de noticias y cotilleos. Lo que Harriet no sabía era que Norah me enviaba noticias sobre William en una hoja aparte.

»Según Norah, William siempre se había sentido diferente, como si faltara alguien en su vida. Un día, después de darle mucho la lata, Norah le contó que yo era su madre biológica, y que su hermana gemela había nacido muerta... Él huyó al bosque. Durante más de una semana se negó a hablar con nadie. Luego apareció en la cocina de Norah con el uniforme militar.

»La pobre tuvo una gran conmoción. William siempre había sido pacifista. Él le dijo que se había alistado y que se marchaba al día siguiente. Su hermano menor, George, ya se había alistado y lo habían dado por desaparecido. William se proponía encontrarlo. Pero antes de irse obligó a Norah a darle mi dirección de Londres. Estaba resuelto a conocerme.

»Norah me avisó de la llegada de William con veinticuatro horas de antelación. Yo fingí que tenía migrañas. Harriet se fue a trabajar. —La voz de Cynthia se ahogaba entre sollozos—. Así fue como conocí a mi hijo de dieciocho años por primera y última vez. Fue el día más extraordinario de mi vida.

—Cuéntamelo.

—Llamaron a la puerta y allí estaba él, de pie en el umbral.

—¿Lo habría reconocido si se lo hubiera encontrado por la calle?

Cynthia titubeó.

—Probablemente no. Era altísimo. Iba con un uniforme militar flamante que no era de su talla. Los hombres uniformados pueden parecer... anónimos. Yo estaba tan nerviosa que temí echarme a llorar. Recuerdo cuando oí por primera vez su voz. Fue una sensación extraordinaria, un gran alivio. Tuvo que repetirme una y otra vez que era mi hijo.

—¿Qué hicieron?

—Teníamos tan poco tiempo. Tomamos un café en mi piso y hablamos sin parar, cogidos de la mano, intentando rellenar a toda prisa los años entre medio. —A Cynthia le brillaron los ojos al recordar—. Luego salimos para comer algo por Hampstead. Solo un huevo con patatas fritas, pero me supieron a gloria. No podía dejar de mirarle las manos, el pelo, la cara. Quería grabar para siempre el recuerdo de las horas que habíamos pasado juntos... Luego fuimos a Hampstead Heath sin hablar y, cogidos del brazo, contemplamos las mismas vistas de Londres y nos vimos por primera vez en plena luz del día. —Se mordió el labio—. Y todo se acabó. Él me acompañó hasta mi calle. Se inclinó para besarme en la mejilla. «No voy a decirte adiós. No después de esto. Cuídate», me dijo. —Cynthia guardó silencio un instante, luchando por contener las lágrimas—. Y vi cómo se alejaba.

—Entonces ¿no has vuelto a verlo?

—No. Mi William..., nuestro William... se alistó en el ejército al día siguiente. Mientras tanto habían encontrado a George vivo y lo mandaron a casa para que se repusiera. Pero siete meses después Norah recibió una segunda carta nefasta. William había desaparecido en acción y se creía que había muerto. Hasta hoy espera..., las dos esperamos... que aparezca algún día por la puerta.

—¿Por qué discutió con Harriet entonces?

—Ella me sorprendió leyendo la carta de Norah. Yo estaba llorando, y me arrancó la hoja de papel de las manos y la leyó. Yo estaba harta de todo. De la guerra, del trabajo desesperadamente duro de enfermera, de la falta de sueño, de la farsa que había mantenido durante todos esos años. La noticia de la desaparición de William fue la gota que colmó el vaso.

»Harriet me dio una bofetada. Me dijo que nunca me perdonaría que le hubiera ocultado que había tenido gemelos. Yo le dije que quería regresar a Larkswood, por si William, por algún milagro, volvía a casa; tenía que estar allí por él. Ella me dijo que si regresaba nunca volvería a hablar conmigo.

—¡La obligó a escoger!

—Pretendía que siguiera fingiendo que el pasado nunca había existido. Pero cuando mi marido murió heredé un dinero. Lo suficiente para comprar esta casa. Yo sabía el riesgo que corría al regresar al pueblo. También sabía que al hacerlo me acercaba a mis hijos.

—¿Harriet se casó?

—No. —Cynthia hizo una mueca—. Ha odiado a los hombres toda su vida de adulta. Siempre ha tenido muchas amigas íntimas. Después de enterrar a Isabelle no quiso tener hijos propios.

»Durante la guerra estuvo asombrosa. Tan valiente y atrevida como cualquier hombre. Era capaz de entrar corriendo en un edificio en llamas para rescatar a alguien que había quedado atrapado. Así conoció a Dorothy, la

mujer con la que vive ahora. Dotty es mucho más joven, pero lleva la casa por ella... Se adoran...

»Solían llamar a Harriet “Harry el Héroe”. Regresaba al cuartel general de la Cruz Roja magullada, agotada y cubierta de hollín, pero triunfante por haber logrado salvar otra vida. La guerra acabó, pero el nombre de Harry le quedó.

Con unos pantalones de tweed y una rebeca azul marino, Cynthia acompañó a Louisa a Larkswood. Se detuvo en lo alto del camino, donde los árboles ocultaban el coche.

—Debo preguntarte algo... ¿Qué hiciste con Isabelle? ¿La enterraste de nuevo en Lover’s Cross?

—No. —A Louisa se le secó la garganta al recordar—. La traje a Larkswood. Cavé una nueva tumba al lado de la caseta para botes. Debería haber acudido a la policía, pero no sabía quién podía estar involucrado en su muerte. Thomas me dijo que no quería mezclarse. —Le falló la voz—. Y no me vi con fuerzas de enfrentarme con Edward. De modo que opté por el camino cobarde.

—Debo ir a honrar su memoria... Más vale tarde que nunca. —Cynthia aferró el volante—. Tú... no me delatarás, ¿verdad? Me refiero a mi identidad como Agnes Chandler. ¿Me guardarás el secreto?

—Por supuesto.

—Norah es la única persona en el pueblo que sabe quién soy. Y ahora Thomas. Pero eso ya lo sabías.

Louisa meneó la cabeza con aire afligido.

—Rompimos. Él no pudo soportar que me llevara la caja de Lover’s Cross. Me dijo que sabía quién era la niña, pero que se negaba a decirme nada más.

Yo me puse furiosa. Me dejó... y luego dejó Larkswood. Edward le tenía mucho aprecio...

—Pero él no sabe que Thomas y tú...

—No tiene ni idea.

Louisa estaba desesperada por cambiar de tema.

—¿Puedo intentar ponerme en contacto con Harriet? Todavía tengo su collar. —Se ruborizó—. Me sentí muy mal al llevármelo de la caja... No tenía ningún derecho a hacerlo. Pero necesitaba estar segura de que era como el del cuadro, que no era una mera coincidencia. —Miró a su tía abuela—. Me encantaría devolvérselo a Harriet... Ponérselo en las manos.

Cynthia frunció el entrecejo.

—Podrías escribirle a la Enfermería de Radcliffe, pero tendrás suerte si te contesta. Yo que tú la dejaría tranquila. Ha llovido mucho desde entonces.

—Si logro localizarla, ¿crees que estaría dispuesta a regresar aquí?

—¿A Larkswood? —Cynthia soltó una carcajada áspera y breve—. Ni en sueños. Harriet está muy resentida con todo lo que representa este lugar.

—Ahora que te he conocido a ti me encantaría conocerla a ella también.

—Tu intención es buena. —Cynthia se inclinó para abrir la portezuela del coche—. Te felicito por ser valiente y no perder la esperanza conmigo. Pensaba darme a la fuga mañana a primera hora. No veía otra salida que convertirme en una fugitiva. Me alegro de no haberlo hecho. Puedo tener muy mal carácter y me has dado un susto de muerte. —En la penumbra, se le veía el rostro tenso y demacrado—. Verás, Louisa, hay una cosa que tienes que comprender.

—¿Sí?

—Los Hamilton hemos sido una familia dividida durante mucho tiempo. Tenemos recuerdos muy amargos. Nunca hemos querido aprender el lenguaje

de la tregua, y ahora es demasiado tarde para que nos pidas siquiera que lo intentemos.

Domingo, 9 de julio de 1939

Mi querida y fantástica Lou:

Te escribo con prisas para darte la noticia más fabulosa. ¡Mi querido Robbie me ha pedido que me case con él! ¡Me convertiré en la señora Campbell!

¿Puedes creerlo?

Mamá y papá están encantados. ¡Mañana anunciarán nuestro compromiso en The Times! Debajo de «Próximos Enlaces. Se anuncia el compromiso...» ¿No es maravilloso? ¡Quería que tú fueras la primera en saberlo!

Robbie me pidió la mano en un lugar de lo más romántico. El viernes 7 de julio nos invitaron al baile de presentación en sociedad de lady Sarah Spencer-Churchill, en el Blenheim Palace de Woodstock. Todos coinciden en que ha sido el baile más bonito de la temporada. La gran fachada dorada del palacio estaba iluminada. Se veía a millas a la redonda. Las fuentes brillaban en los jardines y había más de mil invitados. Bailamos toda la noche en la encantadora biblioteca larga.

A medianoche Robbie me pidió que saliéramos a la terraza y allí se puso de rodillas. ¡Cuando nos veamos te diré exactamente lo que me dijo! Y te enseñaré el anillo de pedida. Un deslumbrante zafiro rodeado de diamantes diminutos. Increíblemente bonito. Robbie lo compró en Mappin & Webb, ¡pero no tengo ni idea de cuánto cuesta!

Vamos a tener el noviazgo más corto de la historia. ¡Debido a esta estúpida guerra, mi querido Robbie quiere que nos casemos en Edimburgo dentro de unas semanas! Su madre dice que enseguida estarán ultimados todos los preparativos para la boda. Mamá quería que se celebrara en Londres, pero todos los lugares decentes llevan meses reservados. En secreto, creo que está deseando formar parte de la alta sociedad de Edimburgo.

¡Mi querida Lou! ¡Tú serás mi primera dama de honor! El abuelo también está invitado. Ha sido tan hospitalario contigo que mamá dice que ha pagado sus pecados por las negligencias del pasado. Le enviaremos una invitación formal. Él será tu acompañante y te llevará a Edimburgo en tren. Nos alojaremos en el North British Hotel, que es sin duda muy suntuoso. Allí es donde celebraremos el banquete de bodas.

¡Ya ves! ¡Por fin he logrado arrancarte de Larkswood! Si tu idilio de verano con Tommy no se ha extinguido, ahora será el momento ideal para ponerle fin. Dile que te vas a la boda de tu hermana y si te he visto no me acuerdo.

¡Todo el cariño de una eufórica futura novia!

MILLY

P. D.: No creerás la que está armando papá. Defensa Civil está haciendo pruebas de oscurecimiento total en Londres, de modo que papá dice que esta noche tendremos que movernos a tientas por la casa, intentando no tropezar con todo. Con franqueza, Lou, cada día que pasa se vuelve más pesado y rezongón. En el único lugar que voy a estar esta noche es en los brazos de mi querido Robbie. Y me importa un comino si fuera está oscuro.

Edward bajó el periódico.

—Voy a celebrar un consejo de guerra a las cuatro de esta tarde. He pensado que te lo diría ahora antes de que hagas planes para el día.

Louisa dio un respingo al oír su voz durante el desayuno. Bajó la carta.

—Es de mi hermana Milly. Se casará en Edimburgo dentro de unas semanas. Te ha invitado.

—¿A mí? ¡Santo cielo! Es un poco repentino, ¿no?

—Mucho. Pero Milly está tan enamorada que no atenderá a razones. ¿Me llevarás allí, abuelo? Tengo que ser la dama de honor y me da pavor. ¿Podríamos coger juntos el tren a Escocia?

—Por supuesto. —Edward sonrió—. Nunca he estado, ¿sabes? No me perdería esta oportunidad por nada en el mundo. Será un placer ser tu acompañante. Reservaré billetes en primera... Ahora mi consejo de guerra.

—Suenan inquietante, abuelo.

—He pensado que deberíamos tomarnos en serio este asunto de la guerra. Quiero que todos asistan a la reunión. La señora Humphrey. Vicky y Martha, Jimmy, Matthews. Voy a pintar el ático y las demás habitaciones desvencijadas. Es posible que tengamos visitas. Huéspedes, evacuados. Todo tiene que estar impecable. —Puso rectos el cuchillo y el tenedor—. Jimmy puede ocuparse de organizar la bodega para que podamos utilizarla como refugio antiaéreo. Quiero que la cocinera empiece a almacenar latas de comida y víveres como azúcar y té. Las criadas podrían preparar algún

material para cubrir las ventanas. Vicky es hábil con la aguja y el hilo. No podemos dejar que Larkswood brille como una señal luminosa para Hitler y sus matones.

—¿Qué puedo hacer yo?

—Compra cuanta comida enlatada encuentres en el pueblo. La granja del otro lado de la carretera nos abastecerá de alimentos frescos. —Edward la miró fijamente—. Solo quiero que estés a mi lado, eso es todo. Ahora tú eres la señora de la casa, Louisa Hamilton. No puedo imaginar Larkswood sin ti.

Ella se sonrojó de orgullo.

—¿Y estás seguro de que no te importa asistir a una boda de la alta sociedad escocesa con mi glamurosa hermana y su «querido Robbie»?

Edward le pasó la circular de la Corte.

—No cuando nuestra querida Gloria acaba de anunciarla en *The Times*.

Louisa recorrió con la mirada la pequeña habitación del North British Hotel de Edimburgo y tuvo un escalofrío. Después del rápido viaje sin incidentes, el reencuentro en el vestíbulo había sido extraordinario.

Arthur los esperaba con impaciencia. Al verla, la tomó en sus brazos.

—Mi hija del alma... Qué alegría verte por fin. —La sujetó con los brazos extendidos—. Tienes un aspecto excelente. Tan crecida... Casi no doy crédito a mis ojos.

El saludo de Gloria había sido mucho más frío. Louisa le presentó a Edward, luego besó a Milly y también se lo presentó. Las sonrisas fueron forzadas. Mientras tomaban el té la conversación chisporroteó y se apagó como unos fuegos artificiales húmedos.

Sin inmutarse, Milly llevó a Louisa a su enorme habitación, llena de vestidos preparados para ser probados y ropa interior de encaje esperando a ser guardada.

—¡Mi querida Lou! ¡Nos espera una semana maravillosa! —Bailó hacia el enorme espejo del vestidor para alisarse el pelo y consultar su agenda—. Lunes siete de agosto. Conocerás a mi querido Robbie esta noche en casa de su madre, en Ann Street. Es un lugar precioso. Va a dar una cena especial en nuestro honor. Mañana por la mañana iremos de compras a Jenners, los magníficos grandes almacenes del otro lado de la calle. Por la tarde tendrás una sesión de prueba del vestido de dama de honor. El miércoles tenemos una comida al mediodía y una fiesta por la noche, y el jueves Robbie y yo daremos una fiesta prenupcial en nuestra nueva casa de Cramond... ¿Te he dicho que los padres de Robbie nos han comprado una casa de regalo de boda?

—No —respondió Louisa con tono sombrío—. Pero no creo que...

—Me muero de ganas de enseñártela. El viernes haremos el ensayo general en la catedral de Saint Giles... Oh, Lou. ¿No es todo increíblemente emocionante?

Louisa se dejó caer sobre la cama de Milly, rígida y cansada, deseando que pasaran pronto los siguientes siete días.

Milly parecía más delgada. El asombroso anillo de compromiso se deslizaba en su dedo. Tenía el rostro encendido y los ojos desorbitados, como si estuviera atrapada en un sueño obsesivo.

—¿Cuántos invitados asistirán a la boda? —preguntó Louisa.

—Cientos, llegados de toda Escocia. La madre de Robbie lo ha organizado todo a la perfección... ¡y tan deprisa! Tenemos pensado ir de luna de miel a la Costa Azul. Ya he comprado bañadores, trajes de playa y sombreros. ¡Y en septiembre alquilaremos un coche y pasaremos por París! Robbie dice que allí podré comprar ropa de invierno de los mejores diseñadores franceses. Quiero chaquetas y faldas de Balenciaga, un traje de noche de Molyneux y

algo especial de Mainbocher. La duquesa de Windsor siempre compra su ropa allí y ya sabes lo glamurosa que es.

Milly miró a su hermana.

—No estás escuchando una palabra... ¿Por qué estás tan alicaída, Lou? ¿Y tan pálida...? Prueba mi nueva barra de labios. Se llama Stop Red... ¿No quieres?... No estarás suspirando por Thomas, ¿verdad?

Louisa se mordió el labio.

—Por supuesto que no —replicó con frialdad—. Eso se acabó hace mucho.

—¡Qué alivio! Sabía que no duraría... ¡Entonces ánimo, mi querida Lou! Dime que te sientes feliz por mí.

—¿Sabes lo que me haría realmente feliz, Milly?

—¿Conocer a un pretendiente increíblemente apuesto con una mansión en Mayfair?

—¡Dios me libre! No, Milly... Un reconfortante baño caliente.

Louisa intentó fingir que estaba loca de contento por Milly, pero a medida que transcurría la semana las cosas fueron de mal en peor. El traje de dama de compañía tenía volantes en los lugares más desacertados, lo que le daba un aspecto ridículo. Protestó, pero nadie le hizo caso. En Larkswood ella era la señora de la casa, estaba acostumbrada a vestir como quería, y a programar el contenido y el ritmo de sus días. En cambio allí era una pieza más en un complicado engranaje escocés.

Frente a una mezcolanza de invitados conocidos y nuevas amistades escocesas, Milly floreció. Por ella, Louisa hizo su papel sin quejarse. Desde el otro extremo de otra sala abarrotada y sofocante, atraía de vez en cuando la mirada de Edward. Él se acercaba a ella sonriendo y le ponía una mano en el hombro.

—No te desanimes, querida. ¡Ya falta menos para volver a la cordura!

Todas las noches, ya acostada, Louisa pensaba en Thomas, preguntándose cómo estaba, qué hacía. En sus peores momentos lo imaginaba saliendo con otra chica. Se torturaba recordando a las dos bellezas que había visto en el Baile del Solsticio de Verano. Sabía que debía volver a Hampshire y luchar por una reconciliación con todas las armas que tuviera a su alcance.

La relación entre Milly y Louisa llegó a un punto crítico en Cramond, donde fueron el jueves por la tarde en automóvil con Gloria y Beatrice Campbell. Milly le enseñó a Louisa la espaciosa casa de piedra oscura emplazada en un jardín formal, y se ruborizó cuando presumió del enorme dormitorio, aparentemente encantada con el recargado mobiliario. Luego se ofreció a llevarla a la playa. Alegrándose de estar a solas con su hermana casi por primera vez desde su llegada, Louisa accedió.

La angosta calle las condujo al límite del Firth of Forth.

Louisa contuvo un grito ante la lobreguez y el aislamiento de la playa que se extendía ante ellas. La marea se había retirado al punto más alejado, dejando tras de sí capas de guijarros hediondos y espuma marronácea. Gaviotas delgadas acechaban su camino, picoteando con desgana. Un frío viento de agosto soplaba bajo un cielo gris plomizo.

—¡Aquí está! —exclamó Milly triunfal—. ¿No es preciosa?

—Para serte franca, me recuerda el fin del mundo.

—¿Qué quieres decir? —balbuceó Milly.

—Está demasiado aislada. Hemos tardado media hora en llegar desde Edimburgo. Tu nueva casa será un magnífico regalo de boda, pero no puedes pasar aquí el resto de tu vida. Echarás de menos a tus amigas. ¿Y qué me dices de mamá y papá, y de no estar en Londres? ¿Cómo sobrevivirás?

Los ojos de Milly brillaron de cólera.

—Pareces olvidar... que pasado mañana seré una mujer casada y

emprenderé una nueva vida junto al hombre al que amo. —Esbozó una sonrisa incierta—. Por cierto, el hermano de Robbie ha visto en ti una belleza típicamente inglesa. ¡Si te interesa solo tienes que decirlo!

Louisa se sonrojó.

—No digas tonterías, Milly. ¿Crees que soy incapaz de encontrar a un hombre por mí misma? —Robert le había parecido atractivo pero aburrido, y apenas recordaba haber conocido a su hermano—. No necesito que hagas de casamentera conmigo. Deja de mostrar esos aires de superioridad, ¿quieres?

—¿Y qué piensas hacer con tu vida, señorita Arrogante, si vas por ahí rechazando a todo el mundo? ¿Vas a vivir como una solitaria solterona, podando rosales y horneando pan para el abuelo?

Louisa tomó una profunda y furiosa bocanada de aire.

—Voy a ser enfermera —declaró alto y claro.

Milly la miró boquiabierta.

—¿Sangre y vendajes? Debes de estar loca. Mamá nunca te dejará.

—No me importa lo que diga mamá. Cuando Inglaterra entre en guerra necesitará miles de enfermeras. Yo me propongo ser una de ellas.

—¿Lo has pensado bien o solo es un sueño? ¿Dónde vas a ser enfermera?

Louisa jugó su carta maestra.

—El abuelo está construyendo un sanatorio en los jardines de Larkswood. Dentro de unas semanas estará terminado y buscarán personal. Necesitarán estudiantes... Mujeres jóvenes como yo que estén deseando luchar por su país...

Milly se tapó los oídos con las manos.

—No voy a oír una palabra más. —Empezó a caminar por la playa contra el viento cada vez más recio—. Será mejor que le cuentes a mamá tu ridículo plan. ¡Ella espera que vuelvas a Eaton Square después de la boda!

El ensayo general en la catedral de Saint Giles marchó como un reloj. Milly cruzó el oscuro suelo de losas con sus tacones altos como si estuviera impaciente por pronunciar sus votos conyugales. Louisa se quedó detrás en la penumbra. Habían llenado de lirios hasta el último rincón de la iglesia. Ella sabía que siempre asociaría el denso olor almizclado de esas flores con la pérdida de su hermana. A la derecha del altar se encontraba la Thistle Chapel donde Milly firmaría con su nombre de casada, y todo habría acabado. La libertad de Milly, su espíritu original e independiente quedarían supeditados a un hombre al que casi no conocía. El profundo estruendo de la música del órgano le produjo escalofríos de terror.

—Millicent Charlotte Hamilton, ¿aceptas...?

Louisa cerró los ojos al oír los votos, seguidos de las respuestas entrecortadas de Milly. Dejó volar la imaginación. Las cosas serían diferentes cuando ella, Louisa Abigail Hamilton, se casara con Thomas Saunders. Ellos formarían un verdadero equipo de trabajo, vivirían en un paisaje que los dos conocerían como la palma de la mano. ¿Su boda? Una ceremonia sencilla en la iglesia del pueblo. Edward la llevaría al altar. Norah y Cynthia estarían allí, naturalmente. Tal vez incluso Harriet.

Louisa se despertó la mañana de la boda de Milly con el corazón apesadumbrado. En el transcurso de aquel largo día nada logró convencerla de que su hermana había tomado la decisión acertada. Ni el elaborado vestido con cola de Milly, bordado con cuentas de vidrio y perlas, ni el velo de tul teñido de azul pálido, ni los cientos de elegantes invitados, ni las sofisticadas flores del hotel, ni el coro profesional de la catedral, ni el espléndido banquete, ni el remolino de las faldas escocesas y el gemido de las gaitas.

Louisa sabía que a Milly le habían tendido una poderosa trampa escocesa. Su hermana no tenía ni idea de lo que sería la vida conyugal sin los

constantes mimos de Gloria, el apoyo de Arthur y la emoción diaria de la alta sociedad londinense. El viento feroz y la lluvia torrencial que llegaban del mar eran un reflejo del pavor de Louisa.

Cuando los recién casados estaban camino de su luna de miel en Francia, Gloria derramaba aparatosas lágrimas de alegría, los invitados ya se retiraban, y Edward y Arthur hablaban en voz baja con un brandy en la mano, por fin Louisa llegó a su habitación, se arrancó el vestido de dama de honor y lo arrojó al suelo. Había terminado con su deber, dando lo mejor de sí misma. Había intentado advertir a Milly. Ahora debía abandonarla a su suerte.

Louisa se puso el camisón y una vez más se dio cuenta de lo mucho que echaba de menos a Thomas. Después de la pesadumbre gris y majestuosa de Edimburgo, anhelaba la tranquilidad de Larkswood, y oír el ululato de la lechuza nocturna y el familiar aullido del zorro antes de irse a la cama.

Se preguntó si le estaría esperando una carta de Harriet. La carta de presentación que ella le había enviado seguía sin respuesta. El silencio frío y frustrante resultaba difícil de soportar.

Y ahora Louisa tenía que lidiar con la apremiante cuestión de su regreso a Eaton Square. Había advertido a Edward que era probable que tuviera que pelearse con sus padres antes de que pudieran escapar para coger el tren. Juntos habían preparado un plan de defensa.

—Quiero darle las gracias, Edward —dijo Gloria torpemente.

La mañana posterior a la boda Louisa, Edward, Arthur y Gloria estaban sentados alrededor de la mesa del desayuno. Los últimos invitados se habían ido. El hotel parecía vacío y apagado. Incluso los enormes ramos de flores se habían marchitado en sus jarrones.

—No he tenido oportunidad de decírselo antes, ocupada como he estado

con Milly y demás. —Gloria empujó una tostada con mermelada por el plato—. Muchas gracias.

Edward esbozó una sonrisa.

—¿Por qué?

—Por tener a Louisa todos estos meses. Ha hecho un trabajo extraordinario. Nunca le he visto la tez tan rosada, y ha ganado peso.

—Ha sido un verdadero placer —respondió Edward en voz baja—. No se puede imaginar cómo me ha ayudado Louisa. Éramos completos desconocidos cuando llegó. Ahora —la miró con afecto— espero poder decir con considerable orgullo que somos grandes amigos.

Sin saber qué decir, Louisa se ruborizó.

—Y ella ha transformado Larkswood. Pinta cuadros de la casa, hace pan, cuida del jardín, llena los jarrones de flores, toca el piano... En una palabra, devuelve la vida a ese viejo lugar después de tantos años, convirtiéndolo en un hogar.

—¿De veras? —En el rostro de Gloria se traslució auténtica sorpresa—. No tenía ni idea...

—Estaba a punto de venderla y regresar a la India... No se me ocurriría hacerlo ahora que el hospital está casi acabado.

Arthur llenó el breve silencio.

—Me alegro de que te quedes en Larkswood, padre. Eso significa que podremos ir a verte en otoño. Con Louisa, por supuesto. Estoy seguro de que querrá mantenerse en contacto.

Era el momento de que Louisa interviniera.

Se armó de valor y se lanzó.

—Lo siento, papá, pero te has formado una idea equivocada. No voy a regresar a Eaton Square. Quiero seguir viviendo con el abuelo. —Oyó a Gloria soltar un grito, pero no la miró. Era a su padre a quien necesitaba

convencer—. Te quiero mucho. Lo sabes; no hace falta que te lo diga. Pero estar en Larkswood me ha permitido adquirir una libertad y una independencia que jamás habría soñado hace un año... No solo eso. —Vio que Edward la alentaba con un movimiento de la cabeza—. He decidido formarme para ser enfermera. Miles de jóvenes están forjando su propia carrera. Yo he escogido la mía. Tengo la energía y la determinación. Quiero demostrar que puedo hacerlo.

A Arthur le saltaron las lágrimas.

—Por supuesto, respeto tu decisión, Louisa... Pero, hija mía, te echaré tanto de menos. ¿Estás segura de que estás preparada? No tienes ni dieciocho años... Es una gran decisión para...

Edward salió en defensa de Louisa.

—Yo creo que es una idea excelente. Los hospitales están pidiendo estudiantes de enfermería. Louisa podría vivir en Larkswood e ir al sanatorio cada mañana en bicicleta. Si pasara algo, contaría con todo mi apoyo y protección.

Miró a Arthur.

—¡Santo cielo, hijo! Qué misteriosos son los caminos del destino, ¿verdad? Después de todos estos años parece que nos han unido de la forma más extraordinaria.

—A ti también te respeto, padre. —Arthur trató de ocultar las lágrimas—. No debe de haber sido nada fácil para ti regresar a casa. Perder a mamá. Volver a enfrentarte con Larkswood. Romper los vínculos con la India. —Jugueteó con los gemelos—. Tal vez no supe decirte en Londres cuánto me alegré de volver a verte.

—Yo no sé qué decir. —Gloria parecía desolada. Miró a Louisa—. Edward y tú lo habéis planeado todo. ¡Noto que sobro! ¡Mis dos queridas

hijas han volado del nido! ¿Qué haré ahora sin nadie para quien ir de compras?

—¿Sabéis? —Edward se inclinó, olvidando el periódico y el café—. Espero que vengáis y os quedéis con nosotros. Cuando estalle la guerra, Londres será la primera zona afectada. Se convertirá en un lugar ruidoso y peligroso en primera línea de fuego. ¿Queréis realmente enfrentaros a ello día tras día, noche tras noche? Hampshire será tan seguro como cualquier otro sitio. Estoy acondicionando Larkswood de arriba abajo. Seréis muy bien recibidos en ella.

Gloria y Arthur se miraron sobresaltados. Era evidente que nunca se les había ocurrido que Edward podía ofrecerles refugio.

Arthur carraspeó.

—Es un ofrecimiento de lo más generoso, padre. Ahora que vas a vivir con Louisa de forma permanente, Gloria y yo aceptaremos encantados.

—Pero yo tendré que ir con mi criada... —empezó a decir Gloria, antes de que Arthur la hiciera callar con un ademán.

Edward les sonrió.

—Solo deseo sentirme útil. —Cogió la mano de Louisa. Habían ganado la batalla y lo celebraban en silencio—. Todo este asunto de envejecer, de sentir que sobro, de compadecerme a mí mismo y ser extranjero en mi tierra natal... Louisa le ha dado la vuelta. Ha logrado que me sienta como un hombre nuevo.

1939

Cuando Harriet recibió la carta en la Enfermería de Radcliffe, dio por sentado que era de algún paciente agradecido y se la guardó en el bolsillo para leerla cuando llegara a casa. En la sala nunca había tiempo para hacer nada aparte de trabajar. Tenías que estar de pie cada maldito minuto del día, sobre todo si gozabas del privilegio de ser la supervisora. Tenías que ser impecable y dura. Amable pero firme. Por un lado los pacientes te llamaban a gritos y por el otro las jóvenes enfermeras lo hacían todo al revés. La supervisora Harriet Hamilton era muy consciente de estar en medio, dirigiendo toda la actividad. Un solo atasco en el flujo de trabajo y sería ella la que resultara aplastada. Había tardado toda una vida en alcanzar un cargo de autoridad. Se proponía conservarlo.

De modo que no fue hasta que llegó a casa y se sentó con sus doloridos pies en alto cuando se acordó de ella. Su querida Dorothy había llevado una botella de jerez dulce: la bebida favorita de las dos, hiciera el tiempo que hiciera. Se sentaron en las tumbonas de su elegante jardín del norte de Oxford bajo un manzano. Tenue luz crepuscular de agosto, el lento comienzo de un otoño en Oxford. La época más maravillosa del año.

Habían sido un par de meses largos y duros, con algunos pacientes de edad avanzada irritantes. Aunque le aterraba la guerra inminente, Harriet se alegraba mucho de que el verano tocara a su fin. Nunca había disfrutado su profesión con el calor. En la sala faltaba el aire, los pacientes sudaban a mares y tanto ellos como las enfermeras estaban muy malhumorados.

Tomarse un respiro tras una dura jornada, aunque hiciera fresco, era como estar en el paraíso.

Harriet no sabía cómo se las arreglaría sin Dorothy. Se conocían tan bien que, cuando hablaban, una terminaba la frase de la otra. Harriet quería muchísimo a Dorothy, eso nada podría cambiarlo, pero ella sin duda se ganaba su sustento. Hacía todo en la casa, hasta la última tarea. Cocinaba, limpiaba, compraba. Lavaba y planchaba el uniforme impoluto de Harriet. Le recogía las medias. Disipaba sus jaquecas después de un mal día. Sosegaba su espíritu inquieto y perfeccionista con un sensato sentido del humor.

Dotty, por su parte, siempre sostenía que le encantaba cuidar de su querida Harry, lo que probablemente era una suerte. Nadie más se habría molestado en hacerlo.

Así, Dotty se levantó de su tumbona sin chistar cuando Harriet le dijo:

—Ve a buscar la carta que hay en el bolsillo de mi chaqueta, Dotty, cariño. Supongo que será de Laura Hale. Me prometió que me escribiría cuando llegara a Yorkshire.

Harriet rasgó el sobre y casi se murió del susto.

Le habían escrito desde Larkswood House. No sabía cuántos años hacía que no veía esa dirección. Una joven Hamilton que llevaba viviendo con Edward desde marzo. «Por favor, ¿podríamos vernos, aquí o en Oxford? Me gustaría mucho conocerla.» Añadía que había conocido a Cynthia, y quería «completar el círculo familiar». Tenía algo muy valioso que le pertenecía y quería dárselo personalmente.

Harriet pensó que la joven debía de haber perdido la cabeza. No atinaba a imaginar cómo había logrado localizar a Cynthia. Su hermana llevaba casi veinte años viviendo en el anonimato. Se había convertido en una experta del disfraz. Había ensayado todos los detalles hasta que a Harriet le habían ofrecido un empleo en Oxford. Cynthia le rogó que no fuera; Harriet no quiso

escucharla. Cynthia había aprobado los exámenes de comadrona. Luego se cortó el pelo, se tiñó, se puso esas gafas que le cambiaban totalmente la forma de la cara y el color dorado oscuro de sus ojos. Era imposible reconocer a la bonita y esbelta rubia que se había marchado del pueblo muchos años atrás, en 1897.

Harriet se dio cuenta de que debía de haber palidecido del susto porque Dotty le preguntó si se encontraba bien. Le dio la carta pidiéndole que la rompiera. No pensaba contestar. No tenía ningún interés en reunirse con ningún Hamilton. Le traía sin cuidado si Edward había regresado. No aguantaría eso ni por casualidad.

Además, no soportaría ver Larkswood otra vez. No se acercaría ni a veinte millas de ese lugar aunque le pagaran diez años de sueldo.

Esos horribles recuerdos.

Los había enterrado mucho tiempo atrás.

No tenía ninguna intención de abrir esas heridas.

Harriet se recobró del shock. Observó cómo Dotty leía la carta y, ante su insistencia, la rompía. Bebió un sorbo de su jerez y miró las manzanas que estaban madurando en el árbol mientras meditaba.

Cynthia no podía haberle contado toda la historia a la joven. ¡Ni en sueños! Así se había comportado con su propia hermana, mintiéndole y engañándola hasta el final. Tejió con Norah una telaraña de embustes con alevosía, premeditación y calculada frialdad.

Había ahogado a Harriet en el centro de su red como una araña a una mosca.

Harriet nunca perdonaría a su hermana. Tenía cosas mejores que hacer con su vida que desenterrar el pasado. En su sala había pacientes postrados que la necesitaban. Enfermeras que buscaban sus consejos profesionales y su apoyo

personal. Tenía a quien querer y cuidar, a Dotty. Las dos vivían de su sueldo. Y con la guerra que se avecinaba, se aseguraría de que Radcliffe cumplía con su papel atendiendo a los heridos y curando a los enfermos. No tenía ni tiempo ni energía para pensar en nada más.

¿Larkswood House? ¿Qué importaba si había nacido y crecido allí? Esa fría ruina ya no significaba nada para ella. Todavía recordaba aquel amanecer como si fuera ayer. La lechuza ululando bajo la fría lluvia mientras cruzaban el césped hundiendo los pies en el barro. Sus ridículas maletas. Sus finos abrigos de verano. Su enorme coraje.

Dios Todopoderoso, cuando pensaba en ello. Su asombrosa valentía...

Harriet había arrojado la maldición del diablo sobre Desmond y Antonia. Ahora sus pretendidos padres estaban muertos. Norah le había escrito para comunicárselo. Harriet no derramó ni una lágrima. Sintió un alivio profundo. Por fin silenciada, la malvada pareja. En cuanto a la supervisora Harriet Hamilton, el resto de ellos podía irse exactamente por el mismo camino.

1939

Louisa no cabía en sí de contento porque estaba de vuelta en Larkswood, pese a la punzada de dolor que sintió al ver a Matthews podando los setos que bordeaban el camino de entrada. Se moría por preguntarle a Matthew si tenía noticias de Thomas. No se atrevía por si le decía que el joven Saunders se había alistado en la RAF.

Lo primero que comprobó fue la bandeja de cartas del vestíbulo. Tres para Edward de la India y ninguna para ella. Ni una palabra de Harriet. Edward cogió sus sobres y desapareció feliz en su despacho.

Decepcionada, Louisa subió las escaleras hasta su habitación. Larkswood olía diferente: a pintura, a estantes de pino, a cera de muebles, a moqueta de lana recién instalada y a ropa limpia. Llevada por un impulso subió al ático. Los pintores ya se habían ido. Por todas partes había botes de pintura, brochas sumergidas en aguarrás, trozos arrancados del viejo papel de pared. Habían terminado la mitad del pasillo. En una de las habitaciones se encontraba el armario de caoba, con la llave milagrosamente en su sitio, abarrotado de ropa blanca. Las camas tenían colchones nuevos y las ventanas estaban cubiertas de sencillas cortinas blancas. Sería preciso cubrirlas...

Con un escalofrío de ansiedad, Louisa abrió la puerta del fondo del pasillo. Estaba transformada. Las paredes blancas, los cojines de color rosa sobre una colcha a juego y una alfombra color avena habían desterrado todas las sombras. Incluso habían arrancado la hiedra que cubría la ventana. Matthews había estado realmente ocupado.

Después de vestirse para cenar, Louisa se detuvo frente a su ventana e ideó un plan.

Se negaba a esperar otro día una carta de Harriet. Iría personalmente a Oxford para buscarla. Si tenía intención de ser enfermera y tener una carrera, no podía permitir que un simple viaje la detuviera.

Durmió a intervalos, esperando a que amaneciera. Se bañó con agua fría, se puso su traje de ciudad más elegante y deslizó una caja pequeña en el bolso. Antes de que todos se despertaran telefoneó pidiendo un taxi. En la mesa del desayuno dejó una nota para Edward. Se había ido a Harrods para comprar ropa de otoño con Gloria. Su madre echaba de menos a Milly. Quería ponerla contenta.

Edward seguramente no se creería una palabra, pero era la mejor excusa que se le ocurrió.

Hizo el trayecto en tren de Haslemere a Waterloo aferrada a un ejemplar de *The Times* que había comprado en la estación, satisfecha con su determinación. Según el periódico, no tardarían en declarar la guerra. Los reyes estaban de vacaciones en Balmoral, pero el primer ministro ya había regresado a Downing Street. Era un indicio. El día anterior el papa Pío XII había hecho un llamamiento de última hora pidiendo la paz mundial. La tensión política aumentaba por momentos.

Louisa miró las fotografías. Piel blanca para lucir por la noche. Una cosechadora en perfectas condiciones de uso. La princesa Margarita Rosa celebrando su noveno cumpleaños. Una cosecha abundante para los recolectores de ciruelas. La temporada de verano que se inauguraba en la Costa Azul y a la que sin duda se había unido la recién casada Milly. Los entrenamientos de los soldados con máscaras antigás para combatir con el

Ejército Territorial. Cómo organizar una despensa de emergencia haciendo acopio de latas de arenques frescos, salchichas de Cambridge, carne de vaca estofada y tarros de mermelada de naranja.

Pensó con anhelo en unos huevos con beicon.

En Waterloo Louisa cogió un taxi a Paddington, y a través de la ventanilla observó cómo la enorme y triste ciudad se preparaba para la guerra. Estaban cubriendo todas las señales de tráfico con capuchas negras y colocando sacos de arena apoyados contra los edificios. Todos llevaban su máscara antigás colgando. Louisa se sintió culpable. Con la prisa por marcharse antes de que nadie se despertara había dejado la suya en el vestíbulo de Larkwood House.

Fuera del Buckingham Palace, unos hombres descargaban refugios antiaéreos cónicos. Louisa recordó que, en marzo, había pasado en coche por ahí con su ridículo traje y aferrada a una botella de agua caliente. Sentía que en pocos meses se había convertido en una persona totalmente diferente que vivía en un mundo oscuro y peligroso con un futuro incierto.

En Paddington, en un mar de uniformes, los soldados besaban a sus desconsoladas esposas, a sus glamurosas novias o a sus bebés llorones. Se empujaban, reían, gritaban y lloraban en medio del olor a betún, cerveza y tabaco.

Esquivándolos, Louisa encontró el andén donde esperaba su tren.

Llegó a Oxford con veinte minutos de retraso. Estaba muerta de hambre, pero no disponía de tiempo para comer. Preguntó cómo llegar a Woodstock Road y caminó con paso enérgico por la ajetreada ciudad hacia la Enfermería de Radcliffe.

—He venido a ver a la supervisora, Harriet Hamilton —le dijo a la recepcionista, intentando ofrecer una imagen segura.

La mujer de aspecto gélido, nariz delgada y labios finos la miró.

—¿Tiene una cita, señorita?

—No, pero es urgente. Me llamo Louisa Hamilton. Si la supervisora pudiera recibirme le estaría muy agradecida. Cinco minutos es todo lo que necesito.

La recepcionista descolgó el teléfono.

—Una joven pregunta por usted, supervisora. Dice que es urgente... Louisa Hamilton... Sí, por supuesto, así se lo diré.

El auricular volvió a su horquilla con un clic.

—La supervisora dice que lo lamenta, pero que está demasiado ocupada para dejar la sala.

Louisa se dejó caer en la silla más próxima.

—Entonces esperaré.

—Puede que no salga en dos horas...

—Esperaré aquí todo el día, si es necesario.

El ambiente de la sala de espera era cada vez más sofocante. Louisa apretó los dientes y fijó la vista en las paredes, intentando no mirar el reloj. El personal del hospital iba y venía. Las visitas se acercaban al mostrador y se alejaban tranquilamente. Los camilleros entraban y salían corriendo. Las llaves tintineaban. El teléfono sonaba. Las ambulancias llegaban con gran estrépito, con la sirena encendida.

A Louisa le rugían las tripas. No se atrevía a ir a comer algo por si su tía abuela de pronto salía y no la veía. No había ido hasta allí para volver con las manos vacías. Tarde o temprano abordaría a la supervisora Harriet Hamilton y reclamaría su atención...

Que Dios le diera paciencia.

Dos horas después Louisa oyó unos pasos resueltos por el pasillo.
Se levantó de un salto.

Harriet, más baja que Cynthia, robusta y ancha de hombros, tenía un aspecto eficiente con su uniforme almidonado y el cabello moreno bien metido dentro de la cofia. Habría pasado por delante de su sobrina nieta si esta no se hubiera interpuesto en su camino con firmeza.

—¿Supervisora?

—¿Sí? —Los mismos ojos castaño claro con motas doradas la miraban, pero con algo más que un atisbo de frialdad.

—Me llamo Louisa Hamilton.

Harriet contuvo el aliento.

—Creía que le habían dicho que estaba ocupada...

—La he esperado... He venido hasta aquí... Necesito hablar con usted.

—No es un buen momento. —El aliento de Harriet olía a jarabe para la tos.
Louisa perseveró.

—¿Cuándo lo será? Más tarde...

—No tengo ni idea. Por favor, déjeme pasar.

Desconcertada por la frialdad de Harriet, Louisa tartamudeó:

—Deme un minuto, por favor. Me preguntaba, ya que no ha contestado la carta...

—Lo siento. —Pero el tono de Harriet no era de disculpa—. Recibo mucho papeleo oficial y dispongo de muy poco tiempo libre. La correspondencia privada suele quedarse por el camino.

Antes de que Harriet saliera a grandes zancadas por la puerta, Louisa decidió jugarse el todo por el todo. Interponiéndose de nuevo en su camino, sacó rápidamente la pequeña caja del bolso.

—Quería darle esto... Cynthia me dijo que era suyo.

—¿Sí? —Harriet la cogió y casi siguió andando. Pero algo hizo que se

detuviera—. ¿Qué es?

Con un suspiro de impaciencia abrió la tapa.

Se le cortó la respiración y se llevó una mano a la garganta. Se dejó caer en la silla más próxima.

—Santo cielo.

Se quedó mirando el collar, un rubor de un rosado intenso cubrió su tez aceitunada.

—¿Cómo demonios has logrado...?

—Es una larga historia. —Con un silencioso suspiro de alivio, Louisa se sentó al lado de su tía abuela y empezó a hablar a toda velocidad antes de que volviera a escabullirse—. Hubo un incendio en el bosque de Lover's Cross. Fui a comprobar los daños y encontré el pequeño ataúd...

—Dios mío, no me lo recuerdes... Nunca soñé... —Harriet miró por primera vez a Louisa debidamente. Las lágrimas afloraron a sus ojos, haciéndolos brillar—. Nunca pensé que volvería a ver este collar.

Deslizó los dedos por las piedras, absorta en sus recuerdos.

—¿Qué hiciste con Isabelle? —murmuró entonces.

—La enterré en la caseta para botes de Larkswood. Descansa en paz.

—¿Fuiste a la policía?

—No. —Louisa notó cómo le brotaba sudor por encima del labio. Recordó la expresión en el rostro de Thomas—. Estuve a punto pero al final decidí no hacerlo. ¿De qué habría servido?

Harriet pareció respirar con más facilidad.

—La pobrecilla nunca tuvo una oportunidad.

Se secó los ojos, cerró la caja y miró a Louisa.

—Supongo que debería darte las gracias. Pero si te soy sincera, me ha traído recuerdos que preferiría olvidar.

—Entiendo. —Louisa de punto se sintió incómoda, casi culpable—. Debíó

de ser horrible. —Se levantó—. Siento haber interrumpido su día. Espero que no me considere una entrometida...

—No... Por supuesto que no. —La mirada de Harriet se suavizó y relajó los hombros—. No he sido lo que se dice la pariente más educada.

Miró hacia el otro extremo de la habitación donde estaba la recepcionista.

—Este lugar no es apropiado para hablar... ¿Has comido?

—No, y tampoco he desayunado, y anoche no cené mucho... ¡Me muero de hambre!

—Entonces creo que las dos nos merecemos comer algo. —Harriet se levantó—. Mi compañera de piso es muy hábil preparando rápidamente algo de la nada. Vivo en Norma Gardens, a diez minutos de aquí. —Inspeccionó el calzado de Louisa—. Al menos no llevas esos armatostes modernos que destrozan la columna vertebral... ¿Vamos andando?

Se sentaron bajo el manzano del jardín de Harriet y comieron salmón frío con ensalada de berros, seguido de un crujiente de ruibarbo con nata de postre. Harriet se había puesto un jersey suave y una falda plisada, que le conferían un aspecto más humano y abordable. El collar estaba en el centro de la mesa y las piedras preciosas brillaban al sol. Harriet les contó a Dorothy y a Louisa cómo lo había enterrado ese horrible amanecer, y cómo había mentido primero a Edward y luego a Cynthia para explicar su desaparición.

—Fue en otra vida, pero parece que fue ayer.

Mientras tomaban café, Dorothy se levantó para lavar los platos.

—¿Qué quieres exactamente, Louisa Hamilton? —le preguntó Harriet a Louisa in rodeos—. ¿Darme el collar? Podrías haberlo enviado por correo. Imagino que Edward no sabe que estás aquí.

Louisa se atragantó con el café.

—¡Por supuesto que no! Cree que Cynthia y tú fallecisteis de escarlatina y

arrojaron vuestros cuerpos al mar. Esta es la razón que me ha traído a Oxford. Me muero de ganas de que vengas a Larkswood. Una hora. Una tarde. Mejor aún, todo un fin de semana. Ahora que he encontrado a Cynthia, quiero que tú completes el círculo. Y tiene que ser pronto, antes de que estalle la guerra. Vuelve a ver a Edward. Estréchale la mano. Habla con Cynthia y pasa un rato con ella... Creo que se ha sentido sola sin ti.

—Fue ella quien escogió el anonimato de Hampshire. —Harriet se encogió de hombros—. Después de todos estos años no estoy segura de si tengo la energía de reanudar nuestra relación. Si soy totalmente franca, rompí tu carta. No podía soportar volver a tener a un Hamilton en mi vida. A cualquiera. Pero ese collar... He sufrido una verdadera conmoción al verlo. De pronto me ha hecho recordar todo, hasta el más sórdido detalle.

Louisa suspiró desanimada.

—Cynthia me dijo que tú no quisiste...

—¿Ah, sí?

—Dijo que los Hamilton son una familia cruelmente dividida.

—¡Ya lo creo!

—Pero me parece ridículo que no podamos vivir todos en armonía cuando Inglaterra pronto estará en guerra. Sé que ha pasado mucho tiempo desde que todos vivíais juntos en Larkswood. Pero debíais de quereros mucho.

—¿Querernos? —murmuró Harriet—. ¡Ni que lo digas! ¡No te imaginas cuánto amor había allí!

Una nueva amargura tiñó las palabras de Harriet. Louisa se alarmó.

—¿Por qué dices eso?

Los ojos de motas doradas la miraron durante largo rato. Cantó un petirrojo en el jardín. Las hojas del sendero susurraron. Harriet respiró hondo.

—Ya veo. Entonces Cynthia no te lo ha dicho... No pensé que lo haría.

—¿Decirme qué? —preguntó Louisa alegremente.

—Quién fue su amante... El padre de los gemelos.

Louisa se ruborizó.

—Me dijo que se enamoró de Benedict Nightingale. Que hicieron el amor en la caseta para botes y se quedó embarazada de...

—En efecto, perdió la chaveta por él. —Harriet meneó la cabeza con impaciencia—. Salía de las clases de canto radiante. Y en su fiesta de dieciocho años probablemente trató de seducirlo. A mí también me dijo que habían hecho el amor... Estúpida de mí la creí.

Louisa se bebió el café de golpe.

—¿Qué pasó realmente?

—Cynthia por fin me lo confesó muchos años después. Lo cierto es que Benedict se sintió halagado con su propuesta, pero la rechazó. Le dijo que madurara. Que era necesario que tuvieran una relación estrictamente platónica si quería que él siguiera siendo su profesor de canto.

Daba la impresión de que un viento frío se levantaba en el jardín de Oxford.

Louisa se cerró bien la chaqueta.

—Yo... —Su voz llegó débil como un junco acuático—. Entonces no comprendo lo que ocurrió.

—¡Vamos, Louisa! —Los ojos de Harriet se oscurecieron—. Eres una joven brillante. Usa la imaginación. ¿Quién era la única persona en Larkswood que podía estar con Cynthia cuando ella lo necesitaba? ¿A quien nadie podía cuestionar si estaban juntos? ¿A quien ella podía acudir fácilmente en busca de consejo y consuelo? ¿Cuyo dormitorio era contiguo al de ella? ¿Con quien podía salir a montar a caballo sin acompañante?... ¿Todavía no has logrado adivinarlo? ¿No te salta a la vista la atroz verdad?

Harriet se echó hacia delante para cogerle las manos.

—¿Por qué crees que Cynthia y yo discutimos tan acaloradamente? No fue

porque me había ocultado lo de los gemelos. ¡Cielos, no! Eso lo habría entendido. Lo habría perdonado. ¡No! ¿Cuál crees que era su verdadero secreto?

Louisa miró fijamente a Harriet, medio adivinando, medio sabiéndolo.

Harriet persistió.

—¿Quién crees que fue el loco amor de juventud de Cynthia?

Louisa volvió a abrir la boca.

—Fue Edward, ¿no?

Allí había gato encerrado. Edward había leído la nota que Louisa le había dejado en la mesa del desayuno, pero no creyó ni una palabra. Gloria apenas había tenido tiempo para volver a Eaton Square, y menos aún para empezar a echar de menos a Milly. Y madre e hija no habían tenido la oportunidad de organizar nada y menos aún una salida a Harrods. De todos modos, Louisa no era la clase de joven que se preocupaba por el vestuario de otoño.

¿A qué venían esas mentiras tan ridículas? ¿Por qué se había ido al amanecer en un taxi desvencijado? ¿Por qué no había esperado a que Jimmy la llevara en el Rolls-Royce? ¿Adónde demonios había ido Louisa? El día anterior la había visto buscar con la mirada una carta en la bandeja. ¿De quién? ¿A quién había estado escribiendo, por el amor de Dios? No podía ser al joven Saunders. Él no era de los que tomaban la pluma a no ser que no tuviera más remedio, y podrían haber concertado fácilmente una cita en Larkswood.

Edward estaba seguro de que Louisa todavía suspiraba por él. Le había visto el rostro en la boda de Milly la Fifi con su novio escocés de ojos azules. Que lo encerraran si Louisa no había estado pensando en Thomas Saunders, anhelándolo con todo su ser.

La semana en Edimburgo había sido inigualable. De pronto tuvo la sensación de que se le había dado toda una familia. En Calcuta solo habían sido Juliet y él. Y Arthur también, por supuesto, pero él casi nunca estaba con ellos. Y

cuando estaba, sabían que solo se quedaría unas pocas semanas. Nunca llegaban a relajarse y disfrutar; siempre estaban con el alma en vilo, temiendo la próxima partida.

Cada vez resultaba más duro y espinoso decir adiós.

En Edimburgo, en cambio, la gente se había acercado a él para presentarse.

—¿Usted debe de ser el abuelo de la novia? ¡Cuánto me alegro! ¿No es guapísima? ¡Qué buena pareja hacen! Encantado de conocerlo.

En efecto, él era el abuelo de Millicent, solo que no conocía a la joven en absoluto, y la nieta a la que realmente quería tenía un aspecto muy desgraciado.

Pero se alegraba de haber conocido a Gloria. ¡Ya habían esperado bastante! Edward creía que le había caído en gracia. Era una gallina vieja, acicalada hasta las pestañas: peinado impecable, uñas perfectas, un conjunto diferente cada vez que la veía. En la boda llevaba tantas joyas que parecía un árbol de Navidad.

Esperaba que Arthur no se hubiera visto obligado a pagar la fastuosa factura.

Aquella mañana, sin saber dónde estaba Louisa, Edward se paseó por los jardines con Matthews y a continuación se dirigió al bosque con Frank para supervisar los progresos. Las obras del sanatorio avanzaban a toda marcha. Era un equipo magnífico. El edificio ya casi estaba terminado. Edward solo tenía que decidir los detalles del interior. No repararía en gastos. Iba a llevar su nombre, de modo que solo lo mejor serviría.

¡Harrods, nada menos! Sin embargo, no se atrevía a comprobarlo. No podía telefonar a Gloria y preguntarle si había visto a Louisa.

Tendría que fingir que creía la nota. No hacer ningún comentario. Ni siquiera preguntarle qué tal había ido el día.

Invitaría a Frank a cenar. Así tendrían a alguien más con quien hablar. Guardar las apariencias. Evitar a toda costa un enfrentamiento. No quería que todas esas preguntas se repitieran.

También estaba preocupado por el joven Saunders. Naturalmente, podía ir a ver a Norah y preguntarle si el chico tenía otro empleo. Darle dinero para él. Era doloroso pensar en Thomas peleando por cada penique, con su padre postrado en cama.

Edward fue a ver los progresos en las habitaciones del ático. El corazón todavía le retumbaba bajo las costillas cuando subía esas escaleras, imaginándose a Cynthia y a Harriet encerradas en ese pasillo día tras día en el calor del verano, sin tener acceso al resto de su propia casa.

Unos bárbaros, eso habían sido Antonia y Desmond. Salvajes crueles, rencorosos e implacablemente egoístas. Edward bullía de cólera, y su propia rabia le sorprendió, por lo viva que seguía, como si fuera ayer.

Sin embargo, el pasillo empezaba a tener un aspecto pulcro y atractivo, una parte más de Larkswood. Le gustaba oír a los pintores silbar mientras trabajaban.

La señora Humphrey le había comentado que alguien del pueblo estaba confeccionando una lista de las personas que podían acoger a los evacuados. Era necesario que su nombre figurara en ella. A saber quién vendría a pedir refugio: gente desconocida, tal vez Arthur y Gloria, si ella se dignaba a venir. Arthur la persuadiría. Necesitaba ver a su hija; sería una excusa infalible. Larkswood estaría abarrotado.

Como en los viejos tiempos...

No, no como entonces. ¿Cómo podía pensarlo siquiera? ¿Cómo iba a volver a ser lo mismo sin sus hermanas? Ojalá tuviera una varita mágica y pudiera resucitarlas de entre los muertos.

Después de comer daba vueltas por el vestíbulo, preocupándose por todo y por todos, cuando sonó el teléfono.

—¿Edward? —preguntó la voz—. ¿Eres tú, viejo amigo? Soy Manners...

—¿Simon?

—He pensado que acepto tu ofrecimiento... ¿Podría pasar unos días allí?

Edward se ruborizó de placer.

—No faltaba más...

—Verás, mi mujer acababa de enterarse del asunto de las pieles y los zafiros..., dice que ya está harta de mí... Se ha ido a los Alpes o a algún lugar en Europa. Sabe Dios dónde. Lo cierto es que no soporto estar en esta maldita mansión enorme sin ella. Y de pronto me he acordado de tu invitación.

—Mandaré a Jimmy a recogerte —dijo Edward—. Dime a qué hora llega tu tren.

Colgó.

Era una señal.

Las cosas estaban a punto de cambiar a su favor.

Louisa llegaría pronto a casa. Él tendría invitados de verdad. Louisa conocería a su primo.

Por supuesto, ella no tendría ni idea de lo que había ocurrido en realidad entre ellos.

Nadie lo sabía.

Nunca se enteraría nadie.

Entró con prisas en la cocina y pidió a Martha que arreglara el dormitorio azul para un huésped especial, a continuación dio a la señora Humphrey carta blanca para que preparara una cena espléndida, y bajó a la bodega para buscar una botella de Bollinger digna de un rey.

Mientras subía al vestíbulo se sorprendió cantando. Una canción que había

oído por la radio el otro día.

No recordaba la última vez que había cantado algo.

Tenía una voz bastante buena.

Cantó el estribillo más fuerte, con más ímpetu y confianza.

El rruiseñor de Berkeley Square no le llegaba ni a la suela de los zapatos...

Louisa no había formulado una simple pregunta. Todo encajaba de forma espantosa. Sabía la respuesta.

—Eso es. —La voz de Harriet se endureció—. Durante ese verano caluroso Cynthia acudió a Edward buscando consuelo. Tu querido abuelo... —el sarcasmo chirrió como unas uñas sobre una pizarra— tenía celos de Benedict, estaba furioso con él por hacer sufrir a Cynthia. Tenía celos de Tristan de Vere, de Nathan Parker, de Simon Manners. De todo el mundo que la quería. Le dijo a Cynthia que él la adoraba más que ninguno de ellos, por encima del sentido y la razón. Que para él era la mujer más guapa del mundo.

Louisa temblaba de emoción y de frío, aterrada y con náuseas al pensar en Edward y Cynthia juntos. Casi sin darse cuenta de lo que hacía se puso de pie con brusquedad y caminó hasta el fondo del jardín.

Miraba alrededor sin ver, totalmente confusa.

Su tía abuela se reunió con ella y le puso una mano consoladora en el hombro.

—Pero ¿cómo demonios lograron...? ¿Dónde...?

—Noche tras noche se reunían en el prado de flores, donde las alondras hacen sus nidos... Pero Cynthia me dijo que una noche alguien los había interrumpido. Nuestro primo, Simon Manners, los encontró fundidos en un abrazo. Les dijo que llevaba días observándolos. Los había sorprendido besándose en la sala de música y flirteando en las escaleras. Les dijo que estaban portándose como cerdos repugnantes e ignorantes.

Harriet le asió el hombro con más fuerza.

—Amenazó con decírselo a Desmond y a Antonia a menos que pusieran fin a su idilio inmediatamente..., y a menos que Edward le diera a él y a Marion una sustancial cantidad de dinero. Dijo que Marion estaba enterada, y que le asqueaba tanto su amor incestuoso que no quería volver a verlos nunca más.

»Edward y Cynthia entraron en razón..., pero, por supuesto, ya era demasiado tarde.

Louisa volvió la cabeza, con el alma encogida.

Las palabras de Harriet explicaban todo. La conducta furiosa y desconcertante de su abuelo la noche en que le había preguntado por sus hermanas. Su brusca desaparición. Incluso su decisión de marcharse de Larkswood.

—Entonces Cynthia me mintió —dijo con tono inexpresivo.

—¿Acaso te sorprende? A mí nunca me dijo la verdad..., y yo jamás lo adiviné. Saltaba a la vista, pero yo era inocente e ingenua, no sospeché nada. Solo tenía quince años y era muy infantil para esa edad. Estaba obsesionada con intentar hacer la voluntad de Dios. Por eso puse el collar en el pequeño ataúd de Isabelle. Pensé que eso lo aplacaría, absolvería todos nuestros pecados.

»Lo extraordinario es que vi a Cynthia salir de nuestro piso de West Hampstead con William. Eso fue antes de que Cynthia me dijera quién era él. Sabes que William fue a ver a su madre antes de alistarse en el ejército. Bueno, pues esa mañana ella me dijo que tenía migrañas y que prefería quedarse en la cama. Yo fui a trabajar, como siempre, pero salí pronto para asegurarme de que estaba bien.

»La vi con ese joven con uniforme militar. Recuerdo que pensé que era el

vivo retrato de Edward. —Harriet soltó una carcajada amarga—. Luego pensé: “Tonterías, debe de ser cosa de mi imaginación”.

»De nuevo en casa, Cynthia me dijo que se encontraba mejor. Estaba acalorada e inquieta, pero yo no la cuestioné. Sonó el teléfono y salí corriendo para atender otro caso urgente. No volví a pensar en ello... hasta que leí la carta de Norah en la que le decía a Cynthia que William había desaparecido en acción.

»Mi hermana se puso histérica de dolor. Le serví un whisky. Y al final me contó toda la verdad. Que Edward había sido el padre de sus gemelos y que ahora había perdido a los tres. A Edward en la India, a Isabelle en su pequeña tumba y por último a William en el nauseabundo barro y la violencia de la Gran Guerra.

—Es curioso —dijo Louisa despacio—. La primera vez que le pregunté a Edward por Cynthia y por ti, hará un par de meses, tuve el presentimiento de que había hecho algo terrible.

Volvió a estremecerse y juntó las manos para calentárselas.

—No tenía ni idea de qué podía ser e hice lo posible para apartarlo de mi mente.

Se volvió hacia el rostro enérgico de Harriet, su cabello moreno y lacio, su boca fuerte y llena de determinación.

—Debería haberme fiado de mi instinto. Lo que ocurrió en realidad es mucho peor de lo que habría imaginado jamás.

—Pero lo perdonarás, ¿verdad? —preguntó Harriet rápidamente, con una voz llena de oscuro rencor.

Louisa bajó la mirada hacia el pequeño huerto, donde las espinacas y las zanahorias crecían en pulcra profusión. Le recordaron el huerto de Larkswood. Deseó estar allí con Thomas a su lado, trabajando ajetreada, ensimismada.

—¿Sabes? —respondió despacio—. No estoy segura de si soy capaz.

Harriet la acompañó en coche a la estación para coger el tren de última hora de la tarde. Louisa se apeó temblorosa y se inclinó para darle las gracias.

—Me alegro de haber venido. Me alegro de que seas mi tía abuela. Me alegro mucho de haberte conocido.

Harriet le devolvió la sonrisa. Durante un fugaz momento pareció joven y guapa.

—Gracias por localizarme. Y por traerme el collar. —Guardó silencio unos instantes—. En cuanto a lo de Edward y Cynthia, me pareció que tenías que saberlo... ¿Qué piensas hacer ahora?

—No tengo ni idea. Pensar en todo lo que me has dicho. Tener pesadillas. Volver a Larkswood e intentar aceptarlo. Hacer un esfuerzo sobrehumano para enfrentarme con mi abuelo sabiendo lo que ahora sé.

Respiró hondo.

—Pero todavía quiero que vengas a Larkswood. Si no es por mí, hazlo por Cynthia, por favor. Ha sido muy duro para ella.

Harriet miró al frente.

—Eres una buena chica. Tus intenciones son realmente nobles. —Se mordió el labio—. Te telefonaré. Tengo tu número.

—También es el tuyo. No lo olvides. Larkswood te espera. Siempre será tu hogar.

Harriet hizo una mueca.

—No estoy muy segura de ello. Pero tú podrías hacer algo por mí.

—Lo que sea.

—Cuando vuelvas a ver Cynthia, dale recuerdos de mi parte.

—¡No pienso hacerlo!

Louisa miró directamente a su tía abuela.

—Podrás dárselos tú misma cuando vengas a Larkswood.

1939

Harriet regresó a Norma Gardens conduciendo de modo vacilante a través del tráfico de Oxford, sintiéndose muy apenada. Se quedó una hora sentada en el coche fuera de la casa, lamentando con amargura lo que había hecho. No debería haberle contado a Louisa lo de Cynthia y Edward. No había sido su intención. Sabía que Cynthia no le habría confesado toda la verdad, pero no le correspondía a ella revelar el secreto. No había necesidad de que Louisa se enterase. Debería haber dejado que regresara a Larkswood feliz en la ignorancia y no habría pasado nada.

¡La expresión que puso Louisa cuando ella soltó la verdad! De pronto pareció que su mundo, pequeño y seguro, se había detenido. Harriet se dio cuenta del gran afecto que sentía Louisa por Edward. Él se había quedado en Larkswood por ella. La estaba ayudando a forjarse una carrera y ella le había permitido echar raíces de nuevo.

Si Louisa se enfrentaba a él con lo que sabía, ese vínculo quedaría profundamente destruido.

Era muy fácil para Harriet. Ella había construido los muros de su fortaleza, ladrillo a ladrillo. Había creado una vida estricta y disciplinada, y, escondida en su refugio en Oxford, había roto los lazos con el pasado como si nunca hubiera sucedido.

No obstante, le había causado una fuerte impresión volver a ver el collar. Los recuerdos acudían en tropel a su mente. Ella no había vuelto a hablar de su familia desde el día que conoció a Dorothy.

Harriet sabía que lo primero que haría la joven sería acudir a Cynthia para decírselo. Cynthia se pondría furiosa con Louisa, pero sobre todo con ella. Aunque Harriet quisiera volver a verla, su hermana probablemente se negaría. Lo consideraría como la traición suprema.

¿No era absurdo? Después de todos esos años de silencio profundo, la esclusa se había abierto. Un rugido y estabas forcejeando por respirar, sin aliento por el susto... y ahogándote.

Había que reconocer que la joven tenía coraje. Cómo las había localizado a las dos, negándose a aceptar un no por respuesta. Harriet admiraba ese espíritu de lucha que gana guerras. No imaginaba a muchas chicas de la edad de Louisa preocupándose por sus familias y sus tías abuelas. Todo lo que les interesaba era el próximo vestido bonito que se comprarían y tener la vida solucionada.

Louisa había trazado otros planes, sensatos y firmes. Harriet confió en no haberlos echado por tierra.

Nunca se lo perdonaría.

Bajó despacio del coche y entró en la casa.

Tuvo una conversación sincera e íntima con Dotty. Ella había sido hija única y nunca había tenido hermanos con los que lidiar.

Harriet sabía que podía ser muy franca y no tener pelos en la lengua, y Dotty estaba acostumbrada a ello. Pero incluso ella se escandalizó con lo que había hecho. Le dijo que era horrible, que probablemente había quemado las naves de Louisa y destrozado su oportunidad para ser feliz en Larkswood.

—¿Qué demonios puedo hacer para reparar el daño, Dotty?

—Escribe a Cynthia —respondió Dorothy al instante—. Discúlpate. Ve a

verla, por el amor de Dios, Harry. En menos de lo que canta un gallo volveréis a ser amigas.

De entrada Harriet respondió que de ningún modo iba a hacerlo.

No después de las mentiras que Cynthia había tejido. La telaraña de mentiras, tan perversa, intolerable e imperdonable.

Dorothy perdió los estribos. En todos los años que llevaban viviendo juntas, Harriet nunca la había visto perder el control de ese modo.

—¡Déjate de monsergas! No seas tan insoportablemente rígida. Olvida las viejas razones, los recuerdos punzantes. Pasa página, por el amor de Dios, Harry... ¡Pasa página!

A la mañana siguiente, después de haberlo consultado con la almohada, abrazada a su más querida compañera, Harriet se metió en la bañera y, rígidamente tumbada en ella, miró el agua, el frasco de champú, la esponja.

Dorothy freía beicon para desayunar.

Harriet tenía por delante un día muy ajetreado en la enfermería.

Y de pronto pensó: «¿Sabes? Dotty tiene razón. Solo tengo una hermana».

Se tragaría el orgullo junto con el desayuno y escribiría a Cynthia antes de irse a trabajar. Le diría que lo sentía, que no había sido su intención traicionarla.

Harriet quería ver a su hermana. Se vislumbraba una guerra en el horizonte. Las dos podían morir.

La vida era demasiado corta y todo ese cuento.

Si Cynthia no era capaz de perdonar su traición, ella ya no podría hacer nada más.

Pero al menos lo habría intentado.

1939

En el tren de regreso, Louisa buscó un vagón vacío. Exhausta, se dejó caer en un asiento junto a la ventana con muchas cosas en las que pensar. Miró los campos otoñales que desfilaban ante ella; los árboles, teñidos de rojo y dorado. Ya habían recogido la cosecha. El verano había terminado.

Todavía le costaba creer que Edward fuera el malo de la historia. Había llegado a quererlo. A confiar en él. Quería seguir viviendo en su casa. ¿Era de verdad ese amante egoísta e irresponsable que había destruido la vida de Cynthia y arruinado su reputación? ¿Que se había esfumado de Larkswood sin mirar atrás? ¿Que había creído la historia de la muerte de sus hermanas sin cuestionarla?

¿Cómo iba a saberlo ella si no se lo preguntaba sin rodeos?

Solo de pensarlo se le aceleraba el pulso.

¿Se atrevería?

Tenía que planificar el enfrentamiento con sumo cuidado, hasta el último detalle...

Luego estaba Thomas. ¿Cómo iba a volver a verlo si no ponía más de su parte?

Todavía había demasiadas piezas sueltas en el rompecabezas de su vida que necesitaba encajar antes de que estallara la guerra, antes de que Thomas se alistara.

Antes de que fuera demasiado tarde.

Louisa se despertó sobresaltada cuando el tren entró con una sacudida en Paddington. El vagón se había llenado de hombres uniformados. Ella agarró el bolso. Un soldado de cabello sucio y sonrisa desenfadada la miró y le guiñó un ojo.

Louisa se sonrojó y se irguió en su asiento, y se puso los guantes mientras se preparaba para dos trayectos más en taxi y otro viaje en tren... y para enfrentarse con Edward durante la cena. Edward, ¿el hombre que había arruinado la vida de Cynthia, su propia hermana? ¿Que había sido el responsable, en cierto modo, del nacimiento y luego la muerte de dos hijos?

Louisa se bajó del tren.

Iba a necesitar fuerza, resolución y paciencia.

Por el momento no diría ni haría nada que hiciera sospechar a su abuelo de que había cambiado algo.

Observaría, esperaría y urdiría un plan.

Luego iría a ver a Cynthia.

En Haslemere Louisa tomó un taxi. Mientras recorría las calles del pueblo, tan familiares a esas alturas, dio vueltas a lo que le diría a Edward acerca de su día. Había ido de compras con Gloria y luego habían comido en Harrods, donde había encargado ropa de otoño. Sintiendo culpable, cayó en la cuenta de que no llevaba paquetes, no tenía ninguna prueba de que había ido de compras. ¿Se fijaría en ello Edward? Tal vez lograra entrar en casa y subir a su habitación sin que nadie la viera, aparte de Vicky y Martha. Le incomodaba mentir a Edward, y más aún ahora que debía decidir si decirle o no la verdad sobre su pasado.

Pero, cuando el taxi se adentró en el camino de acceso vio dos automóviles junto al de Edward. Un Armstrong Siddeley y un Ford «Eight» Saloon.

Pertenecían al arquitecto y al director de la constructora. Con gran alivio Louisa vio que Vicky le abría la puerta.

Se escabulló escaleras arriba hacia su habitación.

En el comedor, Edward la recibió calurosamente y solo le preguntó si había pasado un buen día. Luego se volvió e hizo una presentación inesperada.

—Deja que te presente a uno de mis primos. Louisa, este es Simon Manners... Simon, mi encantadora nieta, Louisa Hamilton.

Mientras ella contenía un jadeo e intentaba sonreír, Simon Manners inclinó la cabeza sobre su mano.

—Es un placer conocer a un miembro tan joven y hermoso de la familia Hamilton.

La voz de Simon, suave como la seda, pareció acariciar la piel de Louisa al mismo tiempo que se la erizaba.

Ella se obligó a pensar rápidamente. Se suponía que no sabía quién era Simon Manners. No podía creer que ese fuera el hombre que había espiado a Edward, lo había seguido hasta el prado y había amenazado con traicionarlo. ¿Qué demonios hacía de nuevo en Larkswood? ¿Seguía chantajeando a su abuelo?

Louisa le dio la espalda para servirse un vaso de limonada y, llevandoselo a los labios, miró por encima del borde. Edward se había rodeado de invitados. Parecía verdaderamente feliz y tranquilo.

A Louisa se le encogió el corazón de rabia.

Durante la cena la conversación giró sobre los progresos que estaban haciéndose en el sanatorio. De vez en cuando Louisa miraba a Edward desde el otro extremo de la mesa e intentaba imaginárselo como el atractivo joven

del cuadro, atrapado —¿pese a sus mejores intenciones?— en un idilio pecaminoso y plagado de peligros.

Se preguntó cuántas veces en su vida había pensado Edward en esas semanas de locura y pasión, y si regresar a Larkswood después de más de cuarenta años habría removido recuerdos aprisionados en un dolor casi olvidado. ¿Lo habrían atormentado visiones del hermoso rostro de Cynthia, sus brillantes rizos rubios, su espléndida voz de canto, su cuerpo joven y flexible? ¿Habría deseado morir en reiteradas ocasiones por la primera vez que había tendido una mano a su hermana y la había tocado de forma indecorosa, dando comienzo a su idilio?

¿Cuándo y dónde la había abrazado por primera vez, murmurándole esas palabras de amor para las que no habría vuelta atrás? ¿Cuándo y dónde se habían separado por fin... —«No me toques... Simon sabe lo nuestro... Corremos un gran peligro... Debemos acabar con esto...»— con los ojos escocidos por las lágrimas y dolor en el corazón?

En semejante tumulto de emociones irrumpió un fragmento de conversación que la obligó a volver bruscamente al presente. Los hombres comentaban que habían vendido los árboles talados a una compañía que fabricaba rifles.

—Armas, cajas de munición, mobiliario militar —enumeró Frank.

Edward advirtió el sobresalto de Louisa.

—Lo sé —dijo rápidamente, leyéndole el pensamiento—. Eran unos árboles preciosos. No tanto como los objetos que saldrán de ellos. Pero todo sirve para apoyar esta descabellada guerra.

Antes de que los hombres se arrellanaran con un brandy y un puro, Louisa anunció su intención de acostarse temprano. Pero en lugar de subir a su habitación, salió por la cocina. Cruzó la explanada de césped y, cerrándose

bien el chal alrededor de los hombros, se adentró en la rosaleda. El aire de la noche, fresco, fragante y sereno después del ajetreo y de las dolorosas emociones del viaje, le recordó el gran amor que sentía por Larkswood.

Se detuvo en el borde de la rosaleda y contempló el prado. Luego se abrió paso entre la hierba alta, entre las últimas amapolas rojo intenso, oscuras ahora a la luz de la luna y de un millón de estrellas titilantes.

Allí, recortados contra el cielo purpúreo, le pareció ver a dos jóvenes que corrían el uno hacia el otro y se abrazaban; Cynthia, alta y esbelta, con el cabello rubio suelto por la espalda. Edward, llamándola a gritos: «Mi único y gran amor».

Se quedaban allí abrazados, Edward con los dedos hundidos en el cabello de Cynthia, y únicamente se separaban para murmurar palabras de amor. Luego, ocultos tras la cortina de la hierba alta, caían de rodillas...

Louisa dejó a un lado sus fantasías. Se sentía asqueada y horrorizada. ¿Por qué Edward y Cynthia se habían escogido el uno al otro, como si no hubiera nadie más en el mundo? ¿Cómo ninguno de los dos había tenido la fortaleza de decir que «no» y alejarse lo más deprisa que se lo permitían las piernas? Edward podría haber hecho cualquier cosa... Montarse de un salto sobre su caballo y huir a Londres, o incluso marcharse al extranjero, hasta que la pasión hubiera muerto y ambos hubieran entrado en razón.

No obstante, mientras regresaba, Louisa supo casi con total certidumbre dos cosas. Podía entender que Edward y Cynthia hubieran tenido un idilio apasionado. Eso no los absolvía, pero podía entenderlo. Todo tenía que ver con el corazón seductor de Larkswood, la magia de sus jardines en pleno verano, la privacidad que ofrecían sus bosques y el prado silvestre, y los abetos que resguardaban el lago con su cortina de hojas color canela.

Louisa también sabía —y al pensarlo se le aceleró el pulso— que sus

sentimientos hacia Thomas se habían intensificado por sí solos hasta convertirse en algo esencial para su ser. Por irónico que pareciera, debido a su misma ausencia, Thomas Saunders se había convertido en el amor de su vida.

A la mañana siguiente, después de que Edward se hubiera ofrecido a enseñarle a Simon el sanatorio, Louisa esperó a que ambos estuvieran lo bastante lejos para telefonar a Cynthia. Se armó de valor, pero en cuanto le dijo que había visto a Harriet, la oyó soltar un grito de asombro.

—Ven a comer —le dijo—. Nada lujoso, tendrás que conformarte con lo que haya... Pero estoy impaciente por tener noticias de esta hermana que casi había olvidado que tenía.

Louisa decidió no decirle que Simon Manners estaba en Larkswood. Eso implicaría que sabía más de lo que quería dejar ver. De hecho, podría sumir a Cynthia en amargos recuerdos y en un silencio hosco: todo lo contrario de lo que Louisa esperaba conseguir.

Comieron pollo frío con ensalada y bebieron el zumo que Cynthia acababa de exprimir con naranjas que tomó de un cuenco mientras hablaban del trabajo tan absorbente de Harriet, de su bonito jardín y la excelente cocinera que era Dorothy.

—No solo ha alcanzado la cumbre de su profesión —dijo Louisa—, sino que se la ve feliz y segura. Su casa es pequeña pero impecable. Su jardín, precioso. Ha conseguido todo lo que se ha propuesto. Salta a la vista que Dorothy y ella se adoran. Hay fotos de las dos juntas en casi todos los estantes.

Cynthia asintió.

—Es extraordinaria. Desde el primer día que llegamos al Savoy, Harriet

siempre se mostró segura y resuelta. Estaba mucho más preparada que yo para matarse a trabajar. Si hubiera tenido que enfrentarme yo sola a la ciudad, a la extraña realidad del hotel, a la nueva vida, probablemente habría vuelto a casa. Harriet me alentó. Me infundió coraje.

—Pero ella no tuvo hijos. —Louisa quería mostrarse comprensiva. En lugar de ello sus palabras sonaron categóricas y ásperas, acusadoras.

—Así es. —Cynthia se encogió—. Harriet era mucho más fuerte que yo, tanto física como emocionalmente. Estaba furiosa pero no destrozada como yo por el trauma. La rabia le infundía resistencia e inmunidad, era como una coraza.

Se produjo un silencio incómodo.

Las dos llevaban toda la tarde eludiendo el verdadero tema como dos boxeadores en un cuadrilátero evitando un puñetazo mortal. Mientras Cynthia preparaba el café, Louisa se puso a lavar los platos.

—¿Cómo era tener a un atractivo profesor de canto como amante? —le preguntó en voz baja, viendo danzar las pompas de jabón.

Cynthia se puso rígida. Se disponía a coger las tazas, pero durante una fracción de segundo titubeó.

—Difícil y peligroso —respondió—. Peligroso porque era mi profesor y teníamos que mantenerlo en secreto. —Volvió la cabeza—. Y difícil porque yo lo quería mucho más de lo que él me quería a mí.

Louisa aclaró los platos.

—Puedes confiar en mí. No temas decirme la verdad.

—No sé de qué estás hablando. —La voz de Cynthia sonó áspera—. He confiado en ti... Te he dicho quién soy. Te he contado lo que pasó con Harriet, lo que me pasó a mí. Incluso te he hablado de William. ¿Qué más quieres?

Louisa se volvió. Hizo que Cynthia la mirara a los ojos.

—¿Entonces por qué la historia de Harriet no coincide con la tuya?

—No tengo ni idea. —Cynthia palideció bajo su mirada—. ¿Qué te ha dicho ella?

Louisa tragó saliva.

—Que Benedict no era el padre de los gemelos.

Cynthia se apartó, dejando las tazas y los platos bruscamente en la mesa.

—Esta hermana mía.

—Harriet me ha confiado la verdad y nada más que la verdad... ¿Por qué tú no?

—¡No le corresponde a ella contar esta historia! —murmuró Cynthia—. ¡No tiene ningún derecho! —Dos manchas de un rosa intenso se agolparon en sus mejillas—. Si le mentí durante todos esos años y mantuve la farsa fue para protegerla... Para proteger a Edward. —Se desplomó en una silla—. Para proteger al hombre al que amaba más de lo que pueden expresar las palabras.

—Entonces es verdad. —Louisa temió decir más, pero necesitaba expresarlo en palabras—: Es verdad que Edward y tú erais amantes.

Hubo un silencio muy largo. Cynthia levantó la vista hacia Louisa con los ojos vidriosos.

—Sí. Y, ¿sabes, Louisa?, no ha transcurrido un solo día desde ese verano que no haya lamentado lo que hice. Todo fue culpa mía. Cada uno de los instantes. Podría haber detenido a Edward. Podría haberlo abofeteado. Podría haberlo delatado a mi padre, a mi madre..., a cualquiera que me hubiera escuchado. Podría haberlo frenado en seco antes de que se convirtiera en un problema grave.

—Pero no lo hiciste.

—No. —La voz de Cynthia se convirtió en un susurro—. Habría destrozado a Edward. No podía hacerlo. Me importaba demasiado para fingir que todo era culpa suya.

»A Edward y a mí siempre nos había unido algo especial. Algo muy profundo y apasionado. Pero en lugar de pasarlo por alto y buscar a otras personas a las que amar, buscamos el amor el uno en el otro. Benedict me habría salvado. Si él me hubiera correspondido y me hubiera pedido que me casara con él, estoy segura de que Edward habría pasado a un segundo plano. Pero mi profesor de canto me rechazó y busqué consuelo en los brazos de Edward. Y, de repente, se convirtió en algo más que consuelo. De pronto todo había estallado en nuestra cara. Se nos escapó de las manos. Una pasión desenfrenada. Sabíamos que no podía durar, pero bebimos de la locura como si fuera vino y los dos fuésemos alcohólicos.

Louisa rodeó a su tía abuela con un brazo.

—¿Crees que Edward sentía lo mismo?

Cynthia se ahogó de la emoción.

—¡Eso deberías preguntárselo a él! ¡Pídele que te dé su versión de los hechos!

—No estoy segura de si me atrevo.

—No pongo en duda tu coraje. Otra cosa es que Edward te cuente algo. Fue él quien desapareció en la India. Estoy segura de que al principio no quería ir, pero sacó el mayor partido de ello, ¿no? Debió de comportarse como si no hubiera sucedido nada importante aquel verano. Construyó una vida lo más lejos posible de Larkswood.

—Pero ahora ha vuelto. —Louisa la abrazó con más fuerza—. Supongamos que le digo a Edward que si me cuenta la verdad su recompensa será volver a ver a sus hermanas. ¿Crees que eso cambiará las cosas?

—Así que eso es lo que te propones. —La risa iluminó los ojos de Cynthia—. Santo cielo, Louisa Hamilton. Eso es lo que se dice tener valor.

Lunes, 22 de agosto de 1939

Mi querida Lou:

¡Esta es la primera carta que te escribo como la señora Robert Campbell! Llevo diez días enteros casada. Solo diez. ¿Y qué te parece? Lo imposible ha ocurrido. Nuestra espléndida luna de miel bañada de sol se ha visto interrumpida esta mañana por un largo telegrama de papá.

Nos da noticias de lo más lúgubres. Dice que dentro de nada declararán la guerra. Dice que será mucho peor que la Gran Guerra y que podría durar mucho tiempo. También dice que no podemos quedarnos un solo día más en la Costa Azul, y que Robbie y yo debemos regresar de inmediato.

Pero allí no se acaba todo. Esta mañana Robbie ha recibido una carta de su madre. Beatrice es una mujer muy poderosa y una persona a la que hay que tener en cuenta, eso siempre lo he sabido, pero ahora dice que él debe alistarse inmediatamente en el ejército. Que no aceptará excusas.

En todo caso, en cuanto Robbie y yo regresemos —nos están haciendo las maletas mientras escribo—, nos separarán. Al parecer yo no tengo voz en el asunto. Soy la esposa de Robbie, pero a nadie se le ha ocurrido consultarme. Es como si nunca nos hubiéramos casado. Me siento desgraciada, confusa, desconsolada. Estaba preparada para una vida en Cramond con mi nuevo marido. ¡Pero sola! ¡Y tan pronto!

Todo se ha arruinado. ¿Por qué los estúpidos del gobierno tienen que

desmontar las vidas de los demás para obtener lo que quieren? ¿Ayudará en lo más mínimo a ganar la guerra el hecho de que me arranquen de los brazos a mi nuevo marido?

Te volveré a escribir en cuanto llegue a la casa de Cramond, donde tendré que emprender mi nueva vida de casada yo sola. Estoy tan asustada. ¿Quién va a enseñarme a llevar una casa? No conozco a ninguno de los criados, y mamá y papá estarán tan lejos. ¿Cómo voy a soportar la soledad?

Robbie me está llamando y el coche espera.

Cuídate, mi querida Lou.

Tu querida y desesperada

MILLY

P. D.: Pensándolo bien, cuando lleguemos a Inglaterra iré directamente a Eaton Square. Solo para saludar a papá y mamá. Mamá dice que me echa muchísimo de menos. Puede que me quede con ellos unos días antes de viajar a Escocia. No me escribas a Cramond hasta que hayas vuelto a tener noticias mías.

1939

—¡Santo cielo! —Edward golpeó la mesa del desayuno con el ejemplar del *The Times*—. ¡Esto va a destruir la última esperanza de paz!

Sobresaltada, Louisa levantó la vista de la carta. Era un alivio volver a compartir una comida a solas con Edward ahora que se había marchado Simon Manners, con su sonrisa empalagosa y su voz rasposa.

—¿Qué ha pasado, abuelo?

—El monstruo ese de Hitler está otra vez con las mismas. Herr von Ribbentrop ha firmado un pacto soviético-alemán en Moscú. Han publicado una fotografía de Hitler y el mariscal de campo Goring en Berlín felicitándolo. Si no hay ninguna posibilidad de firmar una alianza entre Inglaterra, Francia y Rusia, y algunos creíamos que sí la había, ya no habrá nada que se oponga a los planes de Hitler.

A Louisa se le paró el corazón.

—Deseo que no ocurra.

—Mi querida Louisa, ocurrirá. Menos mal que estamos yendo de prisa con el sanatorio. Algunos de los albañiles tendrán que alistarse... Hoy terminarán el tercer piso. Estamos avanzando a pasos agigantados.

Louisa miró a Edward a los ojos. Aquel día tenía cosas más importantes en las que pensar.

—¿Puedo pedirte un favor, abuelo? Milly no está bien. Les han hecho anular la luna de miel. Robert va a alistarse en el ejército y Milly dice que va

a volver a Eaton Square porque no se ve con fuerzas de afrontar ella sola la vida en Cramond.

—Dile que venga aquí.

—¿Puedo, abuelo? Llegará con cientos de maletas. ¿Estás seguro de que podrás soportarlo?

—Sin duda alguna. Ya han terminado de pintar. Larkswood está en perfecto estado de revista. Diles a Arthur y a Gloria que vengan con ella. Pueden quedarse todo el tiempo que quieran. —Edward se retiró de nuevo detrás de su periódico—. Voy a ir a Londres esta mañana para reunirme con Coutts por última vez antes de que empiece la guerra. Volveré mañana... ¿Qué planes tienes?

—Telefonaré a mamá. Luego quiero coger ciruelas... Comprar sardinas... Lo de siempre.

Y había alguien en el pueblo a quien necesitaba ver con urgencia.

Apoyó la bicicleta en el haya y echó a andar por el sendero, y llamó a la puerta de Norah. Esta vez nadie abrió. Rodeó la casa y se detuvo ante un pequeño huerto de manzanas. Norah estaba encaramada en precario equilibrio en lo alto de una escalera de mano, cogiendo la fruta.

Louisa se detuvo al lado del árbol y la llamó.

—Santo cielo. —Norah miró a través de las ramas—. ¿Qué está haciendo aquí?

Louisa apretó los puños, rezando para no tener que afrontar un segundo rechazo.

—Por favor, Norah, no me eche. Todo ha cambiado. He encontrado a Cynthia. He conocido a Harriet en Oxford. Sé lo de Edward y Cynthia... Y lo de William... Que usted lo crio como si fuera su propio hijo. Y que lo dieron por desaparecido en la guerra.

—¡Madre mía! —Las ramas temblaron y las manzanas rodaron por el suelo—. ¡Eso es trabajar rápido!

—Pero necesito su ayuda. —A Louisa le tembló la voz—. No he venido a hablar de los Hamilton, sino de Thomas.

Los pies bajaron con cuidado los peldaños de la escalera de mano. Un par de ojos verdes penetrantes la escudriñaron.

—Tengo que decírselo, Louisa Hamilton, usted le ha arrebatado el corazón. No le quepa ninguna duda.

Louisa contuvo un grito de satisfacción.

—Se ha hundido sin usted. Parece totalmente perdido. Nunca lo he visto así. ¿Qué piensa hacer con él? Eso es lo que yo quisiera saber. No quiero a nadie tanto como a él.

—No tengo ni idea, Norah, pero debo hacer algo. No ha intentado verme ni me ha escrito. Cualquiera día de estos empezará la guerra. Se me está acabando el tiempo y estoy desesperada.

—Será mejor que hablemos dentro. Traiga la cesta de manzanas. ¿Le apetece una limonada?

Lo primero que a Louisa le llamó la atención al entrar en la sala de estar de Norah fue el piano y la fotografía enmarcada que había encima. Un joven tan atractivo como el joven Edward del cuadro, blandiendo un pequeño trofeo y sonriendo orgulloso y triunfal.

Norah cogió el marco y le quitó el polvo con la manga.

—Nuestro William —dijo con orgullo—. A los diecisiete años ganó un premio tocando el violín. Se le daba bien la música, como a su madre. Siempre estaba cantando. Me encantaba oírlo por la casa.

—Lo siento tanto, Norah...

—Así es la guerra. Nunca ha respetado a las personas. Tome, beba.

Louisa bebió un trago de limonada, agradecida.

—Sé cuánto ha odiado a los Hamilton. Pensé que nunca más querría hablar conmigo.

—Oh, ya lo creo que he odiado a los Hamilton, y no por el modo en que me despidieron sin pagarme ni darme una carta de recomendación. Sobre todo por la crueldad con que trataron a sus hijas. Y a Edward. Lo único que les importaba era su reputación.

—¿Sabía usted que Edward y Cynthia eran amantes?

—Nunca me lo dijeron con esas palabras, pero lo adiviné. Vi cómo cambiaron las cosas entre ellos aquel verano. Todo empezó en la fiesta de cumpleaños. Yo estaba allí ayudando a servir las bebidas. Pasé mucho tiempo con Cynthia esa noche, primero para asegurarme de que iba bien vestida y peinada, y que guardaban bien sus regalos.

»Luego, a eso de las diez, entró en la cocina en un estado lamentable. Llevaba el pelo suelto sobre los hombros, y el bajo del vestido empapado y rasgado. Subimos corriendo a su habitación y ayudé a que se arreglara. No le pregunté nada, pero vi que había estado llorando. Me dijo que fuera a buscar el abrigo del señor Nightingale pues iba a marcharse temprano de la fiesta.

»Una hora después me dijo que había rechazado una propuesta de matrimonio del señor De Vere. Yo me quedé atónita. Ella temblaba y no paraba de decir que no sabía si había hecho bien.

»Y luego, mucho más tarde, pasada ya la medianoche, cuando todos reían y bailaban en los jardines como si la noche todavía fuera joven, subí corriendo a la habitación de Cynthia con los brazos llenos de regalos. Oí dos voces, la de ella y la de Edward. La de ella era muy triste, la de él apremiante y suplicante. Luego los vi subir a las habitaciones que conducían a la torre...

»Nunca supe lo que ocurrió después de eso. Estaba agotada y me fui a casa.

»Pero a partir de esa noche solía vigilar a Cynthia y a Edward. Sabía que estaban enamorados. Les brillaban los ojos cuando se miraban... Eran muy jóvenes y se me partió el corazón.

»Después de las Navidades entré una tarde en la sala de música para atizar el fuego. Los sorprendí a los dos abrazados. Se separaron, pero yo había visto lo suficiente. No dijimos nada. Ellos sabían que yo no los denunciaría. Lo único que yo quería era el bebé cuando Cynthia diera a luz.

»El día que me llevé al pequeño William a casa al amanecer, después de que Isabelle muriera y después de haber luchado tanto por él, fue el más feliz de mi vida. El rocío brillaba sobre la hierba y estaba saliendo el sol. Las alondras volaban en círculos sobre mi cabeza como para darle la bienvenida. Cuando un año más tarde di a luz a George, el padre de Thomas, no tuvo comparación, aunque él nació de mis entrañas.

—Ha dicho que odiaba a los Hamilton. —A Louisa le tembló la voz—. ¿Eso incluye a mi abuelo? —Se ruborizó—. Este verano he llegado a querer a Thomas. Y también a Edward, a pesar de todo lo que hizo...

—Nunca pude odiarlo. —Norah retorció las manos sobre el regazo—. ¿Puede guardarme un secreto? Le juro que nadie lo sabe... Edward nos compró esta casa. Habíamos estado alquilándola. Paul y yo jamás soñamos con ser propietarios.

Louisa se quedó aliviada.

—Edward me escribió desde la India. Dijo que quería apoyar a William... Y con razón, pues era hijo suyo. Todavía guardo la carta, bien escondida en el piso de arriba. Paul y yo tuvimos que andar con pies de plomo y no permitir que nadie supiera nada. —A Norah se le quebró la voz—. Después de esa carta, cuando me dijeron que William había desaparecido, me vi obligada a escribir a Edward. Pero él insistió en que la casa era nuestra.

»Eso no compensa la ausencia del chico, por supuesto. Mi mayor deseo es

verlo entrar por esa puerta. Nunca he dejado de esperar. Si viviera ya sería un adulto de cuarenta y dos años... El tío que nuestro Thomas nunca ha conocido.

Norah se secó los ojos.

—Edward vino a verme en enero. Yo sabía que él había vuelto a Larkswood. Una semana después de que hubiera llegado al pueblo llamaron a la puerta. Era él, con las botas cubiertas de nieve y las mejillas rojas a causa del frío. Y yo con el pelo hecho un desastre y harina hasta los codos.

»Le ofrecí una taza de té y hablamos durante una hora. Había tantas cosas que decir, aunque muchas de ellas debía guardármelas. Me dijo que se sentía muy solo en Larkswood sin sus hermanas. Yo sabía que estaban vivas, pero Cynthia me había prohibido decirle nada. Mi primera lealtad era para con ella. Edward me dijo que estaba muy satisfecho de tener a mi nieto trabajando para él.

—Se quedó muy contrariado cuando Thomas se fue...

—Ah, eso espero... Aunque con la guerra se habría ido de todos modos.

—¿Puedo preguntarle algo? —Louisa aferró el vaso de limonada—. Cuando encontramos a Isabelle, Thomas se puso como loco. Como si nos enfrentáramos a algo que le habían dicho pero que nunca había creído. ¿Sabe qué era?

—Supongo que sí —respondió Norah despacio—. Cuando me dijo que había conseguido empleo en Larkswood, me enfadé mucho. De nuevo reviví todo lo que había sufrido allí. Le dije que la gemela de William había sido enterrada cerca de Larkswood y que si se acercaba a ese lugar quedaría mancillado por el mal. Después lamenté mucho haberle dicho algo así. Solo después de que usted encontrara la caja le conté toda la historia. Tenía que hacerlo. Él se negó a irse hasta que lo hiciera.

—¿Cree que ha sido mancillado por los Hamilton?

—Por supuesto que no. Nada podría corromper a nuestro Thomas. Es uno de los inocentes del mundo. Solo espero que la guerra no lo cambie.

—¡Yo también! —exclamó Louisa con fervor.

—Lo único que sé es que Thomas nunca había mostrado mucho interés por las chicas hasta que usted llegó. Un domingo por la tarde me estaba ayudando en el jardín y vi cómo le brillaban los ojos cuando hablaba de usted. La noche anterior la había llevado al baile del verano. Noté el amor en su voz.

—¿Qué voy a hacer, Norah? Tengo que verlo.

—Le diré lo que vamos a hacer. —Norah se levantó y se arregló el pelo—. Venga a cenar esta noche. Me aseguraré de que Thomas esté aquí. Luego dejaré solos a los dos tortolitos. ¿Qué le parece?

—Suenan a música celestial.

Llegó a casa de Norah temprano vestida con el traje de seda gris pálido, el corazón tenso de la emoción. Norah había puesto la mesa. En la chimenea ardían velas. Olía a guiso de conejo. Esperaron a Thomas sentadas en silencio.

Por fin lo oyeron llamar desde el jardín.

—¡Abuela! ¡Te traigo algo especial para que hagas mermelada!

La puerta se abrió de golpe.

Thomas se detuvo en el umbral, mirando a Louisa.

Llevaba una cesta llena de ciruelas rojas. La fruta brillante cayó a sus pies y rodó por el suelo.

—Me entró el pánico —decía Thomas. Louisa y él estaban abrazados en el sillón más tarde esa noche, los dos solos—. Vi ese espeluznante ataúd y me quedé paralizado. No podía pensar con claridad. Se me revolvió el estómago. Luego me di cuenta de lo que habíamos hecho. Habíamos desenterrado a la

hermana gemela de mi tío muerto. Pero yo no sabía que William tenía algo que ver con Larkswood, ni que Cynthia Hamilton era su madre... Lo equivocado que uno puede estar.

Louisa apoyó la cabeza en su hombro, llena de alivio.

—¿Te he dicho que voy a alistarme en la RAF? Siempre he querido volar, desde que era pequeño. Miraba las alondras cantando mientras daban vueltas y caían en picado por el cielo, y quería ser una de ellas.

—Con la diferencia de que las alondras han nacido para volar. —A Louisa le tembló la voz—. Tú podrías...

Se le atragantaron las palabras.

—¿Morir, como el tío William? No lo haré, Louisa. Te prometo que volveré. Tienes que creerme.

—Lo intentaré.

—¿Conoces ese poema de John McCrae? Lo aprendí en el colegio y nunca lo he olvidado. Se titula «En los campos de Flandes». Estos son los primeros versos. —Thomas se escurrió de los brazos de Louisa. Se levantó y se volvió hacia ella para recitarlo:

En los campos de Flandes, se mecen las amapolas,
de hilera en hilera, entre las cruces
que muestran nuestro lugar; y en el cielo
las alondras, todavía con su canto embravecido, vuelan
apenas sin oírse allá abajo, entre los fusiles.

—Ese soy yo... Una de las alondras... Continuaré volando, pase lo que pase allá abajo.

—Eso está muy bien —dijo Louisa con voz temblorosa—. Pero allá abajo hay una chica que está deseando que la beses.

—Ah. —Thomas sonrió. Le cogió las manos y tiró de ella para ayudarla a levantarse—. Entonces tendré que hacer algo al respecto, ¿no?

1939

Después de tomar el café y de secar los platos, Louisa se despidió. Cynthia se ofreció a acompañarla en coche a su casa, pero ella respondió que los colores de los árboles en otoño eran tan bonitos que prefería ir andando.

Cynthia la observó alejarse por el sendero con la espalda erguida, el calzado cómodo y un andar lleno de resolución. Le había dado un beso de despedida. En parte porque le caía bien, pero sobre todo porque no creía que volviera a verla.

Louisa no llevaría adelante su plan ni en un millón de años. Harriet jamás regresaría a Larkswood. Edward se negaría rotundamente a contarle toda la verdad. Se pondría furioso al verse interrogado y echaría a Louisa de una patada. Cynthia conocía bien a sus hermanos. Genio y figura... La pobre muchacha tendría que tragarse su orgullo, admitir la derrota y regresar de vacío a Londres en el primer tren.

Sola de nuevo, Cynthia se sentó a la mesa de la cocina, esperando que Louisa al menos se hubiera llevado una buena opinión de su tía abuela. Era muy consciente de no haber sido la persona más acogedora del mundo. No era lo que se dice un modelo de conducta, sobre todo con un pasado tan indecoroso y repugnante como el suyo...

Sin embargo, había hecho todo lo posible. Louisa nunca sabría el gran esfuerzo que había hecho para controlarse y responder todas esas preguntas. Al hablar de nuevo de Benedict había notado cómo el corazón se le salía del pecho.

Después de que Louisa se marchara, Cynthia deambuló por la salita de estar y abrió el piano. Pero no pudo tocar una sola nota. Se quedó allí sentada, mirando las teclas y recordando.

Aquel verano todo empezó a cambiar entre Benedict y ella. Un viernes de junio, un mes antes de que ella cumpliera dieciocho años, Benedict llegó pálido y cansado para impartir su clase. Le dijo que le dolía la cabeza, y cuando Cynthia se puso a cantar apenas reparó en ella. Cynthia levantó la vista hacia él al terminar la canción. Él miraba por la ventana. Ni siquiera se había dado cuenta de que ella ya no cantaba. Eso viniendo de un hombre que advertía hasta el último detalle, cuyos ojos se iluminaban cuando ella alcanzaba el nivel requerido.

A la hora de comer él casi no probó bocado y sin apenas mediar palabra se marchó con prisas. Aquel fin de semana Cynthia practicó para él aún más duramente, pero no cambió nada. Se había instalado el desinterés, una especie de indiferencia reacia y forzada. Nada de lo que Cynthia dijera o hiciera lograba fundir la frialdad de él.

Cuanto más impasible y distante se mostraba Benedict, más ardiente se volvía el enamoramiento de Cynthia. Hizo planes para su fiesta de cumpleaños pensando en él. Primero le dio una invitación, diciéndole que la anularía a menos que él aceptara. Cuando él le prometió que iría, ella escogió el vestido, los zapatos y el chal pensando en él. Nadie más importaba.

La noche en cuestión Larkswood resplandecía. Todos los asistentes elogiaron la belleza de Cynthia. Todos menos el único hombre a quien quería oírsele decir. Benedict llegaba tarde. Tal vez no apareciera. Sobre las nueve de la noche su carruaje se detuvo frente a la casa. Frenética de alivio y alegría, Cynthia lo sacó a bailar. En sus brazos él parecía rígido e incómodo.

Bebieron una botella de champán muy deprisa. Ella propuso que fueran a pasear al lago.

Una vez que cruzaron el bosque de hayas, Cynthia cogió la mano de Benedict y lo llevó a la caseta para botes. Se soltó el cabello y le dijo que lo amaba, que pensaba en él día y noche, y que ardía en deseos de ser su esposa.

Benedict respondió que lo sentía. Había sido un placer darle clase, le encantaba ir a Larkswood, pero no la amaba.

Cynthia no daba crédito a sus oídos. Sabía que mentía. Sabía que él la deseaba, pero algo horrible había hecho que cambiara de opinión.

Se recogió las faldas y regresó a todo correr a Larkswood; las lágrimas le caían por el rostro. Casi no veía por dónde iba y tropezó en la hierba alta. Se rasgó el vestido y se torció el tobillo, y lloró mientras regresaba cojeando a casa.

La celebración de su cumpleaños se había arruinado.

Al menos eso era lo que creía cuando entró tambaleándose en la cocina de Larkswood y buscó a Norah.

Sonó el teléfono. Agradeciendo que la interrupción la arrancara de sus tristes recuerdos, Cynthia asistió otro parto largo. Dos gemelos de deslumbrantes ojos azules y puños del tamaño de un rábano. Cynthia miró a su madre, agotada pero radiante, y al joven marido, arrodillado a su lado con un bebé en cada brazo. La vida era increíblemente injusta, pensó con amargura. ¿Por qué se le había negado a ella semejante dicha?

Exhausta, regresó a casa. Dio de comer a los gatos, luego se calentó un bol de sopa y se lo llevó al jardín. La vista de esas colinas onduladas y el trino de los pájaros por lo general le proporcionaban consuelo y aliento. Pero esa noche se echó a llorar. Traer niños al mundo era una tarea ingrata. Durante

casi veinte años había trabajado incesante, intachable y ejemplarmente. Nunca había fallado a ninguna parturienta.

Sin embargo, cuando terminaba tenía que regresar a su casa, a su nido vacío.

Aquella noche le pareció más vacío que nunca.

Allí sentada, lloró mientras se comía la sopa. Luego empezó a tiritar de frío y se metió en el salón. En el suelo del vestíbulo había un montón de facturas. El cartero siempre llegaba con retraso, pues la casa de Cynthia quedaba algo apartada. Recogió sus ofrendas. Uno de los sobres era diferente, tenía un aspecto más interesante. No era una factura o una circular, sino una carta, escrita en papel color lila. Olía a jabón de brea. El matasellos era de Oxford y Cynthia reconoció la letra.

Se la llevó a la cocina y la dejó caer sobre la mesa, se quedó mirándola como un niño expectante. Empezó a palparle el corazón. Se preparó una taza de chocolate y se la llevó junto con el sobre a la sala de estar. Encendió la chimenea. Cuando el fuego empezó a crepitar y dar calor, y dejaron de temblarle las manos, abrió la carta de Harriet.

Su hermana le decía que sentía mucho haber revelado el secreto. No había sido su intención contarle todo a Louisa. Debía de parecer una traición terrible, pero no debía tomárselo en cuenta a la chica.

El collar estaba encima del escritorio de Harriet. Había removido viejos recuerdos como ningún otro objeto lo había hecho jamás. Quería volver a verla, olvidar el pasado y empezar de nuevo. Debían reunirse los cuatro: Edward, Cynthia, Harriet, Louisa. Como una familia, en Larkswood. Si ella podía, Cynthia también.

Y tenía que ser enseguida, antes de que cualquiera de ellos cambiara de opinión. Pues la guerra tal vez no les diera otra oportunidad.

Cynthia se quedó allí sentada, mirando las llamas, hasta las nueve de la noche. Trout y Mackerel estaban acurrucados en su regazo.

—Conoceréis a mi hermanita —les dijo, llena de asombro, inquietud y los primeros indicios de una alegría incontenible—. Se llama Harry. Puede ser un poco feroz, pero no dejéis que os asuste. Tiene un corazón de oro.

Los gatos bostezaron, se desperezaron, se lamieron la cara y empezaron a ronronear...

Debió de quedarse dormida.

Cuando una hora después sonó el teléfono en el pasillo, el fuego de la chimenea se había reducido a brasas y los dos gatos habían desaparecido. Maldiciendo en voz baja, Cynthia se levantó y descolgó el auricular.

Otro parto inminente.

En unos minutos Cynthia había cogido su bolsa de comadrona y se había subido al coche.

Cynthia conducía rápido pero con prudencia. No sabía de dónde la sacaba, pero en cuanto alguien la necesitaba una energía feroz bombeaba a través de su organismo, preparándola para todo. Salió de los bosques que rodeaban Summer Den y tomó la carretera principal que conducía al pueblo.

Se hacía de noche y el cielo se apagaba. Cynthia encendió los faros del coche y, antes de pasar por delante de Larkwood House, cobró ánimo.

Mientras lo hacía, miró por casualidad hacia su derecha.

Un escalofrío le recorrió el cuerpo. Delante de las verjas que daban a la carretera estaba parado el Rolls-Royce de Edward con Jimmy al volante.

Al lado del automóvil había dos hombres. Se estrechaban la mano, saludándose o despidiéndose.

Dos hombres...

Edward Hamilton... y Simon Manners.

Cynthia no daba crédito a sus ojos. No había visto a Simon desde aquella espantosa noche en el prado, cuando se había inclinado sobre Edward y ella, y les había gritado que eran la escoria de la humanidad, exigiéndoles que se vistieran y regresaran a la casa.

Nunca había olvidado la expresión de Simon: la furia, el odio, el profundo desprecio.

Y allí estaba, de nuevo en Larkswood, y nada menos que con Edward.

Era imposible.

Cynthia no podía creer lo que había visto. Debía de haberlo imaginado. Había visto un fantasma.

Volvió la cabeza para mirar de nuevo y cerciorarse.

Continuó conduciendo, temblando de la cabeza a los pies... Tenía los pies helados. Se sentía débil y mareada.

El coche viró hacia un lado. Cynthia se vio arrojada hacia el otro.

Alcanzó a ver fugazmente el cielo. Estaba oscuro.

Oyó el derrape de unos neumáticos, chirridos, una colisión... y silencio absoluto.

Vio una chispa de fuego.

Un dolor intenso que nunca había experimentado le penetró las manos.

Olía a quemado...

Cerró los ojos.

1939

El viernes por la mañana Louisa se despertó paralizada de miedo. Se quedó mirando los tres servilleteros de plata que había dejado encima de su mesilla de noche. Los había limpiado y pulido con la intención de enseñárselos a Edward durante el desayuno. Para empezar a partir de ellos la conversación. Todo dependía de cómo iba a manejar las horas siguientes.

Había pasado los últimos días sumida en un torbellino organizándolo todo. Harriet había telefoneado. Tenía pensado dejar a Dorothy en Oxford e ir en coche a Summer Den. Había escrito a Cynthia. Iban a verse por primera vez en diecinueve años, tanto si Cynthia quería como si no.

Louisa saltó de alegría.

Gloria había telefoneado para decirle que Arthur, Milly y ella llegarían a Larkswood al día siguiente, sábado, a la hora de cenar. Milly se había despedido de Robert y no podía parar de llorar. Se quedarían unos días en Larkswood hasta que hubieran decidido qué hacer. Arthur tendría que regresar a Londres para cumplir con sus deberes como vigilante antiaéreo. Gloria no iba a permitir que Milly viviera en Cramond, por mucho que Beatrice Campbell quisiera. Era apenas una niña. No podían esperar de ella que viviera sola en ese lugar desolado, con criados que no conocía y ninguna amistad cerca.

Louisa también había hablado con Cynthia. Era Betsy quien le había dicho lo del accidente. Se la había encontrado por casualidad en bicicleta. Podría haber sido mucho peor. Agnes Chandler tenía suerte de estar viva. La habían

sacado de debajo de su coche y llevado a toda velocidad al hospital. Se había roto la muñeca derecha pero por lo demás estaba milagrosamente ilesa. Habían contratado a una interina para que la sustituyera. No podría trabajar durante al menos tres meses...

Cynthia le dijo que eran tonterías, que enseguida se le curaría la muñeca. Estaba bien. Solo tenía unas cuantas magulladuras, nada de que preocuparse. Por supuesto, el coche era siniestro total, pero la compañía de seguros apoquinaría. Por lo demás, era extraordinario volver a estar en contacto con Harriet. Aunque no fuera más que eso, Louisa había logrado reunir las a las dos.

Cynthia le deseó suerte con Edward. Toda la suerte del mundo...

Louisa bajó de forma vacilante las escaleras, con los servilleteros repiqueteando en el bolsillo, las piernas temblorosas y el corazón en un puño. Había ensayado tantas veces lo que iba a decirle a Edward que debería saberse al dedillo el guion. Pero mientras miraba la contraportada de *The Times* se le quedó la mente en blanco. No pudo probar bocado. Se bebió una taza de café en tres sorbos esperando que Edward acabara de hojear la última página del periódico y Vicky saliera de la habitación.

Luego se apoyó en los brazos de su silla.

Con delicadeza, sin decir una palabra, dejó los tres servilleteros delante de su abuelo.

Edward se quitó las gafas.

—¡Santo cielo, Louisa! —Se le saltaron los ojos—. ¿Dónde demonios los has encontrado?

—Estaban en el fondo de un cajón del aparador.

Edward los cogió y, uno por uno, los sostuvo a la luz.

—Son preciosos, ¿verdad? Me había olvidado por completo de ellos.

Debemos empezar a utilizarlos de nuevo.

—Tienen inscripciones grabadas. ¿Las recuerdas? —Louisa se aclaró la voz—. Los nombres de tus hermanas.

—Qué pregunta más extraña. Por supuesto que me acuerdo. Los servilleteros fueron un regalo de bautizo. El bautizo de H-Harriet. —Edward tartamudeó al pronunciar su nombre—. Yo solo tenía cinco años, pero recuerdo vívidamente la ceremonia. Me sentí muy orgulloso de tener otra...

—Tengo que decirte algo, abuelo. —A Louisa le martilleaba el corazón de miedo—. Es muy importante. He conocido a tus dos hermanas... Cynthia y Harriet.

Edward la miró con la boca fruncida.

—¡No digas tonterías, Louisa! ¿Te has vuelto loca? Ya te conté lo que pasó. ¿Por qué quieres que vuelva a explicártelo? Murieron en...

—No, no murieron. —Louisa cerró los puños, intentando ser fuerte—. Tus padres mintieron. Dijeron que tus hermanas habían muerto, pues esa es la historia que se inventaron de cara a sus amistades, la familia, los criados. Y la gente del pueblo. Para que tú no intentaras verlas o escribirles. Para separarte para siempre de ellas.

—No te creo. —Edward tenía los labios morados—. Nadie puede ser tan cruel, ni siquiera Desmond y Antonia.

—Me temo que ellos lo fueron. —A Louisa le temblaban tanto las piernas que no podía tenerse en pie. Se apoyó en la silla más cercana—. Poco después de que te marcharas de Larkswood para irte a la India, tus hermanas se pusieron a trabajar en el hotel Savoy de Londres. Cuando empezó la Gran Guerra se enrolaron en la Cruz Roja.

Louisa tomó las manos de Edward entre las suyas para impedir que temblaran.

—Después de la guerra Cynthia se sacó el título de comadrona. Regresó a

Grayshott para trabajar en el pueblo con el nombre de Agnes Chandler. Harriet es la supervisora de la Enfermería de Radcliffe de Oxford. Fui a verla. ¿Recuerdas el día que te dejé una nota diciéndote que me iba a Harrods? Allí es donde estuve. —Respiró hondo—. Y las dos estarán en Larkswood mañana por la mañana. He arreglado un reencuentro. Llevo días organizándolo.

Edward la miró con los ojos desorbitados.

—Debes de haber perdido el juicio, Louisa Hamilton. —Apartó las manos y tiró de la corbata intentando aflojarla—. No he oído más tonterías en toda mi vida.

Louisa volvió a la carga, desesperada por ir más lejos.

—Pero el reencuentro solo tendrá lugar bajo una condición.

—¿De qué estás hablando? ¿Qué condición? ¿Quién la ha impuesto?

—Yo. —A Louisa le temblaba la voz—. Sé lo que ocurrió entre Cynthia y tú... Lo que hicisteis... El escandaloso acto que cometisteis.

A Edward se le cortó la respiración.

—Sé que Cynthia tuvo a Isabelle y a William. Sé toda la historia..., pero me he enterado por los demás. Ahora quiero que tú me cuentes qué ocurrió. Y quiero la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad.

Edward se levantó como si lo atacara un enjambre de avispas.

—¿Cómo te atreves?

Al ver la furia de sus ojos, Louisa tembló.

—Esto es intolerable. No permitiré que me interrogues de este modo.

—¡No tan deprisa, abuelo! ¡No vas a huir de nuevo! —Louisa encontró las palabras que con tanto cuidado había ensayado—. Puede que me pasara de la raya hace varios meses, pero las cosas han cambiado. Ahora todo está en juego. Si no hablas conmigo, seré yo la que se marche. Y no volveré. Puedes quedarte con Larkswood y con tu sanatorio. No volverás a ver a tus

hermanas, ni a Arthur, ni a Gloria ni a Milly. No tendrás una familia. Puede que prefieras irte a la India... ¿Es eso lo que quieres?

Edward la miró fijamente, echando fuego por los ojos.

—Tu insolencia es intolerable.

—No es insolencia —replicó Louisa con firmeza—. Ni grosería. Es cariño. —Tomó otra bocanada de aire aún más profunda. Resultaba más fácil hablar ahora que ya había dicho lo peor—. ¿Recuerdas el incendio del bosque?

—¡No soy estúpido! ¿Cómo quieres que lo haya olvidado?

—A la mañana siguiente, Thomas Saunders y yo... —Louisa se sonrojó— fuimos al bosque para comprobar los daños. Thomas me llevó a Lover's Cross y allí encontramos una pequeña caja metálica. Un ataúd... Encontramos a Isabelle.

Edward retrocedió. Se desplomó en su silla y la miró, atónito.

—Luego empecé a pensar en tus hermanas. Encontré esos servilleteros. Había visto un cuadro en una de las habitaciones del ático. Un retrato de los tres. Sabía qué aspecto tenían Cynthia y Harriet. Por casualidad localicé a Cynthia en Summer Den. Me habló de Harriet. —Le falló la voz—. Y de William. Me he esforzado mucho para reunir a nuestra familia. Ahora te toca a ti hacer tu papel. Necesito oír tu versión de los hechos. Ahora o nunca, abuelo. Cuéntame lo que pasó.

—¡Ni hablar!

Edward tenía los ojos anegados de lágrimas que brillaban a la luz.

—Nunca he hablado de ese verano con nadie. No tienes ningún derecho a interrogarme de este modo, como si fuera un niño travieso...

—Ese verano —lo interrumpió Louisa, con la boca llena de saliva amarga— eras mucho más que un niño.

—Si ya lo sabes todo, ¿por qué quieres que te lo cuente?

—Porque Harriet me dijo muy poco y Cynthia me pidió que te lo

preguntara a ti.

Louisa tragó saliva, de pronto asustada. Edward se apartó tembloroso, rehuyendo su mirada. Ella sabía que estaba en estado de shock, pero dejó a un lado rápidamente la compasión.

—Has estado mintiéndome todos estos meses al no decirme la verdad.

—Es la verdad lo que buscas, ¿no? —Edward sacó un pañuelo para secarse el rostro. Enseguida se le cubrió de nuevas gotas de sudor—. ¿Y cómo crees que sobreviviría este demencial mundo si fuéramos por ahí diciéndonos unos a otros la verdad?

—No estoy hablando del mundo. Me preocupa nuestro mundo, el pequeño mundo de los Hamilton. —Eso no estaba en el guion, pero le traía sin cuidado—. Si no lo entiendes es que no entiendes nada.

—Entonces ¿crees soy un cerdo ignorante, además de un embustero?

—Estás siendo irrazonable...

—Y tú, insufrible. No pienso decir ni una palabra más.

—¡De acuerdo! —Dios mío, todo había salido mal. Había echado todo a perder—. Si no hablas conmigo, tendré que irme de Larkswood... Lo haré inmediatamente. No tiene sentido que me quede aquí ni un minuto más.

Pero titubeó, esperando y rezando para que Edward cambiara de opinión.

Sin embargo, él no se volvió hacia ella. No la miró.

Louisa subió corriendo las escaleras. Se arrojó sobre la cama, furiosa consigo misma por haber manejado con tanta torpeza el asunto. Furiosa con Edward.

Le llegó su voz bramando órdenes a Vicky.

—Estaré en el despacho. No quiero que nadie me moleste, ¿entendido? Absolutamente nadie.

Se oyó un portazo.

Louisa se levantó de la cama y abrió una ventana. El estrépito de los

martillos y los taladros resonaba por el césped. Una bandada de gansos de Canadá cruzaba con toda naturalidad el cielo en formación. Matthews pasó empujando con esfuerzo una carreta, silbando «If you were the only girl in the World».

Louisa tendría que volver a Eaton Square. No tenía adónde ir. Ni siquiera podría despedirse de Thomas. No tenía tiempo para empezar a buscarlo por todo el pueblo... Tal vez no volviera a verlo.

Se apartó de la ventana y bajó una de las maletas de encima del armario, la abrió y sacó el cuadro. Le lanzó una última mirada y lo dejó encima de la cama. Luego empezó a arrojar la ropa dentro. Todo menos el pantalón de peto. En Londres no lo necesitaría. Se volvió hacia los artículos de tocador y empezó a llenar una segunda maleta.

Miró el reloj. Hacía una hora que Edward se había encerrado en su despacho. El tiempo necesario para subir las escaleras mil veces y llamar a su puerta.

A esas alturas podría haberle contado toda la historia. No era más que un cobarde y un villano. Un anciano despreciable, egoísta, insensible y desconsiderado...

El problema era que lo quería. Pese a todo lo que había hecho. Pese a todo lo que había dejado de hacer.

Nunca volvería a verlo.

Louisa se puso un abrigo de verano y un sombrero sin mirarse en el espejo, pues le importaba un comino el aspecto que tuviera. Bajó las maletas por las escaleras, las dejó en el vestíbulo y titubeó antes de llamar a la puerta del despacho.

Edward no contestó.

¡Está bien; si eso era lo que quería, podía pudrirse en su despacho!

Telefonó para pedir un taxi que la llevara a Haslemere, alzando la voz lo suficiente para que Edward la oyera. Luego entró en la sala de música. Sus cuadros estaban desperdigados por todo el suelo. No se atrevió a mirar nada excepto la ardilla exquisitamente tallada de Thomas. Se la metió en el bolso y salió de la habitación.

En el último momento se acordó de la máscara antigás. Enfadada, la descolgó del perchero y se la puso al hombro.

Abrió la puerta principal.

Se quedó de pie en el porche, esperando oír el ronroneo de un motor y el crujido de la grava bajo los neumáticos.

1939

Edward entró en el despacho y dio un portazo tan fuerte que la casa tembló. «¡Se lo merece!», pensó. Maldita casa. No era más que ladrillos y argamasa. ¿A quién le importaba si todo Larkswood se derrumbaba?

Estaba lívido. El sudor le corría por las sienes. Debajo de la chaqueta tenía la camisa empapada, pegada a la espalda. Le recordó a la India. ¡Cuánto deseó estar allí! En los últimos días había tenido muchas oportunidades de irse de esa casa de locos, pero se había implicado demasiado con Louisa para aprovecharlas. «Ya ves, adónde te ha llevado...»

Sacó el brandy que guardaba en su escritorio y tomó un largo sorbo directamente de la botella; la mano le temblaba como la ubre de una vaca. El líquido se le deslizó por la barbilla, le cayó por el cuello y la corbata.

Quería hacer añicos la botella contra la ventana.

«No malgastes un buen alcohol —pensó—. Acábala antes...»

Así lo hizo.

Luego cogió la botella por el cuello y la arrojó contra la chimenea.

El vidrio roto se esparció por todas partes.

Podía coger una esquirola y rajarse con ella el cuello. No importaba la sangre. Alguien se ocuparía de limpiarla. Acabar con su vida de una vez, rápido como un rayo.

Lo más extraño era —naturalmente, no se lo había comentado a su nieta, pues él mismo casi no se lo creía— que la noche anterior le había sucedido algo de lo más extraordinario. Había salido como era su costumbre al final

del día para fumar un último puro. Le relajaba tomar el aire, admirar los jardines de Larkswood, reflexionar sobre sus logros y saludar a la luna. La noche anterior había caminado hasta el final de la explanada de césped, justo antes de que diera paso a la hierba alta y descendiera hacia el lago.

Fue entonces cuando vio una figura con el cabello largo y suelto, un vestido holgado y con un brazo contra el pecho. Una mujer..., pero no cualquier mujer. Edward vio fugazmente su rostro bajo un claro resplandor de luz de luna. El aire se le atascó en los pulmones.

Era Cynthia.

Se oyó a sí mismo gritar: primero de alegría, a continuación de asombro y por último de dolor.

La mujer lo oyó. Se detuvo. Se quedó mirándolo. Luego se volvió y echó a correr.

En unos segundos se había esfumado.

No habría tenido ningún sentido que saliera corriendo tras ella, sin aliento. No a través de la hierba alta. Nunca la habría alcanzado.

Además, era imposible que fuera su hermana. Debía de haberse vuelto loco. Alucinaba. Veía visiones. Era mejor no decírselo a nadie: lo encerrarían...

Edward lanzó su cigarro sobre el césped y lo aplastó con el talón.

«Si no me hubiera portado como un monstruo, qué diferente habría sido la vida», pensó.

Edward se quedó de pie en medio de su despacho, mirando los cristales rotos.

Entonces el espíritu combativo lo abandonó. La cólera se disipó. Se desplomó en su butaca y se echó a llorar como un niño, metiéndose el pañuelo en la boca por si su nieta escuchaba al otro lado de la puerta. No le

extrañaría. Era una auténtica fisgona. Peor aún. Se había convertido en un hurón repugnante.

¿Cómo demonios había descubierto tantas cosas sobre los Hamilton?
¿Cómo podía haber encontrado a Cynthia y conocido a Harriet?

No se creía nada. No era capaz de conseguir que el cerebro le funcionara.

Cuántas veces había deseado volver a ver a sus hermanas, hablar y reír con ellas. Recordar esos primeros tiempos en Larkswood. Habría dado todo el oro del mundo por ver a Cynthia, aunque solo fuera fugazmente. Pero ante cada anhelo, aniquilaba el pensamiento, mataba los sentimientos. Los golpeaba hasta que estaban bien muertos y enterrados. Se repetía a sí mismo en tono monótono: «Ya no están en este mundo. Mis hermanas han muerto».

Y todo por culpa suya.

¿Qué sentías cuando te considerabas a ti mismo un asesino y de pronto una molesta fisgona te decía que tus «víctimas» habían sobrevivido? Era como si te investigaran por un delito que no habías cometido.

¿Sus hermanas no solo estaban vivas sino que querían verlo?

¿Era posible que la criatura flotante que había visto correr a través de los árboles la noche anterior fuera Cynthia?

¿Entonces, a fin de cuentas, no estaba como un cencerro?

Edward se arrellanó en la butaca. Los cristales rotos brillaban. Un pavimento de diseño irregular. Tan irregular como el interior de su cabeza. No, irregular no. ¡Sus hermanas se disponían a regresar a Larkswood! Habían hecho planes para volver. Debían de haber estado hablando a sus espaldas como si les fuera la vida en ello. Culpándolo de todo, pero aun así dispuestas a verlo.

¿Cómo iba a encajar tanto perdón?

No podía. De ninguna manera iba a contarle a la fisgona lo que había ocurrido. No era asunto de ella. Él había tenido la delicadeza de no

preguntarle por su idilio con el joven Saunders. Ella nunca había sospechado siquiera que él lo sabía. Ciertas cosas no se preguntaban nunca. La vida privada de las personas solo les pertenecía a ellas. Había que respetar las distancias. Levantar las barreras y mantenerlas. Eso se les daba bien a los ingleses. Les daba dignidad.

De todos modos, eso era chantaje. Si no hacía lo que ella quería, se marcharía.

Mala suerte.

Terminaría el sanatorio, se aseguraría de que todo estaba en perfecto estado. Luego lo vendería junto con la casa. El agente de Constable & Maude se quedaría encantado. Ganaría una gran comisión y Edward obtendría una fortuna.

Se subiría a un barco con rumbo a la India, de nuevo al encuentro de su ser más querido.

Se quedaría allí el resto de sus días.

La fisgona sobreviviría. Regresaría con Gloria y Arthur. En cuanto a sus hermanas, si se las habían arreglado sin él todos esos años, seguirían haciéndolo. No lo echarían de menos ni un instante...

No le vendría mal otro brandy. No se atrevía a llamar a Vicky. No podía permitir que nadie lo viera en ese estado.

La fisgona había llamado a la puerta. Paralizado en su silla, se había negado a dejar que entrara. Fingiendo dormir, ocupado con otras cosas. Que pidiera un taxi. Por él, podía irse al infierno.

El taxi había llegado. Oyó la puerta delantera cerrarse de golpe. Louisa se había ido.

Edward abrió la puerta de su despacho, asomó la cabeza.

No había nadie.

Entró de puntillas en el comedor. Vicky había recogido la mesa. Había dejado los tres servilleteros en el centro. Gruesos, redondos y satisfechos, le sonrían.

Él alzó la vista hacia el cuadro que Louisa había pintado de Larkswood. Brillaba al sol.

Encima del aparador, el pequeño elefante indio que ella le había regalado agitaba la trompa en señal de despedida.

Ella tal vez se había ido, pero su espíritu aleteaba en todas partes.

Edward se dirigió tambaleante a la sala de música. El silencio le martilleaba los oídos.

Los bocetos de Louisa colgaban de las paredes o estaban esparcidos por el suelo junto con las pinturas.

La tapa del piano estaba levantada. Recordó a Louisa tocando para él la noche anterior, poco antes de ver ese fantasma..., balanceando el cuerpo al ritmo de las teclas, con el cabello moreno brillando a la luz. Schubert. Un vals de Chopin. Lento, lírico, conmovedor.

Y de pronto recordó a Cynthia cantando para él la mañana siguiente de haber hecho el amor por primera vez. La pureza de su voz, alzándose como el espléndido vuelo de la alondra. Cómo ella le había contado que Benedict la había rechazado. El enorme alivio, amor y triunfo que él había sentido al tomarle las manos entre las suyas.

«Mi querida niña, deja que te enseñe lo que tu Nightingale debería haber hecho», le dijo.

Aquel había sido el punto sin retorno. El momento en que había actuado de forma inaceptable. Ningún hermano debía portarse de ese modo. Cynthia podría haberlo apartado. Podría haberlo abofeteado, mordido, pedido socorro o gritado que se estaba portando como un cerdo. Pero no lo hizo.

Se fundió en sus brazos. Le suplicó consuelo. Ella no murmuró el nombre

de Benedict, sino el de él.

Era un momento que Edward había arrinconado en un remoto recoveco de su mente y de su corazón.

Si Cynthia seguía viva, tenía que verla. Arrodillarse ante ella y enderezarlo todo.

Su querido y único pájaro cantor.

Pero antes tenía que encontrar a Louisa.

No tenía tiempo para llamar a Jimmy. No había un momento que perder.

Cogió las llaves del Rolls-Royce.

Ebrio, se precipitó de un salto hacia la puerta.

1939

—Un billete de ida a Waterloo, por favor. —La voz de Louisa sonó hueca, como si alguien la hubiera convertido en una marioneta mecánica y tirara de los hilos.

—¿No piensa regresar, señorita?

—No —respondió ella, con los labios rígidos. Bajó la vista hacia el bolso donde guardaba la generosa asignación de Edward—. Nunca volveré.

El empleado de la ventanilla se encogió de hombros.

—Lástima... Haslemere es un gran lugar. Yo no me marcharía por nada del mundo... Como usted guste.

Louisa se guardó el billete en el bolsillo y arrastró las maletas hasta el andén. El cielo brillaba, claro y despejado, y corría una ligera brisa de otoño. Un día maravilloso para cuidar del jardín. Contuvo las lágrimas. El único lugar en el mundo donde quería estar en ese momento era en el cobertizo con Thomas, preguntándole sobre la segadora, observando cómo limpiaba la horca y la pala..., levantando la cabeza para recibir un beso suyo.

En lugar de ello tenía que estar allí en ese andén polvoriento, desplazando el peso rápidamente de un pie al otro, esperando un tren al que no quería subir.

Consultó el reloj y miró por encima del hombro a los viajeros que se metían a empujones en el andén, rezando para que uno de ellos fuera Edward. Llegó un grupo de hombres uniformados, algunos con novias, llenando el aire de humo de cigarrillo, perfume barato y carcajadas estridentes.

Louisa intentó atisbar a través de ellos, preocupada por si no veía a su abuelo.

Una repentina ráfaga de viento le voló el sombrero. Enfadada, lo persiguió por el andén. Un soldado se agachó para recogerlo. Ella se lo arrebató de la mano, negándose a mirarlo a los ojos, y dio las gracias.

Regresó con sus maletas sintiéndose más abatida que nunca.

«Por favor, que Edward entre en razón o envíe a Jimmy a rescatarme...»

Louisa no podía creer que estuviera tirando la toalla.

Después de todo lo que había luchado, de todos los planes cuidadosamente trazados, lo había echado todo a perder en menos de media hora. Tendría que telefonar a Cynthia desde Londres y pedirle que le explicara a Harriet lo ocurrido. Escribiría a Thomas. ¿Tal vez podrían verse en Londres? Le pediría que le contara todo a Norah.

Tendría que inventar una patética historia para sus padres. Que había cambiado de opinión sobre Larkswood y sobre vivir con Edward. Recordó que Betsy le había hablado de varios hospitales de Londres. Tal vez podría persuadir a su padre para que le dejara formarse como enfermera en uno. Se dio cuenta de las pocas ganas que tenía de volver a ver su habitación, con su armario abarrotado de vestidos ridículos. Las pocas ganas que tenía de ver a Gloria.

Nunca podría explicar por qué se había marchado de Larkswood. Su padre sabría que mentía. Ella probablemente se echaría a llorar. Él culparía a Edward por haberla hecho desgraciada y la vieja hostilidad familiar volvería a renacer.

¡No podía contarle la verdad a su padre! Se quedaría horrorizado. A Milly tampoco. ¡A ella menos que a nadie! Se burlaría y le diría que se olvidara del viejo y aburrido Edward. Que él mismo podara sus rosas y horneara su propio

pan, ¿a quién le importaba? En cambio ella tenía problemas reales, como la desaparición de su marido en medio de una hilera de soldados uniformados, sin saber cuándo volvería a verlo, si es que lo hacía.

Louisa miró el reloj de la estación. Las once y diez. El tren llevaba retraso. ¿Lo habrían anulado? Si no llegaba, tal vez le daría una excusa infalible para arrastrarse de vuelta a Larkswood...

De pronto oyó el sonido estridente de un silbato y vio la bocanada de humo gris pálido.

Llena de decepción, cogió las maletas.

El tren se detuvo. Se apearon unos pasajeros y subieron otros.

Louisa titubeó. La multitud se disolvió. El andén se quedó casi vacío.

A su lado tenía al jefe de estación preguntándole si ocurría algo. ¿Pensaba subir al tren o no? Si era sí, ¿podía hacer el favor de subir enseguida, antes de que el tren se retrasara más? Había horarios que cumplir y un jefe al que contentar.

Le arrebató las maletas de las manos y las metió por una puerta.

De mala gana, con la boca seca y los ojos escocidos de lágrimas no derramadas, Louisa se subió al tren. Entró en el compartimento más próximo y se acercó corriendo a la ventanilla.

El jefe de estación sostenía la bandera a media asta. Hablaba con impaciencia con un hombre que parecía muy acalorado y preocupado, y que había olvidado ponerse el sombrero, con el cabello gris plateado en punta y el rostro cubierto de sudor.

Louisa salió del compartimento como un rayo. Dio una patada a la puerta, se peleó con la manija y la abrió de golpe, y tiró las maletas al andén.

Mientras las ruedas del tren empezaban a rodar, se lanzó desde los escalones a los brazos de Edward.

—Lo siento, Louisa... —dijo él—. Lo siento mucho... No podía asimilar lo que me has dicho. No podía creerlo, después de todos estos años. Estaba conmocionado. No quería echarte de Larkswood. Es tu hogar, por el amor de Dios. ¿Cómo iba a hacer tal cosa? Perdóname.

Edward se secó la cara con un pañuelo chorreando. La camisa le colgaba de los pantalones. Louisa olió el aliento a brandy.

—Me he subido al coche en el último momento. Menos mal que el tren ha llegado con retraso. Podría haberte perdido para siempre. —Se apartó el cabello—. No, no te habría perdido. Le habría pedido a Jimmy que me llevara a Londres y te habría sacado a rastras de Eaton Square, y después de presentarle mis disculpas formales a Gloria, te habría arrojado al hombro y llevado a casa.

Louisa y Edward se rieron temblorosos.

Edward cogió las maletas.

—Vuelve a Larkswood. Te prometo que hablaré contigo. Por muy duro que sea te lo contaré todo. Tengo que volver a ver a mis hermanas. A mi querida Cynthia... Y, tú, Louisa..., ¿cómo voy a dejarte ir?

Se sentaron en el despacho de Edward, uno frente al otro en las enormes butacas, con café recién hecho. Parecía ser que Vicky había recogido un montón de cristales rotos.

—¡Me alegro de verla de vuelta, señorita Louisa! —murmuró—. ¿Le deshago las maletas?

—Lo cierto, querida... —Edward se había cambiado la camisa y la corbata, y se había peinado y lavado la cara—, es que uno no escoge de quién se enamora.

Habló en un tono suave que Louisa nunca le había oído utilizar. Ella

asintió, ruborizándose al pensar en Thomas.

—Entre Cynthia y yo había algo increíblemente especial. Nunca volví a encontrarlo, ni siquiera con Juliet, y sabe Dios que amé a mi mujer. —Le temblaron los labios—. Siempre había adorado a Cynthia. Quería a Harriet, pero de una forma mucho más común. Cynthia era extraordinaria.

»A mi padre se le conocía por tener un genio de mil demonios. Sentía unos celos locos de lo que me quería madre y a la menor oportunidad me daba una paliza. Quien me consolaba y secaba las lágrimas, quien me limpiaba la sangre y curaba las heridas era Cynthia. El vínculo que nos unía nos sumergió en un mundo secreto. Yo compartía mi dolor únicamente con ella. Estábamos más unidos que un hermano y una hermana. Más unidos que dos gemelos. Nos leíamos mutuamente el pensamiento. Habría dado mi vida por ella sin pensarlo.

»Al cumplir los diecisiete años ella se convirtió en una auténtica belleza. Cantaba como una alondra: notas puras y espléndidas que se elevaban sin esfuerzo alguno. Cuando teníamos invitados le pedían que cantara para ellos. Recuerdo la noche que me di cuenta de que no era solo una hermana para mí, sino la mujer a la que amaba.

»Nunca supe cuánto la quería hasta que trabé amistad con mi vecino de Londres, Tristan de Vere. Lo llevé a Larkswold para pasar el fin de semana. Tristan se enamoró de Cynthia desde el primer momento. Empezó a hablarme de sus sentimientos. A mí me caía bien. Montaba a caballo con gran destreza. Era ingenioso, afable y generoso. También era increíblemente rico, y contaba con suficiente experiencia para conocer sus sentimientos. Mi lado racional quería que se convirtiera en mi cuñado. El irracional y apasionado se oponía frenéticamente, muerto de celos.

»Luego apareció otro pretendiente, nuestro vecino de Hampshire, Nathan Parker. No me caía tan bien como Tristan, pero aun así representaba una

amenaza. Empecé a tener insomnio. La sola idea de que Cynthia se casara y se marchara de Larkswood me hizo perder la razón. Me aterraba saber a cuál de los dos escogía ella.

»Un viernes llegué a casa más pronto de lo habitual. Benedict estaba dando su lección de canto a Cynthia y les pregunté si podía escuchar. El ambiente en la sala de música era electrizante. Cynthia había mejorado tanto que su voz era irreconocible. Pero fue el modo en que ella miraba a Benedict lo que casi me destruyó. De pronto supe que estaba locamente enamorada de él. El descubrimiento cayó como una bomba.

—¿Qué hiciste?

Louisa había olvidado el café. No podía apartar los ojos del rostro de Edward. Era como si se hubiera convertido en otro hombre: más delicado, más joven, consumido por una vehemencia apasionada.

—Decidí tomar cartas en el asunto. —Edward tragó saliva, secándose la frente—. Ahuyenté a Benedict.

—¿Cómo?

Edward soltó una carcajada.

—Ahora suena ridículo. Pero no carecía de lógica en ese momento. Yo tenía una misión y estaba desesperado por llevarla a término. Benedict se quedó a comer y se marchó de Larkswood como siempre en su carruaje. Yo me monté de un salto en mi caballo y lo alcancé. Obligué al cochero a detenerse. Me subí al carruaje y cerré la portezuela de golpe. Le dije a Benedict que había visto cómo lo miraba mi hermana. Y que si se atrevía a ponerle un dedo encima, lo mataría con una escopeta que había cogido del despacho de mi padre. Y luego arrojaría su cadáver y la escopeta al lago.

—¡Pero abuelo!

—Suena disparatado, ¿verdad? Melodramático, demencial, histérico. Pero

todo eso era yo. Estaba loco por Cynthia y dispuesto a hacer cualquier cosa para asegurarme de que no amaba a nadie más que a mí.

—¿Qué dijo Benedict?

—Se puso furioso. Afirmó ser un profesor profesional, un hombre de total integridad. Me dijo que su relación con Cynthia era puramente platónica. Sus alumnas a menudo se enamoraban de él. Era un buen profesor...

»Yo me disculpé de inmediato. Me sentí como un idiota. Me subí a mi caballo y me alejé de ahí maldiciéndome por ser tan ridículo... y por haber traicionado a Cynthia...

»Todo llegó a su punto álgido una noche muy especial. —Hizo una mueca al recordar—. Padre organizó una fiesta para celebrar que Cynthia cumplía dieciocho años. Tristan le propuso matrimonio y ella corrió a decírmelo. La llevé a uno de los dormitorios y le prohibí que aceptara. Le dije que yo la quería más que nadie en el mundo. Ella sollozó en mis brazos y me dijo que estaba enamorada de Benedict, pero que él la había rechazado. Acudió a mí buscando consuelo. Yo se lo di..., eso y mucho más.

Edward echo los hombros hacia delante y se cubrió la cara con las manos. Su voz era apenas un susurro.

—Fue lo más atroz que he hecho jamás. Desde entonces no ha pasado ni un solo día que no me hayan atormentado los remordimientos. Un millón de veces he deseado dar marcha atrás al reloj. Debería haberme ido de la fiesta en cuanto vi a Cynthia tan despampanante. Pero llevaba todo el día esperando verla con su vestido nuevo para tomarla en mis brazos y bailar con ella.

Se levantó pesadamente de la butaca para servirse un brandy. La botella chocó contra el vaso.

—Mi querida Louisa, hay un gran paso entre bailar con tu hermana y hacer lo que ella y yo hicimos en el prado más veces de las que puedo recordar.

La voz se le ahogaba entre los sollozos.

Trató de controlarla.

Miró a su nieta, con la cara empapada.

—Basta, Louisa... Por favor... ¿Dejarás que me calle el resto? No creo que pueda encontrar más palabras para describir lo que hice... y lo repugnante que fui.

—Por supuesto, abuelo... Siento mucho haberte hecho pasar por este mal trago.

—Entonces ¿te tomarás una copa conmigo? ¿Para cerrar el pasado y mirar hacia el futuro?

Louisa se levantó para abrazarlo.

—¿Sabes, abuelo? Creo que por esta vez aceptaré.

Durante la comida, con el rostro todavía pálido, los ojos hinchados y las mejillas con el rastro de lágrimas secas, Edward quiso saber todos los detalles acerca de la visita de Cynthia y Harriet.

—¿Estás segura de que no estoy viviendo un sueño maravilloso? ¿Qué estarán realmente aquí mañana? ¿Me lo prometes?

Después, exhausto, subió a su habitación.

Louisa fue en bicicleta al pueblo, contenta de tener una oportunidad para reflexionar sobre el torbellino de la mañana. ¡Lo había conseguido por los pelos! Había estado a punto de quemar las naves... Y estaba loca de alegría de estar de nuevo en Larkswood tras la desesperada escaramuza en Haslemere.

Al día siguiente, si todo iba bien, tendría lugar la primera reunión de los Hamilton en Larkswood después de más de cuarenta años. Esa noche sería la última vez que estaría ella sola con Edward. Gloria y Milly podrían quedarse semanas.

Y el domingo llegarían los evacuados.

Louisa estaba deseando hablar a Edward de Thomas, para recompensar su

franqueza con una confesión.

¿Sonarían más cañones antes de que terminara el día?

Por la noche Edward tenía mejor aspecto. Después de dormir profundamente toda la tarde y de darse un baño, se sentía renovado y sereno, con los ojos brillantes de expectación. Cuando terminaron de cenar Louisa se sentó a su lado.

—Hay algo que necesito que sepas, abuelo. —Se ruborizó—. No he podido decírtelo antes... En parte porque era demasiado pronto y luego porque todo estalló en mi cara. Pero Norah me ha ayudado, y ahora...

—¡Habla, Louisa! No muerdo.

—Es sobre Thomas. —Louisa observó el rostro de Edward con atención—. Él y yo...

Edward sonrió.

—Lo sé.

Louisa respiró fuerte.

—No tenía ni idea...

—Lo supuse —dijo Edward con calma—. Hace semanas de eso. Le pedí al joven Saunders que fuera prudente, que eras muy especial para mí. No le di exactamente mi bendición, pero le dije que cuidara de ti. Formabas parte de Larkswood y confiaba en él.

—Lo quiero de verdad, ¿sabes, abuelo? —dijo ella, abrumada por su gratitud—. La guerra nos separará, por supuesto. Pero después, cuando vuelva a casa, espero que sienta por mí lo mismo que ahora.

Edward se inclinó para cogerle las manos.

—No podrías haber escogido a un hombre mejor, Louisa. Tu madre se pondría furiosa si se enterara. ¡Sobre todo si supiera que yo he permitido que ocurra bajo mi techo!

»Pero creo en el joven Saunders. Pienso que te hará feliz. Es muy trabajador. Es honrado a más no poder. Es bien parecido sin ser dandi. En cuanto a su elección..., bueno, este verano has dejado de ser una niña desamparada y pálida para convertirte en una hermosa joven. No me extraña que se haya enamorado perdidamente de ti.

A la mañana siguiente Edward y Louisa se encontraban en el vestíbulo cuando el reloj dio las once.

Louisa cogió a Edward del brazo.

—¿Vamos? Tus hermanas están esperando.

Edward estaba lívido. Tenía la frente perlada de sudor. Louisa notaba cómo temblaba.

—¿Adónde me llevas exactamente?

—Al lago.

A Louisa le tembló la voz de orgullo. Cuánto había luchado por ese momento.

—A la caseta para botes, que es donde enterré a Isabelle. A su pequeña tumba.

Salieron rápidamente de Larkswood, cruzaron la explanada de césped y atravesaron la hierba alta hasta el agua. La caseta estaba tan destartada como siempre, y a su lado el bote de remos se mecía en la orilla cubierta de juncos.

—¿Adónde ahora? —preguntó Edward, con la voz frenética de ansiedad.

—Al otro lado de la caseta. Allí estarán esperándote dos mujeres que tal vez reconozcas.

Se adelantó corriendo.

Los rosales que había plantado con gran esmero alrededor de la tumba se

erguían llenos de flores blancas. A su lado, Cynthia y Harriet —pálidas y expectantes— se volvieron hacia ella.

—Lo he traído. Nunca pensé que lo conseguiría, pero aquí está.

Se apartó, Edward la seguía.

Al ver a sus hermanas, tropezó, soltó un grito de alegría y cayó de rodillas sollozando.

Louisa había visto suficiente.

Se dio media vuelta.

Volvió corriendo a Larkswood, alborozada.

1939

Agnes Chandler se despertó en el hospital con el brazo derecho enyesado. Llevaba un feo camisón que le dejaba las espinillas al descubierto. Tenía los pies fríos. En la mesilla de noche había unas gafas con los cristales tintados hechos añicos. Le habían dado una habitación privada, según le explicaron más tarde, por su contribución profesional, desinteresada y ejemplar a la comunidad local en calidad de comadrona. En el único estante del otro extremo de la habitación había dos jarrones llenos de crisantemos de color chillón y tres boles de manzanas y peras. Entre ellos había tarjetas. Cuando Cynthia preguntó le respondieron que llevaba dos días ingresada, pero que los lugareños, horrorizados y compungidos, habían desfilado por allí con obsequios.

En cuanto el médico la examinó y le dio el alta con la condición de que tuviera cuidado con el brazo derecho que llevaba en cabestrillo, la enfermera la lavó con una esponja en la cama. Tras una frugal e insípida comida, Agnes Chandler volvía a estar sola, mirando el techo.

Maldijo en voz baja. Sabía que sus años de anonimato habían terminado. Sin las gafas, el personal médico debía de haber reparado en el verdadero color de sus ojos. Se sintió desnuda y vulnerable, sin fuerzas ni determinación para continuar fingiendo.

Edward Hamilton y Simon Manners habían vuelto a destrozarse la vida escrupulosamente organizada de Agnes Chandler. Los dos, en toda su inocente ignorancia, habían obligado de Cynthia a revelar quién era.

Solo hacía un par de horas que había vuelto a Summer Den cuando una de sus vecinas llamó a la puerta. Margaret Foster llevaba una pesada cazuela de loza con una sofisticada tapa.

—Buenas noches, señorita Chandler. Le he preparado un guiso para cenar, algo especial... Puedo calentárselo, si lo desea. ¿Me deja pasar?

A las ocho de la tarde Cynthia se había rendido. Alguien estaba preparando un bizcocho en la cocina, Norah daba de comer a los gatos y la hija de doce años de Margaret Foster aporreaba el piano de forma poco melodiosa. El teléfono había sonado siete veces. Habían contestado distintas personas, las que estaban más cerca de él.

La reunión solo se disolvió cuando Cynthia les dijo que estaba agotada pero que se encontraba bien; había suficiente comida en Summer Den para dar de comer a un ejército, y su hermana iba a venir de Oxford para cuidar de ella. Solo unos días.

Sí, tenía una hermana llamada Harriet...

Y sí, su verdadero nombre era Cynthia Hamilton, pero quería que todo el mundo siguiera llamándola Agnes. Regresaría a su puesto de comadrona en cuanto se le soldaran los huesos. No había cambiado nada...

Salvo que sí, era realmente una Hamilton...

Estaba demasiado cansada para explicarlo.

Los chismosos se marcharon para correr la voz.

Cynthia no pudo hacer ninguna de las tareas que había previsto para recibir a Harriet. No pudo restregar del suelo al techo Summer Den. No pudo ir en coche a comprar sábanas nuevas para el cuarto de huéspedes. Ni siquiera pudo cepillar a los gatos o acudir a su cita en la peluquería de Guidford.

Había decidido derrochar en un traje chaqueta con una blusa, y en una falda larga para la cena en Larkswood..., si llegaba a realizarse.

La reunión familiar seguía siendo una posibilidad vaga. Cynthia no creía seriamente que fuera a ocurrir. Pero si el disparatado plan de Louisa fallaba, Harriet regresaría a Oxford sin haber visto a su hermano, y ella, Cynthia, Agnes o como se llamara ahora, continuaría con su vida.

Si los cotilleos se hacían tan grandes que llegaban al mismo Edward, Cynthia afrontaría las consecuencias. Se imaginó la escena: de pie en la puerta de Larkswood, dando los buenos días a Edward, o abriendo la puerta una tarde y encontrándolo a él en el umbral.

Cynthia no tenía ni idea de qué se dirían.

Cuál de ellos sería el primero en echarse a llorar, disculparse o tender una mano.

Con Harriet era diferente. A ella sabía perfectamente lo que le diría.

Por la noche, todavía era temprano, Cynthia se sentó con los gatos, demasiado agitada para dormir. Ahora que se había desprendido de su disfraz, sentía cómo se apoderaba de ella una impetuosa sensación de libertad. Subió despacio las escaleras hasta su habitación, donde se puso un vestido largo y se soltó el cabello.

Dejó los gatos dormidos encima de la cama y salió de Summer Den por el bosque hasta que llegó al límite de los terrenos de Larkswood.

Cruzó el seto. Un momento después estaba junto a las oscuras y tranquilas aguas del lago. Siguió bordeando la orilla y pasó por delante de la caseta para botes, sabiendo que estaba muy cerca de la tumba de Isabelle pero sin atreverse a buscarla, y continuó andando hasta la hierba alta.

Una brillante luna llena le mostraba el camino.

Se detuvo bruscamente.

Se oía música.

Las nítidas notas salían flotando de las ventanas de la sala de música. Alguien tocaba el piano de Larkswood. Un vals de Chopin, con un buen fraseo.

Solo podía ser Louisa.

Cynthia contuvo el aliento. Le dolía la muñeca rota. El brazo que llevaba en cabestrillo también le dolía. Le palpitó el corazón de dolor.

Ojalá no hubiera sucumbido nunca a las caricias de Edward. Ojalá hubiera tenido coraje para apartarse de él y decirle que no en el momento adecuado, en lugar de sí, sí, sí.

Qué diferente habría sido su vida.

Estaría casada y con hijos mayores, sería la señora de una suntuosa casa, la esposa de un hombre que todavía la adoraría. Valorada, respetada y rica, tendría un tocador lleno de joyas, un armario rebosante de sedas y pieles, una cabeza llena de pormenores domésticos, y un futuro cómodo y seguro.

¡Mírate ahora! Qué contraste entre la realidad y el sueño que con tanta facilidad se habría hecho realidad.

Mira el mundo que sacrificaste por unas pocas semanas de locura apasionada en un prado con un hombre a quien no se te ha permitido ver durante más de cuarenta años...

Como si los amargos pensamientos lo hubieran impulsado a salir, Cynthia vio que Edward abría las puertaventanas del salón de Larkswood. Con un puro en la mano —Cynthia reconoció el débil rastro de su aroma exótico—, empezó a cruzar despacio la explanada de césped.

Cynthia contuvo el aliento. Echó a andar hacia él. Una ráfaga de viento nocturno le levantó el cabello de la frente, el vestido se le adhirió al cuerpo, las lágrimas le irritaron los ojos al reconocerlo.

Edward dejó de andar.

La había visto.

Cynthia se sujetó la falda con la mano libre.

No podía enfrentarse a él, mirarlo o hablar con él.

Notó en la boca el regusto de un hondo y oscuro resentimiento.

¿Por qué lo había hecho? Era mayor que ella. Él debería haber tenido más sentido común.

No quería volver a ver a su hermano.

Echó a correr...

En cuanto Cynthia abrió la puerta y abrazó a Harriet, fue como si nunca se hubieran separado. Harriet tenía un aspecto más robusto, más enérgico, más masculino y confiado..., pero era la misma hermana que la había dejado en Londres muchos años atrás para irse a Oxford.

Harry llegó con una cesta de mimbre llena de regalos: bizcochos caseros de Dotty, fotos de las dos, una rebeca de cachemir, mermelada de Oxford, manzanas de su jardín, miel de Blenheim, pavo cocinado para los gatos. Hablaron durante horas. De la Enfermería de Radcliffe, de la casa de Harriet, de sus pacientes, de su querida Dorothy. De la gente del pueblo, de Norah, de los fecundos lugareños, de Trout y Mackerel.

De Louisa.

Evitaron mencionar a Edward hasta que sonó el teléfono.

—¿Cynthia? ¿Cómo estás? ¿Se te está curando la muñeca? ¡Excelente!... ¡Sí, sí, lo he hecho! —La voz de Louisa sonaba feliz—. No tienes ni idea de lo duro que ha sido. Pensé que se me acababan los recursos. Poco faltó para que me marchara a Londres. Edward tuvo que bajarme del tren. ¡Se ha resistido tanto! Pero al final habló. Habló de verdad... Me lo contó todo.

Cynthia se quedó parada.

—¡Felicidades, Louisa! Has hecho un milagro... Harriet está aquí, sana y salva. Es maravilloso volver a verla.

—Dale recuerdos. Sé que no ha sido fácil. ¡Y las gracias!

—Se las daré. Vamos a tomar el té con Norah por primera vez desde esa primera semana que pasamos en nuestro piso de West Hampstead y que ella vino a enseñarnos a cocinar... Entonces, ¿seguimos con el plan A mañana por la mañana?

Louisa se rio.

—¡Ya lo creo! Pero toca madera por si acaso.

Aquel sábado por la mañana salieron de Summer Den a las diez. Cynthia necesitaba tiempo para ir andando tranquilamente a Larkswood. Quería buscar con calma la tumba de Isabelle. Tener a Harry a su lado le infundió fuerzas: su brazo entrelazado al suyo, su voz al oído, sus palabras de aliento.

Y cuando Cynthia se vino abajo sobre la pequeña cruz de madera, tuvo su hombro para llorar sobre él.

Después de las lágrimas, Cynthia pudo inspeccionar Larkswood a la luz del día con ojos diáfanos. El lago estaba espléndido. Había olvidado lo bonito que era, tan ancho y plácido. Los gansos dormían, las fochas y las pollas de agua chapoteaban, las hojas de haya se estaban volviendo de un dorado rosado. Miró por encima del agua los juncos y la hierba ondulante, preguntándose por el aspecto que tendría el resto de la casa.

De pronto sintió deseos de verla.

De volver a ver a Edward. Mirarlo a los ojos y decirle que lo sentía.

La culpa había sido solo suya.

A su mente acudieron recuerdos de su catastrófica relación de ese verano..., y de muchas cosas más.

Su inocente e infantil amor por los caballos.
Los picnics en la orilla del lago.
Las riñas por la limonada.
Su pasión por el pastel de chocolate.
Coger la primera violeta.
Atrapar las hojas de roble en otoño mientras caían.

Toda su juventud y su inocencia destruidas en un solo acto.

Cynthia se apartó de Harriet.
Regresó despacio a la tumba de Isabelle.

—Lo siento mucho —dijo al pequeño montículo de tierra—. Habría dado cualquier cosa por haberte conocido y querido. Perdona mi pecado... Y ahora, te lo ruego..., deja que mi alma descansa en paz junto a la tuya.

1939

De nuevo en Larkswood, Louisa se encerró en la sala de música y brincó de alivio y felicidad. Aporreó el piano. Se levantó y cantó «Dios salve al rey». Su plan había funcionado. No podía creerlo. Había habido tantos vericuetos y escollos en los que había estado a punto de fracasar.

Se obligó a calmarse. Corrió a la cocina para repasar con la señora Humphrey los menús de la semana. Bajó a la bodega, donde ahora había literas, una pequeña mesa de cartas, una provisión de comida enlatada, agua de cebada embotellada, lámparas, libros y alfombras.

Se mordió el labio. Esperaba que no tuvieran que utilizarla nunca como refugio antiaéreo.

Subió corriendo las escaleras para comprobar los cuartos de invitados. Milly podía instalarse en el dormitorio contiguo al suyo, por si necesitaba que la consolara por la noche.

Edward había decidido instalar a Arthur y Gloria en las habitaciones que conducían a la torre. Louisa empujó la puerta y entró de puntillas.

Esa suite tenía algo especial. Era como un pequeño mundo privado, encerrado en sí mismo. Las habitaciones estaban en perfecto estado y tenían un aspecto acogedor, con un nuevo empapelado estampado de rosas, sábanas blancas en la cama doble y muebles de caoba en la sala de estar.

Louisa titubeó.

Luego abrió la puerta de la torre y subió por la escalera de caracol.

Al llegar a lo alto, el aire y el espacio abierto de las almenas la llenaron de

una delirante sensación de felicidad. Recordó la tormenta de la última vez que había estado allí, su tristeza y su confusión, el rostro y el cabello empapados, el repentino clamor de voces dentro de su cabeza.

Mientras contemplaba los campos cultivados de Hampshire y el tejado ya terminado del sanatorio entre los pinos, vio que Edward cruzaba con brío el césped hacia Larkswood con una hermana a cada lado, rodeándolas con un brazo. Él hablaba sin parar, con el rostro encendido y radiante.

Cynthia arrojó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada.

Harriet miraba a su hermano como si no pudiera dar crédito a sus ojos después de tanto tiempo sin él.

Comieron los cuatro, y, transformado por la alegría, Edward apartó el plato. La conversación estuvo salpicada de risas, recuerdos, discusiones, disculpas, explicaciones y más recuerdos.

Louisa observaba y escuchaba.

Después de comer, Edward le pidió a Vicky que llevara el café a su despacho.

—Quiero enseñaros algo muy especial —dijo en voz baja.

Se inclinó sobre un cajón del escritorio, y esperó a que Vicky terminara de servir el café y saliera de la habitación, y a que las tres se hubieran acomodado alrededor de la chimenea. Luego sacó una fotografía y un grueso manojo de cartas de la India.

Carraspeó, poniéndose de pronto colorado.

—Tengo que haceros una confesión muy importante... Hay algo que quiero que veáis. —Rodeó el escritorio y se sentó con ellas—. Esta fotografía.

La dejó en la mano libre de Cynthia.

Sin apartar los ojos de él, ella la cogió.

—¿Quién es, Edward? ¿Tienes una amante oculta en Calcuta? ¿Has vuelto

a casarte? ¿Es tu nueva esposa?

Edward tenía los ojos vidriosos.

—Una esposa no, pero alguien igual de importante. Y no está exactamente oculto, sino viviendo con un nombre falso. Míralo, querida hermana. ¿Por casualidad lo reconoces?

Cynthia bajó la vista hacia la fotografía y palideció.

—Santo cielo... No puede ser...

—Lo es... Es nuestro hijo William... Aquí estamos los dos frente a mi bungalow de Calcuta. Nos la hicieron el año pasado, poco antes de que yo me marchara de la India para venir aquí.

1939

No era una escena que Edward hubiera podido predecir o anticipar ni en sus sueños más descabellados. Él en su despacho de Larkswood, con sus hermanas y su nieta, hablando abiertamente del hombre que había transformado radicalmente su vida en la India. Que le había infundido fuerzas, determinación y un sentido de continuidad. Que había cambiado todo en un instante.

Ocurrió en 1916. La India en tiempos de guerra. Edward había empezado a sentirse muy solo. Juliet siempre estaba ocupada con sus reuniones de comité, su trabajo por el esfuerzo bélico y sus amigas. Arthur, interno en un colegio de Inglaterra, parecía más lejano que nunca. Edward casi no tenía noticias de él. Las cartas que les escribía tardaban semanas en llegar a Calcuta, y cuando por fin lo hacían estaban ridículamente desfasadas; Edward se moría de la preocupación. Nadie sabía lo que podía traer la Gran Guerra.

Trabajó como un demonio: jornadas laborales interminables en su oficina de la administración pública descifrando todo lo que le daban. Parecía abstracto y carente de sentido. No creía que sus esfuerzos sirvieran de mucho y se sentía muy deprimido.

Una tarde que hacía un calor excepcional le entró una fuerte jaqueca. Los mensajes que habían llegado de la sede central saltaban ante sus ojos. Decidió que la guerra tendría que esperar hasta que estuviera en condiciones para

hacerle frente. Regresaría a su bungalow y se tumbaría en su dormitorio a oscuras bajo la mosquitera, y esperaría a encontrar alivio durmiendo.

Al volver a su casa tuvo un presentimiento de lo más peculiar de que algo insólito y trascendental estaba a punto de ocurrir. No podía explicarlo o describirlo siquiera, y decidió que se debía al calor.

Llegó al jardín delantero. Parecía que no había nadie alrededor. Luego vio una figura escondida detrás de un árbol. Edward parpadeó. El hombre se acercó a él y Edward se quedó mirándolo con incredulidad. Era el vivo retrato de él veinte años atrás. El rostro, el color del cabello y de la tez, el gesto de la cabeza, la estatura... Era más delgado que Edward a esa edad, pero aun así resultaba inquietante. Tuvo un escalofrío. Ante sus ojos empezaron a centellear las estrellas blancas con manchas típicas de las migrañas. Se sintió mareado y con náuseas.

El hombre se acercó a él.

—Buenas tardes, señor.

La voz le sonó familiar, como si Edward la hubiera oído en todos sus sueños. Sin embargo, sabía que nunca lo había visto.

—¿Me equivoco o es usted el señor Edward Hamilton?

Edward lo miró en un silencio estupefacto.

El hombre le tendió la mano.

—Por favor, permítame que me presente —dijo—. Me llamo William Saunders.

Edward casi se desmayó ahí mismo. William lo cogió en brazos. Lo arrastró hasta el porche y se aseguró de que se sentaba en una silla baja con la cabeza entre las rodillas. Akbar, el fiel criado de Edward, les trajo gin-fizzes. Edward y William los bebieron en un santiamén.

Repentinamente recobrado, lleno de alegría y de una nueva y dinámica

energía, Edward habló, lo contó todo, y luego llevó a su hijo mayor a su club, donde este le explicó su extraordinaria historia.

William se había enrolado en el ejército como corneta con el fin de encontrar a su hermano menor, George. Llevaba un mes en Francia cuando le estalló una granada de mano. Sus camaradas lo recogieron, lo arrojaron sobre el lomo de un caballo y lo dejaron en el hospital más cercano. Allí le extrajeron la metralla del cerebro. Sobrevivió a la brutal operación de dos horas, pero cuando despertó no recordaba nada, ni siquiera cómo se llamaba.

Varios meses después se levantó una noche para ir al aseo. Tropezó con unos zapatos y se golpeó la cabeza con el poste de la cama al caer. Cuando se puso de pie, con una conmoción y temblores, los recuerdos regresaron a él.

Incluso recordó cómo se había llevado la corneta a los labios minutos antes del accidente.

Pero optó por no decirle a nadie lo ocurrido. Sabía que no podía volver al barro y las ratas de las trincheras. Había escapado con vida pero por los pelos. No tenía ninguna intención de tentar de nuevo a la suerte.

Una noche logró escabullirse del hospital sin que nadie lo viera. Al hacerlo se convirtió en un desertor. William no podía soportar la idea de avergonzar a la mujer que lo había criado en Hampshire, y su regreso a Grayshott difícilmente podría pasar inadvertido. Lo declararían desertor y lo juzgarían en un consejo de guerra. William tenía la sensación de que había cumplido con su deber y había servido suficientemente a su patria.

Estaba desesperado por conocer a su padre biológico y averiguar si podían tener un futuro juntos, aunque fuera clandestinamente.

Así, con un nombre falso, viajó a la India con la intención de buscar a Edward. Para pagarse el pasaje trabajó como pinche de cocina en todos los barcos que quisieron contratarlo.

En Calcuta Edward y William tuvieron que andar con pies de plomo. Edward no podía decirle a Juliet quién era William ni contarle nada sobre él. Habría advertido el extraordinario parecido y hecho demasiadas preguntas. El primer mes que William estuvo allí, Edward le reservó una habitación en un hotel respetable y pagó la cuenta. William se tiñó el pelo y se dejó crecer barba. Crearon una nueva identidad para él: Billy Hamilton. Edward fingiría que era un primo lejano. Acudió a uno de sus contactos en el gobierno y, tras explicarle la situación en la más estricta confidencia, le pidió papeles falsos. Pagó una fortuna por ellos, pero merecía la pena. Luego alquiló un bungalow para Billy y volvió a mover hilos para buscarle un empleo bien remunerado, confiando en que trabajaría más duro que nadie para conservarlo.

William le dijo que no sabía cómo agradecersele; le había proporcionado una nueva vida. Edward le recordó que era de su propia sangre. Ahora que Arthur estaba lejos, cuidar de Billy llenó un vacío en su vida. Le proporcionó una alegría especial. «Quiso conocerme», murmuraba Edward para sí mientras seguía con su rutina india. «No me culpa por lo que hice. Se jugó la vida y vino hasta aquí para conocerme.»

Juliet notó un nuevo brío en el paso de Edward. No podía creer la felicidad que irradiaba. Él le compró un anillo de brillantes, agradecido y sintiéndose afortunado por tenerla. Después de hacer el amor por primera vez en seis meses, Juliet sollozó de alegría en sus brazos.

—Creía que todo se había acabado entre nosotros —le dijo—. Ahora tengo la sensación de que empezamos una vida juntos. No sé dónde has estado, mi querido Edward... Pero bienvenido a casa.

Cuando Cynthia le contó a Edward que había visto a William unas horas en Londres, él casi no daba crédito a sus oídos.

—Nunca me lo dijo. Jamás dejó caer siquiera que te había visto.

—Le hice jurar que no se lo diría a nadie. —Cynthia juntó las manos—. Además, si lo hubiera hecho, si hubieras sabido que yo todavía estaba viva, tal vez te habrías marchado de Calcuta para buscarme. Eso era lo último que William quería.

Louisa le preguntó a Edward si William podía ir a Larkswood.

—No, nunca —respondió Edward, compungido—. En Calcuta estudiamos la posibilidad. El problema es que tiene una vida en la India que no quiere dejar. Una vez eres desertor, lo eres siempre. William no quiere correr riesgos. Aquí se sentiría como un hombre atrapado. No podría volver y no ver a Norah. En pocos días correría la voz, la gente lo ligaría todo y saldría con la verdad.

—Pero yo quiero volver a ver a mi hijo —musitó Cynthia.

Edward la miró.

—Después de la guerra —respondió con suavidad—. Cuando Hitler haya destrozado el mundo y lo hayamos derrotado. Cuando el mundo haya recobrado la cordura, iremos a la India juntos. Volverás a ver a William, te lo prometo.

1939

Louisa se enfundó el sombrero y se montó en su bicicleta; se obligó a pedalear con ímpetu. Las ruedas chirriaban sobre la carretera. Los setos zumbaban al pasar junto a ellos. Las nubes cruzaban raudas el cielo. La luz del sol se filtraba a través de los árboles.

El corazón le cantaba en el pecho. Durante una hora casi se olvidó de la inminente partida de Thomas, de las oscuras sombras de la guerra que se avecinaba.

William estaba vivo. Podrían escribirle. Después de la guerra viajarían para verlo.

Qué alegría tan grande...

Louisa llegó a las hayas y arrojó la bicicleta contra un tronco. Bajó corriendo el sendero y tocó el timbre, dando botes.

Norah abrió la puerta.

—Llega en un momento de lo más oportuno, Louisa. —Un grumo de masa le colgaba de un mechón—. Acabo de sacar del horno unas tartaletas de mermelada y un bizcocho de chocolate. Debe de haberlos olido.

Louisa siguió a Norah hasta la sala de estar.

—Antes de cortar el bizcocho, Norah querida, creo que es mejor que se siente.

Norah se volvió para mirarla.

—¿Qué pasa? ¿Qué ha ocurrido?

—Le doy tres oportunidades para adivinarlo.

—¿Por casualidad trae buenas noticias? —A Norah le centellearon los ojos—. ¿Se ha casado con nuestro Thomas a mis espaldas?

—No me tiente, Norah... Vuelva a intentarlo.

—No lo sé. No estoy segura... Es mejor que me lo diga sin rodeos. Esa sonrisa suya podría botar un acorazado al agua.

Una hora más tarde, después de secar las lágrimas de alegría de Norah, comer su bizcocho y beber una copa de jerez a modo de celebración, Louisa pedaleó de vuelta a Larkswood con una sensación de vértigo.

Edward les enseñó el sanatorio. De pronto había un edificio nuevo y espacioso en el que entrar, esperando camas, equipamiento médico, pacientes... y personal.

—¡Mi querido hermano! —exclamó Harriet—. ¡Qué lujoso es todo esto! Me siento tentada de venir aquí... ¿Por casualidad no estarás buscando a una jefa de enfermeras mandona y de lo más particular?

—Oh, sí, ven, Harriet... ¡Me gustaría tanto aprender contigo! —exclamó Louisa.

—No veo por qué tenéis que dejarme de lado. —Cynthia se sostenía con una mano el brazo en cabestrillo, que empezaba a tener irritado por el yeso—. ¿No podrías construir una pequeña ala de maternidad, Edward? Así podría persuadir a mis futuras madres para que dejaran sus camas y se vinieran aquí... Sería mucho más adecuado e higiénico. Incluso podría contratar a un ayudante permanente. Sería una bendición no tener que hacerlo todo yo sola. Acabo de cumplir sesenta, ¿sabéis? Esta muñeca rota..., me ha hecho pensar en mi futuro. Ya va siendo hora de que empiece a enseñar lo que sé y a quedarme de vez en cuando en un segundo plano.

Fuera, el sanatorio había sido elegantemente ajardinado: senderos sinuosos conducían a patios con cómodos bancos de madera y un pequeño estanque

redondo bien surtido. Louisa se inclinó para ver el animado destello de los peces de colores.

Habían pavimentado con sumo cuidado el suelo de Lover's Cross.

Tomaron el té apiñados alrededor de un enorme fuego, sintiéndose de pronto muy cansados. La conversación se desvió hacia temas más sombríos: la oscuridad de la guerra.

El día anterior Hitler había invadido Polonia, «un acto de flagrante agresión», en opinión de todos. Habían bombardeado Varsovia y otras ciudades. Gran Bretaña se hallaba bajo una orden de oscurecimiento general. Habían movilizadado al Ejército de Tierra, la Marina y las Fuerzas Aéreas. Declararon que estaban «en un estado de disponibilidad instantánea». Iban a llamar a filas a todos los hombres entre dieciocho y cuarenta y un años. Gran Bretaña se disponía a gastar mil trecientas libras al minuto en rearme. Tras ensayos cuidadosos a finales de agosto habían evacuado a medio millón de colegiales del London County Council. Después de la incertidumbre y los nervios de los últimos días, era aterrador ver la velocidad con que había empezado a ocurrir todo.

A estas alturas, solo un milagro podía detener la guerra.

Fuera de Downing Street se congregaban multitudes esperando noticias. Cuando el primer ministro pasó por delante, se pusieron a cantar espontáneamente «Rule, Britannia».

Sin embargo, por todo el país la gente rezaba por la paz.

A las seis de la tarde llegó una Milly muy pálida acompañada de Arthur y Gloria. Louisa la abrazó y le pidió que sonriera por ella. Milly rompió a llorar.

Se hicieron las presentaciones pertinentes. Arthur se quedó boquiabierto al

ver a las dos tías que durante años habían dado por muertas. Gloria estaba inquieta. Se había visto obligada a dejar a Maria en Londres. Se había enamorado de un mayordomo de Grossvenor Gardens e iba a casarse con él. Gloria les dijo que no podía arreglárselas sin ella. Le ofrecieron a Vicky o a Martha, y se calmó.

Durante la comida Edward descorchó varias botellas de su mejor champán. Alzó la copa para brindar por los Hamilton, reunidos en Larkswood en vísperas de la guerra.

En mitad de la comida sonó el teléfono. Vicky dijo que era para Louisa.

Salió con paso vacilante al vestíbulo, llena de temor.

Thomas y ella se habían visto a ratos robados los últimos días, pero Louisa sabía que esa llamada significaba que se marchaba. Agarró la servilleta como si fuera un muñeco de trapo que podía ofrecer consuelo.

—¿Louisa? —La voz de Thomas sonó débil y distante—. Me voy mañana por la tarde. Saldré a comer algo con Norah y mis padres a mediodía. Todavía no se pueden creer que William siga con vida. Están locos de contento. Papá se quedó tan sorprendido con la noticia que dio unos pasos por la habitación para abrazar a mamá. Era la primera vez que caminaba desde que se cayó de la escalera.

—Qué buena noticia. —Louisa lamentó no haber estado allí para verlo—. Ahora no te sentirás tan mal por tener que irte.

—Algo es algo. —Pero Thomas no habló con mucha convicción—. En fin, después de comer, meteré en el macuto unas galletas de Norah, me despediré y me iré.

Louisa tenía el corazón en la boca.

—No puedo soportar...

—Ya tengo las maletas hechas. He cepillado todo, desde los dientes hasta

las botas. Pero no puedo irme sin verte, Louisa. Sin abrazarte una vez más.

Louisa se obligó a no llorar.

—Solo dime cuándo y dónde.

—Reúnete conmigo en el camino de detrás del lago. A las once y media. Podríamos volver al pozo de los deseos. —Se le quebró la voz—. Supongo que todo lo que nos queda es desear, esperar y rezar.

Louisa se sentó en pijama delante del tocador, recordando la felicidad salpicada de lágrimas en los rostros de Edward, Cynthia y Harriet mientras caminaban hacia Larkwood. El murmullo de deleite alrededor de la mesa de comedor. Ver a Cynthia y Harriet juntas, advertir la similitud de sus gestos y sus expresiones. El cariño con que se miraban. Cómo se les iluminaban los ojos con las bromas de Edward. Edward tendiéndoles la preciada fotografía de William. La temblorosa mano izquierda de Cynthia cuando la cogió, la expresión de vergüenza y culpabilidad... y luego de alegría. Las lágrimas de felicidad de Norah cuando fue a darle la noticia. El jerez que derramó sobre el delantal a causa de la emoción, sin poder creérselo del todo. El regreso a Larkwood en bicicleta, sorprendida por su propia felicidad y asustada de que terminara, sabiendo que pronto tendría que despedirse de Thomas. En el interior del sanatorio, escuchando a Edward describir orgulloso algunos de sus detalles e imaginándose a sí misma con el uniforme de enfermera trabajando allí. Abrazar de nuevo a su padre y ver su rostro, más delgado, más pálido, lleno de tensión. Hablar con él mientras caminaban por los jardines antes de cenar. El tintineo de las copas encima de la mesa, los rostros llenos de risa y tristeza. La conversación, llena de palabras de bienvenida y de despedida inminente.

Al día siguiente el primer ministro Neville Chamberlain haría una

declaración de guerra oficial por la radio. Y a continuación ella volvería a ver a Thomas...

No por última vez.

Por favor, la última vez no.

Alguien llamó a la puerta, arrancando a Louisa de su ensimismamiento. Harriet entró rápidamente en la habitación.

—Me alegro de que aún no te hayas acostado. —Desplazó el peso de un pie al otro en mitad de la habitación—. Mañana será el caos. En cuanto hayamos escuchado el anuncio por la radio saldré hacia Oxford. Se me ha ocurrido aprovechar este momento para darte esto.

Le tendió una caja pequeña.

—Es el collar. Quiero que lo tengas tú.

Louisa contuvo la respiración.

—No sé qué decir...

—Solo dime que te lo pondrás. Lo llevé a un joyero de Turl Street y lo han limpiado. Es demasiado bonito para estar dentro de un cajón en Oxford. —Harriet sostuvo la mirada de Louisa—. Al fin y al cabo, tú lo encontraste. Debió de ser triste. Esta mañana, de pie delante de esa pequeña tumba, he recordado cuánto...

Abrazó a Louisa.

—Has sido muy valiente. Eres un orgullo para la malhumorada familia Hamilton y todos te queremos mucho. —Buscó un pañuelo—. Lo siento... No suelo llorar... Esta habitación... era la de Cynthia. Es aquí donde la vi dar a luz a Isabelle... Jamás pensé que volvería a pisarla de nuevo.

Se secó los ojos. Levantó la cabeza del pañuelo.

—¡Santo cielo! ¡Ese es nuestro retrato! Tampoco pensé que volvería a verlo.

Louisa se sonrojó.

—Lo encontré en la habitación del ático, donde debieron encerraros a ti y a Cynthia... Por él comencé la búsqueda. No paraba de mirarlo, deseando desesperadamente que vuestras caras me hablaran.

Harriet lo examinó con más detenimiento.

—Qué guapos éramos —murmuró—. Y qué inocentes —Y, sin apartar los ojos de él, añadió—: ¿Sabes? Yo era una niña muy religiosa cuando vivía aquí en Larkswood. Crecí con Dios. Él fue una verdadera figura paterna para mí. Pero cuando todo se torció, lo acusé a Él por haber permitido que ocurriera, por no acudir en mi auxilio. Todas las noches en el Savoy me dormía pensando en Larkswood, el aspecto que tendría, cómo estarían los bosques, el lago, si florecerían mis rosas y mis hierbas.

Se volvió hacia Louisa.

—Hoy, por primera vez en más de cuarenta años, he vuelto a sentir deseos de dar las gracias. Entrar en esa pequeña iglesia de la carretera y arrodillarme. Tal vez Él me ha guiado toda mi vida sin yo saberlo... ¿Quién sabe?

Harriet y Louisa se sonrieron, convertidas de pronto en amigas íntimas.

Louisa abrió la caja en cuanto Harriet se fue.

Las piedras preciosas brillaban con una nueva pureza: ónice y amatista, púrpura, azul y negro azulado, ensartadas en su cadena de oro trabajado.

Las sacó y se las colgó de cualquier manera.

Luego abrió el broche del collar y se lo puso.

Cuando se casara con Thomas lo haría en la pequeña iglesia de Harriet. Llevaría un sencillo traje blanco con la falda corta. Zapatos de cuero blanco. Un pequeño sombrero con un ligero velo.

Se llevó la mano a las piedras preciosas que brillaban en su cuello.

Y luciría el collar de Isabelle.

Ninguna otra joya.

Solo esa.

1939

Edward estaba en los jardines de Larkswood, encendiendo un último puro. Qué día más extraordinario. Había sucedido lo más inesperado y al mismo tiempo lo más anhelado. Lo único que echaba de menos era tener a su lado a Juliet, para enseñarle Larkswood, presentarle a sus hermanas y a su nieta. Y contarle la verdad acerca de William, esperando que lo entendiera.

Pero no se quejaba. Cuando sintió esos brazos alrededor de él junto al lago, ayudándolo a levantar, y percibió el calor y la realidad física de Cynthia y de Harriet, su debilidad se desvaneció. La sangre pareció llegarle al corazón y a la mente.

Descubrió que podía sostenerse en pie apoyándose en la alegría.

Las siguientes horas transcurrieron como un sueño. Los cuatro comiendo en el comedor. Él contándoles lo de su querido William a su familia, ¡y a la madre del chico! Sacando de su cajón secreto la fotografía y colocándola colocarla a plena vista sobre la repisa de la chimenea, con el corazón henchido de orgullo.

Enseñándoles el sanatorio a sus hermanas. Los cuatro, hablando de la guerra, de los planes de cada uno.

Luego llegó Arthur con su familia.

Después de comer, Cynthia había cantado para él. Solo podía utilizar una mano, de modo que Louisa tocó el piano. La voz de Cynthia era más grave y más oscura, llena de recuerdos. Le sostenía la mirada desde el otro extremo de la habitación. Los dos sabían qué momentos evocaban.

Edward le pidió que cantara su canción especial, la de la alondra, sin acompañamiento.

Ella todavía la recordaba, palabra por palabra.

Hace tiempo que no oigo a la alondra. No reconozco su canto.

¿A qué se debe? Tal vez soy yo,
puede que esté sencillamente equivocada.

Pero siempre estoy en pie al amanecer, despierta y preocupada,
a menudo desgarrada.

¿A qué se debe? Ojalá
él me dijera que ha nacido
para anunciar con su pura cadencia un día reparador.

Señalar el camino
hacia la luz, azul iluminado, cielo brillante.

Alondra del cielo. Muéstranos el camino.

Luego Arthur se acercó a él y le propuso dar una vuelta por los jardines. Le dijo que tenía que pedirle otro favor, en esta ocasión muy confidencial. No podía decir una palabra sobre el asunto. Resultó ser otro gran cumplido. Arthur le contó que al estar instalado en las habitaciones que conducían a la torre, que nunca había visto, había tenido una ocurrencia.

Winston Churchill y unos cuantos amigos políticos bien escogidos estaban buscando un lugar de encuentro secreto fuera de Londres, lejos del peligro de las bombas, donde los coches pudieran llegar en el anonimato y aparcar discretamente, y donde invitados importantes pudieran pernoctar, conducir hasta Portsmouth y escapar en barco. O desaparecer de nuevo en Londres.

Edward estrechó la mano de Arthur.

—Larkswood es el lugar idóneo. Por supuesto que sí.

—Tendrás que instalar un teléfono especial. —Arthur se secó la frente con un pañuelo immaculado—. ¿Te importaría? ¿Supondría una gran invasión de tu intimidad?

—Claro que no —respondió Edward con orgullo—. Me veo más que capaz de sobrellevarlo. Sería un honor. Estamos en guerra. Todos hemos de contribuir como podamos. La señora Humphrey cocinará para vosotros. Y el resto del personal no dirá ni pío. Confió plenamente en ellos. Si necesitas un chófer, Jimmy es joven pero conduce de maravilla.

—¿Sabes, padre? —Arthur lo miró con un nuevo brillo de respeto en los ojos—. Creo que vas a ser una parte indispensable del esfuerzo bélico. Esta vez Larkswood desempeñará el papel que le corresponde.

Por fin solo en su habitación, Edward pensó en el clan Hamilton que dormía a salvo bajo su techo. Tal vez no volviera a ocurrir. Pero durante esa noche dio gracias a Dios y rezó para que todos sobrevivieran a los horrores que podía traer consigo la guerra.

Porque estaba aterrado.

No es que lo exteriorizara. Él tenía que ser un pilar de fortaleza. Quería estar allí por Louisa, tanto en las duras como en las maduras. Por Arthur y Gloria y por la pobre Milly cuando quisieran visitar Larkswood. Quería ofrecer a sus evacuados de Londres un hogar, un período en el que recordaran haber vivido seguros. Quería asegurarse de que el sanatorio se abría cubierto de gloria y mantenía el más alto nivel de calidad.

Y ahora estaba deseando actuar como anfitrión de confianza para los poderosos huéspedes de Arthur.

Sí, miraría hacia delante, no hacia atrás.

Quería estar allí para que Cynthia pudiera ir todos los domingos a comer. Para que nunca volvieran a perder el contacto. Le había pedido que regresara

a Larkswood de forma permanente, pero ella necesitaba seguir viviendo en Summer Den. Era su hogar. Adoraba esa casa. Tenía que ir a verla. Summer Den representaba su independencia, su carrera profesional. Los gatos nunca se acostumbrarían a Larkswood. Y cuando los chismosos parlotearan sobre su verdadera identidad, Cynthia capearía la tormenta.

Había sobrevivido a cosas mucho peores.

Luego hablaron los dos solos en la rosaleta, cuando todos los demás estaban acostados. Ella le contó su encuentro con William esa extraordinaria mañana en Londres de hacía tantos años. El aspecto que tenía con el uniforme militar. Cuando desapareció entre el tráfico de Londres, Cynthia lloró tanto que pensó que se le partiría el corazón.

Había anhelado volver a ver a Edward, se había preguntado cómo estaba, qué hacía, si alguna vez pensaba en ella.

Edward le dijo que no había pasado ni un solo día que no la hubiera recordado.

Le rozó los labios con los dedos, luego le cogió los dedos y se los llevó a los labios.

Y se dieron las buenas noches.

Edward apagó la luz y se acercó a la ventana. Descorrió la gruesa cortina negra y contempló la explanada de césped, el misterioso cielo estrellado, la silueta de la luna.

Y tomó una decisión.

Redactaría su testamento.

Dejaría Larkswood a Louisa. Ella amaba ese lugar. Ya lo había convertido en su hogar. Sería suyo mientras viviera. Y si ella y el joven Saunders sobrevivían a la guerra, podrían disfrutar juntos de Larkswood como marido

y mujer. Edward disfrutaría viendo a sus hijos trepar a los árboles, coger manzanas y nadar en el lago. Les compraría ponis para que los montaran, les organizaría picnics, les pagaría la mejor educación en los mejores colegios del mundo. Volvería a abrir los establos para ellos. Daría magníficas fiestas en las que bailarían hasta decir basta.

Porque ahora que había encontrado a sus hermanas, los fantasmas de Larkswood se habían desvanecido bajo el sol.

Dejaría el sanatorio a Cynthia y Harriet.

Y antes de que lanzaran las bombas, y de que empezaran los gritos, los desangramientos y la destrucción, haría un último gesto. Esos nuevos bancos de madera de los jardines del sanatorio, donde había estado Lover's Cross. En tres de ellos pondría una placa conmemorativa.

En el primero se leería «En memoria de Juliet Hamilton».

El segundo sería «En memoria de William Saunders».

Era necesario perpetuar la historia de que William había muerto en la Gran Guerra.

Y el tercero mostraría «En memoria de Isabelle Hamilton».

1939

El día siguiente amaneció soleado y hermoso. Louisa todavía esperaba que cambiaran los planes milagrosamente. Las alondras cantaban dando vueltas en el cielo, ajenas a todo, salvo al sonido de su propia voz y el movimiento de sus alas. La familia Hamilton desayunó en silencio. Cuando los platos estuvieron vacíos, se separaron y cada uno se fue por su lado hasta que llegó la hora de reunirse en la sala de música para escuchar el anuncio que sin duda cambiaría sus vidas.

Louisa recorrió con la mirada la habitación, el silencioso retablo familiar, lleno de pavor, temeroso de las palabras que estaban al llegar.

Cynthia se había sentado al piano y miraba las teclas. A su lado tenía a Harriet, con una mano en su hombro. Edward y Arthur esperaban junto a la ventana de vidriera, con el rostro moteado de luz y color. Gloria y Milly estaban sentadas una al lado de la otra, nerviosas y pálidas, alisándose mutuamente la falda.

Sola delante de la chimenea, Louisa pensaba en Thomas.

A las once y cuarto Edward le hizo una señal y ella encendió la radio. Escucharon la voz débil y metálica del primer ministro Chamberlain:

Me dirijo a ustedes desde la Sala de Consejos de Ministros, en el 10 de Downing Street. Esta mañana el embajador británico en Berlín ha entregado al gobierno alemán una nota final que establece que, a menos que nos comuniquen a las once en punto que están preparados para

retirar sus tropas de Polonia, se declarará el estado de guerra entre nosotros.

Debo decirles que hasta ahora no se ha recibido ninguna garantía y que en consecuencia este país está en guerra con Alemania.

Pueden imaginarse el golpe amargo que es para mí que mi largo empeño por lograr la paz haya fracasado.

Siguieron las notas firmes, seguras y conocidas del himno nacional, y todos se pusieron de pie. Cynthia empezó a cantar mientras las lágrimas le corrían por el rostro. Uno a uno, con voces titubeantes, todos se unieron a ella.

Louisa apagó la radio. Tenía los dedos entumecidos.

Hubo un largo silencio aturdido.

De repente todos se pusieron a hablar a la vez.

—Ojo por ojo y el mundo acabará ciego... —murmuró Edward—. Eso es lo que siempre dice Gandhi. —Aferró el hombro de Arthur—. Arthur, hijo mío. Quedaos en Larkswood todo el tiempo que os haga falta. Quiero que estéis a salvo.

—¿A salvo, padre? Estemos donde estemos no estaremos a salvo. —Arthur se secó los ojos—. Yo debo volver a Eaton Square. Pero estoy seguro de que Gloria y Milly querrán quedarse. Reconozco que me sorprende que la declaración de Chamberlain no llegara meses atrás. Tal vez ahora mi familia haga caso de lo que digo... Esta noche el rey hablará a la nación, si consigue superar su tartamudeo. Espero que también lo escuchéis.

Cynthia se volvió hacia Harriet y estiró su brazo libre hacia ella.

—Santo cielo, Harry, ya estamos otra vez. Y presiento que será peor que la última.

Harriet la abrazó brevemente y luego se apartó.

—Tengo que telefonar a Dorothy. Volveré a casa lo más rápidamente que pueda... Me alegro tanto de que nos hayamos vuelto a ver, Cynthia querida... Prométeme que no pasarán otros diecinueve años.

Milly volvía a estar hecha un mar de lágrimas.

—Mi querido Robbie morirá, mamá. Lo sé. Seré viuda antes de cumplir veinte años. Tendré que llevar esos horribles vestidos negros toda la vida. No puedo soportar este estúpido mundo.

—No te preocupes, hija mía. —Gloria le deslizó un pañuelo perfumado de Dior en el puño—. La guerra habrá terminado en unas pocas semanas. Hitler no es más que un cretino. Nos lo merendaremos y lo escupiremos a sus enemigos, ya lo verás.

Louisa dejó de escuchar las voces a su alrededor.

Le temblaban las piernas; le martilleaba el corazón. Sabía qué tenía que hacer: decir la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad.

En ese mismo instante, mientras aún estuviera a tiempo.

Se levantó y miró los rostros que la rodeaban. Todas las personas que quería se encontraban en esa habitación. O casi todas. Se le llenó el corazón de amor y orgullo. Y de una nueva y firme determinación.

—Debo ir a reunirme con mi novio —anunció alto y claro—. Se llama Thomas Saunders. Trabajaba en Larkswood y lo he conocido este verano. Se marcha para alistarse en la RAF, pero cuando termine la guerra —se obligó a pronunciar las palabras— tengo intención de casarme con él. Me ha pedido que lo espere, tarde lo que tarde.

Vio el shock en el rostro de sus padres, la indignación en el de Milly, pero no le importó.

Edward le había dado su bendición.

Eso era todo lo que necesitaba.

Antes de que alguien tuviera oportunidad de decir algo, añadió:

—Así que si me disculpáis, voy a reunirme con él. Para despedirme.

Louisa se volvió y abandonó apresuradamente la sala de música, atravesó el salón y salió por las puertaventanas, oyendo solo sus propios pasos. En el aire, voló como un ave salvaje el sonido de la primera sirena antiaérea.

Agradecimientos

Estoy muy agradecida a David Headley, director de la agencia literaria DHH, por presentar con éxito *Sucedió en Larkswood* a la editorial Orion, y por ser mi acompañante en el estreno de *Skyfall*, la magnífica película de Bond protagonizada por Daniel Craig y dirigida por mi hijo, el director de cine y teatro Sam Mendes, CBE (Comandante de la Orden del Imperio Británico).

Sin Headley nunca me habría abierto paso a través de las sagradas puertas de Orion. Fue él quien me orientó hacia el Taller de Escritores de Harry Bingham y hacia Debi Alper, que hoy día es mi editora particular. Novelista por derecho propio, Debi transmite sus vastos conocimientos editoriales a primera y última hora de la noche, cuando el bullicio y las distracciones de Londres se han apagado.

Debi me envió un informe sobre una primera versión de *Sucedió en Larkswood* que valió hasta el último dólar que me costó, pues es el documento más lúcido y perspicaz que he leído jamás. Como cumplí setenta y cuatro años en octubre de 2013, puedo afirmar que he leído bastantes artículos periodísticos similares, pero nunca nada de ese calibre.

Debi se sumergía y buceaba. Cambiaba y elogiaba, vociferaba y cuestionaba, me apuñalaba el corazón, me golpeaba el hombro, me mordía los tobillos y me taladraba la cabeza. Al final me estrechaba la mano y me deseaba suerte.

Eché un vistazo al informe y respiré hondo. Durante siete semanas comí,

bebí (todo menos alcohol) y soñé con él, lo adoré y lo detesté. Dormí con él debajo de la almohada, lo utilicé para revolver la sopa, le hice muecas. En otras palabras, actué exactamente como era necesario.

Después de más de ocho años de escritura, de ir de un lado a otro en un tira y afloja sin éxito, *Sucedió en Larkswood* se había convertido en una triste y lamentable historia con muy poca chispa. Debi hizo posible que yo le diera sentido. Así, cuando Headley se la ofreció a Orion, la encantadora Kate Mills se irguió en su asiento y dijo: «Sí, por favor».

Al cabo de unos minutos de conocer a Kate, se reunió con nosotras Susan Lamb. «Salta a la vista que ha leído a John Galsworthy», me dijo.

Me agarré a la silla para contener las lágrimas de alegría.

Desde aquel maravilloso momento Kate Mills y yo hemos trabajado en ella y con ella, susurrando al ir y venir de Londres a Woodstock. Kate tiene un asombroso don para adoptar una visión general de una novela y al mismo tiempo atender al detalle más sorprendentemente sutil. Sus delicadas palabras de aliento permitieron que la novela llegara a las pruebas de imprenta, después de que la concienzuda Sophie Hutton-Parker hiciera muchas correcciones esenciales que a todos nos habían pasado por alto.

Así la ofrezco al lector, limpia y pulida, luminosa y oscura, fiel a su difícil mensaje y lo mejor que puedo dar de mí.

Cualquier error o inexactitud que todavía pueda haber en *Sucedió en Larkswood* es enteramente mío.

Mi gratitud, asimismo, es para la reconocida autora de literatura infantil y excepcional profesora, Ann Schlee, que me orientó en mis primeras clases de creación literaria en Oxford hace más de catorce años. La habilidad de Ann para alentar y al mismo tiempo criticar no tenían parangón. Sus comentarios escritos a mano con tinta negra en mis trabajos eran minuciosos, sensibles y

precisos. Sus resúmenes de la clase de la semana anterior no tenían desperdicio. Su constancia callada, su rigurosa preparación y su capacidad para mantener sus niveles de energía durante aquellas tardes se convirtieron en el faro luminoso de toda una semana de arduo trabajo. Los mejores profesores de creación literaria son los que saben lo duro que es escribir y publicar una novela. Sin Ann yo nunca habría sido capaz de dar por acabada mi primera novela para adultos, *Girl in the Attic*, para Simon & Schuster en 2001. Gracias de todo corazón.

Sucedió en Larkswood está ambientada dentro y alrededor de la mansión que hoy día se conoce como el Grayshott Spa, en las proximidades de Hindhead, Surrey. Sin ella no habría novela, pues es tan protagonista como la familia que la habita, mis personajes, que recorren a grandes zancadas el escenario, se esconden en sus pasillos, hacen el amor en sus dormitorios, y comen y beben en su comedor.

Muchos de los empleados del Grayshott Spa me ayudaron en mi investigación, entre ellos el brillante gerente, Peter Wood, y Phil Harris, el anterior jardinero jefe durante más de cuarenta años. El Grayshott Spa sería incompleto sin sus jardines. Phil y yo pasamos horas hablando de las plantas que allí crecían bien, en qué épocas y de qué manera lo hacían. Jimmy Hunt me dejó subir a la torre una noche de verano cuando no miraba nadie, y Julia Hughes me facilitó el acceso al sótano, el ático y las cocinas. Melanie Long me brindó enseguida su casa de Summerden North. El ilustre historiador local, John Owen Smith, recorrió conmigo muchos senderos, y Philippa y Jeremy Whitaker me ofrecieron información de utilidad en su mágica Tierra de Nod.

En Oxfordshire, donde vivo, debo dar las gracias a Gill Morris,

exbibliotecario jefe de la Biblioteca de Woodstock, por su amistad, y por ser un pozo de sabiduría y un bibliotecario realmente excepcional; a la infatigable Rachel Phipps y a todo el personal de la librería Woodstock; y a Len Kehoe, técnico informático, por sus conocimientos, su constante profesionalidad y su absoluta eficiencia.

Mi más profunda gratitud a la doctora Sarah E. Thomas, exhibliotecaria de Bodley, y al personal de la Bodleian Library, Oxford, en particular a Boyd Rodgers y a Linday Fairns en Swindon, y a Jane Rawson en The Vere Hamsworth Library, Oxford, por permitirme leer copias impresas de *The Times*, *The Oxford Times* y otros periódicos enmohecidos en la paz, la tranquilidad y la comodidad de Oxford; a Blackwell's, con quien me remonto a más de medio siglo, y a todo el personal de The Westage Library, Oxford.

Un autor que escribe desde su casa es bueno en la medida en que lo es su red de contactos local. En Woodstock tengo la suerte de contar con la mejor. ¿Dónde estaría sin Bridget la Chispa, Dave las Cartas, Robert y Helen el Calor, Martin la Luz, Dave, Jayne y Chris los Jardines, François, Mary y Robert el Diente, Shaw las Ventanas, M&B las Alfombras, Mini y Pritesh el Encanto, Chris y James el Auténtico Mobiliario de Madera, Swan y Linda los Repartos Especiales, Martin y Mary los Periódicos, Judy y Paul el Mejor Café, el Oxfordshire Museum el Salón de Té en la Glorieta, el Blenheim Buttery la Comida, el Bear Hotel el Mejor Desayuno, Hampers el Picnic Completo, Fade la Lámpara Delicada, Cotswold Tailer los Calcetines para Sam y, por encima de todo, el Blenheim Palace por sus Magníficos jardines para pasear haga el tiempo que haga, y el Centro de Informaciones premiado por su jabón de lavanda, su miel exquisita, su tentador caramelo y el vino de gracias a Dios es viernes?

Gracias asimismo a Andrew Gasson, Neil Handley, Duncan Whitwell, Angela Cox, Ann Pennington @ Digitalplot, Mark Anderson, Christopher Brown, Polly y Patrick Neale, Philip Daws, Edward Parker, David Comber, Simon y Jay Flowers de Agencia Inmobiliaria Flowers, Marte Lundby Rekaa, John Hoy, Rosalyn Lewis, John Foster, y Su Excelencia, el duque de Marlborough.

De todas las lecturas que realicé para escribir *Sucedió en Larkswood*, la fuente a la que volví una y otra vez como mi biblia es la obra extraordinariamente bien documentada y escrita de Anne de Courcy, 1939: *The Last Season*. Muchas gracias, Anne. Sé cuántas horas de esfuerzo hay en cada elegante y concisa frase.

Tardé más de siete años en documentarme antes de empezar a escribir *Sucedió en Larkswood*, que luego reescribí mil veces. Entre los lectores profesionales de aquel período figuran Maggie Hamand y sus extraordinarias clases de creación literaria en The Groucho Club; Valerie Bierman, experta en literatura infantil en Edimburgo; y Hilary Jonson, modelo de cordura, juicio ecuánime, paciencia, discreción y experiencia, que fue una voz muy necesaria y a menudo la única al otro lado del teléfono.

Por último, gracias a todo el equipo de la editorial Orion, por su excelencia, su profesionalidad, sus conocimientos especializados, su entusiasmo y su comprensión del mundo moderno en toda su abrumadora complejidad. En particular, quisiera dar las gracias a Malcolm Edwards por su mano oportunamente tranquilizadora, su sentido del humor que coincide exactamente con el mío y su pasión por el Merlot.

VALERIE MENDES

14 de octubre de 2013
Woodstock

Una saga familiar adictiva e inolvidable que desentierra los secretos más profundos de una mansión inglesa



Hay secretos que destruyen a una familia porque nos empeñamos en enterrarlos, sin darnos cuenta de que en ese silencio muere también parte de nuestra vida. La mansión de Larkwood, una elegante y preciosa villa familiar situada en la campiña inglesa, es el lugar donde los tres hermanos Hamilton —Edward, Cynthia y Harriet— disfrutaban de la juventud, la libertad y los privilegios de la riqueza. Pero todo se desmorona cuando, en el verano de 1896, ocurre algo trágico e inesperado. Aquel lugar idílico es ahora una cárcel siniestra, las alondras que poblaban el lugar enloquecen, y los tres hermanos tienen que dejar el hogar donde nacieron en busca de nuevos destinos.

Durante años la familia continúa rota hasta que, poco antes de la Segunda Guerra Mundial, Louisa Hamilton se traslada de Londres a la mansión para recuperarse de una enfermedad. Allí conoce a su abuelo Edward, un hombre de pocas palabras que se niega a hablar del pasado. Pero esa chiquilla inteligente y terca intuye que la verdad está muy cerca de aquella mansión fastuosa: sus muros ocultan un misterio que no tiene nombre y nos mantiene en vilo hasta las últimas páginas.

«Es notable el talento de Valerie Mendes para crear una saga familiar donde el elemento perturbador te mueve a leer sin descanso.»

Oxford Times

**«Este impresionante debut capta el período histórico de forma preciosa,
y también ofrece un misterio cautivador que te tendrá enganchado está
el final.»**

Candis

«Personajes fascinantes y maravillosa atmosfera.»

KATE SAUNDERS, *Saga Magazine*

«Una buena saga familiar con tintes de un oscuro Downton Abbey.»

We love this book

Valerie Mendes empezó a escribir sus primeros relatos cuando tenía seis años. Setenta años más tarde, aún se siente muy joven y sigue obsesionada con escribir cada día y contar una buena historia. Tras graduarse en la universidad de Reading, trabajó un tiempo como periodista y luego como editora, hasta decidir que quería dedicarse solo a la tarea de la escritura. Se trasladó entonces de Londres a Oxfordshire, lugar de su residencia actual. Durante un tiempo publicó novelas para el público juvenil y *Sucedió en Larkswood* fue su primera novela para adultos, que en seguida fue traducida al alemán y ahora aparece en su versión en castellano.

Título original: *Larkwood*

Edición en formato digital: abril de 2018

© 2014, Valerie Mendes

Publicado por primera vez por Orion (Londres)

© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2018, Aurora Echevarría Pérez, por la traducción

Diseño de portada: © Sophie Güet

Fotografía de portada: © Marc Owen

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-264-0507-4

Composición digital: M.I. Maquetación, S.L.

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Índice

Sucedió en Larkswood

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

Capítulo 39

Capítulo 40

Capítulo 41

Capítulo 42

Capítulo 43

Capítulo 44

Capítulo 45

Capítulo 46

Capítulo 47

Capítulo 48

Capítulo 49

Agradecimientos

Sobre este libro

Sobre Valerie Mendes

Créditos